

LEONARDO DA JANDRA
ENTRECRUZAMIENTOS

II



Leonardo da Jandra

**ENTRECRUZAMIENTOS
II**

EDICIÓN CONMEMORATIVA Y DEFINITIVA

Primera Edición: (I) 1986, (II) 1988, (III) 1990, Joaquín Mortiz

Coedición: CONACULTA/Editorial Almadía, 2005

Edición conmemorativa y definitiva: V. I, noviembre 2016, V. II, mayo 2017

© Leonardo da Jandra*

D.R. © 2017, Editorial Avispero

Ilustraciones de forros e interiores: Agar García

Edición: Alejandro Beteta

Diseño: Carelly Cruz y Daniel Hernández

Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de la Editorial Avispero.

* Miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte

Impreso y hecho en México

ENTRECRUZAMIENTOS

II

A Gutierre Tibón, maestro y amigo;
verdadero tlamatini de nuestro tiempo.

I. Paréntesis desastroso

Al llegar a Santa Cruz el tiempo histórico saltó hecho pedazos. Pretérito y presente fluían en una confusión imaginante que desarticulaba el aparecer de las cosas, otorgándoles una inconsistencia onírica y fantasmal. Todo estaba igual: un saber imprecisable me lo decía; sin embargo, tenía la clara sensación de que mi vivencia era apenas un bosquejo, una reminiscencia de un acontecer escenificado en otra vida. ¿Cuánto tiempo había pasado desde entonces? Oí un extraño parloteo y vi a don Ramón en el asiento delantero indicándole con su mano al taxista el camino de la izquierda. Una escandalosa jauría se arrojó en pos del auto y, al reconocer el recibimiento, recordé al instante que la vida en el trópico era un continuo presente.

—Ya llegamos —dijo don Ramón—. Aquí están todos los contestatarios para recibirnos.

—¿Cuáles contestatarios? —pregunté azorado por tanto ladrido.

—¿No los ves?

Miré en todas direcciones y no vi más que las babeantes fauces de los perros arrojándose contra el auto. El taxista continuaba inexpresivo en su asiento. Don Ramón sonreía.

—Mira —dijo señalando con un movimiento de barbilla hacia la ventana posterior—, ahí vienen los neoliberales.

Volví la cabeza y vi tres o cuatro perros que corrían furiosos a juntarse con la jauría que nos acosaba.

—¡Malditos perros! —tronó don Ramón al tiempo que abría con violencia la puerta activando un disparadero de patadas hacia todos lados.

Uno de los perros, al ser impactado en pleno costillar, cayó revolcándose entre agudos aullidos; de inmediato se arrojaron sobre él los otros perros armándose una contienda infernal.

—¡Carajo, Antonio! —exclamó don Ramón dirigiéndose a don Antonio que venía a nuestro encuentro—. Por el amor de Dios, en-

venena ya de una maldita vez a esos perros. Un día de estos se van a comer a un turista atontado.

—Sí, hay que hacerlo —dijo don Antonio con resignación—. Pero ahora está arreciando la pelea por lo mero principal, que es la tierra.

—¿Tan seria está la cosa? —interrogó don Ramón al tiempo que le ayudaba al taxista a bajar los bultos de la cajuela.

—Pues de la chingada —respondió don Antonio levantando una de las cajas más pesadas—. Ahorita les platico al sabor de unas frías.

Don Antonio, que ya había venido a visitarnos durante mi convalecencia en un hotel de Puerto Ángel, se limitó a golpear-me con afecto el hombro dándome a entender que el accidente en que había perdido la vida Teto, su más querido sobrino, era ya parte de un pasado clausurado de manera irremisible por la dureza de la sobrevivencia cotidiana.

—¿Y cómo va el oído? —me preguntó en cuanto nos sentamos en la enramada a tomar las cervezas.

—Pues medio mal o medio bien; depende de la perspectiva desde la que se vea.

—Ah chingados, parece que todos andamos desnorteados —dijo don Antonio medio en serio, medio en broma.

—Según ese médico de Pochutla que tanto apreciaba Eugenio —intervino don Ramón—, todo es cuestión de esperar a que la membrana timpánica dé señales de regeneración. De lo contrario habrá que ir a la Ciudad de México a que le hagan un injerto.

—Puestos a injertar —añadió con sorna don Antonio—, ¿por qué no ponerle de una vez una oreja de venado?

—Porque oiría todas las pendejadas que se dijeran en cien metros a la redonda —repliqué medio molesto.

—¿Ya vieron? —cambió don Antonio de tema al tiempo que señalaba hacia la bahía—. Se está viniendo un rebalse de la chingada.

—¿Y eso? —inquirió intrigado don Ramón.

—Desde ayer por la tarde está anunciado un ciclón —dijo don Antonio sin dejar de mirar hacia el erizado horizonte marino—. Pero fuera de la marejada que se ve allá en la entrada, y del rebalse cabrón que ya mero llega al medio del pueblo, no hay señal de nada.

—¿Está feo el mar para varar en Playa Tortuga? —preguntó don Ramón con semblante preocupado.

Don Antonio dejó de contemplar la entrada de la bahía y volviéndose hacia don Ramón exclamó cortante:

—¡De la chingada! No creo que haya nadie que así como está el mar se atreva a llevarlos. Cuanto y más que ayer mismo le dieron en toda la madre a una lancha de la cooperativa.

—¿Algún muerto? —pregunté ya distanciado de mi egocéntrica pendejez.

—Se salvaron por un pelito —aclaró don Antonio—. Pero la lancha y el motor se fueron a la chingada.

Acabadas las primeras cervezas, don Antonio pidió a Virgilia, la hija con la que vivía en Santa Cruz, la segunda ronda.

—Pues sí —prosiguió luego de prender entre aparatosos tosidos un cigarrillo—, aquí todo se está viniendo de golpe como crecida temporalera. Ayer mismo estuve en Huatulco y la palomilla está brava. Esos licenciados de FONATUR nos quieren hacer pendejos con la cláusula quinta; dicen que no entendimos bien, que la reubicación del pueblo no va a ser donde ahora está, sino cinco kilómetros monte adentro...

—¿Y qué dicen las autoridades de Huatulco? —preguntó intranquilo don Ramón.

—Asegún de donde arrecie el viento —respondió don Antonio—. Si nos ven fuertes y unidos jalan con nosotros, si no se agarran a los centavos que les da FONATUR.

—¿Y cómo está la comunidad de Santa Cruz? —volvió a preguntar don Ramón.

—Ahorita, jalando parejo. O nos urbanizan como debe ser o nos partimos la madre. El convenio está a nuestro favor, y ya vinieron varios licenciados de Oaxaca a ofrecernos su apoyo.

—¿De algún partido político? —interrogó don Ramón.

—De la mentada COCEI y del PSUM...

—Cuidado, Antonio, la cosa es delicada; no mezcles las legítimas demandas del pueblo con turbias manipulaciones políticas.

—Pierda usted cuidado, don Ramón, ya llevo muchos años oliendo las querencias y las pasiones...

Se suspendió por un momento la plática y don Antonio se levantó diciendo que iba a dar unas indicaciones en la agencia y que al rato regresaba. Don Ramón, con la vista fija en el encrespamiento del oleaje, murmuró desalentado:

—Ah, qué fastidio tener que quedar varado en este cochinerito.

—Así es el trópico —dije aceptando con resignación—. Aquí no hay lógica que no se contradiga a cada instante, ni método que no tenga que refutarse a sí mismo para seguir siendo válido.

—El problema, Eugenio, es cuando tienes que depender de los demás. Mi padre solía decir: *e mellor facelo un cos dentes que esperar a que cho fajan*.

—¡Qué raro suena eso!

—Es gallego de las Rías.

—Bueno, tomémoslo con calma, don Ramón, el hecho de estar de regreso aquí es ya toda una proeza metodológica.

—No seamos autocomplacientes, amigo mío, la memoria siempre trata de justificar lo injustificable.

—Pero es que sin memoria seríamos un devenir sin origen ni fin; todo quedaría reducido a un presente fugaz y sin sentido.

—La cuestión es hacer del recuerdo y del olvido una totalidad fluida y gozosa, y no una normatividad tiranizante.

—Está bien, seamos fluidos, ¿qué hacemos?

—Pues no tenemos más que dos opciones: buscar a un loco que se atreva a arriesgar su vida y su lancha o resignarnos a esperar a que baje el rebalse.

—Usted dirá.

Don Antonio, en sorpresivo regreso, se acercó a la mesa.

—Tengo un asunto que quiero platicar con ustedes —dijo muy serio.

—Será más tarde, Antonio —expresó don Ramón incorporándose—, porque ahora mismo vamos a ver quién es el valiente que se atreve a llevarnos.

—Puro cobarde van a encontrar —añadió convencido don Antonio.

—¿Ni Ranulfo? —insistió don Ramón.

—Peor Ranulfo. La semana pasada, al bajar a un ingeniero de FONATUR en Tangolunda, se le vino la lancha encima y de suerte sólo le tronchó una pata.

—Ni modo, Eugenio, nos está venciendo la opción resignante —expresó don Ramón.

—¿Y cuánto va a durar el rebalse? —pregunté para saber la medida temporal de la resignación.

—Sepa —expresó don Antonio moviendo sus hombros—. Tanto puede ser un par de días como una semana.

—¿Y alguien que tenga una lancha de fondo plano? —interrogó esperanzado don Ramón.

—Pues sólo la de Patrocinio. Tal vez por tratarse de usted quiera llevarlo.

Y henos aquí a la búsqueda de Patrocinio. Al llegar a la enramada, ubicada en el lugar más solicitado por el heterogéneo turismo que visita Santa Cruz, don Ramón saludó a una típica negra costeña que platicaba muy floridamente con un grupo de pescadores. Luego de presentármela como la mujer del tal Patrocinio, pasó a exponerle la razón de nuestra visita. Sin dejar de bailotear un sólo instante, la jacarandosa negra nos dijo que su marido estaba de luna de miel y que tardaría un par de horas en regresar, pero de todos modos no había problema, que Licho nos podía llevar.

—¿Verdad, Licho? —dijo dirigiéndose a un joven pescador con los ojos iluminados por el efecto de la hierba Juana.

—Ni madres —contestó tajante el pescador—. Así como está el mar hay que ser muy cabrón para entrarle.

Otro pescador, no menos iluminado pero más maduro, carraspeó que tal vez Benigno, que era muy lanzado...

—¿Y dónde está ese Benigno? —preguntó don Ramón.

—Ahí mero —dijo el pescador señalando a un par de muchachos que amarraban una lancha en la orilla.

Llamaron a Benigno, que se dejó venir con la parsimonia característica del costeño. Al decirle la negra el asunto para el que lo solicitábamos, el musculoso joven se dirigió a don Ramón y le explicó, con muy buen modo, que así como estaba el mar era una locura varar en Playa Tortuga.

—¡Ah, qué la chingada! —exclamó muy dueña de la situación la negra—. Lo que pasa es que todos ustedes son una bola de putos que nomás para pendejear turistas valen.

—No, verdad de Dios que está el mar muy cabrón —se disculpó el tal Benigno.

—¡Vámonos! —rugió don Ramón jalándome de un brazo.

—Esperen —intervino la negra—. ¡Brígida! —gritó hacia la cocina—. Lleva a estos señores a donde está el patrón.

Desde la cocina se oyeron unos cacareos de muchachas.

—¡Brígida, chingada madre! ¿No me oyes? —tronó imperativa la negra.

—Mande usted —contestó apareciendo en la puerta de la cocina una morenita bastante agraciada.

—Que lles a estos señores con el patrón, para que vean que mi hombre sí puede vararlos donde sea.

Salimos tras la muchacha, y al ver que nos acercábamos a la empuercada periferia del pueblo le pregunté qué era eso de la luna de miel. La muchacha se limitó a levantar con desgano los hombros y sonrió. Alborotada por la mirada devoradora que le eché a sus deliciosas chichitas, que se dibujaban insinuantes tras la blusa llena de tizne, la muchacha se adelantó a saltitos, hasta que se detuvo frente a un enorme galpón con techo de palma y, tras decirnos “allí está”, salió corriendo como venada asustada.

—Lo que faltaba en Santa Cruz —dijo don Ramón a la vista del espectáculo—. Un foco transmisor del sida.

En una parte del enorme cobertizo, un hombre recién bañado y medio desnudo intentaba cubrirse con una toalla, mientras corría hasta desaparecer en el interior de la enramada. Las dos mujeres pintarrajeadas que estaban con él se soltaron en estruendosas carcajadas sin hacer el menor caso a nuestra presencia.

—Buenas tardes —saludó don Ramón sin obtener otra respuesta que lascivas sonrisas—. Buscamos al señor Patrocinio.

—Aquí no hay ningún Patrocinio —dijo una de ellas desafiante—. Pero si puedo servir yo...

—Es un asunto serio, muchachas. Decidle por favor al señor Patrocinio que lo busca el señor de Playa Tortuga.

—Ay, gracias por lo de muchachas —dijo en un tono inequívoco la que aún no había hablado—. ¿No se quieren echar uno rápido?

Don Ramón, al darse cuenta de la ruptura entre esencia y apariencia, no pudo evitar un embarazoso sonrojamiento.

Decidí intervenir para sacar a don Ramón del mal momento, pero al preguntar de nuevo por el huidizo Patrocinio, la negación del sujeto vino ahora acompañada por una brutal insinuación al deleznable tráfico.

—Vámonos, don Ramón. Aquí no hay nada que hacer —dije sacándolo de aquel pantano—. Nuestro hombre ni quiere dar el frente ni es hombre.

Se perdieron en la distancia los llamados soeces y las bestiales carcajadas y, bajo un sol implacable que tornaba espumantes playas nuestros rostros, nos fuimos de regreso con un sabor de boca a resignación y fracaso.

—Es increíble —murmuró preso aún del impacto don Ramón—. Este lugar no era así. No puedo asimilarlo, Eugenio; no puedo entender cómo esa negra tan vital y tan mujer nos manda a buscar a su hombre en medio de un serrallo de invertidos sucios y desvergonza-

dos. No hay ética, coño, ni principios, ni nada; viven peor que animales enjaulados.

—Bueno, don Ramón, usted sabe mejor que yo que la vida en el trópico es anárquica, desprejuiciada y desinhibida. Y tal vez eso sea lo interesante, ¿no?

—No digas barbaridades.

—¡Carajo, qué funébrico e inquisitorial se está poniendo!

Caminamos en silencio un buen trecho. Don Ramón, cabizbajo y con una agria expresión en su rostro, era la imagen fúrica del conquistador que termina rebasado por la barbarie que ya creía dominada. Para mí, experienciador sin sistema ni método, sujeto a los vaivenes impredecibles de la vivencia, la situación no dejaba de producirme una atrayente sensación de vértigo. ¿Acaso no era la vigencia de lo diverso lo que con tanto ímpetu había sistematizado don Ramón en sus charlas? Traté de decírselo, con ánimo de hacerle cambiar su amargo semblante, pero el impredecible viejo me cortó tajante:

—¡Joder, exijo el derecho a contradecirme a cada instante!

Conocedor de que nada se puede hacer contra un gallego de casta que decide cerrarse en la terquedad de su creencia, opté por caminar golpeando con despreocupación toda cuanta lata vacía de cerveza o bolsa de plástico encontraba a mi paso. Don Ramón se detuvo de pronto y me miró concentrado. Por fortuna, justo cuando iba a comenzar la perorata, oímos una voz ronca proveniente de una enramada.

—¿Cómo le va, don Ramón?

Volteé hacia el lugar de donde venía la voz y vi a un sujeto de mediana edad, que caminaba hacia nosotros apoyándose con gran esfuerzo en dos muletas que se hundían en la arena.

—¡Qué milagro que se deja ver por acá!

—¡Hombre, Ranulfo! —exclamó don Ramón cambiando de inmediato su estado de ánimo—. Ya me contaron que tuviste un accidente.

—Nada comparado con el que tuvieron ustedes, don Ramón. Ya está quedando como nueva —dijo el hombre mostrándonos una pierna izquierda semivendada y contrahecha.

—¿Qué es eso? —pregunté a la vista de esa pierna a la que le faltaban sus partes más musculadas.

—Unas mordiditas —respondió sonriente.

—¿De cornuda?

—No, de gata.

—¡Putá, se ven horribles! —exclamé impresionado por las azuladas cicatrices pegadas al hueso.

—Sí, alquito.

—¿Y cómo fue?

—Pues buceando...

—Yo creía que los tiburones gata no atacaban.

—Es que me metí en una cueva a sacar langostas. El mar estaba muy rebotado y ya cuando vi en el fondo a los tiburoncitos y quise salir sentí los jalones.

—¡Fue un milagro que se haya salvado!

—Sí, cuando llegué a Puerto Escondido ya merito me pelaba.

—Bueno, Eugenio —intervino ya más calmado don Ramón—, ya conoces al legendario Ranulfo.

—Ranulfo Alvarado, para servirle —dijo el hombre al tiempo que hacía un forzado equilibrio sobre las muletas para darme la mano.

—Mucho gusto en conocerlo —correspondí, sintiendo crecer en mi interior una sana admiración por ese hombre del que tanto había oído hablar y del que yo mismo, sin conocerlo, había hablado.

—¿Y qué, vienen o van? —preguntó Ranulfo.

—Recién llegamos —aclaró don Ramón—. Pero todo parece indicar que vamos a tener que quedar aquí varados por unos días.

—¿Y eso? —inquirió Ranulfo extrañado.

—Nadie quiere llevarnos —repuso en tono decepcionante don Ramón.

—Yo los llevo —añadió con rapidez Ranulfo—. ¿Se quieren ir ahora o mañana temprano?

—¿Así como está el mar? —pregunté desconfiado.

Ranulfo volteó hacia la entrada de la bahía y luego nos enfrentó sonriente.

—¿Qué, le sacan?

—Nosotros no —intervino esperanzado don Ramón.

—Pues yo tampoco —concluyó el pescador.

—¿Y quién nos va a llevar? —preguntó don Ramón señalando con su barbilla las muletas.

—Pues quién, sino yo. Ésta ya está lista para otra —dijo al tiempo que le daba unas palmadas cariñosas a la maltrecha pierna.

—Yo creo que hoy ya no nos da tiempo —expresó don Ramón mirando hacia el sol declinante—. ¿Te parece que tengamos todo listo para mañana a primera hora?

—Como usted diga, don Ramón.

—Entonces quedamos en eso. Hasta mañana —dijo don Ramón tendiéndole la mano.

—Hasta mañana —correspondió Ranulfo despidiéndose de los dos con un fuerte apretón de manos.

Y de nuevo don Ramón volvió a sentirse seguro, dominador de un mundo que exigía una puesta a punto incesante para afrontar con impecabilidad lo inesperado. En ningún lugar como en el trópico había visto la fluctuación tan repentina y violenta de diferentes estados energizantes. Por momentos creía uno estar en el paraíso, pero un respiro más tarde se encontraba debatiendo en el mismísimo infierno.

—Sabes, Eugenio —dijo don Ramón como si hubiera estado oyendo mi pensamiento—, cada vez estoy más convencido de que el trópico es el carnaval donde la razón se ve obligada a disfrazarse para no reírse de sí misma. Aquí las divagaciones puras son como hojas sombreantes de las que tiene que desprenderse el árbol para poder afrontar la calcinante sequía; así, la superficie se torna un espejo

abrasador, pero las raíces están hundidas en el refrescante centro de la vida. Tú y yo, querido amigo, somos una anomalía. Amamos la frondosidad de la razón y, al mismo tiempo, necesitamos la frescura indómita de la vida. ¡Ah, si el Mediterráneo no hubiera dejado de ser el trópico de Europa!

—El calor está fundiendo a los dogmas e ideologías, don Ramón. Más pronto de lo que suponemos las culturas del sur van a sorprendernos con nuevas filosofías.

—El problema, amigo mío, es cómo evitar la caída en los excesos; barroquismos y dictaduras proliferan como hongos allí donde la plenitud solar hace fermentar el humus de la vida.

—Pues yo no sé a qué atribuirlo, pero lo cierto es que esta sensación de cambio constante, de inseguridad y anarquía, a mí me ha hecho mucho bien; al grado de que ya me parece imposible vivir una vida donde el ayer, el hoy y el mañana se repitan en una sucesión programada que rechaza con pavor la accidentalidad y el cambio.

—Bueno, no olvides que el temor al cambio es síntoma inequívoco de vejez. Y ahora sí, dispongámonos a gozar la esencialidad que se oculta tras esta máscara de suciedad y anarquía.

Pasamos frente a la enramada de don Antonio, que barría a conciencia su hija, y don Ramón le dijo que preparara la lumbre, que en un minuto regresábamos con la botana.

—Esta mujer a la que vamos a ver ahora —me dijo sobre la marcha don Ramón—, es otro ejemplo admirable del matriarcado costeño. El marido es un huevón, muy macho y dado a la riña de gallos, pero la que manda ahí es su mujer, excelente cocinera y marchanta de pescado.

El lugar mostraba de manera inconfundible la impronta de una cultivada querencia femenina. Por doquier había plantas y las mesas del restaurante lucían con tal brillo que ni las moscas se atrevían a profanarlo. En el apartado que ocupaba la cocina, dos muchachas parloteaban alegremente.

—Buenas tardes —dijo don Ramón—. ¿No está la patrona?

—Ay, nos asustó —dijo una de las muchachas en un tono andrógino que a mí casi me llevó a la risa.

—Está allá atrás en las hieleras —contestó la otra con el típico deje del maricón costeño.

—¡Carajo, ya llegaron aquí también! —exclamó don Ramón como para sí mismo.

—Con permiso —les dije siguiendo a don Ramón hacia la parte trasera de la enramada.

—Pasen ustedes —contestaron con amabilidad.

—Por lo menos estos son educados —murmuró don Ramón ya a la vista de los enormes compartimientos en que trajinaban una voluminosa mujer y un muchacho.

—Buenas tardes, doña Celia —saludó complaciente don Ramón.

—¡Qué milagro, don Ramón! —exclamó sorprendida la mujer.

—Ya ve, por aquí andamos.

—Ay, don Ramón, qué terrible fue lo que les pasó.

—Así es la vida, doña Celia.

—Pobre Teto, tan buen pescador que era.

—Sí, una verdadera pérdida.

—¿Y van a irse así como está el mar?

—No, mejor vamos a esperar hasta mañana.

—Ah bueno, capaz que para entonces se compone.

—Venimos por un pescadito para una botana.

—Cómo no, don Ramón, usted dirá de cuál le damos.

—¿No habrá un barrilete de diente?

—Ése se lo debo, don Ramón. Así como está el mar los muchachos no han podido curricanear. Pero tengo huachinango, boba, medregal, mero.

—Pero son muy grandes, ¿no?

—Los huachinanguitos son de a orden.

—¿Nos los llevamos? —me preguntó don Ramón.

—Como usted quiera.

—Escójanos tres para cada uno, doña Celia.

—¿Y no quiere unas hueveritas, don Ramón?

—¡Caramba, usted ya sabe que a mí me envenenan con eso!

La mujer, de una campechanía contagiante, le dijo al muchacho que la ayudaba que sacara de la hielera los pescados y los escamara. Don Ramón ayudó a la mujer a cerrar dos enormes hieleras y, luego de lavarse las manos en un tambo de agua, se acercó a tomar una toalla que la mujer le ofrecía.

—¿Ya se enteró usted que ahora sí nos quieren echar, don Ramón?

—Si el pueblo está unido no hay problema, doña Celia.

—Pues dicen que aquí va a ser puro centro comercial y turístico, y que no quieren nada de pescadores ni enhuarachados.

—Eso dicen, pero es la voluntad del pueblo la que manda.

—Ojalá sea cierto. Déjeme ir a buscarle las huevas.

Se fue la mujer hacia el restaurante y don Ramón y yo nos quedamos un rato viendo la negra nublazón que se cernía sobre nosotros. Me pareció que don Ramón decía algo, pero al voltear hacia él y ver la expresión de su rostro, supe que el viejo estaba en otro mundo.

—Aquí están —dijo doña Celia ofreciéndole a don Ramón un enorme plato rebosante de huevas.

—¡Son muchísimas! —exclamó don Ramón.

—Ay, no le saque, don Ramón. Usted sabe que estas hueveritas de huachinango le levantan la vida a cualquiera.

—Entre otras cosas...

—Por eso se las doy —añadió con sana picardía la mujer—, para ver si así ustedes, que son tan buenos galanes, dejan alguna simiente por acá en la costa.

—Gracias por lo de buenos galanes, doña Celia. Si todas las mujeres de por aquí fueran como usted, hace ya mucho tiempo que se hubieran acabado las huevas.

—Ay, don Ramón, qué cosas dice.

—¿Y cuánto le debo, doña Celia?

—No me ofenda, don Ramón. Usted ya sabe que estamos para servirle.

—No, doña Celia, el negocio es el negocio.

—No insista, don Ramón, porque me molesto.

—Pues muchísimas gracias, doña Celia, y ojalá que siga usted siempre tan hermosa y jovial.

—Ay, qué don Ramón.



—¡Qué pegue! —le dije al viejo cuando ya caminábamos de regreso.

—Esa señora es todo corazón.

—Entre otras cosas...

Llegamos a la enramada de don Antonio y Virgilia se adelantó a recibir los pescados.

—¿No está tu padre? —le preguntó don Ramón.

—Ahorita regresa, fue a la agencia —respondió la muchacha tomando los pescados y las huevas—. ¿Cómo los quieren?

—Tú dices, Eugenio.

—No, usted dispone.

—Pues al ajillo, ¿no?

—De acuerdo.

—Por favor, Virgilia, hazlos bien doraditos. Ah, y trae un par de cervezas heladas —le dijo don Ramón a la muchacha en un tono paternal.

Nos sentamos en la misma mesa en que habíamos estado platicando con don Antonio, pero ahora la situación era distinta. El rugido del mar y el negro ennubamiento no presagiaba nada bueno; sin embargo, entre don Ramón y yo circulaba una energía marcadamente positiva.

—Tengo la impresión de que fue hace años que dejamos el estudio —comentó don Ramón nostálgico.

—Al carajo el estudio, lo importante es la vida.

—Para mí una vida sin estudio es un regreso a la barbarie.

—No me venga ahora con esas monsergas. ¿Acaso la razón de ser del estudio no es buscar una vida plena? ¿Y no estamos ahora viviendo con plenitud?

—Sí, pero debemos tener presente que no hay plenitud que dure para siempre.

—Ni nadie que la soporte.

—Hablo en serio, muchacho, debemos retomar nuestro seminario.

—Con calma, don Ramón, apenas estamos llegando.

—Ahí está el problema, que yo voy a tener que ir a la Ciudad de México a buscar los libros que necesitamos y a resolver un par de asuntos.

—Aquí están las cervezas —dijo Virgilia llegando y partiendo con un sigilo que es ley en las mujeres costeñas.

—¡Salud! —exclamó don Ramón levantando su cerveza—. Por lo que necesita nuestro ser para llegar a conocerse.

—¡Salud! —correspondí—. Por llegar a merecerlo.

Don Ramón abarcó con su vista toda la curvatura de la bahía y un brillo de bondad asomó tímido en sus ojos.

—Querido amigo —expresó—, mucho me temo que este lugar histórico no podrá soportar la piratería turística. ¿Sabías que el terrible Cavendish estuvo aquí haciendo de las suyas? Pero no pudo con la cruz. Primero le echó amarre al mástil de la nave; luego intentó romper la cruz a hachazos y tampoco pudo, ¿sería de madera de guayacán? Por último decidió prenderle fuego y sólo logró que se ahumara la base del madero. Cuando al fin se alejó, con la mira puesta en el galeón que hacía la ruta Acapulco-Manila, le preguntaba una y otra vez a su libro-oráculo, la Biblia de Eduardo VI, qué tendría aquella cruz para haber resistido los embates del calvinista que tenía empavorecidos los mares del Nuevo Mundo. Todo un personaje este Cavendish; un auténtico paradigma de la idiosincrasia inglesa: heroico, fanático, ladrón, sagaz, racista y con

una voluntad a prueba de huracanes y de la natural viciosidad del trópico. ¿No has leído a Germán Arciniegas?

—No. Pero creo recordar que en su *Historia personal del “boom”*, Donoso le mienta muy sutilmente la madre a Arciniegas y a los costumbristas.

—Tienes que leerlo. Su *Biografía del Caribe* es uno de los libros de cabecera de Gabriel García Márquez. Te lo voy a traer ahora que vaya a la Ciudad de México. ¿Y qué me dices de aquella playita que se ve allá al fondo?

—¿La de la Entrega?

—Sí. Allí entregaron al heroico Vicente Guerrero. Qué ironía de la Historia, pensar que un par de playas más adelante López Portillo le entregó a Rosa Luz Alegría las llaves secretas de su reino. Reminiscencias del absolutismo ilustrado, Eugenio; anécdotas de un país que se niega a reencontrar el cauce natural de su grandeza histórica. Virgilia, por favor, ¿puedes traerte otro par de cervezas? Quizá a ti todo esto te parezca un absurdo sentimentalismo, pero es que aquí yo tuve la oportunidad de renacer, de hacer diverso lo que antes era único.

—Yo apenas empiezo, don Ramón. Sin embargo veo ya con claridad el peligro de entregarse tan a fondo.

—¿Qué quieres decir?

—Que me parece que no es bueno querenciarse a tal grado de un lugar, y más si el lugar en cuestión es presa codiciada de los burócratas del desarrollismo.

—Esa es una actitud cobarde. Si no enraizas tu querencia y luchas por ella, te pasarás toda tu vida arañando con desconfianza el polvo de la superficie.

—Es usted la contradicción en movimiento. Unas veces dice que no hay que aferrarse a nada, y otras que hay que enraizarse profundamente. ¿Quién carajos lo entiende?

—Tú lo has dicho: soy una “contradicción en movimiento”. El problema sería que fuera una contradicción estática.

—Pues para mí el trópico es indescifrable, inseguro, indomable. Y comprenderá usted que no le voy a meter toda mi energía a algo que se me escapa incesantemente de las manos.

—Gracias, preciosa —le dijo don Ramón a Virgilia tomándole las cervezas que traía.

—No hay de qué, don Ramón —respondió servicial la muchacha—. ¿Les traigo ya los pescados?

—Por supuesto, criatura. Como que ya necesitamos un poco de gozación sensible para aquietar las ásperas divagaciones de la mente.

—¡Guauuu! —exclamé a la vista de tamaño ofrendamiento.

—Después de la agriedad, la dulzura. Así es la vida marinizante, querido Eugenio. Y esto lo comprendió el excepcional Durrell, aferrándose como un náufrago a la esencia estimulante de las islas griegas.

—Siempre habrá un escritor que literaturice la belleza de un lugar para entregárselo vencido a las contaminantes oleadas turísticas.

—Sí, pero puedes estar seguro que no siempre habrá un manjar como éste naturalizando la viciada artificiosidad de dos escritorzuelos.

¡Y qué manjar! Rociadas con la ácida vitalidad de los limones, las huevas de huachinango eran lo más parecido a la mítica ambrosía que la era de los refrigeradores había expulsado para siempre del ámbito citadino. Ahora se me revelaba con claridad que la vida de la ciudad era exactamente igual a su comida: manida, inconsistente, insípida y mistificada con edulcorantes y conservadores cancerígenos. Carajo, que me perdonen los millones de seres orgullosos de sus selvas de cemento, aluminio, vidrio y plástico, pero aquello, como los alimentos congelados, era la muerte conservada viva.

—Qué, ni hablas, ¿eh?

—Monologo, don Ramón. Es imperativo devolverle el sabor de la naturaleza a la vida.

—La esencia del sabor es el conocimiento. Saber y sabor van unidos. Esto lo vio como nadie el artificioso Italo Calvino cuando vino aquí a Oaxaca.

—Hay muchas Oaxacas, don Ramón.

—Sí, también hay muchos sabores y saberes.

—Buen provecho, señores. ¿Qué, les gusta nuestra bahía?

—Ah, Antonio, pasa y siéntate aquí con nosotros a degustar el sabio sabor de la auténtica vida.

—Gracias, don Ramón, pero ya botaneé allá en la agencia.

—Pero no esta deliciosa, don Antonio.

—Bueno, la mera verdad es que estaban a todo dar los tamalitos de iguana.

—¿Una cerveza, Antonio?

—Eso sí que de ley, don Ramón.

Don Ramón le dijo a Virgilia que trajera tres cervezas y que fuera anotando todo, para que su negocio no fuera a caer en quiebra.

—Pierda cuidado, don Ramón —intervino don Antonio—, esta chamaca desde chiquita pintó para restaurantera. Aunque usted no le dijera nada, allá adentro ya tiene todo anotado.

—¿Y por qué no la mandó a estudiar a Oaxaca, don Antonio?

—Porque no quiso. Ella está feliz así, dice que el mucho estudiar agria la vida.

—¡Sabia muchacha, caramba! —exclamó don Ramón.

—Todo lo contrario es su hermano mayor; ése sí ya es guardia marina allá en Veracruz.

—¿Y dónde está el resto de la prole?

—Por ahí regada, en Oaxaca, Salina Cruz.

—¿Cuántos?

—Sepa. Veinte o treinta.

—Todo un ejército —concluyó don Ramón.

—Al menos una guerrilla —argüí con sarcasmo.

—¡Salud! —dijo don Antonio levantando la cerveza que Virgilia le había entregado.

—¡Salud! —respondimos don Ramón y yo a coro.

—Tengo un asunto que platicarles ahora que terminen —dijo don Antonio poniéndose ceremonioso.

—De una vez, Antonio, para que sirva de complemento a esta exquisita comida.

—Es que es un poco dilatado.

—Mayor razón para que empieces ya.

—Pues se trata de unos muertitos.

—Ah, caray, demasiado postre para este platillo, ¿no te parece, Eugenio?

—Por lo mismo, dije que mejor después.

—Por mí no hay problema, don Antonio. Una historia de muertitos es el justo complemento a tanta vida.

—Bueno, pues ahí les va. Hace cosa de tres semanas vino a buscarme una mujer alegando que su marido y su papá habían discutido el día anterior muy rudamente, por causa de la indemnización de un terrenito que les fue expropiado aquí, en los linderos del pueblo. La mujer se quejaba de que su marido, fuera de juicio por el mezcal, la había golpeado feo cuando ella le preguntó en la tarde por su padre. Está bien, le dije, ahorita me encargo. Después de despedir a la mujer, me agarré a dos topiles y nos fuimos a averiguar los sucesos. Pero resulta que ni el papá de la mujer ni el marido aparecían por ningún lado. No hay nada qué hacer, me dijo Chencho, el topil mayor, mejor lo dejamos pendiente hasta que agarremos cargo. Y nos regresamos a la agencia. Pero no bien había pasado el mediodía, cuando vino de regreso la mujer con tamaña chilladera, gritando que allá estaba su papá tendido en medio de una zopilotería de la chingada. Y que nos vamos tras ella por el rumbo de los lavaderos, allá por la salida del pueblo.

¡Su madre, qué peste levantaba ya el finado! Correteamos a los zopilotes y, al voltear el cuerpo ya pasado por la gusanera, que vamos viendo un tremendo hoyo en medio de la cara. “Eso fue escopetazo”, dijo Chencho. Pero a mí no me convenció el parecer; un escopetazo abre boquete reventando y no deja el borde liso ni con tanta hondura. “No, Chencho”, le dije, “esto fue un chingadazo con un marro u otro fierro”. Por suerte, salimos pronto de dudas cuando el

topil menor, Cirineo, encontró a unos metros la barreta manchada de sangre ya seca. “¿Y quién sería el hijo de la chingada que lo hizo?”, nos preguntamos. La mujer que estaba llora y llora con su aguacero del alma, dijo que su marido era el causante. ¿Testigos? Por más que preguntamos nadie nos dio razón. “Te me vas ahorita a Pochutla y das parte al ministerio”, le dije al topil mayor. Y ahí quedó la cosa de momento.

—¡Virgilia, arrima otras frías! —gritó don Antonio a su hija—. Éstas corren por mi cuenta. ¿En qué estaba?

—En la ida a Pochutla.

—Ah, sí. Bueno, pues regresó el topil de Pochutla y yo ya me desatendí del caso. Pero dos días después, que viene de vuelta la mujer con una viejita, diciendo que su marido le había sacado un ojo a un hermano suyo en una alegata en casa de su madre, que era la viejita que estaba allí presente. Le dije a tía Chole, que así se llama la viejita, que me platicara todo lo sucedido. De manera que supimos que el cabrón había llegado a la casa de su mamá bien pasado de mezcales y que luego luego comenzó a ofenderla. El hermano, que estaba allí presente y en su juicio, se enfrentó con él reclamándole lo mal hijo que era y que además lo iban a echar al bote por haber matado a su suegro. Que se va armando el desmadre y el cabrón, aprovechando que su madre detenía al hermano, que agarra un gancho langostero y se lo clava en un ojo vaciándose. Y que nos vamos de volada al lugar de los hechos.

Al llegar, el herido, que estaba tirado en un petate con una toalla llena de sangre envuelta en la cabeza, nos confirmó la plática de su madre. “Hay que echarle cuerda a ese malnacido”, dijo el topil mayor encabronado. “Espera, Chencho”, lo calmé tomándolo del hombro, “es el ministerio público el que tiene que dar la orden de aprehensión”. Le quitamos al herido la toalla de la cabeza y ¡chingada madre!, qué feo se miraba aquello sin ojo. “Hay que llevarlo con un médico”, dije sintiendo pena por aquel pobre tuerto. Y que se va Chencho a Pochutla otra vez a dar parte, aprovechando el viaje para acompañar al desojado.

—¡Caray, Antonio, eres un funcionario ejemplar! —exclamó medio en broma don Ramón.

—Se hace lo que se puede —dijo don Antonio después de echarse un sabroso trago—. Y ya para hacérsela breve. Resulta que de Pochutla vino una partida de judiciales que, al no encontrar al hijo de la chingada que ya se había enmontado, la emprendieron a chingados con todo cuanto borrachito y marihuano encontraron. A mí me dolía el corazón de pensar que ese cabrón andaba suelto y creyéndose muy salsa. Cuanto y más que yo sabía por informes que se recogía en el Carrizal, la playita que ladea con Playa Tortuga.

—Ah, carajo, como quien dice lo tenemos en la casa —dijo don Ramón preocupado.

—Pues allí estuvo el hijo de la chingada hasta la semana pasada, en que a lo mero macho se lo echaron.

—¿Se lo echaron? —pregunté interesado.

—Resulta que yo ya había mandado a un topil a Playa Tortuga para que le advirtiera a mi mujer del peligro y que no fueran a dejar la cabaña de don Ramón sin cuidado.

—Se agradece, Antonio.

—Para eso estamos, don Ramón. Bueno, pues el hijo de la chingada como que se olió la cosa y no apareció para nada por Playa Tortuga. Pero eso sí, se querenció con la mujer de un compadre suyo y venía por las noches al puerto a dárselas de muy gallo. Y tan gallo era el cabrón, que terminó diciéndole a su comadre que en cuanto se le pusiera enfrente su compadre lo iba a mandar con San Pedro. Y la muy zorra de la comadre, que va y en la mañanita, apenas regresando su hombre de pescar, le platica todo, pero cambiándosela de plano; que la había forzado con golpes y amenazas y que por miedo ella no había dicho nada hasta ahora, en que estaba muy asustada porque sabía que el compadre era un matón capaz de todo. El marido, que era un chingón para la cacería, le creyó más a la amenaza del cabrón que a la fidelidad de su mujer, y por aquello de las dudas se aprestó a madrugarlo. Hasta aquí la historia acomodo-

dada por el entender de este su servidor; lo demás es lo que quiero consultarles.

—No entendí muy bien, don Antonio —intervine—. Dice usted que el cazador madrugó al asesino que andaba huido.

—Bueno, a según me dice mi entendedora yo compongo lo sucedido. Desde la noche aquella en que el huido tuvo la plática con la comadre, nadie lo volvió a ver. Yo por mi parte mandé a mis topiles a que se dieran un paseo para ver si la zopilotería los llevaba al pudriero, pero nada; lo único que encontraron fueron las pertenencias que el huido tenía allá en el Carrizal donde estaba encuevado. Por lo mismo, cuando mandé llamar a todos los implicados para acabar de una vez con el desmadre, que me encuentro con que el cazador ya no había regresado a su casa desde la mañana en que su mujer le contó que lo querían venadear. De manera que no aparecían ni el huido ni el cazador, hasta esta mañana que me mandaron llamar para decirme que habían visto al mentado cazador allá por una ranchería arribita de Huatulco. Entonces fue cuando me dije yo: este amigo hizo bien las cosas, madrugó al cabrón y lo echó al mar amarrado con una piedra.

—¿Y de dónde saca usted esa conclusión? —pregunté intrigado.

—Pues de que el cuerpo del cabrón no aparece por ningún lado. Y de que lo venadearon no hay duda, ¿por qué si no anda el cazador huido?

—Muy bien, Antonio, coincido con tus conclusiones. Pero si el caso ya está resuelto, ¿sobre qué querías consultarnos?

—Lo mero principal, don Ramón. ¿Qué hago con el cazador? Si doy parte a Pochutla, se pela, como se peló el cabrón ya finado. Si le caigo y lo agarro, ¿habré hecho bien?

—¡Déjelo ir, don Antonio! —exclamé tomando partido por el cazador.

—Un momento —intervino don Ramón—. ¿Acaso la justicia es cosa de opinión?

—No me salga con prejuicios de buen burgués, don Ramón. Ese hombre además de actuar en legítima defensa, libró a la sociedad de un sujeto deleznable.

—No hablo en defensa de una justicia corrupta, sino de un precepto categórico indispensable para que la sociedad civil desplace de una vez el autoritarismo y la barbarie. Si nos oponemos a la justicia como la entienden Washington y Moscú, debemos también oponernos a las reminiscencias barbáricas que desplazan la universalidad de la justicia en favor de un particularismo antiético que favorece al más pícaro, al más sagaz y al más fuerte.

—En síntesis, ¿cuál es su opinión?

—A eso iba. Para mí, el primer paso erróneo lo dio Antonio al no haberle echado mano a tiempo al culpable de agresión y asesinato.

—¿Cómo está eso, don Ramón? —preguntó don Antonio confuso.

—Sí, Antonio. Al delegar tus responsabilidades al ministerio público de Pochutla, lo que hiciste fue lavarte astutamente las manos. Si al mismo tiempo que diste parte en Pochutla hubieras agarrado al culpable, no habría lugar para los hechos que luego se suscitaron. Tú sabías que ese hombre era convicto de agresiones y asesinato. Como autoridad local te correspondía aprehenderlo de inmediato y enviarlo a Pochutla para que la justicia aplicara el rigor que ameritaba el caso.

—Para qué tanto argüende, don Ramón. Usted sabe como yo que la justicia se alborota luego luego con una feria que le manden. Si yo hubiera amarrado a ese cabrón con destino a Pochutla, capaz que en un par de semanas estaría de vuelta más bravo y más gallo.

—Ahí tienes, querido Eugenio, la causa de que la sociedad civil no llegue a autodeterminarse: un escepticismo autodestructivo y desesperanzador que hace que la corrupción y las arbitrariedades subsistan en un tiempo que el dictado de la razón y de la Historia da ya por fenecido y sepultado. En fin, ¿qué hacer con un hombre que mató en aparente legítima defensa? Pues llevarlo a Pochutla, Anto-

nio, y encargarse personalmente de que los dictados de la ley no se dobleguen ante influencias y billetes.

—Discrepo de su opinión. La corrupción y el influyentismo no se vencen con buenas intenciones, ni con llamados patriarcales a la sana razón. Mientras no tengamos un sistema legal honesto y transparente, estaremos en guerra contra la corrupción y los excesos de poder; y es obvio que en tiempos de guerra sólo sobrevive el más apto, el más sagaz, el que sea en verdad impecable. Por eso yo le sugiero que lo deje ir, don Antonio, a falta de hacerle un homenaje por haber librado a la sociedad de un elemento detestable.

—¡Qué bueno que no se ponen de acuerdo! —exclamó don Antonio—. Eso me aligera la conciencia.

—¿Por qué? —preguntamos don Ramón y yo al unísono.

—Pues porque esta misma mañana le dije al topil mayor que fuera a ver al cazador y que le dijera de mi parte que se fuera mucho a la chingada, pero lejos; que si lo veía por aquí lo mandaba refundir en Oaxaca. Así maté un chingo de palomas con un solo tiro: me libré de toda esa bola de malosos, y además alejé del lugar a uno de los peores enemigos del venado y el jabalí. Ustedes no lo creerán, pero hasta aquí me llega la algarabía con que celebran mi decisión los animales del campo, que éstos sí no saben de corrupción ni de esas chingaderas.

—Muy bien, Antonio —añadió don Ramón algo molesto—, entonces nosotros la hemos hecho de payasos.

—No, don Ramón, usted sabe cuánto respeto su parecer. Los consulté como hombre no como autoridad. Mi conciencia es más importante que mi puesto.

—¿Y ya está tranquila tu conciencia?

—Si no tranquila, al menos ya no está tan azotada. Mire usted, don Ramón, lo mucho que aprendí oyendo sus sugerencias. Yo antes pensaba que la ley, la justicia y el gobierno eran cosas como Dios y los santos, que están por encima de uno sin que uno los pueda jamás ver. Ahora se me hace que no es así, que cada quien tiene su idea de

la vida y de sus querencias, o lo que decimos por aquí: “cada cabeza es un mundo”. Y la mera verdad es que la autoridad no es más que uno de esos mundos, que se separa tanto de los demás que ya mero lo creemos como Dios: invisible y todopoderoso. Pero vea usted, aquí la gente le pone veladoras a los santos y a los muertos, y al gobierno puras mentadas de madre. Yo no quiero que me pongan veladoras, y que tampoco me mienten a mi sagrada madre. Por lo mismo, me limito a servir a mi comunidad como ese uno más que siempre he sido, con los mismos amigos, las mismas querencias y los mismos ideales. ¿O cree usted que ahora por ser autoridad valgo más como hombre de lo que valía antes?

—¡Virgilia! —llamó don Ramón con fuerza a la muchacha, que se acercó medio asustada—. Sírvenos, por favor, las últimas cervezas para celebrar el buen juicio de tu padre. ¿Sabes una cosa, Antonio? Qué bueno que llegaste tarde a la política y al poder, porque hubiéramos perdido a un gran amigo.

—¿Y por fin qué decidieron? —preguntó don Antonio mirando hacia el embravecido mar.

—Parece que nos vamos a ir con Ranulfo —respondió don Ramón.

—Ese hombre no aprende que la ley del mar no admite ofensa ni menosprecio —murmuró don Antonio moviendo en desaprobación su cabeza—. Esto está empeorando, don Ramón; mire la espumadera allá afuera. Apenas acaban de salir de una y ya se quieren aventar a otra. No le tienten, el mar no perdona agravios.

Las palabras de don Antonio, dichas con tanta gravedad y convencimiento, activaron con alarma mi recuerdo. Me vi de nuevo a merced del furioso oleaje y no pude evitar que el pensamiento del mar, como una inmensa fuerza viva y justiciera, se posesionara de mí infundiéndome un pavor que ya creía perdido en el más oscuro rincón de la memoria. Miré hacia don Ramón y expresé derrotado:

—No hay apuro. Mejor esperamos a que nos dé el visto bueno.

—¿Quién? —preguntó don Ramón.

—Pues el mar, ¿quién si no?

Don Ramón se quedó mirándome con fijeza y, al final de la lectura que hizo en mi afligido interior, añadió más calmado:

—Sí, vamos a ver qué nos depara el nuevo día. No podemos provocar con tanta impunidad la furia de la naturaleza, porque esa fuerza, además de ser madre de todos los dioses terrenales, sí está por encima de nosotros y como tal la vemos, ¿no es cierto, Antonio?

—Así es, don Ramón —dijo don Antonio incorporándose—. Les voy a preparar unos catres ahí adentro.

—No, Antonio —expresó don Ramón—. Mejor nos quedamos aquí en las hamacas.

—Como gusten. Bueno, pues que descansen bien, si es que el tiempo lo permite —dijo don Antonio señalando con su rostro hacia las cargadas nubes que fluían del mar a tierra con una rapidez inusitada.

Don Ramón se alejó en la oscuridad en dirección al extremo enmontado de la playa y yo, sin tanto protocolo, me acerqué a la orilla a orinar mientras contemplaba el sobrecogedor aspecto de las nubes. De pronto sentí una fuerte punzada en el oído, lo que contribuyó a aumentar todavía más la sensación negativizante. Pinche oído de mierda, me dije regresando a buscar entre mis cosas la caja de antibióticos. Cuando llamé a Virgilia para pedirle un vaso con agua, ésta ya salía de la cabaña con un par de cobijas bajo el brazo. Me las dio, le pedí el agua y deposité una cobija en cada hamaca.

Don Ramón regresó al rato y, luego de acomodarse en su hamaca, me dijo:

—Fue un bello día, Eugenio. Las dudas y los temores al mismo tiempo que le muestran al hombre su pequeñez, le hacen comprender la raíz de su grandeza.

La silenciosa asimilación de las palabras pronunciadas por don Ramón se fundió enseguida con el presagiente estallamiento de las olas. En la distancia, los aullidos de los perros parecían invocaciones para exorcizar la presencia de la muerte.

Cayeron las primeras gotas de lluvia como un susurro de voces acercantes. Miré preocupado hacia la hamaca de don Ramón y el bulto que formaba su cuerpo no dio la menor señal de inquietud. En la ominosa oscuridad surcaban lejanos los relámpagos, dejando tras la violenta tracería una sensación de angustiosa impotencia. Di repetidas vueltas en la hamaca buscando en vano un acomodamiento adormeciente, y ya cuando estaba en el estado de transición en que exterior e interior se confunden para sublimarse, que voy sintiendo una serie de jalones en la parte de la hamaca ocupada por mis pies. Me semincorpo con violencia y veo a un maldito puerco tirando con insistencia de la cobija. Traté de echarle una silla encima, pero el cabrón puerco salió disparado apenas vio mis intenciones.

Don Ramón parecía dormir como si habitara un mundo ajeno ¿paralelo? a tamaño desconcierto. ¿Dominaría este hombre tan complejo e interiorizado las técnicas del soñar? Pensé en los románticos alemanes, en los simbolistas franceses, en don Juan y el *Xihuámatl* de los nahuas, hasta que arribé a Freud y su patriarcalismo judeocristiano. Dejé que el pensamiento fluyera a su arbitrio y una serie de imágenes se superpusieron caóticamente, hasta que me vi encogido en posición fetal en una enorme cama; solo ante los ruidos circundantes y cubierto por una impenetrable capa de cobijas que se abría en un lado, justo para que la punta de mi afilada nariz asomara indefensa en busca de la corriente oxigenante. Y así una y otra noche hasta que mis padres —qué hijos de la chingada, pensaba ahora— regresaban de su salida nocturna y deshacían con sus voces el nudo de pavor que me condenaba al insomnio. Pero ahora, ¿cómo explicar esa sensación de temor y desamparo que me embargaba? Secuelas del naufragio, no había duda; consecuencia de haberle visto la cara a la muerte, y además el pinche tímpano destrozado. ¿No era ya tiempo de que me sucediera algo positivo? En cuanto llegue a Playa Tortuga me voy a dedicar de tiempo completo al venado; tengo que chingarme uno, y entonces sí va a cambiar mi sino.

—¿De qué hablas, muchacho? —oí una voz a mis espaldas.

Volteé y vi a un campesino al que me resultaba imposible precisarle el rostro por la luminosidad que desprendía.

—Busco un venado —respondí convencido.

—¿Por estos rumbos?

—Sí, le acabo de tirar y creo que le pegué, pues se azotó para atrás.

—¿Estás seguro que era venado?

—Claro que sí.

—¿Tenía cuernos?

—Bueno, la verdad es que no me acuerdo muy bien.

—¿Y estás cierto de saber lo que buscas y dónde estás?

—¿Por qué no iba a estarlo?

—Porque aquí no se hace nada sin mi consentimiento.

—¿Quién es usted?

—El cuidador de este lugar.

—Usted no parece ser de por aquí.

—Eres tú, no yo, el que es extraño.

Miré la vegetación circundante y comprendí, sorprendido, que me encontraba en un lugar en el que jamás había estado.

—¿Dónde estoy?

—En la Chinantla.

—¿Y el mar?

—Toma —dijo el hombre tendiéndome una cuerda anudada—. Cuando llegues al final de los nudos lo dulce será salado.

—No entiendo.

—Empieza a contar para reducir la distancia que nos separa.

Y comencé la cuenta de los días, meses, años? Al llegar al tercer nudo, la cuerda se me enredó en las manos; al pasar el quinto tuve la certeza de que la cuerda tenía vida, y al desanudar el séptimo la cuerda, fría y viscosa, comenzó a deslizarse en forma de serpiente por mi brazo. Grité despavorido y, al despertar, la fluencia onírica se fundió con una vigilia portentosa y espeluznante. Semincorporado sobre la hamaca vi a don Ramón entre varios pescadores

pugnando por subir una lancha a tierra firme. Virgilia cruzó corriendo frente a mí, y al preguntarle qué sucedía me respondió, al tiempo que amontonaba sillas y mesas, que venía un viento recio. Salté de la hamaca y me fui al espacio abierto de la playa con intención de ayudar en algo. Las nubes, negras y densas, se dejaban venir semejando una expansión atómica sobre la costa. Se levantó de golpe una espesa cortina de arenilla que apenas me permitió ver cómo una lancha era arrojada por el mar con violencia contra un grupo de pescadores. Oí fuerte e imperativa la voz de don Ramón y me fui corriendo a su encuentro. Varias lanchas, que habían roto su anclaje, se dirigían hacia la playa como impulsadas por un motor a plena potencia. Me acerqué al grupo en el que luchaba como un titán don Ramón, y vi que debajo de la lancha que trataban de mover con gran esfuerzo, estaban los cuerpos de dos pescadores que parecían muertos. Arrastramos al fin los cuerpos a una cabaña y comprobamos que aún tenían señales de vida. Una mujer y tres niñas gritaban abrazando con desesperación a uno de los accidentados. Don Ramón dijo que buscaran enseguida un auto para llevarlos a Pochutla. De pronto se sintió un espantoso bramido proveniente de la entrada de la bahía, y don Ramón tomándome del brazo me arrastró entre una atmósfera de arena. Al llegar a la enramada de don Antonio, éste y su hija trajinaban con rapidez afianzando unos amarres. Don Ramón les gritó que dejaran la maldita enramada y que se centraran en el interior de la cabaña. Y allá vamos, echando amarres y reclaveteando la nave como lobos de mar al borde del naufragio. Llegó la primera racha de lluvia y tras ella el ensordecedor estruendo. Dos puercos, que corrían por la playa profiriendo agudos chillidos, volaron como dos bolsas de plástico; uno reventó contra un horcón de la enramada y el otro desapareció con rumbo incierto. Los techos de las enramadas se levantaron como impulsados por un resorte y la cabaña de don Antonio empezó a crujir amenazante. Me agarré asustado a uno de los horcones mientras oía, más que veía, a don Antonio diciéndole a don Ramón que no había nada que hacer, que mejor nos fuéramos para el monte. Don Ramón,

sin dejar de entregarse al afianzamiento de una solera, le replicó que no había lugar seguro, y que mejor era perder luchando que no entregarse vencidos de antemano. Volaron varias láminas de asbesto de la parte frontal de la cabaña, y en la parte posterior se oyó un pavoroso aullido de perro, seguro golpeado por una de las láminas. Don Ramón, que no dejaba de ir y venir buscando dónde era necesario un mayor esfuerzo, al verme así amarrado al horcón, exclamó furibundo:

—¡Hostia, no tienes remedio!

Se abrió con violencia la puerta frontal de la cabaña y el interior se convirtió en un torbellino de trastos, ropa y cacharros.

—¡Me cago en Dios! —explotó don Ramón arrojándose hacia la puerta con intención de cerrarla.

—¡Ahí viene la marejada! —gritó don Antonio en el momento en que me disponía a ayudar a don Ramón.

Vi como el agua subía hasta mis rodillas llevándose todo a su paso.

—¡Vámonos que esto se viene abajo! —volvió a gritar don Antonio.

Dudé un momento entre permanecer allí anclado o saltar chapoteando sobre el agua. Cuando por fin me desprendí del horcón, vi cómo parte del techo se me venía encima cambiando de golpe la visión circundante...

Una intensa bruma unía cielo y mar en una visión dantesca extraña a la diafanidad del trópico. Un intersticio se abrió de pronto en la negrura, permitiéndome distinguir en la lejanía de una atmósfera turneriana una construcción familiar pero imprecisa. Experimenté una fuerte sacudida en la nuca y vi eufórico, a una centena de metros bajo mí, desplazarse el deseado paisaje de Playa Tortuga. Descendí sobre la terraza de la cabaña de don Ramón y di unos pasos para confirmar la condición extraordinaria del acontecimiento. En el extremo próximo de la playa, unas sombras diminutas corrían en torno a una lancha a merced de la rompiente. Traté de centrar en uno

de los puntos la visión, y de nuevo volví a experimentar la increíble sensación de vuelo. De repente, como si una voluntad todopoderosa le hubiera subido el volumen al sonido ambiental, oí el estruendoso estallamiento de las olas y me vi presionando con desesperación un grampín sobre la arena. Seguí angustiado la tirantez de la cuerda y vi la imagen indefensa de Ranulfo destrozándose con la lancha contra la orilla. Quise moverme para auxiliarlo, pero todo esfuerzo resultaba inútil. Miré derrotado en derredor y vi la expresión gesticulante de don Ramón tratando de decirme algo que me resultaba inaudible. Por fin, como si el sonido se desplazara con el ritmo del oleaje, me llegó desgarradora la voz del indoblegable viejo: “¡Mueve el grampín hacia las rocas!”. Esta vez, sin mayor esfuerzo, pude levantar el grampín de la arena, y al correr con él hacia un promontorio rocoso sentí un descomunal tirón de la cuerda y vi cómo uno de los ganchos del grampín se clavaba en mi muslo izquierdo, arrastrándome hacia el torbellino de espuma. Quise gritar, pero al abrir la boca un líquido espeso y salobre me entró de lleno saturándome los pulmones. El rugido de las olas cesó de pronto y me vi chapoteando en un mar de sangre entre los restos del maderamen de la lancha e infinidad de paquetes de avena, *Corn Flakes* y espagueti.

—De plano estás salado —oí a don Ramón al tiempo que se aclaraba la visión y lo veía sentado a mi lado.

Estaba tendido en un catre bajo la única lámina del techo que quedaba de la cabaña de don Antonio. La cabeza me crujía como corteza reseca, y al querer llevarme la mano derecha hacia ella para cerciorarme de la realidad de la vivencia, don Ramón me la detuvo en el aire diciéndome que una solera me había golpeado al caerse, pero que mi cabeza de alcorcho había aguantado el impacto. La voz de don Ramón me llegaba apagada y disonante, como si una enorme masa de agua amortiguara lo hablado.

—¿Y Ranulfo? —pregunté aún confuso.

—Sepa la chingada —respondió don Antonio que se acercaba con un vaso de agua y una pastilla.

—¿Y la lancha? —insistí desconcertado después de tomarme la pastilla.

Don Ramón y don Antonio se miraron sonrientes, y el primero me dijo que todo estaba controlado.

—¿Y cómo va el oído? —preguntó don Antonio.

Me llevé la mano al oído izquierdo y al retirarla vi en los dedos las amarillentas huellas del drenaje.

—Mierda, está supurando —dije dando a entender que ya todo me valía madre.

—Tranquilo, ya pasó lo peor —expresó don Ramón—. Ahora acomódate sobre el costado derecho porque voy a limpiarte ese oído. Don Ramón improvisó, con unos palitos y con un trozo de papel higiénico que rescató de milagro del naufragio, unos hisopos y se entregó a la delicada tarea higienizante. Luego de haberme metido varias veces los palitos en el oído, volteé hacia él y vi en su rostro la expresión de gravedad que entrañaba el caso.

—Mañana mismo, si estás un poco mejor, nos vamos —añadió incorporándose.

—¿Ya se calmó el mar?

—No, nos vamos a México.

—¿A México?

—El destino manda, muchacho. Tu oído está muy mal; le entró cantidad de arenilla y suciedad, y hay peligro de una infección más grave.

—¿Ya no chingue, don Ramón!

—Esperemos que esto no empeore, pues hasta mañana no podremos conseguir ningún antibiótico.

—No hay problema, yo tengo suficiente Ilosone y Bactrim en mi equipaje.

—Ya no existe tal equipaje. El mar se llevó todas nuestras pertenencias, incluyendo los víveres.

—¿Chingada madre, todo está en contra!

—Ahora recuéstate tranquilo por el resto del día. Antonio y yo nos vamos caminando por una veredita que él conoce hasta Playa

Tortuga. Necesitamos saber cómo están su señora y sus hijos, y también quiero echarle un vistazo a mi cabaña, pues nos vamos a ausentar por algún tiempo. Si necesitas algo, pídeselo a Virgilia, que al rato regresa con un remedio que fue a prepararte a casa de su madrina.

¿Tranquilo? Mi mente no dejó de hacer, deshacer y rehacer las más absurdas conjeturas y cavilaciones febriles. Por más que me esforzaba, no lograba conciliar el sueño pensando que mi impotencia para detener el monólogo infernal emanaba de una determinación vital insatisfecha y reprimida. Los cuidados afectuosos de Virgilia me hicieron revivir por un momento la imagen de Cathy jugando con mi ombligo sobre la dorada arena de Playa Tortuga. Al disiparse la plenitud imaginada, me poseyó una negatividad doblegante que me llevó al borde del sollozo. Quería llorar, lo necesitaba, pero la dulzura de Virgilia, limpiándome el oído con una infusión de ruda, me obligó a rechazar ¿machistamente? la autocompasión por temor a la oleada de vergüenza que me embargaba. Me recosté sobre el oído sano y, después de recorrer con la mirada la ruinosa espacialidad de la cabaña, encontré, en un espléndido cráneo de venado clavado en un horcón justo enfrente de mí, el deseado acceso al bienaventurado mundo del soñar. Dejé resbalar mi visión de la magnífica cornamenta ¡ocho puntas! hasta las cuencas oculares, seguí las caprichosas junturas de los huesos nasales y de nuevo volví a empezar por la cornamenta. No sé cuántas veces repetí los pases visuales, ni el momento en que los suaves desplazamientos de la mano de Virgilia cesaron, dejándome ante una espesa vegetación donde poco a poco se fue haciendo clara la espléndida imagen de un venado viéndome con una expresión de indescriptible ternura. Le tendí una mano amistosa y se dejó venir con mansedumbre ofreciéndome sus lomos para que lo cabalgara. Monté en él y nos alejamos por un mundo refulgente de verdor hasta un paraje en que el verde maduraba en impresionantes amarillos salpicados al azar de enfueguecidos anaranjados. Me quedé un largo rato extasiado y, cuando recobré de nuevo conciencia de mi corporeidad, noté sobresaltado que me hallaba de pie ante

infinidad de libros apilados. Tomé uno del montón más cercano y al abrirlo percibí a través de él, como poseyendo una visión laserizante, el contorno sin fondo de la nada. Cerré asustado el libro y me quedé petrificado repitiendo como un eco inextinguible la impresión de la portada: ¡El vacío! ¡El vacío! ¡El vacío!



Don Ramón y don Antonio regresaron cuando ya había oscurecido. Se acercaron a mí y, después de preguntar por mi estado, me dijeron que en Playa Tortuga todo estaba en orden. Don Antonio reparó entonces en el cráneo de venado que descansaba a mi lado en el catre y me interrogó extrañado:

—¿Y eso?

—Es mi herencia nezahualcoyótllica —dije pensando en el cráneo humano que el sabio de Texcoco contemplaba antes de dictar alguna sentencia judicial.

—Ah chingados, no sabía que mis cosas se regalaban solas.

—Ya aprendí que aquí las cosas tienen vida propia.

—Ese venado lo sudé de a madres, ya mero parecía licenciado.

—Con razón le gustan tanto los parajes librescos.

—¿Qué?

—Nada, hablaba de un paseo que dimos el venado y yo.

—Ah cabrón, eso sí que está grave.

Tuvimos que esperar a la mañana siguiente para darnos cuenta de que la verdadera gravedad residía en la miserable vigilia y no en la creación onírica. Al examinarme en su consultorio de Pochutla, el doctor Tapia movió con pesimismo la cabeza y dijo en un tono de voz para mí casi inaudible:

—Tiene que verlo de inmediato un especialista.

—¿Tan grave es, doctor? —preguntó preocupado don Ramón.

—Me temo que hay que operar —sentenció apesadumbrado el viejo galeno.

I. PARÉNTESIS DESASTROSO

Así es que ni modo, con un pantalón y una camisa que don Ramón me había traído de Playa Tortuga, y con mi magicizante cornamenta de venado por todo equipaje, me fui con don Ramón a Puerto Escondido para desde allí emprender el antiheroico regreso a la mictlantecútlia Ciudad de México.

¿Me había servido de algo la tormentosa estancia en el trópico? ¿Cambiaría mi visión de la selva natural al confrontarla con la artificiosa selva de concreto? ¿No sería el oído la señal del definitivo alejamiento del trópico?

No había duda: un capítulo se cerraba; un capítulo que con propiedad podía titularse “Paréntesis desastroso”.

II. Una temporada en el Mictlán

—¡**B**ienvenido al ombligo del mundo! —dijo don Ramón cuando el taxi que nos había traído desde la Terminal Sur se alejó dejándonos en la puerta de un conjunto habitacional ubicado a una centena de metros de Televisa San Ángel, justo detrás del infernal periférico—. Los griegos —continuó don Ramón—, le decían *omphalós Ges*; los nahuas *tlalxico*, ombligo de la luna...

—¿No será, más bien, el culo del mundo? —pregunté contemplando la basura regada en la calle, frente a la construcción de cuatro plantas en la que cabrían unos diez o quince apartamentos.

—Eso es para los que viven el momento actual como un proceso descivilizador determinado por procaces movimientos intestinales.

—¿Lo dice en un sentido escatológico o político?

—Me refiero a los excesos y defectos que han hecho de la crisis de la racionalidad un mero fenómeno digestivo.

—¡Putá, qué alto anda volando!

—Es la influencia de esta ciudad a la que quiero tanto.

—¿Usted también es de los sadomasoquistas autocomplacientes?

—Todos somos sadomasoquistas, muchacho. Lo que pasa es que unos abrazan el sadomasoquismo como liberación y otros como subyugamiento.

—¿Y de cuáles es usted?

—Nosotros, querido amigo, somos una especie de anomalía necesaria para que la uniformidad no devore a lo diverso. Sabemos que toda liberación es el paso previo a un nuevo sojuzgamiento.

—Yo no sé nada; y lo peor es que, a diferencia de Sócrates, me siento cobarde para enfrentar la muerte.

—Te estás adornando demasiado.

—¿Adornarme? La verdad es que, a pesar de ser un fiel receptáculo de lo negativo, ya no puedo simpatizar con la dialéctica de Adorno.

II. UNA TEMPORADA EN EL MICTLÁN

—Bueno, vamos a terminar de llegar, como dice Antonio, que según veo te ha contaminado filosotrópicamente hasta la médula.

Don Ramón pulsó uno de los botones que estaban en un extremo de la puerta y oímos una voz preguntando qué queríamos. Don Ramón dijo su nombre y enseguida, de una pequeña construcción que estaba a la izquierda del edificio principal, salió un individuo que no aparentaba más de una treintena de años.

—¡Qué gusto verlo de nuevo, don Ramón!

—Hola, Fidencio. Mira, te presento a mi querido amigo Eugenio.

—¿Qué tal, Fidencio?

—Pásenle, pásenle.

—¿Y cómo va todo, Fidencio?

—Pues ahí, como siempre.

—¿Alguna correspondencia para mí?

—Sí, señor. Ahí le tengo guardadas algunas cositas que llegaron.

—¿Qué piso es? —pregunté por decir algo.

—El último —contestó Fidencio.

—¿Y no hay ascensor?

—Déjate de estupideces —intervino don Ramón—. Vienes de la selva y ya exiges refinamientos burocráticos.

Llegamos al cuarto piso. Fidencio se acercó a la puerta que lucía un dorado número trece (“tlalxico, treceno cielo”, murmuró don Ramón) y, luego de manipular en las tres cerraduras, la abrió para dejarnos paso.

—¡Fiuuuu! —exclamé a la vista de una enorme sala tapizada de libros, cuadros y un sinnúmero de objetos raros—. ¿Qué es esto?

—Mi refugio ciudadano —dijo don Ramón satisfecho por la imponente condición que mostraba la estancia—. Impecable trabajo, Fidencio. Te lo agradezco de todo corazón.

—Gracias, don Ramón —expresó con orgullo Fidencio—. Trato de hacer lo que puedo.

Mientras don Ramón y Fidencio recorrían el resto del apartamento, yo me dediqué a contemplar gozoso la excelsitud de la eru-

divivencia allí acumulada. De inmediato me llamó la atención una enorme pintura que, ubicada en la pared central de la sala, separaba dos enormes libreros. Se trataba de un precioso esqueleto de felino, ¿tigrillo?, que parecía haber sido fosilizado de pronto cuando corría a través de una pradera de encendidos acravioletas. Me acerqué ceremonioso hasta el cuadro y no pude evitar la energizante sensación táctil emanada del esqueleto y las sutiles texturas vegetales. Pasé varias veces mis manos sobre la irradiante matericidad y comprobé con sorpresa que el cráneo del animal tenía el orificio de un certero impacto de bala.

—¿Bello cuadro, eh? —expresó don Ramón a mis espaldas—. Se titula *Abatimiento felinizante*.

—¿Usted lo mató?

—Sí, es un lince que derribé en plena carrera allá en Tamaulipas.

—¡Fantástico tiro!

—Fue un churro. Jamás lo podré repetir.

Terminé de echar un rápido vistazo a los demás cuadros, hechos en base a esqueletos y plumajes de aves, cornamentas y pieles de venados, y exclamé realmente impresionado:

—¡Caray, esto es un prodigio zoomórfico!

—Era el tema que apasionaba a mi mujer. Yo le llamaba expressionismo magicista, pero ella prefirió el de pintura chamánica.

—Jamás había visto algo parecido.

—Bueno, la verdad es que ya los matericistas como Tapies y Dubuffet, y también Guinovart y Amat han hecho algo aproximado, pero sin llegar a la coherencia y fundamentalidad que mi mujer logró.

Recorrí el resto del apartamento —dos recámaras, dos baños y la cocina— y me fui al cristalizado fondo de la sala, desde donde me fue dada la contemplación de un fenómeno estético inusitado. Justo enfrente del edificio de apartamentos había una increíble iglesia, semiárabe y protocolonial, que a la llegada me había pasado desapercibida. Ahora, un hormigueante bullicio fluía ante su puerta en

torno a una folclórica pareja de recién casados. Un fotógrafo, parado en medio de la calzada, hacía caso omiso del estruendoso quejido de las bocinas de los autos, para desde aquel ángulo privilegiado poder captar las históricas instantáneas que al lado de los novios se disputaban padrinos, familiares y un sinnúmero de personajes de acentuada fenomenicidad ejidal. Un escandaloso grupo de chamacos correteaban a una famélica perra en celo solicitada por un nutrido cortejo de caninos galanes. Una centena de metros calzada abajo, el empantanamiento automotriz del periférico le daba a la romántica estampa la orquestación de fondo que necesitaba. Don Ramón y Fidencio se acercaron a los ventanales para compartir conmigo tan sublime entrecruzamiento de lo rural y lo urbano.

—Son del cerro del Ajusco —dijo Fidencio en un tono justificador del desmadre.

—Bienvenida la mixturación de clases que anuncia el fin de la esterilizante pureza —añadió don Ramón sin separar su frente de la ventana.

—Ahí tiene usted la fiel expresión de su querida diversidad haciendo trizas la armonía urbana.

—No puede haber celebramiento sin profanación, Eugenio. Celebrar lo diverso es profanar lo uniforme.

—Sí, pero los burócratas que están ahí abajo aprisionados en los autos quizá no piensen lo mismo.

—Es que de un lado está la celebración gozosa y del otro la enajenación sufriente.

—¿Y tú qué piensas de esto, Fidencio? —pregunté para sondear la capacidad crítica de este hombre tan eficiente como enigmático.

—Esto es casi de a diario —fue su lacónica respuesta.

Nos regresamos a la sala y don Ramón desapareció un instante ¿en su recámara? para reaparecer al rato con un fajo de billetes entre sus manos. Llevó a Fidencio hacia la puerta y allí estuvieron parlotando un momento mientras yo me paré en frente de un librero a leer las autorías y los intitolados.

—Bueno —dijo don Ramón luego de despedir amistosamente a Fidencio—. Ahora mismo le hablo a mi amigo al Hospital General para ver si en la tarde te puede examinar ese oído.

—¿Es español? —pregunté con el fin de saber algo más sobre ese doctor del que don Ramón me había dicho durante el viaje que era una eminencia y que estaba al frente del departamento de otorrinolaringología del Hospital General.

—Se vino después de la guerra siendo apenas un muchacho, por eso es más mexicano que español. Con decirte que ya casi no habla ni con cés ni con zetas.

—Entonces tenía razón mi padre cuando decía que los andaluces no eran realmente españoles.

—Déjate de payasadas.

—¿Y usted, se siente más español o más mexicano?

—Vamos a ver, muchacho inquisidor e impertinente, ¿cuál es según tu parecer el criterio definidor de la nacionalidad: la sangre, la educación y la cultura o la elección específica y particular de cada individuo?

—Está bien, no se enfade. Yo nada más quería saber.

—Para saber hay que vivir y estudiar mucho, y tú apenas te arrastras como una larva. Porque dime, ¿qué es lo español sino una hibridación de lo grecolatino con lo celtibérico, lo visigótico, lo judeoarábigo, lo...?

—Mierda, ya degeneró esto en perorata.

—¿Y lo mexicano?

—¿Vamos a llegar en guerra o en paz?

—Vamos a respetar la ardua determinación del conocimiento.

—De acuerdo, pero sin exaltación animosa y pasional.

—Eso es imposible en mi caso, muchacho. Yo concibo el conocer como una sublimación de lo pasional y lo racional.

—Mire, a mí todo eso ahora mismo me vale madre. Mientras siga con el tímpano hecho mierda no podré preocuparme por quién soy y de dónde vengo, sino cómo estoy, ¿me entiende?

—Claro, muchacho, claro. Déjame hacer de una maldita vez esa llamada.

El consultorio del doctor Ribeiro, por lo lleno y ceremonioso, parecía la antesala de una secretaría de Estado. No había un solo asiento disponible de manera que, luego de saludar a la concurrencia, don Ramón me dejó parado a un lado y se fue derecho a llamar a una puerta privada. Abrió una joven enfermera y, después de un rápido intercambio de palabras, don Ramón se volvió hacia mí indicándome que pasara. Miré en derredor las caras de los pacientes ¿sufrientes? y la agresividad de la respuesta me hizo murmurar un excusante:

—Con permiso.

Ya dentro, vi que don Ramón saludaba efusivo al doctor mientras le decía algo de sus últimas andanzas. Después de pasar revista al estado de la familia, la salud y el trabajo (la sacrosanta trilogía judeocristiana), don Ramón me presentó al doctor, un hombrón con un ridículo bigotito a lo Pedro Infante, para que yo le explicara los pormenores del caso. Pasamos a sentarnos a una pequeña oficina y allí el doctor Ribeiro escuchó con atención mi historia clínica, mientras tomaba algunas notas en un cuaderno.

—Bien —dijo al finalizar mi relato—. Pasemos ahora a examinar ese oído.

Nos fuimos hacia una enorme sala implementada con los más modernos aparatos, y allí me indicó que me tendiera de lado en una camilla. Aproximó un carrito portador de un extraño aparato óptico y comenzó a examinarme el interior del oído.

—Ya puede levantarse —dijo retirando el carrito hacia un lado.

—¿Cómo lo ves, Manolo? —preguntó preocupado don Ramón.

—Mal.

—¿Hay que operar?

—Tenemos dos posibilidades: o hacemos el injerto, o sometemos los bordes de la membrana timpánica a un estímulo con toques de ácido.

—¿Y cómo sería ese injerto, doctor? —inquirí ya sintiéndome tasajeado.

—Es una operación bastante segura. Tendríamos que hacer una incisión detrás de la oreja para injertar a continuación un fragmento de tejido membranoso.

—¿Y es efectiva esa operación?

—Un setenta por ciento de probabilidades de éxito.

—¿Y si no pega?

—Tranquilízate, Eugenio —intervino don Ramón—. No adelantes los acontecimientos. ¿Tú qué aconsejas, Manolo?

—Yo en lo personal soy partidario del tratamiento estimulante. Claro, hay que pensar que ello implicaría un período bastante largo.

—¿Qué tanto?

—Depende de la reacción que tengamos, pero podría dilatar tres o cuatro meses.

—¡Putra madre! —exclamé desesperado.

—Controla tus instintos selváticos, muchacho —rugió don Ramón molesto.

—Entiendo su desesperación —terció el doctor—. Pero el castigo a que ha sido sometido ese tímpano amerita una atención extrema.

—Mejor que me corten de una vez la cabeza. ¡Tres meses en este infierno!

—Pues, como dicen en la costa, de una vez lo que sea tarde. Adelante con el tratamiento, Manolo.

—Tiéndase de nuevo en la camilla, por favor, mientras traigo los implementos.

Abatido, fiel imagen de una derrota prevista pero ingenuamente calculada, dejé que don Ramón y el doctor decidieran las medidas necesarias para tratar de sacar adelante un cuerpo sin volición ni esperanza. Al sentir los primeros toques ácidos en las ruinas timpánicas creí que una jauría de perros peleaba en mi interior; después me fui resignando a la idea de que sólo se trataba de un ejército de

II. UNA TEMPORADA EN EL MICTLÁN

alacrane concentrando su piquete en un mismo punto. Cuando ya veníamos de regreso en el taxi y repasaba mentalmente las obligaciones contraídas (proteger el oído del agua con algodón y vaselina, no estornudar con fuerza, visitar al doctor todos los viernes a las cinco de la tarde, no tocarme el oído por más intenso que fuera el escozor, etc.), don Ramón murmuró algo a lo que no presté atención.

—¿Me estás oyendo o no? —inquirió el viejo algo molesto.

—Disculpe, pensaba en los castigos que me han sido impuestos.

—Déjate de mamarrachadas y escucha con atención. Yo salgo mañana mismo para Oaxaca.

—¿Regresa a la costa?

—No, me voy a la Chinantla.

—¡Mierda, qué envidia me da!

—No seas chiquillo, todo tiene su lugar y tiempo. Tú ahora tienes que pasar aquí un proceso desegocentrizante.

—¿Un qué?

—De plano ese oído te ha subnormalizado por completo.

—Y eso que apenas estoy en el comienzo.

—Bueno, lo que quiero decirte es que te mantengas abierto a todo lo que te rodea; deja que la fluencia citadina pase libremente a través de ti. No hagas juicios autoconvincientes, ni trates de someter la diversidad de la vivencia a una uniformidad preconcebida. Tienes que evitar la aceptación gratuita de los hechos, lo mismo que la huida cobarde y pavorosa. Piensa que eres una nada en busca de identidad, de manera que cualquier lugar puede ser el apropiado, ¿entiendes?

—A medias. ¿Lo que usted me dice es que no niegue ni afirme la vida citadina, sino que la deje en un posible?

—Eso es. Pero ten presente que ser fluido no significa estar agujereado. Es seguro que al cabo de dos o tres semanas sientas el primer tirón del medio; ponte alerta y recurre de inmediato a una estructuración metódica de tu existencia, si no te van a devorar.

—Un momento, don Ramón, me estoy haciendo bolas.

—Pues mejor hazte cuadritos.

—No, en serio. ¿Qué carajo me está tratando de decir?

Don Ramón se me quedó viendo con intensidad haciéndome sentir un extraño proceso desenergizador. Me puso a continuación su enorme mano sobre mi hombro y experimenté la sensación de que una irradiación tentacular se extendía por todo mi cuerpo elevándome hacia un mundo de plena comprensión y simpatía. Me vi tendiendo mi mano hacia la suya y al contactarla supe con una seguridad incuestionable que la fuerza descomunal de ese hombre no residía en dogmas de fe ni sofisticadas teorías, sino en una actitud vital que se plenificaba día a día.

Llegamos frente al condominio. Don Ramón pagó el taxi y me dijo que fuéramos caminando a un súper que había allí cerca, para conseguir algo de comer.

—Mira, Eugenio —dijo señalando el acceso a una arbolada avenida—. Si sigues derecho por esa calle vas a salir a uno de los espacios metodológicos a los que debes aferrarte para evitar ser absorbido. Allí hay un pequeño parque, ideal para que practiques los ejercicios que yo te he enseñado. No olvides que cuando la razón se entrega vencida, sólo la voluntad puede continuar la batalla. El ejercicio es el sustento de la voluntad; pero una voluntad sin método es mera animalidad. Así, pues, tienes que equilibrar los excesos de la razón con hartos ejercicios y los excesos de la voluntad con hartos estudios. Sólo así podrás superar la vanidad egocéntrica en que sucumben los individuos hiperracionalizados y el apasionamiento bestial que subyuga a los voluntaristas irracionales.

—Algo así como una sublimación de Hegel y Schopenhauer.

—No, eso nos llevaría otra vez a casos como los de Marx, Nietzsche y Freud, que buscaron la solución de una totalidad histórica olvidándose de sí mismos como partes. De lo que se trata ahora es de lograr la autodeterminación y el autoconocimiento de las partes. Es más sano y viable cambiar las partes para que cambie el todo que las contiene, que cambiar el todo para que así cambien las partes. Una vez que las partes sean conscientes de su propia determinación, comprenderán

II. UNA TEMPORADA EN EL MICTLÁN

asimismo sus relaciones con las otras partes y con el todo mismo que las contiene. Sólo así podrán superarse dogmas, ideologías y demás creencias anuladoras de especificidades.

—O sea, lo que usted me sugiere es que lleve al límite la aprehensión de mi especificidad.

—Exacto.

—¿Pero cómo?

—Aprehendiéndote como un proceso genético-estructural; o lo que es lo mismo, como una mediación origen-resultado...

—¡Aguas güey! —gritó un energúmeno a punto de arrollarme.

Le correspondí a la mentada y me fui con intención violenta sobre el auto, que se perdió rugiendo calzada abajo.

—Tranquilo, Eugenio.

—Pero usted ya vio qué manera de tratarme.

—Sí, aquí la gente tiene otro modo. Por eso debes aprender a controlarte. Cuando te provoquen por mala educación o malos hábitos no hagas caso. Ahora, si llega el caso en que veas amenazada tu integridad, entonces ve a fondo hasta aniquilar al rival.

En el súper don Ramón compró varias cosas además de un kilo de calamares. Me preguntó cómo andaba de dinero, y al responderle que por eso no tuviera pendiente, me sugirió que mañana mismo regresara al súper para hacer el mandado completo.

—Hay algo que quiero decirle, don Ramón —dije preocupado porque la objeción no fuera a ser tomada como un rechazo.

—¿Qué?

—Es que quisiera ir a la casa de Coyoacán.

—¿La casa de tus padres?

—Sí.

—¿Te imaginas cómo debe estar?

—Por eso, es mejor caerle de una vez.

—No, Eugenio. No se puede regresar a un lugar como ése de manera tan fácil, y menos semiderrotado como tú estás. Quédate en mi departamento, que también es tuyo, y cuando ya te sientas en condi-

ciones de emprender ese viaje al pasado, entonces te vas a Coyoacán a poner todo en orden.

—¿Y cómo demonios le hago con la comida?

—Inventa; tal vez descubras unas cuantas recetas notables.

—¡Entregarme a las latas o quedarme en los huesos!

—No digas estupideces. Hay cantidad de opciones para elegir.

Del mar: pulpos y calamares, fijándose bien en que la pigmentación de la piel esté intacta o lo menos deteriorada posible. Del puerco: hígado y riñones. De la res: hígado, riñones, sesos, lengua y criadillas.

—Ya no chingue, don Ramón.

—Está bien, algo tendrás que comer para no morirte de hambre.

Llegamos al departamento. Don Ramón desapareció tras la puerta de la cocina y yo me dediqué a caminar como un autómata entre ese mundo de cuadros y de libros que en los próximos meses sería mi casa. Pensé que lo primero que tendría que hacer sería visitar con urgencia el banco para cerciorarme del estado de cuenta y sacar el dinero necesario para avituallarme. Además...

—¡Eugenio! —gritó don Ramón desde el interior de la cocina.

Al llegar lo vi con un delantal atareado en la limpieza de los calamares.

—¿Ya sabes cómo se limpian los calamares?

—No.

—¿Y no te importa?

Moví con desgano los hombros.

—Está bien —expresó don Ramón regresando al fregadero—. Vete a dormir un poco, o si prefieres pon algo de música, o suicídate, pero ya no me jodas más con esa actitud derrotista.

Salí de nuevo a la sala y sin pensarlo me fui derecho hacia el equipo de música. Deseché las primeras cubiertas de música clásica y encontré al fin algo que valía la pena. Era un nuevo disco de Laurie Anderson, que ya me era conocida desde una velada transcurrida en el ático de una poeta en París. Puse el disco y me tendí boca arriba atento al menor intersticio por donde fugarme. Con los prime-

ros acordes se fue diluyendo el entorno, y la voz sensual de Laurie Anderson surgió juguetona obligando a la computadora a una diagramación fluida y naturalizante. Me fui desprendiendo de toda la putrefacción racionalista hasta que me sentí flotar en un espacio de pura sensibilidad incontaminada. Regresé una media hora más tarde para darle la vuelta al disco y de nuevo me dejé llevar a merced del envolvente arrullamiento de flautas y sintetizadores, hasta que un silencio denso y expectante dio paso a una estruendosa cascada de voz. Creí que don Ramón me llamaba desde la cocina, pero al semincorporarme me percaté de que el vozarrón provenía del disco. ¿Qué es eso?, me pregunté ante tamaño monólogo rebuznante con pretensiones de poema. Me acerqué al aparato y, luego de revisar el disco y la portada, encontré que se trataba nada menos que de William Burroughs leyendo uno de sus insufribles poemas y notoriamente hasta la madre.

—¡Quita a ese subnormal! —gritó don Ramón apareciendo tras la puerta de la cocina.

—Yo no traje ese disco.

—Ni yo tampoco. Es de ese loco teutón del departamento de abajo que lo dejó ahí olvidado. Anda, ayúdame a poner la mesa.

—¿Ya está la comida?

—Casi, falta como un cuarto de hora de horneamiento.

Pusimos la mesa, nos tomamos un mezcalito y con la guitarra de Andrés Segovia de fondo pareció que la mala energía se disolvía de pronto para dar paso a un diálogo reencontrante.

—Es curioso, Eugenio, ver cómo tientes a la negatividad; siempre andas al borde del desastre y sin embargo consigues al final lo que te propones.

—Mi padre decía que yo hacía las cosas tarde, mal y a rastras.

—Pero las haces, eso es lo determinante.

—Sobrevivo, es todo.

—A veces me preocupa que mi pasión metodológica pueda perjudicarte en algún sentido.

—¿Por qué habría de perjudicarme?

—Porque el método es un pacto que uno hace y del que jamás puede zafarse. Es una especie de yugo iluminador que te muestra todo, pero al mismo tiempo te amarra.

—Yo no lo veo así.

—Porque tú eres lo opuesto: todo te importa un comino, o te vale madre, como tú dices.

—Bueno, don Ramón, son malos momentos, usted entiende.

—No, no son malos momentos, es una actitud vital muy valiosa y que debes conservar a como dé lugar.

—¿Habla en serio o se está choteando?

—Hablo muy en serio. No sabes cuánto diera yo por volver a ver las cosas con esa frescura, inimportancia y espontaneidad que tú a veces tienes. Presumo que es un don, y los dones se engrandecen o se opacan; por eso te digo que tengas mucho cuidado con mi pasión metodologizadora, pues podrías terminar amarrado a un escritorio o encadenado a los excesos viciantes.

—¿En qué se basa para sostener eso?

—En que no tienes dominada tu voluntad, y un individuo sin control de su voluntad es una presa fácil para los excesos viciantes.

—Ya decidí que mañana mismo empiezo a hacer ejercicio.

—Sin brusquedades, amigo mío. Recuerda que lo importante no es llegar, sino permanecer.

—Pues yo quiero decirle de todo corazón, ahora que parece que nos estamos despidiendo, que su metodología de la vida cotidiana me ha servido mucho; por lo menos ahora ya sé que no existe logro alguno definitivo, y que la verdadera magnitud de una vida no está determinada por grandes teorías o conocimientos librescos, sino por la manera de acometer los pequeños obstáculos del acontecer diario. Antes yo dudaba y hasta llegaba a creer que los defensores de la separación entre vida y obra tenían razón, que se podía ser un estúpido en la vida diaria, o un reaccionario y clerical, o un acérrimo defensor de dictaduras y autoritarismos, y al mismo tiempo llegar a la huma-

II. UNA TEMPORADA EN EL MICTLÁN

nidad una obra grandiosa y perdurable. Hoy, gracias a la convivencia que con usted he tenido en el trópico, puedo decir que la unidad vida-obra es inviolable; que una vida plena es requisito categórico para una obra plena y que todo lo demás es mera patología.

—Bueno, bueno, ya será menos. Hay casos que se salen de todo presupuesto.

—Sí, ¿pero se imagina qué obras tendríamos si esos casos de vidas mediocres se dieran la oportunidad de plenificar sus existencias?

—Tal vez entonces las obras serían una miseria.

—Carajo, ¿acaso no es usted partidario de la unidad vida-obra?

—Yo sí, pero de ahí a pretender imponerlo como modelo hay un abismo.

—Mierda, cada día creo entenderlo menos.

—Lo importante ahora es que ambos estemos de acuerdo con una estructuración totalizadora del vivir y del obrar.

—Eso espero.

—Pues vamos a comer esos calamares para que, impregnados de su oceánico vigor, te proponga un acuerdo de trabajo centrado en una temática muy cercana a esta unidad de la que venimos hablando.

—¿Qué, vamos a hacer un seminario sobre piratería?

—Podría ser un bello tema, pero no por ahora. Vamos a analizar el núcleo determinante de nuestro entrecruzamiento: la Conquista, antecedentes y consecuencias. ¿Qué te parece?

—¡Putra madre, todo un mundo!

Los calamares estaban incomparables (don Ramón me dijo que el relleno estaba hecho con lomo de res, tocino, trozos de piña y chiles poblanos, regados con profusión con un cuarto de litro de vino blanco) y el sabor marinizante que le daba al platillo el Tío Pepe supervisadamente frío, me hizo recuestionar satisfecho la negatividad de esos momentos en que el mundo parecía oscurecerse de pronto para arrastrar a las tinieblas mi destino. ¿Podría acaso existir gozación sin sufrimiento, conocimiento sin ignorancia, ventura sin desventura? Otra vez la bucólica filosofía del trópico imponía su deter-

minación sobre dogmas y teorizaciones citadinas que buscaban en vano un mundo de plena ventura, pleno conocimiento y plena gozación. No, definitivamente, y por fortuna, no existían esos paraísos hollywoodianos. Se subía para bajar y se bajaba para subir. ¿Dónde estaba yo ahora?

Se oyeron unos golpes en la puerta. Don Ramón se adelantó y cuando abrió vi la inconfundible sonrisa de Fidencio.

—Disculpe, don Ramón, aquí le traigo su correspondencia.

—Muchas gracias, Fidencio. Ah, mira, de una vez quiero encargarte algo.

—Lo que usted diga, don Ramón.

—Eugenio se va a quedar a vivir aquí por unos meses, y como yo tengo que salir mañana mismo te encargo de manera muy especial que lo atiendas como si de mi persona se tratara.

—Despreocúpese, don Ramón. Aquí vamos a estar para servirle.

—¿No quieres acompañarnos, Fidencio? —intervine con intención congratulante.

—No, gracias, se lo agradezco, pero apenas acabo de almorzar.

—Entonces en eso quedamos, Fidencio. Ayuda aquí a mi amigo a que pase una estancia cómoda y agradable.

—Delo por hecho, don Ramón. Que tengan buen provecho, con su permiso.

—Hasta luego y gracias, Fidencio.

—¡Carajo, qué satisfacción encuentra este hombre en servir a los demás! —expresé fascinado cuando don Ramón y yo nos quedamos solos de nuevo.

—Ahí tienes un caso en que la diversidad rompe la pretensión uniformante. Para un gran número de revolucionarios, resentidos e ideólogos de escritorio, Fidencio es un caso típico de enajenación: sumiso, satisfecho y agradecido; cuando debiera ser rebelde, infeliz y resentido. Para mí es un caso de impecabilidad, un hombre que respeta para ser respetado, que quiere y es querido, y que no busca vanas quimeras que terminan convirtiéndose en yugos ideológicos

bestiales; en fin, un hombre que no se amarga la vida mirando con envidia lo ajeno mientras lo propio se pudre por abandono.

—Un caso excepcional.

—No, te equivocas. Espero poder presentarte pronto varios casos más de personas cuya impecabilidad hace estallar todos los moldes clasistas.

—Según entiendo, usted parece valorar más los dones gratuitos de la naturaleza que el arduo esfuerzo humano.

—No hay dones gratuitos, amigo mío. Lo que ocurre es que la mayor parte de la humanidad se pasa toda la vida en busca de Dorados y Fuentes de la Eterna Juventud, mientras que tan sólo una pequeña fracción de los humanos se da cuenta de que todo está en uno mismo y a la mano.

—¿Entonces no es cierto aquello de que unos nacen con estrella y otros nacen estrellados?

—Muy cierto. Pero el asunto es no dejar de ser impecable. No olvides que cuantas más derrotas sobrevives, tanto más prudente y sabio te haces.

—¿Cómo entiende usted la sobrevivencia: como un triunfo o como una derrota?

—¡Ahora sí que tocaste la flauta!

—¿Por qué se ríe?

—Por nada tuyo. Pensaba en que hace unos años me hice a mi mismo esa pregunta luego de leer un libro muy singular: *Masa y poder*, de Elias Canetti.

—¿Le gusta Canetti?

—¿Lo has leído?

—Superficialmente.

—Pues debes leerlo con mayor detenimiento. Canetti es uno de esos seres premeditadamente grises que de golpe brillan con inusitado esplendor. Algo parecido a la combinación de rosas y grises en un cuadro de Tamayo.

—Bueno, ¿y mi pregunta qué?

—Resulta que, si no me falla la memoria...

—No creo.

—¿No crees qué?

—Que le falle su memoria; eso sería una tragedia.

—¿Me dejas o no continuar?

—Claro, adelante.

—Decía que hacia finales de los setenta, Canetti le concedió una entrevista a un tal Gerald Stieg donde sostenía de forma polémica su singular tesis histórica: algo así como que el germen de la sensación de poder reside en la satisfacción de sobrevivencia.

—O sea, que sobrevivir es incrementar el poder.

—Espera un poco. Lo que sucede es que Canetti, por su condición de sefardita sobreviviente al horror nazi, entiende la sobrevivencia de una manera muy amazónica; es decir: yo te mato y al matarte absorbo tu masa y obtengo tu poder y, por tanto, te sobrevivo. De aquí a considerar a la sobrevivencia como un pecado o un sentimiento de culpa hay sólo un paso, que Canetti dio como consumación de su hallazgo histórico.

—¡Qué rollo!

—Tú me preguntaste si la sobrevivencia era un triunfo o una derrota, yo te respondí, a través de Canetti, que es un gran conocedor del tema, que tal planteamiento nos lleva inmediatamente al complejo de culpabilidad.

—¿Y cuál es su opinión personal?

—Yo pienso de otra manera. Yo veo la sobrevivencia como un triunfo de Eros sobre Tanatos, de la vida sobre la muerte. Y este triunfo no tiene porqué ser de un sujeto sobre otro, sino que se da también en un sujeto con relación a sí mismo. Es más, yo diría que es este sobrevivirse a sí mismo lo que da la pauta de la verdadera superación del individuo, en contraste con el que sobrevive matando a los demás. Por otra parte, existe también una sobrevivencia de lo subjetivo en relación con lo objetivo que trasciende el ámbito del poder de la mera subjetividad.

II. UNA TEMPORADA EN EL MICTLÁN

—Déjeme ver si le estoy entendiendo. Usted dice que para Canetti el germen del poder es la satisfacción de (sobre) vivir la muerte de los demás. Ahora bien, si vivir es sobrevivir y sobrevivir es un pecado porque implica vivir la muerte de los demás, entonces el hecho mismo de vivir es objeto de culpabilidad; es decir, la vida es un pecado.

—Esa es la lógica conclusión a que hemos de arribar. Y todo por el milenarismo confusionismo judeocristiano que identifica en forma absurda el acto de sobrevivencia con la muerte de los demás. En fin, cabría hablar aquí también de esa típica indigestión de la Historia en que incurren los estudiosos judaizantes que, como Canetti, ven en cada hombre un Napoleón o un Hitler en potencia.

—¿Y qué me dice del poder?

—¿Quieres una respuesta rápida o eficiente?

—No chingue.

—Mi abuelo decía que el poder era un pulpo de sólo tres tentáculos: el sexo, el dinero y la gloria.

—Pues el mío decía que el poder era un vaho que expelía Dios para apendejar a los hombres haciéndolos creer sus iguales.

—Ya ves cuántas sabias concepciones tenemos guardadas en la memoria.

—Bueno, y ya hablando en serio, ¿qué piensa usted?

—¿Quieres de verdad que te diga lo que estaba pensando?

—Claro.

—Pues ahí te va.

Don Ramón se levantó, tomó del escritorio una hoja y una pluma y me las dio diciéndome:

—Ponte alerta, muchacho, que te voy a dictar la condena que va a ser tu reto de poder para los próximos meses.

—¿De qué carajos habla?

Don Ramón se encaminó hacia los libreros y comenzó a extraer libros cuyos títulos y autores me dictaba, al tiempo que los apilaba en el suelo:

—De Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, dos tomos.

De J. Huizinga, *El otoño de la Edad Media*.

De Henri Pirenne, *Historia de Europa. Desde las invasiones hasta el siglo XVI*.

Y también la *Historia económica y social de la Edad Media*.

De Arnold Hauser, *Historia de la literatura y el arte*. Sólo los tomos dos y tres.

De Marcelin Défourneaux, *La vida cotidiana en la España del Siglo de Oro*.

De Bühler, *Vida y cultura en la Edad Media*.

De la *Historia general de las civilizaciones*, los siglos XVI, XVII y XVIII. Espera, déjame ver. Sí, también el XIX.

De Ernst Cassirer, *El problema del conocimiento*. Aquí sí los cuatro tomos, para que se te quite lo tercermundista.

De Luis Weckmann, *La herencia medieval de México*, dos tomos. Trabajo árido, pero indispensable.

De Antonello Gerbi, *La disputa del Nuevo Mundo*.

De la *Historia general del arte mexicano*, los tomos tres, cuatro y cinco.

De Anderson Imbert, *Historia de la literatura hispanoamericana*, tomo uno.

De W. J. Entwistle y E. Gillet, *Historia de la literatura inglesa*.

De R. G. Escarpit, *Historia de la literatura francesa*.

Del tan querido Julio Torri, *La literatura española*.

De R. Puiggrós, *La España que conquistó al Nuevo Mundo*.

De B. C. Hanley, *España y Nueva España ante la crisis de la modernidad*.

De Jacques Lafaye, *Los conquistadores*.

De J. L. Martínez, *Pasajeros de Indias*.

De Henríquez Ureña, *Estudios mexicanos*.

De J. Durand, *Transformación social del conquistador*, dos tomos.

De Leopoldo Zea, *El Occidente y la conciencia de México*.

De Edmundo O'Gorman, *La invención de América*.

II. UNA TEMPORADA EN EL MICTLÁN

De J. A. Ortega, *México en la conciencia anglosajona*, dos tomos.

De Germán Arciniegas, *Biografía del Caribe*.

De R. J. Sender, *La aventura equinoccial de Lope de Aguirre*.

De Jaime Eyzaguirre, *Ventura de Pedro de Valdivia*.

De Octavio Méndez Pereira, *Núñez de Balboa*.

De...

—¡De la chingada madre!

—¿Con tan poco te conformas?

—¿Me los regala o me los impone?

—Los libros no tienen más dueño que el que los lee.

Don Ramón recogió los libros del piso y los puso encima de la mesa.

—Ahí los tienes.

—Dejémonos de pendejadas, don Ramón. Yo no voy a leer toda esa mierda enlatada.

—Enletrada querrás decir, muchacho.

—De todos me quedo solamente con dos: el de Arciniegas y el de Sender.

Don Ramón tomó la hoja de papel en la que yo había escrito títulos y autores y, luego de darle un vistazo de aprobación, me la colocó enfrente.

—Pon tu firma en esta hoja y con fecha de vencimiento a tres meses.

—¡Está loco!

—Esa es otra cuestión. Ahora hazme el favor de cumplir con lo que te pido.

Molesto, pero convencido de que negarme era hacerle el juego a don Ramón, decidí estampar mi firma.

—Muy bien —expresó satisfecho—. Ahora sí ya estás atrapado.

Se fue hacia el escritorio y tomó una engrapadora, luego se dirigió a la cocina y engrapó el papel en la puerta.

—Bien, ahí tienes la llave para activar tu voluntad. Sé que es una tarea ardua, pero es la única opción que te queda para evitar que te arrastre la corriente.

—Desde que llegamos ya lo he oído varias veces referirse a devorar, arrastrar. ¿Me puede decir de qué carajos habla?

—Ya lo verás, muchacho. Todo llega a su tiempo.



Don Ramón se marchó al día siguiente. Cargó una maleta con libros y algunas cosas y se fue a la TAPO sin permitirme siquiera que lo acompañara. De repente me sentí solo y perdido, sin poder quitar de mi mente las obsesivas predicciones de don Ramón: “Te van a arrastrar, cuídate o te devoran. ¿Pero qué o quién era esa dinámica amenazante?”.

El primer día de mi nueva existencia incompartida me lo pasé oyendo música, fumando como chacuaco y bebiendo tequila como un energúmeno. Ya para el mediodía estaba medio pedo y el primer intento lacrimoso quiso tomarme por sorpresa. En el tocadiscos las voces de Gilmour y Waters le decían de corazón a Syd Barrett: *Wish You Were Here*. En un desfile de impresionante verosimilitud, las imágenes de Carla y Cathy me hacían señales desde la selvática exuberancia del trópico, hasta que llegaba don Ramón y colocándose entre ellas me decía: “Donde termina la pasión deseante comienza el imperio del método”. Me levanté del piso y me fui corriendo hacia la puerta de la cocina. Allí estaba la fatídica hoja, orgullosa y desafiante. Me entró una depresión de la chingada y de lo último que me acuerdo es del estallamiento de un vaso contra la puerta y de una estúpida herradurita azul que veía acercarse y separarse en forma alternativa con un letrerito luminoso que decía: “100% de puro agave”.

Una onda polar inmisericorde me despertó crudo y en medio del guacareo, cuando un tímido resplandor se filtraba furtivo a través de los ventanales. Miré la hora, las seis y cuarto de la mañana, y decidí que en ese preciso momento me paraba en el mundo como un guerrero dispuesto a dar la batalla.

II. UNA TEMPORADA EN EL MICTLÁN

No me resultó muy difícil dar con el parque que don Ramón me había recomendado, pero a la primera vuelta tuve que apoyarme en un enorme eucalipto para impedir que el corazón se me saliera con violencia del pecho. Ya para la segunda vuelta, la mala energía se transformó en sudor y la sensación de abatimiento dejó paso a un estadio vigoroso y plenificante. Al cabo de cinco vueltas me dediqué a repasar los ejercicios que don Ramón me había enseñado, así como algunas patadas y posiciones defensivas. La expresión risueña de una pareja de niñas pendejas que sacaban su perrito a cagar, me hizo sentirme desnudo y desprotegido, con la consiguiente huida vergonzante.

De regreso a casa rumiaba semimolesto el suceso, recordando que don Ramón me había dicho un día, a raíz de un acontecimiento similar que nos había sucedido en el mercado de Pochutla, que la importancia dada a los demás estaba en relación directa con la importancia de uno mismo, de manera que cuanto más importante se creyera uno tanto más importantes serían los demás. En ese momento yo me sabía una mierdita tercermundista en vías de desarrollo; sin embargo, me preocupaba sobremanera la expresión crítica que encontraba en los rostros de los demás.

Ya cuando iba a llegar al departamento, oí el rugido feroz que precede al perruno despedazamiento de los sentidos y salté hacia la acera para dejar paso a una escena típica del fantástico mundo citadino. Luego de dos sonoras echadas de lata, uno de los autos le cerró el paso al otro, que apenas pudo frenar con gran estruendo dejando al conductor clavado contra el tablero. Del auto agresor bajó entonces un individuo de mediana edad y se fue encima del auto agredido, cuyo conductor, ya sesentón, subía desesperado la ventanilla y aseguraba la puerta en señal de aterradora derrota.

—¡Hijo de tu chingada madre! —exclamó el agresor pateando la puerta del agredido—. ¿Por qué me mientas la madre con el claxon?

—No-se-ñor. Yo só-lo le pe-día pa-so —tartamudeó cagándose de miedo el pobre anciano.

—Si no fuera porque eres un pinche viejo ya te hubiera puesto en toda la madre.

—¡Ya déjalo, papá! —gritó desde el otro auto un muchacho.

El agresor pateó una vez más el auto del anciano y se fue al suyo murmurando una serie de imprecaciones ininteligibles. Arrancó con fuertes acelerones y salió luciferinamente dejando tras de sí una espesa nube de acentuado olor a gasolina y llanta quemada. Cuando al fin se disipó la nube, el pobre diablo, fiel imagen de la derrota, yacía con la cabeza apoyada sobre el volante. En fin, para qué hacerla más larga, al cabo de una media hora, y luego de comprobar que el viejo se había muerto de un infarto, vinieron las autoridades competentes a tratar de componer un atascadero de autos que se prolongó hasta bien entrada la tarde.

Lo sentí mucho por el viejito, pero la mera verdad es que gracias al suceso me fue dada la primera aproximación a la comunidad condominante. De todos —clase media con ínfulas aburguesantes— atrajeron mi atención una mujer de innata clase y mexicanísima belleza, que me dedicó una sonrisa muy estimulante, y un alemán estrafalario e inteligente al que acompañaba una hiperbórea tierna y sensual, pero un poco pasada de tonelaje. Platiqué un rato con los germanos (¿dónde estaba don Ramón?, ¿era yo su pariente?, ¿qué hacía?, ¿me iba a quedar por mucho tiempo?, etc.) y subí por fin a darme un reconfortante baño. Llegué, me metí en la regadera y abrí las llaves regulando la temperatura. Al contacto con el agua mi cuerpo recobró nuevo brío; el problema fue que, luego de varias enjabonadas, me quedé bajo los sedantes efectos de la regadera como un hipopótamo en un paradisiaco remanso. Estaba pesado, sin volición, en un rápido proceso desenergizante, mientras el agua manaba libre arremolinándose en torno al orificio de salida. De forma inesperada me vino a la memoria el pozo de Playa Tortuga y el incomparable baño a jicarazos que allí gozaba. Cerré de inmediato las llaves y me sentí poseído por ese típico sentimiento de culpabilidad que se experimenta al saber que nuestra gozación conlleva el sufrimiento ajeno. Salí encabronado

de la regadera, y al secarme que voy viendo en una esquina una cubeta con una jícara, un estropajo y un jabón, justo los implementos necesarios para un buen y económico baño tropical. Me congratulé al recordar las ocurrencias geniales del viejo celta y decidí desde ese mismo momento que el baño a jicarazos sería un detalle que yo tendría para con la sufriente y agotada Tenochtitlan.

Esa misma mañana tomé un camión que me dejó en Miguel Ángel de Quevedo, caminé de allí a Coyoacán y aproveché para ir al banco, comprar algunas cosas y visitar la casa de mis padres. La primera sorpresa me la llevé en el banco cuando vi la enorme cantidad que los intereses acumulados representaban. La segunda al entrar en un súper y ver los nuevos precios de las mercancías. La tercera al abrir la puerta de la casa de mis padres (¿por qué no decir de una puta vez mi casa?) y verme atacado por un poderoso ejército de ratas inmundas y apestosas (hasta en esto, pensé, la zoología urbana es más infame que la rural).

De regreso al departamento hice un par de tortas de jamón con aguacate; tomé del refrigerador una caguama bien fría y me fui de pícnic al medio de la sala, amenizando el bucólico cuadro de Renoir con la música de un Bob Dylan que, luego de renegar del judaísmo y del cristianismo, ya no creía en nada más que en el poder mágico del dólar. No sé si por la altura de la ciudad, el exceso de ejercicio, o sepa la chingada, pero lo cierto es que luego de comer me quedé como muerto en el piso de la sala. Desperté cuando ya estaba oscuro y la iglesia de enfrente llamaba con gran estruendo a su clientela. Terminé de despertarme —como dice don Antonio— y con una taza de humeante café me fui derecho al escritorio decidido a poner de una vez a prueba mi voluntad. Tomé el primer tomo de *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo...* de Braudel y me dispuse a digerirlo estimulado por el café. Apenas lo abrí me encontré con los acostumbrados subrayados de don Ramón. Repasé todo el libro y vi con una alegría mayúscula que estaba subrayado. Fui en busca de los otros libros y ¡todos estaban subrayados! Di un grito selvático de felicidad que hizo que

toda la clientela que se congregaba a las puertas de la iglesia mirara hacia mi departamento en espera de la revelación de una tragedia o de un milagro. Y vaya si había sucedido algo portentoso; eran horas de tedioso esfuerzo lo que el subrayado crítico de don Ramón me evitaba. Prendí con deleite un cigarrillo y al ver que era el último que quedaba en la cajetilla que había abierto en la mañana, decidí que a partir del día siguiente mi ración diaria quedaba reducida a diez cigarrillos. Esa noche infringí uno de los hábitos sagrados de la vida costeña —de sol a sol— y regresé a la muy urbana costumbre de las lecturas nocturnas. A manera de descanso, aproveché una Olivetti portátil que el viejo celta tenía empolvada en una esquina y comencé a pasar a limpio mis experiencias tropicalizantes.



Tres días después de la partida de don Ramón, y hallándome ya compenetrado con mi nueva forma de vida, sentí, poco antes de las diez de la noche, que alguien llamaba a la puerta. Pensé que sería Fidenicio, con el que había estado platicando en la mañana, pero al abrir la puerta me encontré con la expresión obstinada y rubicunda del caballero teutón. Traía en cada mano una caguama y tan pronto como abrí la puerta me las ofreció mientras pasaba con gran familiaridad al interior. Me quedé con las caguamas en la mano un rato sin saber qué actitud tomar. Él manipulaba entre los discos sin prestarme mayor atención.

—¿Vienes solo? —pregunté recordando a la walkiria que lo acompañaba el día del accidente.

—Sí, puedes cerrar la puerta, mi chava está viendo una película con la pendeja del 2.

Me fui a la cocina en busca de un par de vasos, y cuando regresé el tipo ya estaba cómodamente sentado y con dos discos en la mano.

—Estos discos los dejé olvidados hace unos meses —dijo justificando su actitud—. Además a don Ramón no le pasan.

II. UNA TEMPORADA EN EL MICTLÁN

—¡Salud! —dije levantando mi vaso.

—¡Salud! —dijo vaciando de un trago el contenido del suyo.

Tomó la caguama y se volvió a servir.

—¿Y qué onda contigo? —preguntó.

—Eso es lo que ando buscando.

—*Good answer.* Me llamo Federico, ¿y tú?

—Eugenio.

Vio sobre la mesa los dos tomos de Braudel y me enfrentó con sarcasmo.

—¿Das clases en algún lado?

—No, las recibo en todas partes.

—Eso está muy bien. Entonces estamos igual de desconectados.

—Mejor desconectados que quemados.

Dijo algo ininteligible, ¿en alemán?, y le pregunté qué significaba.

—La misma mierda. ¡Salud!

Se sirvió un vaso más con toda la calma y dramaticidad de un bebedor consumado que se sabe compadecido por las expresiones ajenas. Su rostro reflejaba a cabalidad el enfrentamiento entre la mente y el cuerpo, la voluntad y la razón. Me quedé viendo su expresión abotagada, que no alcanzaba a eclipsar la fuerza e inteligencia de la mirada, hasta que levantó sus enrojecidos ojos en busca de los míos y me dijo en un tono congradiente:

—¿No tienes cigarros?

Le di un cigarrillo, lo prendió con fruición y escanció otro vaso de cerveza.

—Lo mejor que tiene México es su cerveza —dijo pasándose la lengua repetidas veces por la comisura de los labios.

—Entre otras cosas no exportables.

—¿Cuáles?

—El amor a lo festivo y lo ceremonial, a lo diverso y fluido; el culto al espontaneísmo y la efimeridad; el rechazo a la usura, la avaricia y el utilitarismo...

—Okey. Me gusta que hablen así de nuestro pinche México. Por eso es que me regresé de Alemania, porque ya estaba hasta la *mother* de tanto pedo tecnológico y nuclear. En cuanto termine con la mierda de Vietnam me cae que le entro con ganas a lo latinoamericano.

—¿Por qué Vietnam?

—Es una onda en la que vengo trabajando desde hace un par de años. Me interesa saber cuál es la influencia de la literatura sobre Vietnam en la nueva literatura yanqui.

—Me parece un tema muy interesante.

—Esos pinches gringos no lo merecen.

—¿Y qué has encontrado?

—De todo. El desmadramiento del *number one*, el asesinato como terapia, la drogadicción como libertad. Pero lo más grueso, maestro, es el uso de expresiones bélicas y alucinantes que le dan en toda la madrinola a los mamones estructuralistas de Harvard y Yale.

Cuando terminó de hablar se sirvió el resto de la cerveza que quedaba y prendió otro cigarrillo. Al inhalar el aire, se dejó ir un poco hacia atrás en el asiento haciendo notorio el abultamiento de su abdomen.

—La buena vida —dijo palmeando con fruición su grasamen.

—La pura decadencia.

—No es la felicidad, maestro, pero se le parece.

Intenté una vez más llegar hasta el fundamento de la sensación energizante que la humanidad de Federico exhalaba. Centré mi mirada en la suya en busca de un rápido acceso, pero la veloz y alertante huida de su mirar me hizo entender que Federico era ya un venado alumbrado. Fidencio me había dicho, cuando platicamos después del accidente, que Federico era alemán. Pero entonces, ¿cómo es que hablaba el español y el inglés tan fluidamente?

—¿Qué, no hay nada de beber en esta casa? —preguntó con brusquedad.

—Queda un poco de tequila.

II. UNA TEMPORADA EN EL MICTLÁN

—Eso es bueno.

Me levanté y le serví tres dedos de tequila en el mismo vaso en que había tomado la cerveza.

—¿Tú no bebes, maestro?

—No ahora, gracias.

—Entonces mejor déjalo ahí. Me voy enfrente con el cabrón de Roberto, ese jamás se niega a los cuates.

—¡Carajo, qué susceptible compadre! —exclamé sirviéndome un poco de tequila en mi vaso.

—Échale con ganas, que en mi depa hay más.

—Oye, Federico, si no es mucha indiscreción, ¿de dónde demonios eres?

—¿Y tú?

Pensé inmediatamente en mi determinación racial, en la estupidez de la pregunta, en la inexorabilidad de la dinámica que nos hacía a todos extranjeros en un mundo de malentendidos. ¿De dónde provendría la artificiosa xenofobia del mexicano? ¿Residiría acaso en esa íntima sensación de superioridad experimentada al sabernos una cultura incomprendida? ¿O era, por el contrario, una lógica reacción contra el histórico sojuzgamiento externo?

—Nací en el Pedregal de San Ángel —dijo Federico rompiendo el silencio—. Mi madre es alemana y mi padre mexicano, hijo de alemanes. Estudié la secundaria y la prepa en el Colegio Alemán, y obtuve un doctorado en Ciencias de la Comunicación en la Universidad de Munich. He escrito un ensayo sobre el suicidio, publicado por dicha universidad, así como una obra de teatro sobre el mismo tema y un par de libros de poemas. Mis escritores son Rilke y Henry Miller; soy anticomunista y semiateo; le tengo pánico a las drogas y me gusta el alcohol; fumo poco más de dos cajetillas diarias, me acuesto y me levanto tarde; aborrezco practicar cualquier deporte, pero me gusta verlos en T.V. Soy heredero único y universal de los laboratorios Schermann, y además.

—Barrigón y casi calvo.

—*Nobody is perfect.*

—Sólo te faltó una cosa para completar el panorama degenerativo de tu curriculum.

—¿Qué cosa?

—Decir que eres proyanqui.

—*You're right*, me gustan los dólares —dijo agarrando la botella de tequila y sirviéndose medio vaso. Luego hizo lo propio con el mío hasta vaciar la botella.

—¿Y escribes igual que vives? —pregunté al calor del trago de tequila.

—No, porque vivo en México y escribo en alemán.

—O sea, que tu vivencia está determinada por un exceso de los sentidos, y tu escritura por un exceso de la razón.

—Ni madres.

—¿Entonces?

—Lo que a mí me interesa es la destrucción mutua de los individuos en situaciones absurdas.

—Como Handke, por ejemplo.

—Ese pendejo no es alemán, es austriaco, como Thomas Bernhard.

—¿Y Enzensberger?

—Un hijo de la chingada.

—También es anticomunista.

—Sí, pero cobra por ello.

—¿Y Ende?

—Ese es otra onda, hay algo ahí que se puede recuperar. Pero los buenos son Ludwig Fels, Erich Fried, Gottfried Benn, Yvan Goll y Wolf Wondratschek.

—¿Y qué piensas de la literatura latinoamericana?

—Apenas le estoy entrando.

—Entonces estás en la calle.

—Sí, soy baudelairiano, siempre me gustó la calle.

—Hablo en serio, Federico. Como escritor no puedes permitirte seguir desconociendo la revolucionadora literatura latinoamericana.

II. UNA TEMPORADA EN EL MICTLÁN

—Conozco algo de Borges, García Márquez, Paz, Rulfo y Fuentes.

—¿Y, Guimarães Rosa, Lezama Lima, Onetti, Sábato, Fernando del Paso...?

—Párale, maestro, apenas estoy regresando de Alemania. Dame chance, ¿no?

Y se lo di hasta poco más de la medianoche en que, ya terminados los cigarros y el alcohol, Federico propuso ir a su depa. Titubeé un instante, pero enseguida me convencí de que era más atrayente el método que el desmadre. Me disculpé y me fui derecho a la cama, con la promesa hecha a Federico de que le debía una visita a su depa.

Y así se fueron sucediendo mis días ¿vacacionales? ciudadanos. Por la mañana temprano dedicaba una hora a ejercitar el cuerpo, y luego de jicarearme y desayunar me centraba de lleno en la lectura. A las dos de la tarde salía a dar un paseo u oía algo de música. Después practicaba mis rudimentarias dotes de cocinero, y al final de la colación, rubricada con la infaltable totalización café-cigarro, me entregaba media hora a meditar, ¿o rumiar?, auxiliado por el recontrante efluvio de la música zen. En la tarde, y hasta media noche, dividía el tiempo entre la lectura y la puesta en limpio de los sucesos y relaciones que más tarde engrosarían estos escritos.

Poco a poco me fui habituando a la vida de la Colmena, como le llamaba Federico al condominio. Por las pláticas que solía tener con él cuando me lo encontraba en la escalera o en la puerta, me había enterado de que los gritos que se oían con frecuencia en la noche, con mayor intensidad los fines de semana, obedecían a las chingas que le ponía el tipo del 3, un pastelero andaluz recién emigrado, a su esposa: una güera descolorida con ínfulas de aristócrata. Justo enfrente de mi departamento, en el 14, vivían dos hermanos músicos, muy buenos según Federico, que con el pretexto de los encantos del nuevo canto se dedicaban a desencantar a toda cuanta niña destan-teada caía en su guarida. Una noche, después de una gritadera del demonio, acompañada por el infaltable sacudimiento de las puertas, fui atraído por un llanto tan lastimero que pensé se trataba de una

criatura desvalida. Y ahí voy como buen pendejo a ofrecer mis servicios. Abro la puerta y veo a una muchacha —linda, por cierto— sentada en el pasillo y llorando desconsolada.

—¿Oye, qué te sucede? —le dije al tiempo que la ayudaba a incorporarse.

—Ese cabrón de Rodrigo, como está con otra ya no me quiere abrir —dijo la muchacha limpiándose el rímel que le escurría mapachemente por los ojos.

—Bueno, no lo tomes tan en serio. Anda, ven —le dije sujetándola con afecto por los hombros—. Te acompaño a buscar un taxi.

—¿No me dejas pasar un momento a tu baño?

—Claro, no faltaba más. Pásale.

Y pasó, pero para quedarse. Le expliqué de veinte mil maneras que allí no podía quedarse, que el departamento no era mío, que yo estaba casado, que esperaba una visita muy importante, que ¡la puta madre! No tuve más remedio que arrastrarla de nuevo al pasillo y desentenderme del escándalo que armó a continuación.

Por fortuna, cuando salí temprano a correr a la mañana siguiente ya no estaba allí. Un par de días después, cuando Federico me presentó a Rodrigo y a su hermano, les comenté el suceso y Rodrigo se limitó a señalar: “Esas chavas son todas iguales, unas pinchísimas lardillas, te dejas y ya no hay manera de arrancarlas, ¿no es cierto, Federico?”. Federico se lo quedó viendo un rato en silencio con esos ojos suyos tan alumbrados, hasta que Rodrigo y su hermano continuaron su camino escaleras arriba. “Lo cierto”, expresó Federico cuando ya estábamos solos, “es que ese cabrón de Rodrigo es un peligro, y aquí en la Colmena pasa por ser la verga más rápida del oeste”.

Pero el descubrimiento que de veras me impactó fue el saber que la que empezaba a ser la imagen deseante a que se aferraba mi soledad, se llamaba Raga y era pintora. El problema —remarcado con gravedad por el propio Federico— consistía en que su esposo era un alto funcionario de la UNAM y que se creía FP (futuro presidente). Desde entonces, y sin que hubiera de mi parte malasangre, no pude

evitar referirme a él como el futuro pendejo (la Historia, que es cabroncísima, no dejaría de jugar su parte).



Para ir al consultorio del doctor Ribeiro tenía que tomar un camión y luego el metro. Don Ramón me había dicho en una ocasión que el metro era el lugar ideal para un humanista ávido de experiencias multitudinarias. Al principio, cuando me vi arrastrado por esa avalancha que me recordaba la desoladora marcha de las hormigas arrieras, pensé que don Ramón lo había dicho por mero pitorreo, pero una vez que fui obligado a detenerme para consolar a una pobre anciana a la que le habían robado su bolso, todo cambió de golpe, y en lo sucesivo suponía para mí un extraño deleite pararme en el extremo de un pasillo a observar ese río de rostros y actitudes que se desplazaban con una urgencia suicida. ¿No era esa la imagen fiel de nuestro desquiciado tiempo? Arriba, en la superficie, las clases pudientes se empantanaban en un tráfico insufrible. Abajo, en el infierno, la masa de desposeídos corría enloquecida en pos de un destino inalcanzable. Resultaba curioso, pero sin pretenderlo había arribado otra vez a la dualidad náhuatl representada en la relación Tlaltípac-Mictlán. Más de una vez, saturado de la vida aérea que llevaba en la Colmena, descendería descansante al Mictlán en busca del reencuentro esencial que necesitaba mi ser para superar el anquilosamiento.

El tratamiento del doctor Ribeiro, en base a toques ácidos en los bordes de la membrana timpánica, me dejaba medio zombi durante un par de horas; de manera que el regreso del consultorio a la casa lo hacía como un autómatas. Pero resulta que un día, como a la tercera o cuarta semana de haber iniciado las curaciones, sin explicación alguna se trastornó el dispositivo de mi navegación automática y fui a encallar en una isla de prodigiosa fauna.

Se trataba de una comunidad de *freaks* que habían sentado sus reales bajo el puente donde el Circuito Interior cruza con Consti-

tuyentes. Mi primera aproximación al fenómeno fue netamente auditiva. Cuando toda mi atención estaba concentrada en el desciframiento del laberinto semafórico que caotiza el tráfico de la calzada lateral, oí, entre el estruendo infernal de bocinazos y acelerones, unas notas melódicas que atribuí enseguida a un virtuoso de la flauta transversal. Crucé con precaución la calzada y lo primero que vi fue la parte superior de un individuo de florida cabellera y barbas negras, que contrastaban ritualmente con el brillo plateado de la flauta. Me acerqué, ¿ingenuo o desprejuiciado?, a tan singular espectáculo y se me apareció de golpe un montaje escénico que ni Meyerhold, ni Brecht, ni el mismo Grotowski hubieran podido superar: en la pared del fondo, surcada por esos manchones negriverduzcos de humedad que tanto impresionaban a Leonardo da Vinci, lucían desafiando los estragos del tiempo tres carteles mítico-mágicos. El de la derecha era un Jimmy Hendrix, en todo su esplendor primitivizante, rasgando con su fabulosa dentadura el cuerpo electrizado de una guitarra. El de la izquierda dejaba entrever apenas el frenesí paroxístico de la tormentosa Janis Joplin. Pero el del centro era una verdadera obra de arte: ahumada parcialmente por efecto de las veladoras que la iluminaban, salpicada aquí y allá por las cagadas de las innumerables moscas que eran ya parte fundamental del escenario, acribillada de ofrendas votivas, y con una mancha espantosa, ¿un huevazo?, en el centro de la cara, la imagen de la Virgen de Guadalupe era la fiel expresión de un mundo de descomposición, donde el menor destello de blancura y limpieza sería visto como una escandalosa manifestación de lo profano.

—¿Qué onda, carnal, te quedas o te vas?

Busqué la proveniencia de la voz y vi en el fondo del semisótano, al que se bajaba por una escalera de piedra, un cuadro bruegheliano que en el campo hubiera pasado por bucólico y pastoril, pero que aquí era la expresión extrema de la promiscuidad urbana. Pasé mi vista sobre la totalidad mugrienta que conformaban colchones, individuos hidrofóbicos (no por rabiosos, sino por empuercados)

y cantidad de perros pulgosos acostados entre los humanos, y me detuve por último ante la expresión de un hombre de Neanderthal que trajinaba sobre un perol que desprendía un olor atroz a ajo y azufre.

—¿Qué onda, pues, güey. Tanto mirar nomás de gratis? —volvió a inquirir el cavernícola que estaba cocinando.

—Claro que no —respondí aún fuera de juego—. El espectáculo vale la pena.

—Pues aliviánate con un pomo, ¿no?

El músico continuaba haciendo malabares acústicos con su flauta hasta alcanzar niveles de prodigio. Pasó una pareja de jóvenes y le arrojaron al piso de la cueva unas cuantas monedas. Enseguida eché mano a la cartera y me acerqué a la escalera con intención de bajar para darle el billete de mil pesos que ya llevaba en la mano. De repente, como si hubiera activado un dispositivo de seguridad, se me dejó venir la jauría de perros pulgosos obligándome a poner en práctica mi rudimentaria experiencia karateca. Acerté a mediogolpear a uno, pero la fiereza con que volvían al ataque me hizo entender que estaban dispuestos a sacrificar su vida en defensa del lugar. Por fortuna, el músico, que se había levantado con rapidez, agarró por el cuello al más fiero de los perros y, luego de gritar varios nombres de la hierografía del México revolucionario, logró que la jauría regresara gruñiente al fondo de la estancia. Entre mentadas de madre, puteamientos y broncos despertares, la comunidad entró en ebullición, y creo que fue el lustroso billete de mil pesos lo que me salvó del linchamiento.

—Órale, capitán, bájate con unas chelas, ¿no?

De nuevo fue la enigmática personalidad del músico la que vino a liberarme de la zozobra. Después de conminar a todos a la calma, se dirigió al que estaba cocinando y le dijo: “Sombras, tráete por favor unas caguamas”. El Sombras se levantó solícito, tomó el billete de mis manos y desapareció como una exhalación entre el bullicio de la calzada.

—Pásale, maestro —me dijo el músico ofreciéndome una silla desvencijada—. Con cuidado que aquí todo está en estado crítico.

—Sí, ya veo; pero más que una crisis esto parece el reflejo de un holocausto.

—Es que estás afuera, maestro, y te vas con la finta de lo aparente. Si dejas de engañarte con los ojos, la nariz y los oídos, encontrarás lo que de veras vale. ¿Tocas algún instrumento?

—No me pasan los albures.

—Qué pasó, maestro, creí que ya éramos cuates.

—No, no toco nada.

—¿Entonces, de qué la rolas?

—Ando buscando.

—Pues ya estuvo que encontraste.

¡Y vaya si encontré! Una borrachera bestial que me dejó por completo desenergizado después de tres caídas guacareantes en el calvario crudencial: la primera al despertarme al día siguiente en medio de los perros, acribillado por las hambrientas pulgas e inmerso en tal marasmo de olores y ruidos que pensé por un momento hallarme en el centro mismo del mercado de Pochutla; la segunda sobre el piso del taxi que me llevaba al departamento; y la tercera al llegar al departamento, entrar en la cocina y ver la lista ominosa de las lecturas recomendadas por don Ramón. Limpié como pude los restos de bilis y mucosas estomacales y me fui a la sala, agarré el primer disco que encontré a la mano y, cuando ya estaba en transición hacia el mundo indulgente de los sueños, oí el ronroneo de Pau Casals sublimando los Brandeburgo de Bach. Nunca como ahora se me hizo tan evidente la condición soporífera de la música clásica. ¿Por qué nuestras insatisfechas amas (¿o debería decir: esclavas?) de casa no recurrían a la música clásica en lugar de atiborrarse de valiums y ativanas? Sentí un nuevo conato de vómito y al voltearme boca abajo caí atrapado en las fauces de una impresionante iguana verde. Después, entre movimientos espasmódicos que me fundían con una masa viscosa hecha de trozos de hojas verdes e iridiscentes alas de mariposa,

fui arrastrado por una dinámica digestiva que me relegó a una mera condición de realidad sin consistencia. ¿No era esto lo que la ignorancia de la física moderna llamaba albúricamente hoyos negros?

Cuando la iglesia de la esquina comenzó a llamar a su clientela, todo mi mundo quedó reducido a una informe oscuridad acompañada de fondo por el rugido paranoizante de los autos encadenados al Periférico. Crudo, molido y con una acidez estomacal espantosa, me volteé despacio boca arriba y dejé que los recuerdos fluyeran en busca de su natural reacomodamiento. ¿Eran reminiscencias del sueño o de la cruel cotidianidad las imágenes que ahora regresaban sin lógica ni concierto? Vi un diente de jabalí que jamás había visto, pero del que el Sombras había hecho una obsesión de la comunidad al obligarnos a remover en su búsqueda todo el mierdero de trastes y colchones, porque sin ese talismán se les acabaría a todos los allí presentes la buena suerte. “Carajo, si ésta es la buena suerte cómo será la mala”, había dicho el músico, conocido por todos como el Nopalero, pero cuyo verdadero nombre era Cipriano. Por fin, el fatídico colmillo, que ahora brillaba fantasmagórico en la oscuridad de mi subconsciente, había agotado todas las esperanzas de un celebrado encuentro y el Sombras se retiró abatido a llorar en una esquina de la cueva el terrible destino que le esperaba a la comuna. Místico, que era un oasis de lucidez al lado de la plumbica pesadez mental de los Llameados —así se les reconocía a los cuatro carnavales que allegaban algunos centavos a la comunidad haciéndola de tragafuegos— y que había rehusado desde el principio de la libación entrarle a los alcoholes (cerveza, vodka y alcohol de caña con Coca-Cola), nos llevó a Cipriano y a mí a un recorrido extraordinario por las montañas mazatecas, empezando por la ya más pagana que ritual Huautla y terminando, después de tres altos ofrendatorios, en Cataluña, Santa María Chilchotla y Puente de Fierro, en el mítico Río Sapo. Poco antes de caer rendido y ya cuando la imagen de Místico —qué propiedad en la elección del nombre— se me hacía la del dios prehispánico Xochipilli, aunque más metamundano y brumoso, sentado ritual-

mente en un rincón de la cueva, Cipriano acertó a balbucir que desde la tarde Místico estaba prendido con ácidos. Carajo, qué aguante y qué temple el de ese individuo, pensaba ahora comparando la visión de Místico con la de un pobre diablo universitario, que dos veces que había intentado metacotidianizar de golpe su existencia —una en México con marihuana y otra en París con hachís— había vomitado escandalosamente todos sus temores y fracasos.

Sentí un alfilerazo en la nalga derecha, me puse de lado y rasqué hasta que el placer se tornó doloroso y encabronante. Enseguida, como si el ataque fuera dado en común acuerdo, la espalda y el abdomen recibieron inmisericordes aguijonazos. Me levanté corriendo hacia el baño y al prender la luz y comenzar a desvestirme, un mundo de diminutos monstruitos negros comenzó a saltar gozosamente por el piso.

Esta vez, y para terminar de darle en la madre a la herencia metodológica donramoniana, el baño a jicarazos no sirvió para nada. Abrí resignado las llaves de la regadera y me quedé bajo el agua tibia una eternidad, ajeno al estruendo que armaban en un rincón de mi subconsciencia los ecologistas, los campesinos a quienes les robábamos el agua y los mictlantecútlícos habitantes de ciudad Nezahualcóyotl que formaban largas filas ante las pipas de agua desde las tres de la mañana.

Intenté escribir algo a manera de terapia, pero el efecto calcinante de la lámpara sobre la blanca superficie del papel contagió todo mi ser, dejándome desamparado ante un páramo infernal en el que sólo podrían crecer las más contumaces cactáceas. Opté entonces por la oásica lectura de Braudel, y apenas estaba adentrándome en la refrescante brisa mediterránea, cuando un viento cálido y adormecedor me envolvió en una atmósfera de resignación y caí de bruces sobre la histórica obra. Me fui trastabillando hacia la cama y dormí de un tirón veinticuatro horas.

Aliviado por la terapia onirizante desperté con un hambre de perro oaxaqueño. El desayuno, que era más propiamente cena por la

hora, me dejó plenificado para acometer de una vez la monumental obra braudeliana. ¡Y qué manera de atraparme la del viejo sistematizador de la nueva historia! Durante una semana fui transportado al mundo caótico y grandioso que habría de cimentar la modernidad con el advenimiento del Nuevo Mundo. Por fin, el Braudel lúcido y profundo desplazaba de mi prejuiciada memoria al inasequible profesor universitario que en mis tiempos sorbonales, y al verlo rodeado siempre de epígonos, achichincles y niñas bonitas del Instituto de Estudios Políticos, me había parecido un engranaje más de la maquinaria espectacular a la que gusta encadenarse la intelectualidad francesa. Ahora no podía menos que recordar como una actitud arquetípica de la intransigencia juvenil el momento en que, sin pasar la página veinte, había condenado al ostracismo *La Méditerranée et le Monde Méditerranéen a l'époque de Philippe II* en edición original de Armand Colin.

Al final del segundo tomo de la edición del FCE que ahora me ocupaba, había una nota esclarecedora del sagaz viejo celta: “Discípulo del esclarecido Lucien Febvre y del flemático Marc Bloch, Braudel ha llevado el estudio de la Historia a un nivel que el mismo Marx habría admirado sin ambages. A la imprecisa teoría clasista de las transformaciones, que entendía la continuidad y discontinuidad históricas en términos de estructura y coyuntura, Braudel le opone una visión geohistórica (espaciotemporalización de la vivencia) que hace que el estudio de la Historia se convierta en la totalización sublimadora que por siglos reconoció como su dominio la filosofía. La cuenta corta y la cuenta larga surgen, así, como dinámicas explicitadoras de una totalidad que subsume la determinación económico-política en aras de una trilogización (lo geográfico, lo social y lo individual) que hace de la Historia un fenómeno vivo, diverso y confrontativo”.

En fin, fue una semana de gozoso navegar por el ebullente Mediterráneo de los siglos XV y XVI. Al concluir la travesía, hacia el mediodía del viernes, decidí librarme de cifras, guerras y hambrunas, y abrirme al exterior para tomar un respiro desespeculante.

Volvió a sonar el timbre de la puerta con la urgencia y aparatosidad con que lo había hecho cuatro o cinco veces en el transcurso de la semana; pero esta vez me asomé con sigilo a la mirilla y vi la expresión encabronada del caballero teutón. Abrí y entró hecho un huracán.

—*Shit*, ¿dónde madre andabas?

—Por ahí, buceando en la Historia.

—Te vine a tocar tres o cuatro veces durante la semana.

—Cuestión de método, Federico. No puedes estar así nomás al alcance del vecindario.

Dijo una fuerte expresión en alemán y concluyó:

—Ya estás igual que el viejo gachupas.

—¿Y cuál es la urgencia?

—Nada, cabrón, te venía a invitar a una fiesta. Pero si tan inasequible andas mejor ahí muere.

—Calmado el venado, querido Feder. ¿Qué se celebra?

—La muerte de Heinrich Boll.

—Ah, eso está muy bueno. No debemos dejar de alimentar nuestra ritual tanatofilia. ¿Y cuándo es?

—Hoy a partir de las ocho p. m. en mi depa.

—Allí estaré con toda mi humanidad celebrante.

—¿Y qué madre es ésa que estás leyendo?

—No es una madre, sino un padre; el padre de la nueva historia computarizada.

—*Bullshit*.

—Hay otras más apestosas.

—Deberías dejarte de mamadas y leer buena literatura, maestro.

—¿Como qué o quién?

—Kosinski, por ejemplo.

—No es mal escritor, pero soy alérgico a los tráfugas ideológicos que terminan haciéndole el juego a los gendarmes de Washington.

—Lee *El pájaro emplumado*, y déjate de mamadas.

—He leído *Being There* y ese otro del jugador de polo.

II. UNA TEMPORADA EN EL MICTLÁN

—Buñuel dijo que esa obra le dio en toda la madre.

—¿Cuál obra?

—Te estoy hablando del pájaro, cabrón.

—¿La tienes tú?

—Todas las de Kosinski.

—Pues pásamela para que le eche un vistazo.

—Pídemela en el *party*. ¿Qué, no tienes una chela por ahí?

—Nada.

—¿Ni un mísero tequila?

—Te lo debo.

—¿Pues qué pinche cantina es ésta?

—Una cantina puritana.

—Una pura madre —dijo Federico incorporándose en dirección a la puerta.

—Entonces nos vemos en la noche —le dije abriendo la puerta.

—Ven preparado que va para largo —expresó Federico ya escaleras abajo.

Abrí una lata de atún y mientras la comía, acompañada de sintéticas rebanadas de pan y de una naranjada cancerígena hecha de polvos artificiales, se me vino a la mente la rigurosa estructuración vital del viejo celta, que cada día veía más lejana e imposible. ¿Cómo enderezar de golpe una vida acostumbrada al reventón y a la anarquía? ¿Cómo evitar en un medio de viciosidad excesiva que la elaboración de la obra no cayera en un círculo mediocre y enfermizo? La pretensión sublimadora donramoniana (cuerpo y mente, voluntad y razón, Occidente y Latinoamérica) se me aparecía ahora como un sueño de maravillosa ingenuidad en medio de las pesadillas ideológicas que amenazaban con desquiciar la maltrecha cordura del mundo. Tiré toda la mierda sintética a la basura y me fui al changarro de la esquina a tomarme unos tacos contaminados de vida.

Por la tarde, después de esperar dos horas en una estancia insana rebotante de víctimas de la insufrible atmosferación citadina, el doctor Ribeiro me arrojó de golpe en las fauces de mi cruel destino.

—Mire, su oído está perfectamente seco y limpio, pero la membrana no responde al tratamiento estimulativo.

—¿Entonces?

—Pues lo más conveniente es que el lunes mismo a primera hora se vaya usted al Hospital General y se contacte con la jefa de enfermeras, que es mi auxiliar, para que le indique todos los pasos que debe usted seguir.

—¿Me va a operar?

—Vamos a ver si es posible abrirle un espacio para el mes que entra.

—Pero...

—Déjese de peros y piense más bien que será usted afortunado si logro meterlo para el mes que entra. Tenga presente que oficialmente no hay lugar en la sala del hospital por los próximos seis meses.

—¡Qué bárbaro!

—No se desespere, yo soy allí el jefe y veré de arreglármelas para meterlo.

—¿Entonces de plano no cree usted que la membrana timpánica se regenere?

—Vamos a ver; pero por si acaso no responde es mejor tener todo listo para la intervención quirúrgica.

De regreso iba tan cabizbajo, desenergizado y con la mente oscurecida por tribulaciones nihilizantes que pasé frente a los Llameados sin darme cuenta.

—¿Qué onda, profesor, ya no saludas a los camaradas?

Se me iluminó de pronto el mundo y al rastrear con la mirada el exterior vi a Místico en la cueva trabajando unas carteras de cuero.

—Perdona, Místico, es que de plano ando perdido en la nada.

—Uy, pues presta, ¿no?

—Ojalá fuera así de festiva la cosa, pero lo cabrón es que me van a tasajear.

—Chale, qué mala onda. ¿No quieres un aliviane con un aceite?

II. UNA TEMPORADA EN EL MICTLÁN

—No, gracias, paso.

—¿Y dónde está la maldad, en la panza?

—No, tengo el tímpano jodido y no se quiere regenerar.

—Chin, qué alucine.

—Ni modo. ¿Y el Nopalero?

—Pues rolándola en la neta. Por aquí nomás se deja ver dos que tres. Es que es muy cabeza, ¿ves? Y lo vinieron a buscar para entrarle a una tortilla grandota.

—¿Una qué?

—Un larga duración, profesor, con unos *brothers* muy cabezas que le hacen a la computadora.

—Qué bueno.

—¿Quihúbole mi cuáis, nos echamos el desquite? —dijo el Sombras apareciendo con un sigilo que hacía honor a su nombre.

—Qué pasó, Sombras. No ves que el *teacher* anda retejodidón... —intervino Místico auxiliándome en mi zozobra.

—Pues pa que se componga de una vez, ¿no?

—Tomen —dije echando mano a unos billetes—. Mejor échense unos tragos a mi salud.

—Se agradece, profesor. Y no dejes que te azoten las malas vibras.

Tomé un camión que iba por toda la Avenida Revolución y me acomodé como pude entre pisotones y codazos. El camión iba hasta la madre y el rostro de los pasajeros era una máscara brutal de impotencia, resignación y agresividad contenida pero a punto de desbordarse. A la mitad del trayecto, cerca de Mixcoac, uno de los pasajeros al buscar acomodamiento lastimó a otro con un codazo en la nariz; el lastimado, sin mediar palabra alguna, le devolvió al agresor involuntario un tremendo golpe en la cara. No se oyó ni un quejido ni una sola palabra amenazante, pero los ojos de los contrincantes se prendieron de fuego, impregnando el espacio circundante de la tensa atmosferación que precede a la muerte. Una mano salvadora de mujer (la sufrida y omnipresente Tonantzin-Guadalupe) jaló a uno

de ellos por el hombro y lo arrastró hasta el fondo del camión. Ni una palabra fue pronunciada en alivio de la tensión, tan sólo unas miradas deshumanizadas que hablaban fehacientemente de la condición perruna a que obliga la sobrevivencia en la Ciudad de México.

Después de tomar otro camión, me bajé en el cruce del Periférico con la Avenida Toluca ya más fluido y energizado. Una vez más el viejo celta tenía razón: la comprensión de los problemas ajenos hace que valoremos en su justa dimensión los propios. ¿Qué era mi pinche tímpano al lado de esas vidas sin gozación ni esperanza y asoladas por la miseria? En los sesenta era el envenenamiento ideológico el que llevaba a los jóvenes pequeñoburgueses a entregarse de manera suicida a la acción guerrillera. Ahora, embalsamadas las ideologías, los jóvenes de los ochenta abrazaban un individualismo nihilista y quejumbroso. Don Ramón decía que la única esperanza estaba en la emergencia de la sociedad civil. Pero viendo estos sucesos, ¿cómo esperar que la agresividad contenida no se desbordara en espantosos ríos de sangre?

Abrí la puerta de la calle y estuve un rato platicando con Fidencio que, como siempre, estaba de un humor y una energía que lo hacía una ave rara en esta jungla bestial de vidrio, acero, cemento y plástico.

Enloquecido, como si tras él viniera una jauría de perros de presa, llegó Federico tocando el claxon con gran estruendo.

—¡Ábreme, Fidencio! —gritó desaforado.

Fidencio abrió calmadamente la reja de la entrada y Federico entró como una exhalación en medio de una densa nube de humo.

—¡Me regreso a Alemania! —exclamó Federico bajando como un energúmeno del auto.

—Tranquilo, muchacho, ya estás en casa —le dije palmeándole la espalda.

—¡Me regreso a Alemania, ya estoy hasta la madre de este pueblo de machos hijos de la chingada!

—A ver, con calma, dinos tus tribulaciones.

II. UNA TEMPORADA EN EL MICTLÁN

—Mañana mismo mando a comprar el boleto. Están locos; este país no tiene remedio.

Ayudamos a Federico a bajar las botanas y el chupe que traía en la cajuela del auto, y en el transcurso nos explicó la causa de su desquiciamiento. Resulta que al salir del súper le tocó el claxon a un individuo que se había parado en un semáforo discutiendo con una mujer, ¿su esposa o su amante?, que lo acompañaba. El individuo, luego de bajar con brusquedad a la mujer, esperó a que el semáforo cambiara a amarillo y salió disparado haciéndole a Federico una clara señal de mentada de madre. Federico, como buen pendejo, mordió el anzuelo y se tiró tras él para no sentir la humillación que implicaba la espera del nuevo cambio del semáforo. Entonces el individuo frenó bruscamente, dándole a Federico un susto mayúsculo al tener que frenar a fondo para evitar estamparse. Y he aquí que cuando Federico se disponía a exigir disculpas —dos veces retempejando— el individuo bajó de su auto y en un respiro le puso a Federico la pistola en la cabeza diciéndole:

—¿Qué traes, hijo de tu chingada madre? ¿Cuál es tu pinche prisa, cabrón gringo?

Ante tal despliegue de agresividad, Federico apenas pudo balbucir unas disculpas que enmudecieron de golpe cuando sintió el cálido efluvio de su orina regándole la entrepierna. Después de putearlo y sacudirlo hasta dejarlo como un vil trapeador, el individuo se fue vuelto la chingada y Federico se quedó en el auto presa de un ataque de histeria.

—Por eso, mejor ahí muere. Mañana sin falta aparto el boleto.

—Fue tu culpa, Federico —le dije cuando ya estábamos en su departamento.

—¡Mi culpa! —exclamó desconcertado.

—Sí, tu culpa. Para qué carajos andas provocando la agresividad de la gente si ya sabes que esta ciudad es una bomba de tiempo.

—¿Y tú qué habrías hecho?

—Nada. Dejarlo ir sin hacerle caso.

—¿Que no tienes dignidad, maestro?

—Entre la dignidad y el apendejamiento hay un tenue hilo que hay que evitar romper.

—¿Qué ocurre? —dijo la hamburguesa (no por apetitosa, sino por ser de Hamburgo) en un rudimentario español y con la versión alemana de *El nombre de la rosa*, de Eco, entre sus manos.

Federico le respondió en alemán y en seguida se desarrolló entre ellos un diálogo del que no entendí nada y que me brindó la esperada oportunidad para retirarme.

—Bueno, nos vemos al rato —dije encaminándome hacia la puerta.

Siguieron discutiendo entre ellos y cerré la puerta tras mis pasos. Una vez en el departamento me fui derecho a la cama. Intenté conciliar el sueño, pero mi mente estaba demasiado inquieta. Después de varias vueltas, centré mi atención en el cráneo de venado que estaba al lado de la ventana y, ya más relajado, me venció el sueño.

Estaba a bordo de un barco atunero platicando con el capitán mientras saboreábamos un exquisito caldo de camarones. El capitán me explicaba los hábitos migratorios de los atunes, las distintas variedades que conocía y el porqué los atunes de cola amarilla eran los menos contaminados de plomo y mercurio en una escala que empezaba con los dinoflagelados y terminaba con los voraces tiburones. El capitán, viejo lobo de mar, decía que la falta de puertos y ciudades importantes en el Pacífico mexicano era una garantía para la vida sana de los peces. Que los desechos industriales habían llevado a las especies del Mediterráneo, del Atlántico y del mar del Japón a niveles altamente peligrosos de contaminación, por lo que el consumo de pescado capturado en esos mares estaba ya en vías de ser prohibido por la Asociación Internacional de la Salud. El cocinero nos interrumpió preguntándonos si queríamos más camarones. Le dije que sí, y mientras se llevaba mi plato le pedí al capitán que me explicara un poco más el fenómeno de la contaminación de los peces. Es un

proceso muy sencillo —aclaró el capitán—, en primer lugar está el zooplancton y el fitoplancton que son pequeños organismos que asimilan los desechos industriales, de ahí se pasan a las sardinas, camarones, calamares y demás bancos de cría; luego pasan a los jureles, barriletes, sierras, atunes, etc.; y, por último, llegan a los tiburones. Como los desechos no son eliminables, se entiende que los peces más grandes sean los más contaminados, y de éstos el más nocivo es el tiburón, cuyo consumo debería ya estar prohibido. Llegó el cocinero con el plato lleno y al ponérmelo enfrente experimenté una desagradable sensación de vómito. En el plato, los cascarones putrefactos de los camarones nadaban en un espeso caldo de nauseabundos desechos industriales. Volví a sentir los espasmos vomitivos y esta vez ya no pude contener la avalancha que afluía a mi boca. Vomité sobre la mesa los restos de los recién comidos camarones y me puse lívido y etéreo como un cadáver. El capitán me ayudó a salir a cubierta, y al acercarme a la borda para vomitar el resto de mis entrañas vi una escena que me jaló de inmediato. Toda la tripulación trajinaba jalando desde la borda, con unos extraños ganchos, los atunes que nadaban dentro de una enorme red extendida a un lado del barco. Se me fue de repente la sensación mareante y al acercarme a ver los atunes que se sacudían sobre cubierta me quedé estupefacto: todos tenían innumerables cuchilladas y sus ojos estaban blancuzcos y opacados. Toqué uno con mis manos, ¡estaba congelado! ¿Cómo se explicaba entonces que siguieran saltando sobre cubierta? De golpe me llegó una insufrible tufarada a pescado podrido y, al voltear en busca del capitán, me vi rodeado por infinidad de gaviotas que abrían agresivas sus picos con intención de atacarme. Comenzó a sonar con estruendo la sirena del barco y vi perplejo cómo las gaviotas desaparecían en el aire y los atunes saltaban por la borda y se iban nadando. La sirena seguía sonando y, en la medida que el ulular aumentaba, el espacio exterior se tornaba confuso y evanescente. Al final mi cuerpo flotaba inmóvil en una masa viscosa y putrefacta, y el ulular de la sirena se oía lejano, semejando un llamado salvador en medio de una

oscuridad naufragante. Desperté marinizado de sudor y me quedé un rato inmóvil contemplando la lejana blancura del techo, mientras el sonido del timbre de la puerta llamaba con insistencia a un náufra-go que ni siquiera se podía acordar de su nombre. Me levanté abatido y con un sabor de boca herrumbroso y salobre. Fui a la cocina y me tomé de golpe un vaso de agua, con tal cantidad de cloro que la sensación vomitiva de la pesadilla inundó toda mi conciencia cotidiana. Prendí las luces de la sala y me encaminé hacia la puerta, cuyo timbre continuaba sonando. Abrí y vi a Federico con una botella de tequila en la mano.

—¿Qué pasó, maestro? Te estamos esperando.

—Yo también.

—¿Qué onda contigo?

—Ahora bajo.

—Ni madres, aquí te espero. Toma, échate un buen trago para ir entrando en ambiente.

Al sentir la quemante vitalidad del tequila, mi cuerpo experimentó un cálido sacudimiento. Federico, ya medio alumbrado, me quitó la botella y se la llevó al gaznate.

—A ver, pásame otro trago —le dije recuperando la botella—, que soy yo y no tú el que ahora necesita entonamiento.

—Sí, mejor entónate y no te ennahuales.

—Carajo, no sabía que volaras tan alto.

—Don Juan es universal, maestro.

Le dije a Federico que pusiera un disco mientras me daba un regaderazo y me vestía. Cuando salí a la sala, ya impecable, Federico estaba sentado en mi mesa de trabajo hurgando entre mis escritos.

—¿Qué, ya no hay respeto a la intimidad? —le dije sorprendiéndolo.

—*Shit*, esto parece muy interesante —dijo regresando los papeles a su lugar originario—. Lástima que tengas una letra tan tercermundista.

—Es una garantía contra los intrusos.

II. UNA TEMPORADA EN EL MICTLÁN

—Déjate de mamadas. Me gustaría leerte lo último que estoy escribiendo.

—¿En alemán?

—Maestro, ése es mi idioma.

—¿Y el español?

—Es otra onda. No es lo mismo hablar que escribir.

—Ni recitar que ladrar.

—¿Qué?

—Nada. Mejor pásame la botella de tequila y vámonos a la pachanga.

Al llegar a la puerta del departamento de Federico, una pareja salía cargando el maltrecho cuerpo de un pasado.

—¿Qué le pasó a Rafael? —preguntó Federico preocupado.

—Bebió mucho y se mareó con el baile. Lo llevamos a su casa y enseguida regresamos —respondió la muchacha visiblemente ruborizada.

—Este Rafael no tiene madre —me aclaró Federico mientras entrábamos—. No es mal pintor el güevón, pero desde que trabaja de achichincle en el Carrillo Gil se agarra unos pedos impresionantes.

En el centro de la sala, entre espesas nubes de humo y un ruido infernal, trajinaba un grupo formado en su mayoría por mujeres. La hamburguesa, luego de saludarme efusivamente, le dijo a Federico algo de lo que no entendí nada, pero tenía que ver con el mentado Rafael, cuyo nombre oí.

—¡Pinche ojetel! —exclamó Federico encabronado—. Ya me jodió el tapete con su guacareada.

En un momento las mujeres terminaron de limpiar los restos de la excesividad incontrolada de Rafael y el ambiente volvió a vibrar en armonía. Saludé a varios individuos de innegable fenomenicidad teutona y me fui derecho a la cocina a servirme un buen trago.

—Hola —oí una voz sensual a mis espaldas cuando ya me llevaba el trago al gaznate.

—¿Qué tal? —respondí sin voltearme.

—Pensamos que te había pasado algo —dijo la voz al tiempo que se corporeizaba frente a mí la esplendente reina de la Colmena.

—Ah, hola. No, no, estoy muy bien. Es que me fui a descansar un rato.

—¿Me sirves una cuba?

—Por supuesto, si quieres hasta te traigo a Fidel.

—No. La preferiría con el Che Guevara.

—Muy bien. Tú me dices la proporción.

—Así está bien de ron, gracias.

—¡Salud!

—¡Salud!

—¿Y qué dice la pintura?

—Está en crisis. ¿Y la literatura?

—Arrastrándose.

—Vaya, sólo falta que nos pongamos a llorar juntos.

—¿Y por qué no a reír juntos?

—Uy, eso es más peligroso.

—¿Por qué?

—Porque llorar une los espíritus y reír une los cuerpos.

—Entonces tendríamos que reír y llorar.

—Ja, ja. ¿No das paso sin guarache, eh?

—No creas, también me gusta caminar descalzo.

—¿Sobre el asfalto?

—No. Sobre la arena de una playa solitaria y mágica.

—¿Y dónde está ese sueño?

—A una vida de distancia.

—Demasiado para mí, que sólo tengo una.

—Siempre hay tiempo para renacer.

—¿Otra vez? Oh, no.

—¿Qué, ya se conocen? —preguntó Federico acercándose a servir otro trago.

—Estamos en el protocolo —respondí acariciando con mis ojos los de la dueña de mi pasión deseante.

II. UNA TEMPORADA EN EL MICTLÁN

—Ya veo —dijo Federico medio molesto—. ¿Y tu marido? —preguntó dirigiéndose a ella.

—En Los Ángeles aculturando a los chicanos —respondió sin ocultar el desagrado que la pregunta le produjo.

—Oye, Eugenio —me susurró Federico tomándome del brazo—. Ven un momento que quiero presentarte a unos cuates. ¿Nos disculpas, Raga?

—Claro que sí.

—Luego seguimos platicando —le dije a Raga al alejarse Federico unos pasos adelante.

—El interés es mutuo —expresó la mujer con una sonrisa que me electrizó todo el cuerpo.

—Oye, cabrón, ¿que no sabes con quién está casada esa mujer? —interrogó Federico jalándome a un rincón.

—Con un tal FP.

—Que es director de Difusión Cultural de la UNAM.

—¿Y a qué carajo viene esa aclaración no pedida? ¿Acaso eres tú su perro guardián?

—En mi depa no quiero problemas, maestro. Ese tipo es un cabrón y más vale que te cuides.

—Putra madre, no sabía que estaba prohibido hablar con una mujer.

—No te hagas el pendejo, yo vi cómo se miraban.

—Está bien, dejémoslo ahí, ¿dónde mierda están esos cuates?

Llegamos ante un nutrido grupo de caras coloradas y rubias cabelleras y me entregué a un pasamanos presentativo del que sólo me quedaron dos impresiones duraderas: uno de los germanos era corresponsal de la revista *Stern* para Latinoamérica, y otro trabajaba para la ONU en el Departamento de Control de Población. Luego de las acostumbradas sonrisas y dos o tres expresiones circunstanciales en alemán, se estableció un paréntesis silencioso que permitió la audición de una voz carrasposa y estrujante que, en un inglés carcelario y sufridor, refería las andanzas nocturnales de un chicano en los reconquistados barrios de Los Ángeles.

—¿Quién es ése? —preguntó el corresponsal de *Stern* en un español estropajoso y cortante.

—Tom Waits —respondió Federico—. Lo trajo una chava chicana que anda por ahí con Roberto.

—¿Negro? —volvió a preguntar el periodista.

—No, chicano —aclaró Federico.

—Muy bueno —concluyó el periodista.

De nuevo el grupo quedó suspendido en una atmósfera ensimismante dominada por la extraordinaria voz de Tom Waits. Incómodo por la situación, comencé a recorrer con mi vista la pared próxima al tocadiscos hasta que una explosión de relámpagos aturquesados me obligó a detener el desplazamiento y fijar la visión. Ahora, tras la fenomenicidad explosiva del color, podía distinguir dos preciosas caracolas esencializadas en un perfecto acoplamiento sexual. Sentí que un mundo de hormigas excitaba con sus patitas todo mi cuerpo, y sin poder evitarlo me vi arrastrado hacia el cuadro. En la parte inferior derecha, con una grafía desinhibida y festiva, la firma de Raga me hizo un guiño de complicidad que me llevó a voltear bruscamente, convencido de encontrar entre la neblinosa concurrencia el radiante rostro de mi deseo. ¿Se habrá ido?, pensé al no encontrarla luego de recorrer con mi vista todos los rincones de la sala. ¿Estará en el baño? Un sonido fuerte y entrecortado jaló mi atención hacia el grupo de alemanes que de nuevo dialogaban con gran efusividad. Recorrí con mi vista la apariencia del conjunto y vi a la hamburguesa insinuante y apetitosa diciéndome con un leve desplazamiento de su cabeza que me acercara a su estar. Regresé al grupo y de nuevo se hizo el silencio.

—¡Carajo, no soy Moctezuma para que todos se callen a mi paso! —exclamé sumiendo a la germanidad en total desconcierto.

—Es que estábamos hablando en alemán, maestro —gruñó Federico.

—Está bien, sigan hablando —dije emprendiendo la retirada.

—¿Y qué piensas tú de Centroamérica? —preguntó la hamburguesa buscando introducirme en el juego.

II. UNA TEMPORADA EN EL MICTLÁN

—¿De eso hablaban? —inquirí.

—Sí —terció Federico como buen manejador-réferi del mundo del espectáculo.

—¿Y qué opinan ustedes? —pregunté para saber cómo iba a estas alturas el desarrollo del juego.

El funcionario de la ONU y el periodista de *Stern* intercambiaron unas miradas de recelo. Las mujeres que los acompañaban continuaron con su expresión de espectadoras de un evento exótico. Por último, Federico asumió el papel de moderador que tanto le gustaba:

—Pues aquí Thomas y Peter no se ponen de acuerdo. Uno dice que la solución es la intervención norteamericana, y el otro dice que se debe respetar la decisión que tome el grupo de países que se reunieron en la isla de Contadora.

—¿Y tú? —pregunté con causticidad.

—A mí me vale madre —respondió Federico en un tono que rompió la artificiosa solemnidad del ambiente para dejar paso a un estruendo de carcajadas.

—No seas mentiroso —dije después del carcajeo.

—¿Por qué? —interrogó Federico con su característica fruncidura de ceño.

—Porque eres un anticomunista incoherente.

—A la chingada con el comunismo, maestro —rugió molesto—. Yo en Rusia, Cuba o Nicaragua estaría preso, al igual que tú, por vago y maleante.

—¿Eres comunista? —intervino la hamburguesa con una expresión encamable.

—No, pero tampoco reaganiano. Por principio estoy en contra de toda forma de gobierno que pretenda eternizarse —sentencié ya sintiéndome a gusto en el campo de juego.

—Ou, anarquista —dijo el de la ONU con un dejo de victoria.

—Tampoco —remarcó gozando el recalentamiento—. Los gobiernos son un mal necesario. Es por ello que tenemos que buscar los menos malos y no darles tiempo a que empeoren.

—No entiendo —expresó el de la ONU sintiéndose fuera de juego.

—Déjate de mamadas, maestro. Da tu opinión y ya —dijo el moderador tratando de nivelar el partido.

—Bien, peroremos entonces. Yo creo que Latinoamérica se está convirtiendo en un centro vital para la consolidación de Occidente. Tenemos ya uno de los niveles artísticos más altos de todo el planeta, pero es elitista y grupuscular, por lo que es indispensable una revolución cultural que transforme a las mayorías embrutecidas y analfabetas. Tenemos también un pasado militarista y sangriento que es un lastre para que la sociedad civil asuma la determinación de los gobiernos. Debemos, pues, educar a los militares y restringirlos al ámbito de los cuarteles, evitando los contactos turbios y desestabilizadores entre nuestros militares y los de los dos imperios. Es indispensable descentralizar el poder —tanto en lo político como en lo cultural— en favor de los municipios y los estados, con el fin de que la autonomía y autodeterminación de las partes haga viable la plenificación del todo. Debemos desechar la absurda carrera por tecnologizarnos a ultranza siguiendo los modelos occidentales. La cultura latinoamericana es más artística que tecnológica, de ahí que tengamos que encontrar una dinámica tecnológica propia que atienda más a la elementalidad, la duración y la esteticidad que a falsos esquemas consumistas, ajenos por completo a la espaciotemporalización de nuestra vivencia. Debemos, asimismo, disminuir en forma drástica la tasa de natalidad, y para ello sólo veo dos opciones: o mandarle todos los niños no deseados por los padres (que por lo general son del segundo en adelante) al Vaticano, o prohibir con sanciones y cárcel la procreación de más de dos hijos. Aquí dejo a la decisión de un referéndum la elección entre la salpingoclasia a las mujeres o la vasectomía a los hombres. Por último, y en lo que concierne a Centroamérica, mi opinión es que el precio que tenemos que pagar a la voracidad de los imperios va a ser la pérdida inevitable de dos o tres naciones más, antes de que la madurez de la sociedad civil nos

II. UNA TEMPORADA EN EL MICTLÁN

lleve a la elección de un modelo que recoja lo mejor de las dinámicas socio-políticas libertarias y democráticas.

—¡Qué discurso, diputado!

—¡Cipriano, qué gran sorpresa!

—Ya ves, dejé la cueva para venir acá con mis tocantes.

—Pásale, maestro, para que oigamos la opinión del nuevo canto

—dijo Federico echándole el brazo a Cipriano en actitud de franca familiaridad.

—Dame chance de ir por un trago, que traigo seco el radiador.

Se fue Cipriano hacia la cocina y el periodista de *Stern* se me acercó congratulante.

—Estoy de acuerdo con algunas cosas, pero...

—Yo tampoco.

—¿Cómo?

—Que yo tampoco estoy de acuerdo con lo que dije.

—Oh, la contradicción, ¿eh?

—Es un legado que heredamos de ustedes.

—Ya compórtate, cabrón, que esta gente es sincera —expresó Federico asumiendo su rostración de oso almizclero.

—¿Qué carajos es esto: una fiesta o un congreso? Mejor démosle en toda la madre a la lógica para terminar de una vez de desarreglar el mundo.

—Claro que sí —dijo la hamburguesa yéndose culebreante hacia el tocadiscos.

—¿Y cómo está Alemania? —pregunté cruzando el juego a la banda contraria.

El funcionario de la ONU se encogió de hombros; la mujer que lo acompañaba acertó a balbucir un “Muy bien”, y el periodista de *Stern* devolvió la pelota con gran estilo:

—Envejeciendo muy aprisa.

—¿Y eso?

Sin decir nada se fue hacia un librero y regresó con una revista.

—¿Qué mierda es esto? —inquirí a la vista de una portada donde dos mujeres deserotizadas exhibían parte de su desnudez.

—Los andróginos, maestro. El que parece mujer es hombre, y el que parece hombre es mujer —aclaró Federico.

—¡Joder, es el fin del machismo!

—Ojalá fuera así —continuó Federico—, pero esos chavos le están entrando duro al *establishment*, y sólo usan prendas de trescientos dólares y perfumes y lociones cuyo precio le permitiría a una familia latinoamericana vivir todo un año.

—¿Y los ecologistas? —le pregunté al periodista.

—Ya pasaron de moda —respondió sonriente.

La hamburguesa regresó aceitada y humeante, impregnando el ambiente de un untuoso aroma a primavera oriental. Llegaron dos parejas más entre las que reconocí al pastelero y al costal de golpeo que hacía las veces de su esposa, y el medio se tornó insufriblemente intelectual: “Por fin pudimos acostar a los niños, les trajimos un pastelito que preparó mi amor, ¿verdad cariño? Ay qué linda fiesta, no lo van a creer pero me golpeé muy feo con la puerta de la cocina por andar tan apurada, por eso se me ve hinchado el pómulo, ¿y qué les parece México?, ¿verdad que es maravilloso?”. De las bocas de las bocinas comenzaron a fluir unos acordes que, desde el momento mismo en que los oí, los identifiqué con el perfume oriental. Alguien me golpeó con suavidad en la espalda y al voltearme vi la expresión apetitosa de la hamburguesa.

—¿Bailamos?

—Hace años que dejé de bailar.

—Yo te enseño.

Y me enseñó, ante la expresión de un Federico engatillado y dispuesto a dispararse. Recordé mis viejos tiempos de discípulo de Joe Cocker y comencé a desbaratarme siguiendo el ritmo prodigioso de...

—¿Oye de quién es esa canción?

—De Dire Straits y se titula “Sultans Of Swing”.

II. UNA TEMPORADA EN EL MICTLÁN

—¡Fantástica!

—En Alemania se oyó mucho.

—Por cierto, ¿cuál es tu nombre?

—Tulip.

—Con Razón.

—¿Qué?

—Ese olor.

—¿Te gusta?

—¿Y tu relación con Federico?

—¿Qué?

—Es que está como el perro del hortelano.

—No comprendo.

—Yo tampoco, pero es igual.

Seguimos bailando, y cada vez que Tulip se me dejaba venir alborotante aumentaba mi sensación de ser un burro en cuarentena. En una de tantas vueltas las monumentales nalgas de Tulip me taparon la retirada y no pude evitar que mis manos consumaran el delirio ardiente de mis ojos, en un apretón brutal de abordaje.

—¡Hey! Que son mis nalgas.

—Sí, ya veo.

Dimos unas vueltas más y aferré al tulipán hasta sentir el roce furtivo de sus pétalos.

—¿Y qué diría Federico si de pronto desapareciéramos los dos?

—le susurré mordisqueándole cachondamente el lóbulo de la oreja.

—Oh, sabría comprender —respondió electrizada.

—Vamos a tomar un trago, porque si no soy capaz de tirarte aquí en medio de la sala.

—¡Uy, qué hombrre!

La jalé de una mano y nos encaminamos hacia la cocina. Poco antes de llegar, un estruendo de vidrios rotos salpicados de mentadas de madre nos hizo aterrizar en una realidad que ya creíamos superada. Al voltear para ubicar la causa del desmadre, vimos a un tipo semidesnudo correr desquiciado hacia la puerta, mientras de una de

las recámaras salía un individuo bajo de estatura y malencarado golpeando a destajo a una chava envuelta en una sábana.

—¡Hija de tu chingada madre, cinco minutos que te pierdo de vista y ya te estás revolcando con un pinche maricón! —le gritaba sin dejar de golpearla.

Por fin Federico se interpuso entre los dos, y la chava aprovechó para largarse como liebre azorada.

—¡Ya cálmate, Pancho! —decía Federico sujetando al energúmeno.

—¡Me cae de madre que uno más y la mato!

—Sí, está bien, pero ahora cálmate. Vamos a echarnos un chupe.

—Voy al baño —dijo Tulip viendo venir a Federico abrazado del energúmeno.

Entré en la cocina y comencé a prepararme un trago. Federico me pidió que por favor sirviera un par de tragos más, mientras trataba de calmar al energúmeno con una serie de arengas que terminaron con una respuesta contundente de parte del cornudo:

—No, si a mí me vale madre que mi mujer coja con quien quiera, pero no con un pintor bicicleta como ese hijo de la chingada que luego me va a pasar a mí el sida.

Agarré mi vaso, prendí el cigarro que me pasó Federico y me regresé a la sala. Varias parejas bailaban mientras otras dialogaban en pequeños grupos. Crucé la estancia y, al fondo, en torno a una pequeña mesa atiborrada de botellas y vasos, vi a Cipriano platicando con Roberto, su hermano y dos chavas de clara apariencia norteamericana. Me acerqué y Cipriano me invitó a sentarme. Saludé a la concurrencia y al oír los nombres de las chavas —Lupe y María— concluí que no podían ser más que chicanas. Tras las acostumbradas preguntas sobre el devenir de la vida y el trabajo, Roberto retomó el hilo de la conversación que, al parecer, los ocupaba desde antes de mi llegada.

—Pues para mí que ese cuate no va a durar. Se cree muy chingón, pero va a terminar tronando.

II. UNA TEMPORADA EN EL MICTLÁN

—Eso no importa —arguyó su hermano—. Hoy por hoy es de los mejores guitarristas de rock.

—Es que ya no hay nivel, *brother*. Me cae que Mark Knopfler es un principiante al lado de Eric Clapton, Jimmy Page y Jeff Beck.

—Esos ya están acabados. Además ninguno de ellos logró el virtuosismo de Mark Knopfler en *Telegraph Road*...

—Estás mal. Deberías oír otra vez a Alvin Lee para que te dejes ya de mamadas.

—Tal vez sea más rápido con los dedos, pero sus composiciones son puras jaladas, ¿no estás de acuerdo, Nopal?

—Esa no es mi onda, maestros —respondió Cipriano—. Yo le tiro a algo más sensitivo, más emocional: una mezcla de Milton Nascimento, Chico Buarque, Steve Wonder y Bob Marley.

—Esa es otra onda —sentenció Roberto.

—¿Y por qué tan callado ahora, maestro? —me preguntó Cipriano.

—Estoy aprendiendo a oír.

—¿Y cuáles son tus vibras musicales? —me interrogó Rodrigo.

—¡Joder!

—¿Qué?

—Bueno, pues para dormir la música clásica, para comer carinitas José Alfredo, para el ceviche Santana, para el desmadre Rubén Blades y Willy Colón, y para metamundanzarme Pink Floyd.

—Te faltaron Michael Jackson y Prince, maestro —añadió sarcástico Rodrigo.

—No, ésos los oigo cuando voy a cagar.

—Ay, pues a mí me pasa mucho Prince —dijo una de las chavas, una potranca descomunal que dejaba ver con la cortedad de su falda unos muslos impresionantes.

—Bueno, mi amor, es que tú eres fácil de conformar —le dijo Rodrigo acariciándole los muslotes.

—No creas, tú, yo soy muy exigente.

—No, mi amor, tú no eres exigente, eres más bien absorbente.

Estallaron las inevitables carcajadas, y con la explosión la porranca abrió como fauces sus piernas enseñando un abultamiento rojizo que me volvió a electrizar.

—Voy por hielos —dije acomodando el arma en previsión de inminente cacería.

Oteé el panorama con la intención de encontrar entre tanto enmarañamiento destrampante a la venada de mis sueños, pero ni siquiera tuve la compensación de hallar la felina corporeidad de la teutona, que por momentos me había acercado a la irracionalidad pura del deseo. Pasé al lado de unas sombras que parecían mecerse con la musicalidad del viento, y una figura enjuta y medio desplumada, que trajo a mi mente la imagen cruel de un colibrí desgraciado por un mal hechizo, me dijo: “¿No bailas, galán?”. Le contesté que no quería nada de plumas, sólo pezuñas y garras, y me seguí derecho a la cocina. Entré, y al servirme otro trago con tres cubitos de hielo me di cuenta que ya estaba bastante chispa. Prendí el enésimo cigarro de la noche y con la primera fumada se me agolparon las ausencias. ¿Qué carajo de vida era ésta? Una dinámica ciega, embrutecedora y suicida que sacrificaba la integridad del cuerpo y de la mente en aras de una reventazón sexual conflictiva y zozobranante. Una guerra bestial de todos contra todos, por encima de la razón, la amistad y la sana convivencia. ¿Amor? ¿Respeto? ¿Disciplina? ¡Cielos, qué lejos estaba todo esto del mundo pleno de la costa! Me tomé de golpe el contenido del vaso y me serví asqueado otro trago. Prendí un nuevo cigarrillo y me dije: “Es el último, terminándolo me largo”.

—¡Hi! —dijo Tulip exhibiendo una sensualidad salvaje.

—Llegas tarde, acabo de desarmar la escopeta.

—¿Qué?

—Ya estoy de salida.

—¿Por qué, si el *party* está fantástico? ¿No me das una cerveza?

Abrí el refrigerador y le pasé una caguama. Para terminar de joderla, la cabrona chava se puso a mamar lujuriosamente de la botella hasta dejarla en poco menos de la mitad.

II. UNA TEMPORADA EN EL MICTLÁN

—Gaznate estándar, ¿eh?

—Me gusta muchííísimo la cerveza mexicana.

—Entre otras cosas, por supuesto.

—*Oh yeah*. ¿Vamos a bailar?

—Ya estoy hasta la madre de tomar apuntes para que otros disfruten luego la lectura.

—¿*Angry*? —dijo acercándoseme peligrosamente.

Dejé el vaso sobre la mesa y sin decir ahí va la arrinconé contra el refrigerador, y cuando la cabrona dijo “¡Uy!”, ya tenía mi dedo abriendo surco en su panochita tibia y temblorosa. Comenzó a jaldear como ahogada, separando sus piernas para que el arado entrara con bueyes y aperos adentro del surco, que ahora era ya un profundo manantial de aguas aceitosas y rebosantes de vida.

—¡Qué onda, cabrones! ¿Por qué no se van mejor a coger a la cama? —rugió Federico desde la puerta entreabierta de la cocina.

—Oye, es tu pinche chava que anda como perra en celo —expresé a manera de disculpa, mientras Tulip se bajaba la falda y como si nada hubiera pasado se llevaba la caguama al morro.

—Será por la jauría de perros calientes que la acosan. Mírate la cara en un espejo, maestro, pareces un chivo desquiciado —arguyó Federico al tiempo que se servía con nerviosismo un trago y derramaba el ron por la mesa—. *Shit*, ya ni en los cuates se puede confiar.

—Óyeme, cabrón, llevo varios meses sin acostarme con una chava, ¿qué esperabas que hiciera?, ¿que le dijera a Tulip que se fuera a calentar su torta a otra parte?

—Está bien, no hay pedo. Vamos a echarnos un trago.

—Será otra vez, Federico. De veras ya estoy hasta la madre.

—No lo tomes tan a pecho, maestro. No hay problema, yo sé cómo es de caliente esta pinche chava.

—Perdona lo sucedido, querido Feder, pero créeme que es mejor que me retire ahora, si no terminaré haciendo alguna pendejada.

—Como quieras, maestro, pero las pendejadas sacan a flote las verdades.

Caminamos abrazados hasta la puerta y, al abrirla para que yo saliera, Federico clavó en mí esa expresión de lucidez febril que le daba a su abotagado rostro un toque de milenaria grandeza.

—Eugenio —dijo apretándome con fuerza la mano que le ofrecía a manera de despedida—. Para mí es mucho más importante la amistad que el sexo; no quiero perder un amigo por causa de una cogida frustrada.

—Gracias, Federico. Ya hablaremos con más calma.

Llegué al departamento con la cabeza llena de mariposas en un vuelo frenético y ofrendante. Pensé en irme derecho a la cama, pero enseguida se me hizo claro que en tales circunstancias adaptarse a la horizontalidad era guacareada segura. Busqué entre los discos y encontré a Tomita. Conecté el control automático y sentí cómo la pared de la sala se fundía con mi espalda en los momentos previos al despegue catártico. Tras una vuelta, ¿reconocedora o reencontrante?, los efluvios electrónicos de Tomita sublimando a Debussy, centraron mi atención hacia el dorado mundo de Playa Tortuga. Estaba en la playa, desnudo y sintiendo cómo las arenas se movían bajo mi peso con una suavidad cosquilleante que armonizaba con el flujo de los acercantes murmullos marinos. De pronto me sentí conformando una totalización vital que vibraba al unísono con la respiración de las olas. La música cesó por un momento para dejar que la palpitación marinizante plenificara de vida al universo. Lejanas, hipotéticas, las invenciones de una computadora jugaban alegres con fracciones infinitesimales de espaciotiempo. De repente el trópico había cambiado su piel aturquesada por el fulgor ambarino de un Mediterráneo intemporal y odiseico. Se oyó un golpeteo que ahogó por momentos la gozación de la música y la imagen debussiana de la *Catedral sumergida* cedió su lugar a la visión angustiante de afilados arrecifes que pugnaban por hendir el casco indefenso de la nave. Volvió a repetirse el golpeteo obligándome a un regreso profanador que me llevó hasta la misma puerta del departamento.

—¡Vaya, qué sorpresa!

II. UNA TEMPORADA EN EL MICTLÁN

—¿Puedo pasar?

—Te advierto que no tengo nada de beber.

—Entonces regreso en un par de minutos.

Dejé la puerta entreabierta y aproveché el respiro para ir al baño y tratar de quitarme la modorra. Frente a mí, en el espejo, una expresión de microcéfalo pálido me decía que emprendiera una retirada circunstancial para evitar una derrota humillante. Busqué entre los implementos donramonianos y encontré un frasco de Paco Rabanne que me sirvió para disipar todo el huellaje que en mi humanidad había dejado la tigresa teutona. Estaba dándome los últimos toques de renovación cuando oí el seco sonido de la puerta al cerrarse y enseguida la voz de Raga:

—¿Te importa si cambio de música?

—No, puedes poner la que más te plazca.

—Aquí hay uno interesante.

—¿Quién es?

—Andrés Segovia.

—¡Putra madre, qué bien nacida eres! —exclamé al ver la botella perlada de Codorníu sobre la mesa de la sala.

—Lo menos que puedes hacer es traer un par de copas.

—Joder, además jamón serrano y salchichón.

—De Lugo. Me los trajo mi suegra.

—Oye, ¿y dónde demonios te habías metido?

—Aquí. ¿Por qué no abres la champaña?

—¿Aquí dónde?

—Subí dos veces a buscarte; ésta es la tercera y por fin te hallé.

—¿Por qué no me avisaste?

¡Plúnnnn! Tronó desbordante el champán.

—¡Salud!

—¡Salud!

—¡Joder, qué noche! —exclamé por efecto de tanta sorpresa.

—Agarramos diferente longitud de onda, eso fue todo lo que pasó.

—Qué pendejo soy. Perdóname Raga, de veras que siento mucho haber perdido el tiempo allá abajo mientras...

—Te creo, por eso estoy aquí y ya no son necesarias las explicaciones. ¿Me sirves otro poco?

—Oye, no quiero parecerte pesado, pero...

—¿Te desconcierta que una mujer necesitada de amor te acose?

—No, no. No me refería a eso. Es que todo esto es muy extraño: estoy en una casa ajena, con una mujer ajena y...

—¿Con un complejo de culpa de la fregada!

—Es que el cabrón de Federico me echó una cubeta de agua helada.

—El barón Von Wrangell cree que el mundo es sólo una prolongación de su ego.

—Lo que quieras, pero es muy lúcido.

—Está bien, ¿te parece si vamos a un motel y te pago?

—Oye, vas a lograr que me haga pipí de vergüenza.

—A estas alturas todo está permitido.

—¿Cuánto tiempo llevas de casada?

—Vamos a cumplir tres años. Te anticipo que es una relación ejemplar, envidiable, casi perfecta.

—Pero.

—Pero para el gusto de los demás, no para el mío.

—¿Tan importantes son los demás que te obligan a hacer lo que no quieres?

—No hay opción: los demás o la nada.

—¿Y él qué papel juega en esa farsa de tres años?

—Oh, tiene un futuro muy brillante.

—Un futuro poderoso y deserotizado.

—No, eso ya es presente. Un poco más, por favor.

—¿Reponiendo el tiempo perdido?

—Nunca es demasiado tarde.

—¿Sabes que desde que te vi por primera vez me fascinaste?

—Somos dos sobrevivientes en un mar de desperdicios.

II. UNA TEMPORADA EN EL MICTLÁN

—¿Y vale la pena seguir nadando?

—Mientras exista la duda habrá esperanza, ¿o no?

—Deberías conocer el trópico.

—¿Cuál trópico?

—El de Oaxaca.

—¿Y qué tiene de especial?

—Es el único lugar donde yo he visto a la vida y a la muerte en una convivencia armoniosa.

—¿El paraíso de Semana Santa y Navidad?

—No, es más bien una cópula ritual entre lo demoníaco y lo dionisiaco.

—¿Y eso traducido a colores qué sería?

—No sé. Tal vez una sublimación de Tamayo, Gauguin y Van Gogh.

—Ese cuadro del gato que está ahí enfrente no está nada mal.

—Es un lince.

—¿Es cierto que la mataron?

—En Pinotepa, los soldaditos de mierda.

—Tenía una gran sensibilidad. ¿Y cómo le haría para conservar y pegar todos esos huesos y pieles?

—Don Ramón debe saber.

—Es un hombre muy enigmático. Una vez mi esposo lo invitó a comer para comentar un artículo suyo que publicó en la revista de la UNAM y creo que si crucé con él tres palabras fue mucho.

—En su mundo la mujer es una amenaza.

—¿Qué quieres decir?

—Que para don Ramón la mujer es la representación arquetípica del antimétodo.

—Que bueno que así sea, ¿no?

Y me quedé enmudecido viendo a Raga. Sus pómulos afelinados, el cabello acaracolado sobre la nuca, la vivacidad sensual de su expresión. Todo su ser estaba nimbado por un halo de atracción indescriptible. Su perfume, el pantalón de seda negro, la camisa de

seda aturquesada con un colguijo prehispánico que se balanceaba incitante entre el fulgor bronceo de sus pechos. Sólo existía una palabra que pudiera abarcar en su brevedad la totalización desbordante de mis sentidos: ¡clase!

—¡Ciento por ciento mexicana, calidad de exportación! —dijo sonriente y provocativa.

—Pero no exenta de trabas burocráticas.

—Digamos que en vías de liberación.

—¿Tardarán mucho los trámites?

—Depende.

—¿Y hacia dónde se irá tan preciada mercancía?

—Precisamente eso es lo que ando buscando.

—Deduzco que a los grandes centros de cotización.

—No es ése mi mundo.

—¿Entonces?

—Es que sé lo que no quiero, pero ignoro lo que quiero.

Y así nos pasamos el resto de la noche, conociéndonos a través de un diálogo de envolvente espiralidad que nos llevaba por momentos a una sensación de plenitud compartida. Al principio no mediaba entre los dos más que una confusa pasión que se negaba tercamente a ser reprimida. Ahora, al despedirla en la puerta con un tímido beso entre sus labios, todo mi ser participaba en la revelación de que esa mujer era el manantial de dulzor que necesitaba mi vida para aligerar su natural amargura.

—No olvides que tenemos algo muy importante pendiente, ¿eh? —dijo al despedirse.

—Señora, considéreme su más decidido cumplidor —respondí siguiendo la cachondez de su desplazamiento escaleras abajo.

Prendí el último cigarro de la cajetilla, ¿cuántos habría fumado esa larga noche?, y me acerqué a la ventana para compartir los espasmos vitales de un nuevo día que ya parecía agonizar amaneciendo. Los autos del periférico pasaban a gran velocidad como si búsqueda y huida se confundieran en el anhelo de libertad de los conducto-

II. UNA TEMPORADA EN EL MICTLÁN

res. Reparé en que era sábado al ver la imagen legendaria del Popocatepetl refulgir en una atmosferación cristalina e incontaminada. Con la frente pegada a la gélida matericidad del vidrio, comenzaron a pulular en mi mente los millones de hormigas ciudadinas enfilando su enajenada existencia hacia un catártico fin de semana. En la Colmena, silenciosa y lúgubre, los zánganos regurgitaban la bilis por efectos de la cruda bestial heredada de una noche suicida. Se oyó un rugido holocáustico arrastrándose calzada arriba, y cuando ya el camión de la basura se paró frente al condominio, la diminuta imagen de un Fidencio impecable y servicial abrió la puerta de la calle, para que con los botes de la basura se fueran también las huellas deladoras de una vida excesiva.

Parte de la noche del sábado y todo el domingo me entregué a *La disputa del Nuevo Mundo*, de Antonello Gerbi. El libro en sí es la historia de un apasionamiento, el romance de un autor con el tema de toda su vida. Después de haber leído todos los subrayados, me encontré con una nota final que, además de señalar críticamente la fundamentalidad del libro, ponía de manifiesto la capacidad sintetizadora de don Ramón: “Gerbi es un escritor lúcido, capaz y sarcastizante (fue una grata sorpresa encontrarme en las aproximaciones alatorreanas con las formas tan queridas de los zantes y los zados). Pero, a fuerza de ceñirse demasiado académicamente sobre el mismo tema, nos sume en una monotonización hastiante”.



Cuando el lunes a las cinco de la mañana emprendí la ida hacia el Hospital General, no tenía ni la menor idea de la tragedia que el destino estaba gestando. Bajé todavía adormilado del metro y al entrar en el vestíbulo del hospital me sentí perdido entre el pulular caótico de miles de seres desquiciados que rebotaban como pelotas de ventanilla en ventanilla. (“No señor, aquí no es. Vaya usted por el pasillo de la derecha hasta el fondo, luego tuerza a la izquierda y otra vez a

la derecha y después. Lo siento, ya cerramos la recepción de muestras. Sí, ya sé que cinco minutos no es nada, pero las normas son las normas. Vuelva usted mañana más temprano. ¿No sacó usted su ficha? Entonces no puede pasar. ¡El siguiente! Sí señora, ya sé que Cadereyta está muy lejos, pero si tomó usted un atole está por demás que insista. Venga mañana en ayunas. ¡Se termina la recepción! Ya no hay cupo. Vuelvan mañana”).

Jamás en mi vida había tenido un contacto tan brutal con la dinámica burocratizante como aquella nefasta mañana en que me vi de pronto inmerso en la deshumanizada negrura del Mictlán. Había oído que los médicos tenían el nahual de zopilote y que las enfermeras eran moscas presuntuosas que revoloteaban con lujuria sobre la descomposición. Pero lo que vi en el Hospital General no tenía cabida en ninguna zoología fantástica. Aquellos seres maltrechos y agonizantes habían dejado lo mejor de sus vidas en los campos y en las fábricas en favor de un sistema social que, al propiciar la deshumanización burocrática con fines electorales, los arrojaba ahora en brazos de los carniceros que se limpiaban la sangre con el juramento hipocrático. Lo primero que hice al contactar al doctor Ribeiro fue referirle al detalle lo que había visto. Me respondió que no se podía hacer nada al respecto, que aquello era un pantano pestilente donde toda intención saneadora estaba condenada de antemano a hundirse sin remisión.

Por fortuna, antes de salir del departamento me había tomado un vaso de leche, de manera que cuando me dijo la enfermera con la que me había recomendado el doctor que tenía que regresar otro día, sentí un alivio instantáneo. Recorrí de nuevo los interminables pasillos barridos por la marea de dolor humano y vi en la expresión pavorosa de los condenados sin remedio, la rendición total de la vida ante la muerte. Al salir del hospital, el río de pasajeros que entraban y salían en tropel del metro me pareció un desfile triunfal; un peregrinar diurnizante que, comparado con la mictlantecútlica nocturnidad del Hospital General, no podía menos que considerarse un jubiloso canto a la vida.

II. UNA TEMPORADA EN EL MICTLÁN

Durante todo el trayecto de regreso no pude dejar de pensar en la inminente conflictividad social. No estaba lejos el día en que las masas de miserables sin destino dejarían la vida infernal a que estaban encadenados para ganar el cielo de una vida plena. La cuestión era: ¿podría darse el cambio sin desatar las pasiones bestiales de Tezcatlipoca y Huitzilopochtli? En la Estación de Zapata se subió una pareja de jóvenes muy seriecitos y bien fenomenizados, y a nombre de un fantasmagórico Partido Humanista se soltaron con una arenga pacifista y neoliberal que no obtuvo de la concurrencia la menor señal de vida. “Déjalos”, le dijo la muchacha a su compañero. “¡Están muertos!”.

¿Y quién carajos quiere resucitar a una vida que es infinita agonía? Al bajar del metro en Miguel Ángel de Quevedo, noté un inusitado movimiento en las escaleras. Me hice a un lado para no ser arrastrado por la avalancha de cuerpos descerebrados, y al salir a la superficie lo que vi me dejó anonadado. “Métase”, me dijo amablemente un policía, “no sabemos cuánto durará la inversión térmica”. Y me metí con intención de emerger en la terminal de la Universidad. En el aire, azufroso, enfueguecido y posholocáustico, se desplazaba sin rumbo la paradoja: por primera vez en la gloriosa historia de la gran Tenochtitlan, el Mictlán había desplazado irremisiblemente al Tlaltípac. Al cruzar el Periférico en la Avenida Toluca terminé de convencerme: dos inmensas culebras de refulgentes escamas de latón cromado se arrastraban con pereza expulsando nubes de muerte por sus fauces. “¡A la chingada con esta ciudad, que la sufra el que de veras la quiera!”, exclamé olvidándome por un momento de la esclavitud a que me obligaba el oído.

Estaba abriendo la puerta de la entrada cuando el impecable Fidencio se me adelantó para comunicarme que había llegado una carta.

—¿Para mí?

—Sí, señor, en el sobre viene su nombre.

—Pues veámosla.

Fidencio se fue a su casita y enseguida regresó con la carta.

—Ah, es de don Ramón —dije viendo el remitente—. Muchas gracias, Fidencio.

—Para servirle.

Me quedé un momento indeciso con la carta en la mano. Por fin decidí ir a la tienda del judío de la esquina en busca de alguna colación que complementara la lectura de la carta. Compré una caguama y una bolsita de mierda publicitada con sabor a descomposición urbana. Pagué con un billete de a mil y el judío, siempre sonriente y servicial, me devolvió una moneda de cien pesos.

—¿Qué, tan mal andamos? —pregunté sorprendido.

El judío se limitó a sonreír.

—¿Cuánto vale la caguama? —insistí ya con cierto escozor de huevos.

—Trescientos cincuenta.

—¿Y la chatarra emplasticada?

—Ciento cincuenta.

—¿Entonces?

—Ah, perdón. Ya me estaba equivocando, ¿verdad?

Me devolvió el resto del cambio y, sin dejar de sonreír, se dirigió con la característica hipocresía del profético vendedor de sueños hacia la próxima víctima, que era un anciano medio muerto y medio ciego. Estaba ya a punto de mentarle la madre a esa culebra con cara de zopilote, cuando noté que de la carta de don Ramón salió una mano peluda y agarrándome de una oreja me llevó de un jalón hasta el departamento. Entré, me fui a la cocina e hice con la cerveza, la chatarra y la carta una totalidad metacotidianizante.

Querido Eugenio:

Vayan de anticipo un par de coscorriones, porque de seguro a estas alturas ya estarás hundido en el lodazal urbano como hipopótamo que se niega a ser enjaulado.

Hace ya bastante tiempo que nos dimos cuenta que la relación maestro-discípulo es una enfermedad incurable que heredamos de

II. UNA TEMPORADA EN EL MICTLÁN

los griegos. Decirle esto a Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes o cualquier otro ateneísta, habría sido una declaración de guerra (algo parecido a un encuentro entre Octavio Paz y García Márquez). Pero hoy, en los linderos quebradizos del precipicio histórico, me permito sugerirte que mandes todo al demonio y te pegues un balazo. ¿No eres capaz? ¿Te parece una estupidez? Entonces, marracho, deja de hacerte el *flâneur* que en el fondo sigues siendo, y abraza de una maldita vez un método. ¡Cualquiera, pero uno!

¿Cómo va el karate? ¿Y el cigarro? ¿Y el alcohol? ¿Y el estudio?

Bueno, pasemos a lo que en verdad importa: la unidad del ser y del hacer. Ya te habrás dado cuenta que la Ciudad de México con su medio millón de delincuentes, cinco millones de desempleados, doce mil toneladas diarias de sustancias contaminantes, tres millones de automóviles, ocho millones de defecantes al aire libre y más de la cuarta parte de la población sin agua potable, es el lugar ideal para cultivar una literatura cáustica, nihilista y despiadada. No es gratuito que los santones de las cofradías del poder literario proclamen una y otra vez desde sus tribunas las rigurosas medidas de control que hay que tomar para evitar que la turbulencia de la vida contamine la excelsitud de la obra. Y bien, tenemos así dos literaturas urbanas que se afirman internegándose: de un lado la literatura del resentimiento y la insatisfacción, que destila bilis por doquier y cuyo mérito fundamental es estar en contra; por el otro, la literatura de los usufructuadores del poder literario, que rechazan temerosos la pasión y la violencia de la dinámica cambiante para terminar rindiendo culto a un artepurismo fosilizado. ¿Quién es quién en este marasmo desencontrante? Sólo una cosa puedo decirte a manera de faro previsor: ¡Cuidado con la cultura periodística y revistera! En ella reside el mayor peligro para los amantes de la ardua investigación y el verdadero conocimiento.

Una vez hablamos de que había que hacer de la vivencia y la erudición una totalidad plena y abierta al cambio. Hoy sólo me resta recordarte que sin un método que te permita la elección y estruc-

turación de tu espacio-temporalidad, la literatura se cernirá vampíricamente sobre tu vida no dejando más que sombras tenebrosas y siluetas circunspectas.

En verdad sería una pérdida que me dolería en el alma, pero más allá de recordarte lo del método no puedo ahora hacer nada, porque yo mismo me dispongo a entrar en un mundo en el que durante tres meses dejaré de pertenecerme.

Hasta pronto, querido amigo. Y no olvides: en el arte no hay circunstancias atenuantes.

Ramón



La carta de don Ramón era egocéntrica y excesiva, un típico producto de un individuo ajeno a toda problemática social. Pero a pesar de discurrir sobre surcos ya trillados, no dejó de activar un proceso de autocrítica que terminó sumiéndome en un complejo de culpabilidad desproporcionado. ¡Qué carajos me importaba a mí ahora la salud del quehacer literario! Era mi ser y no mi obrar el que requería una drástica revisión y puesta a punto. Pero así como estaba, sometido a la caprichosidad regenerativa de la membrana timpánica, todos los intentos liberadores terminarían ahogándose en el mismo charco de impotencia y resignación.

Mientras estaba acostado en la sala, ritualizado con las errancias marinizantes de Paul Horn, se me vino a la cabeza una opción emergente que me atrajo por descabellada. Con toda la metodologización que la carta de don Ramón me había sugerido, predispose entonces un plan de terapia sugestiva que tenía como fin mandar buenas vibras al oído. Me recluí como ermitaño en el departamento y sólo hice un par de salidas para ir al súper y para comprar unos cigarros con el judío de la esquina. El resto del tiempo lo empleé en dormir, leer y meditar. La lectura de los dos tomos de *La herencia medieval de México*,

de Luis Weckmann, me produjo al principio una pereza rumiántica, pero al segundo día de adentrarme en la laberíntica diversidad con que Occidente había enriquecido el ser del mexicano, todo discurrió fluidamente alejándome de recuestionamientos y conflictividades gratuitas. Me extrañó sobremanera no encontrar en ninguno de los dos tomos una nota crítica de don Ramón, y pensé que la razón de ello residía tal vez en el extraordinario amontonamiento, ¿o enmontamiento?, de datos y referencias que le daban a la obra una sensación de aridez por momentos insufrible. No obstante su valor incuestionable, la obra de Weckmann adolecía del defecto característico de las investigaciones que se alargan demasiado en el espaciotiempo; su afán de abarcamiento y perfección las convierte en un cúmulo indiscriminado de informaciones, un archivo codificado donde lo estadístico desplaza a lo meramente literario. ¿No señalaba acaso nuestro tiempo computarizado el fin de investigaciones exhaustivas como *El otoño de la Edad Media* de Huizinga, *La rama dorada* de Frazer, la *Paideia* de Jaeger, *El capital* de Marx o la *Historia del nombre y de la fundación de México* de Tibón? Una cosa era evidente: el mero cúmulo de datos sin fluencia literaria era una atrocidad enajenante que sólo se le podía permitir al desapasionamiento de las máquinas.

La tarde del jueves, luego de un refrigerio enlatado, estaba ya inmerso en la atmosferación terapeutizante cuando de golpe se me diluyó el presente en un pasado prefigurador de un nebuloso futuro y comencé a delirar: Daniel Bell, el gurú neoliberal harvardiano les recordaba a Borges y Derrida que Thot, el dios de la escritura, era también el dios de la muerte; de ahí que la edad posgutembergiana, que señalaba el esplendor del libro, indicaba al mismo tiempo su propia muerte con el advenimiento de la computadora. Como si estuviera viendo una película, la imagen del claustro universitario donde se celebraba el encuentro, dejó paso a un ensordecedor laboratorio de sistemas. Corrí como loco entre las agresivas computadoras que trataban de agarrarme, desgarrando mis ropas al pasar, y llegué por fin a una puerta con un foquito rojo bajo el que podía leerse: “Úni-

ca salida: no se confunda creación con rememoración”. Al terminar de leer la señal, se cambió automáticamente la imagen y volvió a aparecer el recinto universitario. Derrida, paradigma de la inclinación del intelectual galo hacia lo sicopatológico y avieso, replicaba que el planteamiento de Bell hacía más de dos milenios que había sido resuelto por Platón al distinguir entre la *hypomnesis* (rememoración pasiva) y la *moeme* (rememoración cognoscitiva). De esta manera —continuaba el henchido profesor galo—, no se debe hablar de la muerte de la escritura, sino de la vida misma de la escritura como muerte, en tanto que todo acto escritural es un parricidio. (Se oyeron unas fuertes voces en el fondo de la sala que, al ser iluminada, dejó ver un terrible enfrentamiento entre dos individuos inidentificables. “Son Ángel Rama y Emir Rodríguez Monegal”, dijo una voz a mis espaldas). A todo esto, Borges, frío y venenoso como una cobra, respondió poniendo en su mirada una infinitez hipotética: “Dijo el dios Thot al rey Thamous: ‘No plantes árboles, no tengas hijos, ni escribas libros; sólo así podrás igualarme sin envidia’”.

Sonó el timbre de la puerta y aterricé sonambúlico frente a la imagen esplendente de la diosa Raga.

—¿Interrumpo algo? —dijo mirándome extrañada a la cara.

—No, no. Es que estaba en una ensoñación logorreica.

—Ah caray. ¿Puedo pasar un momento a decirte unas cosas?

—Claro, no faltaría más.

Pasamos a la sala y nos sentamos en silencio. Raga se inclinó hacia delante y rozó suavemente sus labios con los míos.

—Estoy acosada por todos lados —murmuró abatida—. Hace tres días que no duermo por acompañar a mi madre que atraviesa una crisis que la tiene al borde del suicidio. Imagínate lo que significa romper de golpe una relación de casi treinta años.

—¿Se van a divorciar tus padres?

—Es casi un hecho. El domingo a las dos de la mañana una patrulla despertó a mi madre, y luego de preguntarle qué tenía que ver ella con (y aquí dijeron el nombre completo de mi padre), le dijeron que

II. UNA TEMPORADA EN EL MICTLÁN

habían sorprendido a unos rateros tratando de robarle el carro, que estaba estacionado atrás del Hotel de México. Mi madre alegó que no podía ser, que mi padre estaba de viaje y que... Entonces los policías le enseñaron los papeles del auto con la dirección de la casa y todo. Confusa e incrédula, mi madre se dio una manita de gato y despertó a mi hermano para que la acompañara. Salieron detrás de la patrulla y al llegar al sitio señalado por los policías encontraron el auto de mi padre abierto y sin equipo de música. Mi hermano estaba mosca con los patrulleros, pero mi madre no quiso armar bronca y mejor los despidió con una propina. Con las llaves de repuesto que traían, mi hermano echó a andar el carro y ya para salir vieron que se abría la puerta de la casa de enfrente y que salía mi padre peinándose y acompañado de una mujer joven en bata. Se estaban dando el beso de despedida cuando la mujerzuela le dijo algo a mi padre, entonces éste volteó de prisa y se encontró con la cara llorosa de mi madre pegada contra el vidrio. En fin, toda una telenovela.

—Mierda, vaya líos metafísicos.

—Está que no hay pastillas que la levanten.

—Tú también te ves cansada.

—Te he echado mucho de menos, Eugenio. No sabes cómo me gustaría estar contigo lejos de todo esto.

—Con calma. Como dicen en Oaxaca: hay más tiempo que vida.

—No, no hay. Ahora mismo me acaba de hablar mi esposo desde el aeropuerto. No creo que así como estoy de desesperada lo pueda aguantar.

—Tranquilízate.

—¿Por qué no nos vamos de fin de semana a San Miguel de Allende?

—Es que. No sé. ¡Carajo, no me aloques!

—Está bien, ¿te parece el próximo fin de semana?

—¿Y tu marido?

—No hay problema, yo estudié pintura en San Miguel y él sabe que tengo allí muchas amistades.

—¿Y si quiere ir contigo?

—No inventes más obstáculos y dime nada más si quieres pasar conmigo el próximo fin de semana.

—Claro que quiero, pero...

—Los peros los dejamos para después del baile. Hasta pronto, cobardón.

La acompañé hasta la puerta y, luego de una explosiva muestra de pasión, la vi volar feliz escaleras abajo. Sentí que se abría la puerta de enfrente y apenas me metí justo para ver por la mirilla a Rodrigo y Federico que cruzaban el pasillo en carcajeante plática. “Joder”, me dije con la cabeza apoyada contra la puerta, “un día de éstos me voy a meter en un lío del carajo”.

El viernes en la tarde, cuando llegué al consultorio del doctor Ribeiro, sentía en el interior del oído un desfile de miles de patitas juguetonas. Luego de preguntarme medio molesto por qué no había cumplido aún con todos los trámites preoperatorios, y de oír de nuevo el desquiciamiento que me había producido la visión mictlantecútlica del Hospital General, el doctor Ribeiro me llevó a la pequeña sala donde tenía el aparato óptico. Me dijo que me recostara en la camilla y aproximó el lente a mi oído.

—Vaya, parece que está respondiendo.

—¿De veras?

—Se puede ver una pequeña floración rosada en torno a los bordes. Es buen indicio.

—¿Entonces no es necesario que siga con los trámites para la operación?

—De ninguna manera. Esto no es más que un indicio. Si usted deja pasar esta oportunidad, me temo que hasta el año entrante ya no podría intervenirle en el Hospital General.

—Bueno, ¿qué sugiere usted?

—Que cumpla con lo que habíamos acordado. Vaya el lunes mismo al hospital y termine todos los trámites. En el ínterin ya veremos cómo se comporta la membrana.

II. UNA TEMPORADA EN EL MICTLÁN

Me despedí, y al salir del consultorio sentí que entraba en una atmosfericidad insoportable. Sufrí varios devaneos apendejantes y, cuando ya casi dejaba mi humanidad en las defensas de un Mustang, fui jalado por una visión que me dejó petrificado. Rodeados por un impresionante despliegue militar, los Llameados limpiaban afanosamente su hoyo *funky*. Vi en una esquina del escenario al Nopalero charlando con un militar que, por los galones que lucía sobre el hombro, parecía ser uno de los jefes de la expedición punitiva, y me dirigí hacia ellos.

—¡Qué pasó, maestro! —exclamó Cipriano al verme llegar.

—¿Y ahora?

—Aquí nomás dándole una manita al hogar. Aquí te presento a mi teniente Xicoténcatl.

—Mucho gusto, teniente.

—Para servirle.

—¡Carajo, da gusto ver al Sombras y a Místico barriendo y tra-peando!

—Sí, ya se mira de otra forma —expresó convencido de su labor el militar.

—No hay peor mugre que la que está oculta, teniente —añadió con causticidad el Nopalero.

—Nosotros nos limitamos a cumplir órdenes.

—Pero también son parte de esta cabrona sociedad, y saben muy bien que nadie es pobre y miserable por gusto, sino por desgracia.

—Ustedes están haciendo uso indebido de la vía pública, y además...

—Ya, teniente. Le agradezco sus atenciones, pero mejor vamos a echarnos un trago como cuates.

—Gracias, no puedo beber. Y mire, déjeme darle un último consejo: sindicalice a sus muchachos, sólo así podrán conseguir un lugar más decente.

—Sindicato Nacional de Llameados. ¿Qué tal se oye?

—Ya me voy y espero no tener que regresar, ¿entendido?

—Yes, sir.

Se fue el camión cargado de soldados y me quedé comentando con Cipriano el extraordinario grado de civilización que estaban alcanzando nuestros militares.

—Estos sardos son como chacales hambrientos —comentó dolido Cipriano—. En cuanto el PRI deje de restregarle las sotanas al clero y de hacerle el juego a los industriales y a Washington, los militares se van a lanzar sobre el poder con el colmillo afilado.

—Es posible, pero tienes que reconocer que su conducta de hoy fue ejemplar.

—Tienen miedo al escándalo, eso es todo.

—¿Qué onda carnaval? —saludó el Sombras acercándose a la cabeza del grupo en que venían Místico y los demás Llameados.

—Por aquí, de visita.

—Uy, ya estuvo que te dejas venir con unas chelas, ¿no?

—Ni modo, ya te midieron —intervino sonriente Cipriano.

Le di al Sombras unos billetes y se fue por unas chelas y una botana. Cuando regresó, la plática estaba tan ardorosa y reseca que me vi obligado a disparar una segunda andanada. A la tercera, ya entrada la noche, tuve el último atisbo cabal de que una vez más iba a perder la batalla contra el método. A las dos de la mañana Cipriano, todavía lúcido y musical, me metió cantando en un taxi y, luego de indicarle mi destino, me dijo ante la creciente desconfianza del taxista:

—Eres un grandísimo cabrón, ni siquiera tuviste un mísero pensamiento para los perros.

—¿C-u-á-l-e-s pe-rrr-os?

—Los sacrificaron ayer esos hijos de su rechingada madre.

Arrancó el auto y un tímido conato regurgitante me hizo saber la inevitabilidad de la crecida que luego habría de arrastrarme.

Me levanté perdido en el tiempo y en un lugar que olía a guarida de puma hambreado. Llegué tambaleante a la puerta del baño y al prender la luz sentí un fuerte latigazo en pleno cerebro. Busqué

un Alka-Seltzer y al tomármelo se desataron incontenibles los espasmos vomitivos. Estuve sobre la taza del baño toda una vida, viendo cómo las pequeñas partículas de una sustancialidad experiencial mal asimilada se debatían naufragantes en un mar delimitado por la blancura infinita de la nada. Pensé en Bukowski y en los herederos tardíos de la excesividad romántica, ¡qué joda tener que reventar la vida para salir del anonimato! Pero así era el maravilloso mundo de los excesos espectaculares; todo tenía un precio, cuanto más alto más envidiable. El mejor cuadro era el más cotizado en Sotheby's o Christie's; el mejor libro el que más ejemplares había vendido; la mejor película la más taquillera. Y así hasta el hartazgo, motivados por una fe judeocalvinista que se reía de Jesús, de Joaquín de Fiore, de Marx, de Lenin y de todos los profetas que anatemizaban desde el remordimiento y la miseria el milenarismo igualitario.

Al bajar del metro frente al Hospital General supe de golpe, por un periódico que un habitante del inframundo me pasó frente a la nariz, que era martes y que todo lo demás me valía madre.

Increíblemente todo salió perfecto y después de un par de horas ya me habían tomado las diferentes muestras para los análisis.

—Ya está listo —dijo la jefa de enfermeras a la que me había recomendado el doctor Ribeiro—. Vuelva el jueves temprano para que le demos la fecha de ingreso y el número de cuarto.

Me despedí metamúndico y desobjetivado, con la firme convicción de que mi comportamiento estaba siendo determinado por una mente enfermiza sobre un sudado papel en blanco. Miré hacia una puerta que se abría y me vi salir clorofórmico y apergaminado sobre una camilla arrastrada por dos escuálidas garzas blancas. Al pasar la camilla frente a mí, el rostro de la moribunda tomó las facciones angustiosas del de mi madre, que, aferrándome desesperada de un brazo, me decía: “Hijo mío vete pronto de este lugar espantoso o será demasiado tarde”. La enfermera que me ayudó a desclavar la huesuda mano de mi brazo, me susurró cuando ya su compañera se alejaba con la camilla:

—Pobrecita, no tiene remedio; está invadida de cáncer.

De regreso al departamento hice un alto circunstancial en el supermercado. Me acerqué a la sección de pescados con intención de experimentar los calamares como don Ramón los había cocinado, pero fue tal la tufarada nauseabunda que recibí al pasar frente al amontonamiento indiscriminado de tanto cadáver marino, que no tuve más opción que resignarme a la desabrida contaminación de las latas. Mientras agarraba un par de latas de atún, me vino al recuerdo la firme creencia que don Ramón tenía en la potencialidad costera mexicana. “La edad de oro de México”, decía convencido, “vendrá cuando los litorales alcancen su pleno rendimiento”. Y no eran pocos los que coincidían con el viejo celta en esta afirmación. Pero lo cierto era que el mexicano no sabía ni podía comer pescado. Lo primero, por falta de una cultura ictiofágica; y lo segundo, por los exorbitantes precios y por la mala calidad del producto que se ofrecía a los consumidores urbanos. Una cuadra antes del departamento, y cuando aún no había podido desprenderme del todo de ese olor tan agresivo —por tan íntimo— que despide el marisco congelado, vi en una construcción recién cimentada la respuesta que el sufrido pueblo mexicano le estaba dando a la tesis donramoniana: sentados frente al fuego, en el que calentaban sus infaltables tortillas, los albañiles departían gozosos al sabor de las latas de sardinas entomatadas y del dulzor cancerígeno de los refrescos de cola. Me quedé un rato embelesado con este cuadro riveriano que hablaba fehacientemente del saqueo cultural a que estaba siendo sometido nuestro pueblo, hasta que a bordo de una flamante camioneta manejada por un triunfador (güero y de ojo claro) llegó el mensaje que alborotó a todo el campamento. Sobre el logotipo emblemático de la contaminación alimentaria mundial, acerté a leer: “Por fin en México las insuperables hamburguesas McDonald’s”.

Un ¿día, mes, año? después, relajado y despresentizado, me entregué a la lectura de los dos volúmenes de J. A. Ortega y Medina, *México en la conciencia anglosajona*. Poco a poco fui experimentando

II. UNA TEMPORADA EN EL MICTLÁN

el escozor patriótico, ¿resentimiento histórico?, que nos crece a los mexicanos a flor de piel cada vez que tomamos conciencia de nuestro ser por y para las potencias dominantes. De la piratería inglesa a la prepotencia gringa el ser del mexicano había sido ubicado en una dimensión rayana en lo infrahumano: ¿qué otra cosa se podía esperar de la unión de la decadencia hispánica y la barbarie azteca?

Al ver los condenativos subrayados de don Ramón, no pude evitar una sonrisa connivente que me inclinaba a favor de la causa donramoniana. Cuando toquemos este tema, pensé mientras prendía con fruición un cigarro, el viejo celta se va a poner como energúmeno.

Me levanté con intención de hacer un café y de paso prendí la radio. En un programa típico de Radio Educación, varios ¿intelectuales? hablaban sobre el ecocidio de la Ciudad de México y el papel del artista. Me fui a la cocina y al regresar oí algo concerniente a un grupo de artistas que habían decidido enfrentarse al gobierno capitalino para obligarlo a tomar medidas ecológicas urgentes. Uno de los platicantes objetó ¿resentido? la manipulación que ejercían los líderes del grupo, y sentenció: “Estos intentos grupusculares no son más que patadas de ahogado. Lo que hay que hacer es terminar de una vez con la centralización que asfixia la vida nacional. Esta ciudad es un monstruo que rebasa toda intención moral y racional”. “No estoy de acuerdo contigo”, interrumpió otra voz. “Esta ciudad no es un monstruo, sino un circo”. Oí como el agua chisporroteaba al caer sobre la llama y corrí a prepararme el café. Cuando regresé, una voz que me era familiar pero impersonalizable estaba en pleno éxtasis discurseante: “Por eso es que sostengo que urbanismo es sinónimo de civilización. Yo no concibo dónde y cómo irían a vivir esos chilangos que reniegan con escándalo de la ciudad madre. La Ciudad de México, lo reconozcamos o no, es la medida del ser contradictorio del mexicano: horrible y majestuosa, mediocre y apantallante, clásica y posmoderna, hospitalaria y egocéntrica, anárquica y autoritaria. En fin, es aquí donde estuvo, está y estará el verdadero rostro de

la mexicanidad”. “Estoy de acuerdo contigo, Leonardo”, añadió otra voz. ¡Pácatelas, mi cuate! Ahí estaba mi gran amigo del alma Leonardo de la Chingada.

Carajo, qué chiquito es el mundo, me dije después de apagar la radio y recostarme en la sala. Entre sorbos de café y jaladas de cigarro fui reconstruyendo juguetonamente mi relación con Leonardo, los tiempos de secundaria y preparatoria en que leíamos con voracidad comejénica a Hesse y Huxley, Nietzsche y Sartre, Ducasse y Kerouac. Aquellos años en que nos escapábamos al cine club de la Facultad de Filosofía de la UNAM para ver *Hiroshima mi amor* y *A pleno sol*, que nos recordaba nuestra disputa por Julieta, una *snoob* caprichosa e impredecible. ¡Joder, qué cambios da la vida, maestro! Quién iba a decir que a mí terminaría aburriéndome el jazz y que tú te entregarías perrunamente al hueso que papá gobierno arroja a los presentáneos. Bueno, sin duda ya en el sesentaiocho habías enseñado el cobre al aprobar calladamente la matanza de Tlatelolco. Hoy, ahí estabas, ¿aliado, alineado o alienado?, con Octavio Paz y su retaguardia artepurista y proyanqui.

Sería la medianoche cuando me dejé caer sobre la cama, rendido. En la penúmblica desazón del abismamiento, acerté a ver cómo me veía la altiva cabeza de venado que velaba la incertidumbre de mis noches. Poco a poco de las funébricas cuencas oculares comenzaron a salir, en un desfile silencioso y acompasado, dos enormes filas de gusanos que se arrastraban ceremoniosamente hacia mi estar. Se impregnó el espacio circundante de un crudo olor a cempaxúchitl y la imagen del gusánico desplazamiento dejó paso a un don Antonio flaco y sepulcral que señalaba un enorme ataúd en cuya tapa estaba escrita en letras rústicas y ensangrentadas la palabra “Trópico”. Sentí el abofeteamiento de una tufarada repugnante y mi visión se fue tras el hedor hasta posarse en un enorme árbol de ébano extrañamente ennegrecido. “¿Ya los viste?”, me susurró una voz en el oído. “¡Son zopilotes!”. “Ya estuvo que valió madre la espera. Ahí hay animal muerto”, volvió a murmurar la voz. “¿Vamos a ver?”. Se sucedieron fugaces

las imágenes y me vi frente a varios montones de hojarasca pestilentes y ennegrecidos por efecto de tanta mosca. “¡El león, ya se chingó un venado!”, dijo la voz al tiempo que aparecía ante mi visión la osamenta del venado. Me incliné sobre el esqueleto aún carnificado y vi que su cabeza era la misma que me había regalado don Antonio. La tomé entre mis manos y los dientes comenzaron a desprenderse despidiendo tal hedor que no pude evitar los espasmos vomitivos. Me apoyé sobre el árbol y apenas tuve tiempo de proteger la cara contra el embate de un zopilote. Miré hacia el tupido ramaje y en las negras miradas acechantes vi la presencia inapelable de la muerte. Golpeé a los dos primeros emisarios, pero el tercero, al clavarme su pico en el ojo izquierdo, cercenó de raíz todo mi esfuerzo. Caído y agonizante, sentía cómo la vida se escapaba a cada picotazo, hasta que la visión se interiorizó de golpe en la forma de un perro hambriento destrozando con sus colmillos el putrefacto cuerpo de un humano. En los últimos estertores de la agonía, vi cómo un sol enfueguecido explotaba sobre el horizonte haciendo que la tierra se estremeciera de pavor. ¡Chinga su madre, está temblando!

Salté asustado de la cama y al llegar a la sala todo se paró de golpe sumiéndome en un silencioso desconcierto que confundía la vigilia con el sueño. Vi libros y discos caídos, y seguí con la mirada, entre incrédulo y sorprendido, los caprichosos resquebrajamientos que tras su paso había dejado en las paredes el temblor. Me acerqué a la ventana y vi a Federico en calzoncillos, gesticulando en medio de toda la bola de condómines. De todos, ¿podría ser de otra manera?, el único que estaba vestido y en sus cabales era el sorprendente Fidenicio, que recogía silencioso los trozos de fachada que estaban desparrramados por el suelo. Miré la hora: siete y veinticinco de la mañana. Ya perdí la cita en el hospital, pensé todavía medio apendejado. “¡A la chingada la cita!”, exclamé mientras supervisaba los efectos de un fenómeno del que ni me había enterado. ¡Joder, qué manera de dormir! Me metí en el baño y descubrí que no había luz. Abrí las llaves de la regadera y, ¡menos mal!, me di un rápido baño.

Toda la mañana, mientras ordenaba el desmadre posterremótico, estuve oyendo en un pequeño radio de pilas las noticias impresionantes sobre el sismo. Dos o tres veces oí que llamaban a la puerta, pero no hice el menor caso. Poco después del mediodía sentí el primer llamado alertante. Corrí hacia la ventana y vi a varios vecinos introduciendo algunas pertenencias en el interior de un auto. Falsa alarma, me dije tranquilizándome. Pero al rato volvió a suceder, y ya en la tarde tenía la seguridad de ser sacudido por un terremoto interminable. ¡Pinche oído de mierda! Al anochecer, mi sistema nervioso estaba completamente desquiciado. Me fondeé en la cama y me entregué derrotado al angustioso hoyo negro que me jalaba hacia su centro. Lejano, inframúndico, oí por primera vez el ulular de las sirenas que me perseguiría durante los próximos dos mil años.

Cuando desperté, lo primero que llamó mi atención fue ver la cama cubierta de trozos de cal. Corrí a la sala y vi que una de las cuarteaduras se había ensanchado notablemente. Recogí uno de los cuadros que estaba caído y me acerqué curioso a la ventana. Nada, ni un alma devenía en la Colmena. Volví a la sala y vi cerca de la puerta un sobrecito de vivos colores. Era de Raga, que me lanzaba una llamada de conciencia ciudadana para auxiliar a los sobrevivientes de la caída del Quinto sol. En la posdata había un número telefónico para que me comunicara con urgencia. Mierda, así como estoy mejor ni me muevo. Y que empieza de nuevo a temblar. ¿Será el pinche oído? “No puede haber un terremoto que dure indefinidamente”, dije autoconvenciéndome. “Ni nadie que lo soporte”, respondió mi conciencia. Prendí de nuevo la radio y, por el tono estrujante de las noticias, supe que todos éramos damnificados. ¿Y cómo carajo iba a curar ahora esta paranoia terremotizante?

Después de mucho especular, llegué a la conclusión de que debía alejarme, a como diera lugar, del funébrico D. F. Pero, ¿a dónde ir? ¿Regresar a la costa? ¿Buscar a don Ramón en la dirección que me había remitido en la carta? A donde quiera que fuera, antes era indispensable consultar al doctor Ribeiro.

Al bajar de la Colmena no encontré un solo indicio de vida. Las escaleras, sucias de cal y trozos de cemento, y la caprichosidad de las grietas dibujadas sobre las paredes, reflejaban la magnitud del desamparo que me embargaba.

Toqué repetidas veces en el departamento de Federico, pero el silencio era total. Centré mi semiaudición en busca de algún indicio de vida y nada. Por último, me acerqué a la casita de Fidencio y, tras varios minutos de golpear a su puerta, concluí que la voz de alarma y abandono de la nave había sido dada cuando yo me encontraba aislado en el treceno cielo.

Ni qué decir: todo era un verdadero desmadre. El tráfico estaba desquiciado; las sirenas de ambulancias y patrullas ululaban por doquier, y, para colmo, los niños *nice* corrían como locos en sus carritos hacia todos lados y ninguno en particular, haciendo alarde de una solidaridad que estaba más próxima al afán de aventura y exhibicionismo que a la ayuda que tanto necesitaban los afectados por la caída del Quinto sol.

El consultorio del doctor Ribeiro había sido borrado de la geografía urbana, y en su lugar podía verse un montón de escombros, removidos aquí y allá por varios individuos con aspecto de bomberos.

—Disculpen —dije al acercarme—. ¿Había gente adentro?

—No sabemos —contestó uno de ellos—. ¿Tenía usted algún pariente viviendo en el edificio?

—Más que eso. Era el consultorio de mi salvador —murmuré en un tono quejumbroso casi inaudible.

Me dejé derivar por la corriente especulativa y, entre casas caídas, sirenas y un insoportable olor a ciudad medieval azotada por un castigo divino, llegué frente a la guarida de los Llameados. Entre los intersticios que había dejado la gran losa del puente al fragmentarse con la caída, se acertaban a ver partes de los colchones y del mobiliario. ¿Estarían todos ahí en el momento de la caída?

Regresé a la Colmena con las alas del espíritu jodidas y sin el menor granito de polen entre las patas, ¿albur? Frente a las puertas del

garaje, Fidencio parecía alegar con dos individuos de inmistificable indumentaria burocrática.

—¿Qué pasó, Fidencio? —pregunté entre molesto y sorprendido al ver unos papelitos que sellaban las entradas al edificio.

—Se clausura el edificio en espera del peritaje —respondió altivo uno de ellos.

—Pero es que yo tengo mis pertenencias allá arriba —argüí con firmeza.

—Lo sentimos mucho —terció el que no había hablado.

—No, ni madres. Yo subo por mis cosas.

Discutimos unos minutos y al fin asintieron en que Fidencio me acompañara a sacar con rapidez las cosas que necesitaba. Subí, vi y me dije: “¿Qué agarrar?”, y terminé metiendo en una maleta los libros que tenía amontonados, y en una mochila las cosas de rutina, el dinero que tenía en efectivo y otros papeles necesarios, entre los que estaba la carta de don Ramón. Antes de despedirme de Fidencio, que regresaba por una temporada a su ranchería, me dijo que la señora Raga me había estado buscando y que me había dejado un número telefónico para que me comunicara de urgencia con ella. Tomé el papelito (que por si las moscas ahora sí pasé a mi agenda) y, luego de desearle a Fidencio la mejor suerte (sellada con unos cuantos billetes de agradecimiento), salí rumbo a la TAPO, central desde la que salían los camiones para Tuxtepec.

Aquello era un hervidero de seres desrostrados y descorazonados. La solidez y bienhechura de la terminal de autobuses contrastaba con la miseria humana desbordada por pasillos y salas de espera. Para colmo ¿o por fortuna para muchos? por todos lados se ofrecían las más dispares mercaderías para regocijo de todos los sentidos; de manera que más que una central camionera aquello parecía un impresionante tianguis. Después de rechazar todo tipo de fritangas, tamales, sopes, atoles, alimentos folclóricos y chatárricos e infinidad de chucherías que me querían a huevosmente endilgar, logré acercarme a la ventanilla del ADO, donde al final de una lista de pequeñas

II. UNA TEMPORADA EN EL MICTLÁN

ciudades rematadas con el nombre de Tuxtepec, mi destino inmediato, había un letrero que decía: No hay boletos.

Removí cielo y tierra implorando a todos los dioses para que vinieran en mi auxilio y me sacaran de tamaño atolladero. Por fin, casi tres horas después de haber llegado al mictlantecútlico tianguis de la TAPO, el verdadero dios de todas las religiones y de todo espacio-tiempo —el dinero— me sacó de aquel infierno. Pagué dos veces y media el valor del boleto, pero a las diez y cuarentaicinco de la noche dejé ¿para siempre? el Mictlán en busca del Tlalocan Tamoanchan.

III. La ascensión al Tlalocan Tamoanchan

Salir de la Ciudad de México es siempre un alivio, pero salir de la mítica Tenochtitlan después de la caída del Quinto sol fue una verdadera resurrección. Cuando ya íbamos por la calzada Ignacio Zaragoza rumbo a Puebla, el velo de negatividad que cubría mi desamparo comenzó a diluirse en el recuerdo, y con la natural luminosidad que aureola toda resurrección me fue dado el recuestionamiento de todo lo acaecido. ¿Tomaría por fin su determinación histórica la sociedad civil? ¿Señalaría este sacudimiento total el inicio de la esperada descentralización económico-política? ¿Tendría este terremoto las mismas implicaciones generacionales que los sucesos del 68?

Transfigurado en el asiento número quince del camión, fui poseído por la certeza de que de todo este sacudimiento brutal sólo harían memoria los impresionantes testimonios gráfico-televisivos del momento, además de dos o tres obritas literarias impregnadas de nihilismo y con ácido sabor a derrota, ¿o me equivocaba por muy poco?

Miré a través de la ventanilla la oscura masa de nopales que se perdía en el vértigo del inmediato pasado, y con el relajamiento ensimismante de la visión acudió a mi mente la llamada telefónica hecha al borde del colapso y cuando el caos de la TAPO amenazaba con engullirme:

—Buenas noches, ¿se encuentra Raga?

—¿Dé parte de quién?

—Eugenio, un amigo. Ella me pidió que...

—Espere un momentito, déjeme ir a ver.

—Bueno, ¿con quién tengo el gusto?

—Soy Eugenio. Raga me dejó este número para que le hablara.

—Ah, mire. Yo soy su madre. Ella salió ayer para San Miguel de Allende.

—Bien, pues cuando regrese le dice, por favor, que me fui a buscar el Tlalocan Tamoanchan.

—¿Y qué es eso? ¿Me lo puede deletrear, por favor?

—En realidad no hace falta. Dígale que yo le hablaré si es que algún día incurro en la necesidad de regresar a este infierno.

—¿Se encuentra usted bien?

—No se preocupe, señora, ella sabrá entender. Encantado de haberla conocido, aunque haya sido por teléfono.

Al oír el golpe seco del teléfono indicando el fin de la rememoración abrí los ojos al presente y vi, justo enfrente del camión, la agresiva prepotencialidad de un retén militar que me hizo descender de bruces en una realidad que me remontaba a las ya prehistóricas discusiones con don Ramón sobre el militarismo. Ahora, distante por igual de Grecia y del Anáhuac, veía en el frío, fiero y férreo rostro de los militares, que se desplazaban por el pasillo del autobús metiendo mano donde les venía en gana, la contundencia de aquella frase del preclaro Unamuno dictada contra el quijotesco afán de poder del aventurerismo ibérico: “Se puede militarizar a los civiles, pero no se puede civilizar a los militares”.

Pregunté al señor que iba a mi lado dónde estábamos y me respondió que a las afueras de Loma Bonita. El señor, farmacéutico de ciudad Alemán, no sólo se sintió con ánimo para soltarme toda una letanía, no requerida ni deseada, sobre los crímenes de los narcotraficantes que asolaban toda la zona y que tenían sus reales en las partes selváticas de la carretera Tuxtepec-Matías Romero, sino que se pronunció efusivo en pro del militarismo y la mano dura que tanto se echaba en falta en nuestro desgraciado México. ¿Qué tal, eh? Al final cuando empezó con su vida, la santidad de su mujer, la excepcional catolicidad de sus dos hijas y la bonhomía ejemplar de sus tres hijos (el mayor de los cuales acababa de regresar del Vaticano a donde había ido con su mujer para besarle los pies al Papa), estuve a punto de mandarlo a la chingada. Por respeto y buena educación, opté por darle la espalda y ponerme a roncar como energúmeno (una forma más sutil de mandarlo a la chingada). Increíblemente el viejo siguió hablando y hablando, hasta que del otro lado del pasillo un hombrón con cara de bulldog cruzado con callejero, y con la típica

chamarra de cuero que identifica a los aguerridos militantes de la inmortal Revolución mexicana, le gritó que ya se callara de una vez, que aquello no era un confesionario.

Cuando desperté, un calor untuoso y húmedo me dio la bienvenida en una terminal ¡de primera clase! ubicada en medio de un impresionante lodazal en las afueras de Tuxtepec. Dejé que bajaran los pasajeros y me dediqué a recrear la vista entre la magnificencia del verdor circundante.

—¿No quiere unas trompadas? —me preguntó una muchachita huesuda y con una canastilla bajo el brazo.

—¿Unas qué?

—Trompadas. Son tamalitos de dulce.

Miré de arriba a abajo a la niña, que aunque mal vestida se veía muy linda y pulcra, y me animé, pero sin perder del todo mi parasi-tofobia. Compré cuatro, pero al desvestir al primero de sus hojitas de maíz y probarlo no pude contener una exclamación de verdadero deleite. La muchacha se volteó sonriendo y con la flor de esa sonrisa vinieron otras cuatro trompadas (¡qué diferentes de las que me daba mi padre!). Para completar la festiva ritualidad del momento, otra muchachita, ¿hermana de la anterior?, llegó ofreciéndome un atole que ni el mismísimo Moctezuma hubiera rechazado.

Después de tamaño desayuno, y sintiéndome ya lejos de la artificiosa negatividad que me embargaba, me acerqué al infaltable changarro que hace las veces de supermercado en las terminales de tercera. Pedí mis Delicados sin filtro y el indígena con cara de conejo que lo regentaba (¿era gratuito que Tuxtepec en nahua significara cerro de conejos?) me preguntó de qué parte de Estados Unidos era. Le respondí que de Moscú, la capital, y se limitó a decir: “Ah, bueno”. Al pagarle los cigarrillos me dijo que yo hablaba muy bien el español, que dónde lo había aprendido. Me quedé callado un momento mientras extraía un cigarrillo de la cajetilla y ya le iba a dar una respuesta jacarandosa, cuando decidí que mejor le preguntaba por la terminal de camiones que iban a San Juan Evangelista. “Pues ahí nomás”, dijo

moviendo el rostro en dirección a la carretera. “Usted le hace el alto y asegún como lo vean paran”.

Tomé la maleta y la mochila y me fui casi arrastrando al otro lado de la calzada. Apenas habían transcurrido unos diez minutos cuando vi venir hacia mí un dragón pintado de amarillo y expeliendo por sus fauces nubes azufrosas que dejaban entrever una existencia milenaria y pesada. Ya cuando estaba más cerca deduje que no era un dragón, sino un hipopótamo que venía bufando y chapoteando en el lodo. Hasta que un pequeño parche en su escarapelada frente me convenció que era el autobús que iba a San Juan Evangelista. Me puse en medio de la carretera y el conductor no tuvo más remedio que parar. Me acomodé como pude entre gallinas, costales de maíz y guajolotes, y después de pagar el importe del boleto a un individuo más engrasado que un cojinete, me recliné sobre un costal de maíz y me dejé vencer por el sueño.

Al descender del autobús en San Juan Evangelista, experimenté una inusitada electrización del cabello; y al contemplar extasiado las selváticas montañas que ascendían hasta las puertas mismas del cielo, tuve la seguridad de que ya antes había estado allí, *¿dèjá vu?* Estuve así una infinitesidad, con el pensamiento conectado al relinchar de los caballos que retrocedían aterrorizados cuando el suelo amenazaba desaparecer bajo sus cascos y el abismo insondable se tragaba el tumultuoso desmadramiento de las rocas. De pronto la yegua moruna que montaba se levantó sobre sus patas traseras dejándome caer en el suelo y al alcance de una impresionante serpiente aterciopelada. Oí un estruendo descomunal, seguido de risas y chiflidos, y cuando recuperé otra vez la noción del espacio-tiempo me encontré al lado de una cantina viendo cómo un nutrido grupo de indígenas y mestizos, indumentados en su mayoría con cómoda, dura y auténtica ropa de algodón otrora blanca, celebraban con gran alboroto la llegada de varias mujeres pintarrajeadas. Eran tres. La primera y la segunda, obesas, desbordantes y ataviadas con unas minifaldas obscenas, no hacían el menor esfuerzo por ocultar su condición de mercancía sexual

exhibiéndose a la desmistificadora luz del día. Pero la tercera, ¡Dios, qué mujer! Podría apostar que era una jarocho por el bronceo subido de su piel y por el cimbreo apalmerado de sus... ¡Trágame tierra! En mi vida había visto unas nalgas tan agresivamente pecaminosas. El ceñimiento del corto vestido (rojo, para acabar de joderla) permitía la fenomenización de unas piernas que ni el mismísimo Botticelli habría superado. Y si lo fenoménico era así, ¿qué no se podría esperar de lo esencial? La muchacha (porque en verdad no tendría más de diecisiete años) se quedó maliciosamente rezagada dando una exhibición cabal, a manera de anticipo, de lo mucho que aquellas divinas curvas, sin más mistificación que la tenueseudopiel del vestido, reservaban para los que poseyeran la llave secreta de la entrada. Alguien a mi espalda dijo: “Dos mil pesos”. La hetaira miró juguetonamente en busca de la voz y me encontré de frente con la imagen terrenalizada de Tlazoltéotl. Sentí que un aliento de veinte mil bocas hacía crecer entre mis piernas un continente, y una oleada de rubor, seguida de una incontrolable taquicardia, me obligó a salir huyendo del ruedo. La puta que iba al frente, ofendida y encabronada, le gritó a la divinura: “Ándale, zorra, en la noche no vas a poder con tanto cabrón”.

Después de que se me bajó tantito el sofoque, me acerqué a la masa murmurante de la cantina y pedí una cerveza bien fría. Pronto el cantinero entabló conversación conmigo (las preguntas consabidas: “¿De dónde viene, qué busca?”, etc.) y gracias a la plática pude enterarme que el terremoto que había sacudido a mi libido tenía sus reales nalgas disponibles en un tugurio que se llamaba La Playita. “Pues allá me voy a ir a dar un buen baño”, le dije al cantinero cuando ya me servía la cuarta Victoria sudadita.

Después de medio entender que la dirección que buscaba (el remitente de la carta de don Ramón) quedaba a las afueras del pueblo, y dejar al cantinero la maleta en consigna, salí a la calle principal (y única) y con la mochila en la espalda me fui correspondiendo a todas las caritas sonrientes que encontraba al paso. El hecho de que el pueblo estuviera en un exuberante valle rodeado de montañas hacía

que la ambientación fuera la de un auténtico invernadero natural. Sin embargo, a pesar del calor infernal y del sudor ensopante, me sentía poseído por tal euforia, ¿efecto de las chelas?, que cuando un grupo de niños comenzó a hacerme escolta llamándome gringo y diciendo toda serie de disparates en chinanhlés (chinanteco-inglés), lejos de sentirme agredido, eché mano al bolsillo y les arrojé todo el cambio que traía. La arrebatina fue excepcional y no pude evitar el recuerdo del cónsul Firmin cuando, enmezcalado y alucinante, era acosado por toda la escuinciería callejera de Cuernavaca.

En la entrada del pueblo, justo en la cabañita que estaba enfrente de la señal indicadora de San Juan Evangelista, pregunté de nuevo por mi dirección y me dijeron que era un kilómetro más adelante, en la primera curva que precede a la gran recta que conduce al pueblo. Seguí caminando, pero ahora ya no frente a casas y rostros extrañados, sino a través de frondosos chilares y maizales. Jamás en mi vida había visto unas milpas tan energizadas. Para complementación del regocijo visual, al borde de los sembradíos y a manera delimitante, lucían su amarillecido fruto innumerables árboles de naranja, mandarina y toronja. Ni modo, bajé de la cinta asfáltica y, luego de recoger un montón de naranjas y mandarinas, me senté bajo un árbol a degustarlas. Ya que me refresqué un poco, subí de nuevo al asfalto y seguí mi camino hacia La Fortaleza, que así se llamaba la ranchería. En el trayecto me llamó mucho la atención que todos los campesinos (tanto los mayores como los jóvenes de ambos sexos) viajaran en bicicleta. He aquí, me dije convencido, un verdadero pueblo bicicletero. Al llegar a la curva, volteé hacia el pueblo y me quedé absorto ante la esplendencia del paisaje que contemplaba. Por encima de la franja reverberante del asfalto, se extendían imponentes y sin límite los macizos de verdor lanzando un llamado de plenitud para los amantes de experiencias transurbanas.



Un griterío desencantante explotó a un lado de la carretera y al acercarme para preguntar por mi destino vi, sin dar crédito, a un grupo de niños y niñas jugando béisbol con toronjas y aguacates. En el suelo, en el área que ocupaba el bateador de turno, se extendían por doquier los reventados frutos hablando de un desperdicio alimentario que ni la más brutal ignorancia podría hacer perdonable. Tan pronto como me vieron se echaron a correr en desbandada hacia una cabañita que se veía al final de la vereda. Me acerqué acompañado por la ladrante escolta de dos perros flacos y pulgosos, ¿racismo canino?, y al llegar frente a la cabañita, erigida en un montículo que sobresalía treinta o cuarenta centímetros del nivel del suelo, un hombre de natural apacible se asomó a la puerta.

—Buenas, busco a don Zenaido Avendaño —expresé deteniéndome a una distancia prudencial (de los perros) y respetuosa (del señor).

—Pásele, pásele —dijo con amabilidad. Enseguida echó mano a una vara y les gritó a los perros—: “¡Ándelen pallá!”.

Bajé la mochila de la espalda y oí cómo el hombre le decía a alguien llamada Claudia que trajera una silla para mí.

—¿Y en qué puedo servirle? —preguntó el hombre dándome una silla.

Me acomodé en el asiento, pero no sin cierto recelo al oír el crujimiento del maderamen, y me quedé por un momento viendo al hombre, de fácil sonrisa y que aparentaba andar por los cuarenta años.

—¿Es usted don Zenaido?

—El mismo.

—Ah, pues mire usted, yo vengo de México y soy amigo de don Ramón. Aquí está la carta que él me envió hace poco —dije enseñándole la carta.

—Y dice que viene de México. ¿Y cómo estuvo eso del temblor?

—Terrible. Hay miles de muertos.

—¡Pa su vida!

—Así es esto, don Zenaido, la naturaleza no perdona.

—Muy cierto, ése fue castigo. ¿Y qué ventura lo trae?

—Vengo a visitar a don Ramón; hace tiempo que quería venir a conocer este lindo lugar.

Don Zenaido le habló a su mujer para que preparara un refresco. Miré en dirección al interior de la cabaña y vi un cuadro surrealista que para describirlo necesitaría una docena de cuartillas. Lamenté de veras no tener una cámara fotográfica para poder captar tan extraordinario *collage*: la cabaña tenía un tejado que sobresalía un par de metros de la parte frontal, en uno de cuyos extremos estaba la puerta. Pues bien, toda la pared frontal, hecha de bahareque ya carcomido por el comején, estaba recubierta con trozos de periódicos y revistas puestos de tal manera que parecía obedecer más a una museografía folclórica que al simple tapado de los huecos para que no entrara el aire. Una de las imágenes que más sobresalía era la del Papa Juan Pablo; rodeando a ésta, a la manera de planetas, se encontraban las fotografías de una de las cantantes más insulsas y publicitadas del momento, la de un putísimo representante de la canción vernácula, dos o tres *vedettes* enseñando tales encantos que hasta la imagen del Papa se sonrojaba, un cartel anunciando al grupo guapachoso del momento, el poster del candidato a gobernador del PRI por el estado de Oaxaca, una estampa de la Iglesia evangelista y un volante anunciando un producto contra el gusano barrenador y la garrapata. Pero lo más impresionante era la cantidad de cabecitas sonrientes que se colaban entre los palos rotos de la cabaña y que me hicieron exclamar:

—¡Qué bárbaro!

Don Zenaido volteó hacia donde yo miraba y se limitó a decir:

—Son once con el que viene en camino. ¿Qué, usted no tiene chamacos?

—Cómo cree, don Zenaido. Ya somos demasiados en este sufrido mundo.

—Es que a los netos mexicanos, como dijo el presidente De la Madrid, nos gusta dormir con nuestras mujeres.

—Hay que aumentar la calidad y no la cantidad.

—¡Híjole, ya mero platica usted como don Ramón!

—A propósito, ¿dónde está él ahora?

Llegó la señora con una jarra de barro llena de jugo de naranja. Luego de que sirvió en dos grandes vasos de vidrio, ¿ex veladoras?, don Zenaido me entregó uno y habló pausadamente.

—Pues debe estar en su casa.

Miré entre los árboles circundantes con la intención de encontrar alguna construcción, pero don Zenaido me atajó al instante.

—Don Ramón no vive aquí, vive en el cerro.

—¿Cuál cerro?

—Pallá —dijo señalando con la cara hacia las lejanas formaciones montañosas.

—¡Fiuuu! ¿Y cómo le hago para llegar allá arriba?

—Nomás camina un día y ya.

—¿Un día entero?

—O sea, un día para el que ya está hecho a la fatiga, pero para usted quién sabe.

—¿Es muy duro?

—A lo mejor ya aclimatándose le puede hacer el intento.

—¿Y cuánto tiempo tarda uno en aclimatarse?

—Asegún.

—¿Cuánto cree usted que necesite yo?

—A lo que se ve, pues hartito. Yo digo que una semana, ¿no? ¿O qué dices tú, Claudia?

—Sí puede, el señor está joven y fuerte.

—Ojalá, pero antes hay que despalmarlo bien como a machete cañero.

La señora, visiblemente maternal ante mi desamparo, ¿tan achilangado me vería?, se acercó y me ofreció otro vaso del delicioso jugo de naranja. Le di las gracias y, cuando apenas me estaba relajando, la voz de don Zenaido me puso en guardia de nuevo.

—Le voy a pedir a usted de favor que me escriba una nota personal para don Ramón. Ya él nos dirá cómo le vamos a hacer.

—Como usted disponga, don Zenaido —dije sintiendo renacer la zozobra terremótica por causa de tanto protocolo.

—¿Y hace mucho que se conocen? —preguntó don Zenaido es-carbando con insistencia en mi llaga mental.

—Vivimos juntos en la casa que tiene en la costa, y cuando él se vino aquí yo me quedé viviendo en su departamento de México.

—Ah, bueno. Entonces se puede decir que son amigos de tiempo.

—Eso espero —concluí ya a punto de mandar todo a la chingada y largarme con la mochila a otra parte.

—Es que sabe usted —dijo don Zenaido en un tono ya más conciliador—, don Ramón es un hombre muy especial y no le gusta que le caigan así nomás a visitarlo. Viera la regañada que me dio cuando le mandé a una pareja de suizos, de esos que se dicen antropófagos o sepa.

—Antropólogos.

—Esos meros, que andaban preguntando por aquí y por allá entre los comuneros, y me llegaron con que el director de la secundaria los recomendaba con don Ramón y no sé qué cuentos. Pues sí, cuando bajó me puso una regañada que mejor ni le platico. Por eso le pregunto tanto, ¿ve?

—No hay problema, don Zenaido, lo entiendo perfectamente —dije desplazando la mala energía que le estaba enviando a este pobre hombre hacia el dominio del cabrón y desconfiado viejo celta.

¿Cuál era la maldita razón para cuidarse tanto? ¿Secuelas de su incidente con el guardia civil en Santiago de Compostela? ¿Dónde carajo se enraizaba esa misantropía anacrónica e inflexible?

—¿Y trae usted dónde dormir? —preguntó don Zenaido regresándome de golpe al aquí y el ahora.

—La verdad es que salí a la carrera. Ah, se me olvidaba, dejé una maleta allá en la cantina de la terminal.

—No se preocupe, ya veré cómo lo arreglo. ¿Y no gustaría darse un bañito?

—Me vendría de maravilla.

—¡Lito! —llamó don Zenaido en dirección a la chamacada—. Anda y ve con el señor al arroyo donde tu tío Aurelio. ¿Y trae jabón?

Al ver mi expresión disculpante don Zenaido le pidió a su mujer que me diera una jicarita con un jabón y un estropajo. Se oyó un revuelo de chamacos adentro de la cabaña y, como empujada hacia el rueda donde estábamos don Zenaido y yo sentados, salió una muchacha en verdad preciosa que, apenada por un rubor que le daba a su moreno rostro un matiz amameyado, se limitó a darme la jícara con el jabón y el estropajo y salió corriendo hacia el interior de la cabaña donde fue recibida con risas y grititos ahogados.

—Estas chamacas parecen del cerro —dijo don Zenaido moviendo la cabeza—. Les da pena hablar el idioma, y luego cuando viene gente nomás bajan la vista y salen corriendo. Fíjese, esta María ya anda en los trece años y está en la secundaria, ¿y para qué le sirve?

—Es una muchacha muy linda —dije y las risitas estallaron dentro de la cabaña.

—Sí, parece mazorca tierna, a ver si no se malogra. Ándale Lito, acompaña al señor.

—Perdone usted, don Zenaido, se me olvidó decirle mi nombre: Eugenio Sandoval Cohén.

—Ah, es usted paisano de don Ramón.

—Mi padre era español, yo soy mexicano.

—Luego luego se ve que trae usted otra sangre. Ándale Lito —urgió al chamaco—. Y no lo lles por donde hay lodo.

Me fui con Lito, un muchacho de unos diez años extremadamente educado y atento, preguntándole cosas que se me iban ocurriendo sobre el lugar, flora y fauna, su familia, etc. El muchacho casi siempre respondía con monosílabos, pero la positividad energética que emanaba de él hacía innecesario mayor abundamiento. Me condujo a un remanso que hacía el arroyo al cruzar un sembradío de maíz y allí estuvimos un largo rato, mientras las formaciones kamikazes de zancudos y jejenes me hacían entender la necesidad

de acelerar la adaptación al medio. Todo esto me hizo recordar con nostalgia la frase costeña de don Antonio: “Aquí o te aclimatas o te aclichingas”.

Al regresar a la cabaña, ya anocheciendo, encontré a doña Claudia barriendo el piso donde antes habíamos estado platicando y le pregunté por mi mochila, pues necesitaba cambiarme de ropa. La mujer se detuvo un momento apoyándose sobre la vara de la escoba y con una amplia sonrisa de satisfacción me dijo que estaba en la casita, adentro de la galera.

—¿La qué?

—Anda, Lito, llévalo a la galera.

Me fui tras el muchacho y, como a cincuenta metros de la cabaña y entre añosos árboles de naranjo y aguacate, vi un techo alto de palma, sin paredes y con una urdimbre endiablada de palos cruzando el espacio interior en todas direcciones.

—¿Y para qué es eso? —pregunté al muchacho.

—Para el tabaco.

Quedé peor que al principio, pero por lo menos ya sabía que aquel tinglado servía para algo. En la parte más protegida del inmenso galpón se encontraba una tienda de campaña de dos plazas, y al lado de ésta, amarrada de dos sólidos horcones, estaba colgada una hamaca y sobre ella una toalla. Me acerqué a la tiendita y vi que en una esquina del interior, que lucía impecable, se encontraba una sábana y una cobija, y en la otra esquina la mochila y la maleta. Al instante me poseyó una sensación de plenitud que me retrotrajo a esos momentos en que se ama sin condiciones a la vida. Pensé que hacía apenas un día que me estaba sacudiendo estertóricamente en los dominios del infierno y ahora, después de sobrevivir tanta muerte, veía en la bondad de esta gente una muestra cabal de la natural alegría de la vida.

Me cambié de ropa y, ya cuando estaba entregado al dulce pendulamiento de la hamaca, Lito vino a comunicarme que su madre le mandaba decir que si quería comer algo que me acercara a la cabaña.

Al oír la invitación como que se desató de golpe el hambre acumulada y me fui siguiéndole el paso al muchacho.

Ya era noche y el interior de la cabaña, tenuemente iluminado por un candil de petróleo, daba la impresión de una cueva paleolítica con todos los rudimentos arqueológicos que dos mil años más tarde estudiaría con asombro un grupo de tecnoetnólogos. Saludé al nutrido grupo de caritas sonrientes y doña Claudia me indicó que me sentara en una silla desvencijada frente a una mesita de manufactura casera. María, la muchacha silenciosa y bella, tendió un mantelito sobre la mesa y enseguida fui agasajado con unos huevos revueltos, frijolitos refritos con manteca de puerco y tortillas recién hechas. Le agarré tal gusto a la comida que no pude evitar una serie de exclamaciones espontáneas que desataron la algarabía de todos los chamacos.

—¿Le gusta el picantito? —preguntó feliz de verme feliz doña Claudia.

—¡Ya lo creo que me gusta!

Me acercó una chilemolera con una masita rojinegruzca que olía delicioso. Eché un poco del chile molido en una tortilla y lo probé. Puta, qué manera de picar, pero qué aroma y qué sabor.

—¿Le gusta? —volvió a preguntar la mujer ante la expectación general.

—Está en verdad insuperable.

—Es que es chile tabaquero.

—¿Sin nada más?

—También tiene un ajito, pero el sabor se lo da el refrito de manteca de puerco.

Repetí tres o cuatro veces que estaba en verdad formidable. Cuando me di cuenta ya estaba enchilado hasta el alma. Estuve soplando como ballena durante un rato y por fin a base de jugo de naranja me fui desenchilando. Mientras comía, le dije a doña Claudia que le agradecía muchísimo que me hubieran traído la maleta. La mujer dijo en tono de broma que don Zenaido le había dicho que seguramente traía oro por lo mucho que pesaba. Le pregunté dónde

estaba don Zenaido y me dijo que había ido a un mandado, pero que al rato regresaba para ir a llevarle la notita a la persona que iba a subir al cerro. De manera que, después de agradecer el agasajo que me había dado doña Claudia, me fui a la hamaca y a la luz de una veladora, y entre zumbidos de zancudos y rascadas de nalga por efecto de los piquetes, me puse a escribirle a don Ramón anunciándole mi llegada y todo lo que había sucedido en México. Al final, a manera de palmadita en el hombro, le decía que el lugar era en verdad maravilloso y que esperaba que una pequeña estancia aquí me vendría muy bien para reponerme anímica y físicamente.

Después de terminar la nota y llevársela a doña Claudia me sumergí en la tienda de campaña como náufrago que arriba, al final de un gran esfuerzo, a las playas de una isla que sólo existe en el sueño. Poco antes de levantarme de la reconfortante solidez de la fina arena, experimenté unas punzadas en el oído que me hicieron creer que era presa de una reincidente pesadilla. Venciendo la negatividad que me embargaba, me eché a caminar por la espaciosa playa y pronto vi el ondulante estremecimiento de las palmeras que desde chico identificaba con la esplendidez y la gozación del trópico.



Pasaron así varios días en que me sentí atendido y agasajado como si fuera uno de los pilares de la explotación rural (el médico, el farmacéutico, el maestro y el cura, sin contar a los caciques por supuesto), atacados con dureza por el sabio Braudel en el segundo volumen de su obra fundamental sobre el Mediterráneo. La contestación a la nota que había entregado a don Zenaido regresó dos días después con la persona que la había llevado: que el próximo fin de semana (esto era cuatro días más tarde) mandarían una bestia para que subiera al cerro.

Las atenciones de doña Claudia —reencarnación fidedigna de nuestra madre Tonantzin— me hicieron recordar con fugacidad los

mejores momentos de mi estancia en la costa; aunque pronto concluí que la dulzura y obsequiosidad de la gente chinanteca no podían compararse con la agresividad y desconfianza propias del natural costeño. Pero pareja a la dulzura de la gente estaba la salvajitud del medio. Además de la hipersensibilización del oído que amenazó un par de tardes con reventar, por lo que tuve que atiborrarme de medicamentos, don Zenaido me tuvo que extraer dos niguas de la uña del dedo gordo del pie izquierdo, y de tanto rascarme las escocientes picaduras de los jejenes se me llenaron el cuello, los brazos y las piernas de puntitos de pus, que la amantísima Tonantzin me curó con una infusión de hierbas. Los niños, que no dejaban de jugar y reír, aun bajo los torrenciales aguaceros que caían por las tardes, el hecho de que la cabaña no tuviera puerta (tan sólo el simple hueco), que las dos o tres tazas y platos viejos que había fueran suficientes para tantos, que jamás se oyeran gritos de pelea o regaños (ni siquiera se golpeaba a los perros y a los puercos que entraban y salían de la cabaña cuando les venía en gana); en fin, todo ese cuadro con los niños con su ropita remendada por todos lados, pero pulcra, y la positividad energética que la totalidad emanaba, terminaron por contagiarme esa alegría de vivir que, como muy bien había visto en el fondo el contradictorio Rousseau, el procesoseudocivilizador vuelve agria y turbia.

Como quiera que el tiempo que no pasaba con los niños recogiendo fruta, ayudando a limpiar el chilar o en ir a traer agua del pozo, lo empleaba escribiendo y leyendo en la hamaca; se extendió la opinión, tal vez consolidada a la luz de las pláticas que tenía con don Zenaido por las noches, de que yo era una persona leída e ilustrada como don Ramón. Me reí de la ocurrencia sin darle mayor importancia, pero una tarde, regresando del baño, me encontré con toda una orquestación dialogal en el patio de la cabaña, y el que parecía llevar la batuta era un hombre de mediana edad y, aunque un poco más moreno y vivaz, de innegable parecido con don Zenaido.

Saludé y me correspondieron. Don Zenaido se levantó de su asiento y me presentó a su hermano, don Francisco, y a su tío, don

Aurelio. Obsequioso y de fácil palabra, don Francisco me invitó a sentarme preguntándome en seguida qué opinión me había formado del sufrido campesino chinanteco. Le dije que iba a dejar los implementos del baño y que luego regresaba con la respuesta. Rieron mi salida y, mientras me alejaba hacia la tienda de campaña, oí que don Francisco se refería a don Ramón y a un problema que tenían los productores de tabaco. Terminé de darme una manita fenoménica y al pasar frente a la hamaca no sé porqué me llamó la atención mi libreta de apuntes y la metí junto con la pluma bajo el brazo. Regresé al corrillo y “ahora sí”, dije apenas me hube acomodado en el asiento que me ofreció don Zenaido, “vamos a darle a la plática”.

Y la plática se estiró en todas direcciones: hablamos del terremoto; del millón de oaxaqueños que se amontonan en la infernalidad de Neza e Ixtapalapa; de la voracidad sin medida de los comerciantes; de los hijos de la chingada que eran coyotes y acaparadores; de la burocracia parasitaria de TABAMEX, que había logrado hacer que uno de los lugares más famosos del mundo en la producción de tabaco para puros, se convirtiera en un hervidero improductivo de problemas políticos; de las sectas religiosas que, alentadas por el fanatismo y desmesura de la Iglesia católica, habían tomado la zona por asalto, al grado de que ya se estaban enfrentando hermanos contra hermanos. Hablamos también de la riqueza antropológica y arqueológica del lugar, de cómo se estaba perdiendo el amor y el respeto a las tradiciones, y del giro que le estaban dando a los valores locales las nuevas generaciones: lo que antes era objeto de orgullo (lengua propia, huipiles y ropa de manta, etc.) ahora lo era de vergüenza. Por último, al sabor de una garrafa de aguardiente de caña curado con cáscara de naranja que don Zenaido sacó de su reserva muy emocionado, terminamos hablando de los partidos políticos y de por qué los movimientos de izquierda le sacaban a hacer labor seria entre el campesinado. Nomás alborotan a la gente y luego luego desaparecen, había dicho don Francisco mientras yo garabateaba como un autómatas sobre el cuaderno. Ya cuando llevábamos la ga-

rrafa por la mitad, me empezó a vencer la modorra y me dejé llevar por la terapia taquigrafiante. Don Francisco, en vena creciente y con un brillo de ojos que reflejaba una sagacidad a prueba de todo tipo de embaucamientos electorales y demás corruptelas, empezó a hilvanar una plática que cuando me di cuenta ya era ¿cuento, fábula o historia? Tan sólo al día siguiente, después de darme un baño, tomar dos litros de jugo de naranja y arrojar me metamundanzado en la hamaca, pude descifrar la parte esencial de lo que había escrito. Recordé la voz de don Francisco cascada por el aguardiente, pero fluida:

“Ese señor del que hablo era rico, de muchas tierras y todo, y pues ya tenía a su hija casadera, la que él más quería. Entonces acordó entregársela al muchacho que aguantara trabajando a su parejo. Puta, que se riega la noticia y luego luego tres amigos, pero muy amigos, que se ponen de acuerdo. Y que dice uno: ‘Pues yo voy’. ‘No, tú no aguantas el trabajo’, dicen los otros. ‘Entonces voy yo’, dice otro. ‘No, a ti no te va a querer la chamaca, que es muy guapa’, dicen los otros. ‘Entonces voy yo’, dice el tercero. ‘Pues ve’, dicen los otros, ‘y asegún te vaya le seguimos nosotros’. Y que se va pallá cuando apenas asomaba la luz tras el cerro. ‘Buenos días, señor’, dijo al papá. ‘Buenos días’, contestó el papá, ‘¿qué desea?’. ‘Pues yo quiero trabajar, si usted me da trabajo’. Y le dice el patrón: ‘¿Qué oficio tienes tú?’ ‘Pues yo’, dice, ‘soy campesino, no tengo ningún oficio; puedo hacer cualquier trabajo pero del campo, que es lo que yo sé’. ‘Ah, qué bien’, dice el patrón, ‘eso mero ando buscando; si de veras eres hombre de campo y sabes trabajar, pues te casas con mi hija, pero con la condición de que aguantes a trabajar como yo trabajo, sin descanso’. ‘Yo voy a aguantar, señor’, dice el muchacho, ‘yo estoy joven y fuerte y estoy hecho al campo, lo que quiero es trabajar’. ‘Pues si aguantas ahí está la chamaca para que la hagas tu mujer’. ¡Híjole! Que se la queda viendo tan guapa y tan dispuesta que ya merito le andaba. ‘Ah’, dice el papá, ‘y sin tomar nada de agua, ¿eh?’ ‘Sí, señor, yo aguanto’. ‘Bueno ahí te vienes mañana’, dice el papá”.

”Al otro día tempranito, que ahí se viene el muchacho. ‘¿Ya vienes decidido?’, preguntó el patrón. ‘Sí’, dice el muchacho, ‘ya vengo’. ‘Pues vámonos ya’. Y a darle, chingados, el machete bien despalmado y sin levantar la espalda de la roza. Y ahí van, el muchacho detrás del patrón y duro y duro. Y llegan las nueve de la mañana y que se ve venir la chamaca con su nana. ‘Oye,’ dice el patrón, ‘¿qué no te dan ganas de comer? Mira ahí viene mi hija con el desayuno, si vas a comer mejor de una vez’. ‘No’, dice el muchacho, ‘no tengo tanta hambre’. Pero cuando llegó la chamaca cerca ¡híjole!, vino aquel olor de esa comida, ¡pá su mecha!, qué rico estaba. Y que le dice el patrón: ‘¿Qué, vamos a comer?’ ‘Pues vamos’, dice el muchacho, ‘si usted gusta ahorita vamos’. ‘Pues éste ya se chingó’, dice el patrón. ‘Tú no sirves para nada, hasta aquí nomás llegaste amigo, así que vamos’.

‘Putá, cómo fui a perder’, le decía el muchacho a sus amigos, ‘si no tenía yo tanta hambre’. ‘Pues yo voy a ir’, dijo el más feo, ‘ahí lo que arremanga es el trabajo y yo sí voy a aguantar, esa chamaca va a ser mía’. Pues igual pasó, eran las nueve y media de la mañana cuando ahí viene la chamaca con la comida. Entonces le dice el papá: ‘Oye, muchacho, vamos a comer’. ¡Putá! A la primera olida que le llegó luego luego dijo ‘vamos’. ‘Pues ya van dos’, dice el viejo, ‘éstos no dan la talla’. Y que se va el tercero, chingados, y a eso de las diez era tanta su sed que mejor dejó todo y se largó. ‘¿Y cómo te fue?’, le dijeron los dos amigos. ‘De la chingada’, dijo el otro. ‘Pues mejor vámonos a la cantina’, acordaron los tres. Y que se van a la cantina a darle al aguardiente. Putá, se les prendió aquello y que viene la lloradera. ‘¿Y qué pasa?’, dijo un borrachito que nunca salía de las cantinas. Y que le van platicando todo el caso. ‘Pues yo sí voy a aguantar’, dice el borrachito empinándose todo un vaso de aguardiente. ‘Ahhh, verán que sí aguanto, mañana mismo voy, y mejor ahorita de una vez voy a hablar con el patrón pa que no se me adelanten’.

”Cuando el borrachito llegó con el patrón, le platicó que él estaba dispuesto a aguantar la fatiga todas las horas que fueran necesarias. ‘Pues si aguantas’, le dice el patrón, ‘yo encantado de la vida, y a

lo derecho que te llevas a mi hija'. Y ya se fue el borrachito pensando, '¿y cómo le hago yo a esto?' Y fue piense y piense hasta que llegó a una cantina. Pidió un vaso de aguardiente y entre trago y trago siguió pensando, '¿y cómo chingados le hago?' Entonces se acercó uno de los amigos y le dijo: 'mira que te has metido en tamaño enredo, aquéllos que de veras eran buenos para el campo no aguantaron y cuanto menos tú que eres un borrachito'. Y el borrachito se quedó piénsese y piénsese, hasta que se le ocurrió ir con el tocinero y le dijo: 'oiga véndame un metro de tripa de marrano bien lavadita'. Puta, que le va dando un metro y medio y luego luego se fue el borrachito a la cantina y pidió un litro de aguardiente fiado. ¡Pa su mecha! Al otro día tempranito llenó la tripa de aguardiente y que la va enredando al cuerpo como pudo, dejó la parte abierta de la tripa por un lado del cuello y que se va con el patrón. 'Buenos días, patrón, ¿le damos?' 'De una vez', dijo el patrón. Y que se ponen a darle duro y el borrachito al parejo del patrón. Y ya son las nueve, las nueve y media, las diez, y aquel hombre duro y duro, chingados. 'Este ya ha de tener mucha hambre', dice el patrón. Y que se deja venir la muchacha con su acompañanta. 'Oye amigo', le dice el patrón, 'mira que ahí viene mi hija con comida muy sabrosa, ya párale y vamos a comer, ¿no?' Y el borrachito duro y duro, ni siquiera se levantó. 'Oye amigo, vamos a comer', le dice el patrón. 'No, patrón, no tengo hambre', dice el borrachito dándole y dándole. 'Bueno, pues', dice el patrón, 'al ratito comemos, ¿eh?'. Entonces se acerca la muchacha y que dice: '¿Papá, no van a comer?'. Y que le dice el papá: 'Ándale hija y háblale al muchacho a ver si quiere'. 'No, señorita, gracias, no tengo hambre', le dice el borrachito. Y que sigue duro y duro y duro, chingados, sin levantar la espalda y pegado a su tripa. Y que llegan las doce y el patrón se dice, '¿cómo va a ser que éste me gane?' Y que llega la una, las dos y aquél seguía pegado a la tripa. '¡Pa su mecha!', dice el patrón, 'éste ya me ganó, mi cuerpo ya no aguanta. Oye, ¿qué no vas siquiera a descansar?' 'No, patrón', dice el borrachito, 'yo cuando trabajo no paro, trabajo le va a costar para que deje de trabajar'. 'Pero cómo va

a ser, muchacho', dice el patrón, 'vamos a pararle tantito para comer algo'. 'No, patrón'. Y que siguen, chingados. Y ya era eso como de las tres cuando ahí viene de vuelta la muchacha con el almuerzo. 'Bueno, papá', le dice, '¿qué no van a comer?'. 'No, el muchacho no tiene hambre y yo pues tampoco', dice el papá con un hambre de la fregada. Y que siguen duro y dale, hasta que ya son las cinco y media de la tarde. 'Ahora sí', dice el patrón, 'bueno muchacho ya párale, ya me ganaste. Así que tú serás mi yerno, porque mi hija va a ser tu mujer. Dentro de tres días se casan'. 'Pues como usted diga', dice el borrachito.

"Al llegar el patrón a su casa luego luego le da la noticia a su hija. 'Pero cómo va a ser, papá', dice la hija, 'ese hombre todos los días anda en la calle y en las cantinas, ¿cómo es que aguantó?' 'Compromiso es compromiso, hija, ese hombre te ganó y te vas con él'.

"Pasaron dos días y que ahí viene el borrachito a platicar con el patrón. 'Patrón', le dice, 'mire que mañana es la boda y pues yo no tengo casa ni dinero'. '¿Cómo que no tienes dinero?', le dice el patrón. 'Pues entonces no te entrego a mi hija'. '¿Que no me la va a entregar?', preguntó el borrachito. 'No, si no tienes a dónde llevarla ni con qué mantenerla'. 'Pero ése no fue el compromiso', alegó el borrachito, 'además usted tiene mucho dinero'. 'Pues no te la entrego', neceó el patrón, 'y mejor vete antes de que te corra'. 'Pues ya veremos', dijo el borrachito marchándose muy encabronado. '¿Y cómo le haré para que este hombre me entregue a la chamaca?', se iba preguntando el borrachito. Pues se fue a la cantina y que va alborotando a todos los borrachitos, y que le entra a la polilla, chingados. Y que se dejan venir alegra y alegra los borrachitos. Y el patrón al ver venir la flota de borrachitos que se asusta. '¿Y qué buscan aquí ustedes?', pregunta con miedo. 'Pues que a como dé lugar tiene que entregar la chamaca aquí al compañero', dicen los borrachitos. Y ya cuando aquel hombre vio que los borrachitos venían dispuestos a todo, le dice a su hija: 'Ni modo, hija, qué le vamos a hacer, te vas y confórmate con tu suerte, es tu cruz y ni modo'.

”Putá, que van haciendo una gran fiesta y que todos los borrachitos se juntan a celebrarlo. Y así se fue a vivir el borrachito con la chamaca a una casa que les regaló el suegro. Y el borrachito no hacía más que beber y platicar en su casa con todos los borrachitos, que ahora ya no iban a las cantinas pues en aquella casa tenían todo el aguardiente que querían. Hasta que un día que se puso muy malo el borrachito lo llevaron con un curandero, que luego que lo vio dijo que le habían echado en un vaso la sota de copas. Con las hierbas que le dio el curandero el borrachito dejó la bebedera por la platicadera y entonces empezó a meterse de lleno a la polilla. ‘Ah, chingados’, se dijo el muchacho ahora ya sano y bien aseado, ‘quien fuera a decir que esto de la polilla es pura borrachera de palabras’. Y así fue como se hizo líder de los campesinos y dirigente de los productores de tabaco.

Maté el zancudo que me estaba succionando las ideas y se me hizo claro que la historia narrada por don Francisco (cuando ya estábamos todos hasta la madre) era un rollo folclorizante que valía la pena de ser vivido, pero no narrado.



El viernes, ya anocheciendo, estábamos platicando don Zenaido y yo cuando llegó un muchachito con dos mulas y luego de saludar a don Zenaido ¿en chinanteco?, se dirigió a mí e hizo lo propio en castellano. El muchacho, de no más de trece años, ponía de manifiesto un aplomo y una seguridad extraños para un lugareño de su edad. Don Zenaido intercambió con él unas palabras en su idioma, y al cabo me comunicó que al día siguiente, apenas amaneciera, salíamos para el cerro. Después de dejar las mulas amarradas, el muchacho se despidió quedando en regresar con la oscurana.

—Ahora sí —dijo don Zenaido cuando ya estábamos tomando un café con panes de dulce—. Vaya alistándose porque viene lo mero bueno.

—¿Qué, tan duro es?

—Mañana lo sabrá.

Y lo supe mucho antes de lo que yo había supuesto. Después de cinco horas de camino llegamos a una cañada por la que corría un delicioso riachuelo de agua transparente y pura. El sudor acumulado durante la terrible subida, mi terquedad de no querer montar en la mula que para mí habían traído, pues la otra llevaba la maleta y la mochila, un ligero calambre en la pierna derecha, que se acentuó al bajar a la cañada, el murmullo arrullante del riachuelo y la festiva sonoridad de los pájaros que gozaban del frescor de la cañada, me hicieron quitarme la ropa y meterme en las frías aguas del riachuelo.

—Le va a agarrar calentura —dijo el muchacho, que se limitó a refrescar la nuca con un pañuelo mojado, mientras don Zenaido había desaparecido tras el tupido follaje.

—¿Por qué? —pregunté gozando la reenergización que me producía el baño.

—Se le va a cortar el cuerpo —dijo convencido el muchacho.

Al regresar don Zenaido y verme chapoteando en una alberquita que formaba el río en un remanso, movió en desaprobación su cabeza y me dijo que no volviera a hacer eso. En vista de las dos opiniones contrarias a mi deseo, salí del agua y me vestí correspondiendo con mi eufórico silbido al canto dulce y pacificante de los pájaros.

—¿Falta mucho? —pregunté a don Zenaido que revisaba la mochila y la maleta sobre el lomo de la burra.

—Bastante —se limitó a responder.

—Nos va a agarrar la noche —murmuró el muchacho.

Y que empieza de nuevo la subida y con ella el fin calamitoso de mi euforia. Poco a poco el dolor de huesos y tendones se fue haciendo insostenible. Mientras me arrastraba tras la mula, recordaba todo lo que ya había andado desde que dejáramos el valle a las seis de la mañana: el paso del pueblito a través de un puente de palos y cables sobre un río crecido y turbulento, las primeras manifestaciones arqueológicas al pasar la Vieja Esperanza, las visiones esplendentes del

espacioso valle que se abrían en los recodos menos enselvados del camino, y la primera señal de alarma, una serpiente, que ellos llamaron gotacoral, de fastuoso colorido y que dijeron que era tan venenosa como la coralillo.

Como a las dos de la tarde, ya al borde del colapso y atemorizado por la negrura de las nubes que oscurecían el entorno, acepté la sugerencia de don Zenaido y me subí sobre la mula que iba libre. ¡Bendita decisión! El animal, dócil y conocedor de la peligrosa condición del camino que ya había transitado innumerables veces, caminaba con una seguridad que me permitía gozar plenamente la magnificencia del momento. Me parecía estar en el techo del mundo, y para mi regocijo en lugar de la blanca gelidez que desde mi infancia creía inseparable de las grandes alturas, aquí todo era de un verdor impresionante, que no llegaba a eclipsar la negrura turneriana de las nubes. De pronto, las bestias se negaron a andar haciendo extraños movimientos con las cabezas. El muchacho las sostuvo de las riendas y don Zenaido buscó en la vereda hasta que encontró algo que le comunicó al chamaco en chinanteco.

—¿Qué pasa? —pregunté intrigado.

—Por aquí pasó el tigre anoche —dijo don Zenaido.

—¿Quiere decir un jaguar?

—El mismo.

—¿Y no atacan?

—Ésos sólo son dañosos con los animales.

—¿Oiga don Zenaido, y qué tan cierto es que los tigres son naturales?

—Anda jálale, Chedino —le dijo al muchacho que sujetaba a las mulas—. Se nos va a hacer tarde.

Me di cuenta, por el ritmo que le impusieron a la marcha don Zenaido y el muchacho, que no era momento para hacer preguntas pendejas. Sin embargo, a la vista de todo lo que iba descubriendo no podía evitar que mi curiosidad se disparara en una sucesión interminable de cuestiones condenadas a permanecer sin respuesta. En

la medida que pasamos lo que a mí en aquel momento me parecía el techo del mundo —las Cumbres, le decían ellos en su idioma—, verdaderos enjambres de tábanos de diferentes colores y tamaños se dejaron venir sobre mi humanidad, obligándome a sacudir con el paliacate en todas las direcciones. Viendo don Zenaido el ataque furibundo de que éramos objeto la bestia y yo, no pudo evitar una risita que terminó por contagiar al muchacho.

—Ya mero llegamos a un descanso para comer algo —dijo don Zenaido colocándose detrás de la mula y ayudándome a ahuyentar la tabanera.

Pasamos frente a dos construcciones prehispánicas, una de las cuales lucía una estilizada entrada —“son tumbas”, dijo el chamaco viendo la curiosidad de mi mirada—, y por fin llegamos a un recodo del camino donde se oía con claridad el chorro del agua. Entre un cañaveral de otates corría diamantina el agua más sabrosa y energizante que jamás haya probado ser urbano alguno; bueno, al menos eso fue lo que creí en aquel momento. Bebí hasta hincharme como odre y, al enfriarse un poco el cuerpo, comprobé alarmado que la parte interna de las piernas, al igual que las nalgas, comenzaban a des-pellejarse. Se lo comuniqué a don Zenaido mientras me daba un par de quesadillas con harto chile tabaquero, y me dijo que era parte del acostumbramiento. Comimos en silencio para no perturbar la increíble apacibilidad del lugar, y enseguida don Zenaido aprestó los animales para continuar la marcha.

Subí de nuevo a la mula y a los primeros movimientos las nalgas comenzaron a escocerme.

—¿Falta mucho? —pregunté pensando en continuar el camino a pie.

—Si no paramos a lo mejor y llegamos antes de las diez —dijo don Zenaido.

—¿De la noche?

—Ni modo que sea de la mañana.

—No voy a aguantar.

—Ahí le echamos un amarre a la mula —concluyó don Zenaido riendo.

Y bajamos para subir y subimos para bajar, arroyos, ruinas y selva y más selva, toda la selva del mundo. Y yo sufriendo como un pendejo citadino que creía conocer estas experiencias a través del cine, la televisión y libros de aventuras cuyo recuerdo se perdía en la infancia. Terminé echándome sobre el cuello del animal para que la parte superior de mi cuerpo amortiguara un poco el sufrimiento de los muslos y las nalgas. Para mi fortuna, pronto comenzó a llover y las nubes de tábanos y zancudos se retiraron ante la creciente reciedad del agua.

—¿Trae chamarra o algo contra el agua? —me preguntó don Zenaido al tiempo que él y el chamaco se cubrían con unos plásticos.

Amarrado como náufrago al sudoroso cuerpo de la mula, me dio una pereza infinita el solo hecho de pensar en el descendimiento para extraer de la mochila la chamarra; de modo que le dije a don Zenaido que no había problema, que así iba bien. El hombre, viendo mi abatimiento y desamparo, echó mano a su plástico y se acercó a colocármelo sobre la espalda. Apenas pude decir gracias, ahogadas por el fuerte aguacero que caía, porque los últimos vestigios de mis fuerzas se perdían en el abrazo encadenante al pescuezo de la mula. Pronto oscureció, y las siluetas de don Zenaido y el muchacho se fueron perdiendo en la negrura. Amarrado existencialmente a la mula, sintiéndome uno con su palpar y energía, recordé el esfuerzo titánico de don Ramón cuando me cargó sobre sus espaldas para librarme de una muerte segura. Entumecido por el frío y molido por el cansancio, entré en una especie de subconciencia donde el más remoto pasado se fundía y entrecruzaba con el presente en una torbellínica crecida: “Ése no es mi hijo”, oí la voz de mi padre a un lado del camino. Moví la cabeza en dirección de las palabras y vi a mi padre que bajaba la vista mientras un numeroso grupo de hombres cubiertos de herrumbrosas armaduras se reía de mi tragedia. “Así que ése es el valiente que nos apellidaba de rateros y asesinos, ¿eh? Miradle la lengua, parece bandera en señal de derrota”. Haciendo un gran

esfuerzo cambié la cabeza hacia el otro lado de la mula y la despiadada visión que me ofrecían mi padre y su séquito heroico dejó paso a un recuestionamiento existencial motivado en las recientes lecturas sobre los conquistadores. Desde chico, ¿por llevarle la contraria a mi padre?, siempre estuve en contra de los sangrientos conquistadores que habían venido a exterminar y sojuzgar al pobre indio; la fiebre de oro y riquezas, la falta de nobleza, cultura y honor; el espíritu vengativo y traicionero que imperaba entre ellos... Todo esto me había convencido de que el conquistador español era el paradigma de lo bárbaro y lo deleznable. Ahora, derrotado sobre el lomo de la mula, bien comido, sin dudas ni fiebres, sin enemigos ocultos tras la maleza y con un trozo de plástico sobre la espalda, en lugar de una pesada y rígida armadura, se me hacía claro que era tiempo de superar el resentimiento histórico y hacer una revaloración, siquiera mínima, de aquellos hombres que habían desafiado a la Historia en busca de su destino.

Apenas tuve conciencia del momento en que llegamos, sin dejar de diluviar un solo instante, frente a una cabaña sólida, seca y caliente por efecto de una fogata que ardía en un extremo sobre un tapasco. Don Zenaido me ayudó a caminar hacia una hamaca y entre brumas y fantasmagóricos reflejos de las llamas creí distinguir la presencia de un hombre de dura expresión y fornido cuerpo, que acomodaba la mochila y la maleta en un lugar seco. Creo que le di la mano, pero ya no recuerdo nada más, salvo que me tendí en la hamaca y me quedé muerto para renacer feliz una eternidad más tarde en forma de imagen alada.

Un lejano murmullo, semejante a un canto ritual que se repite para sublimarse, me fue llevando a la convicción de que estaba en un pueblo indoasiático. Las voces, ya más distintas y matizadas, culebreaban en mis oídos produciéndome una extraña sensación de encantamiento. Al hacer un mínimo esfuerzo para emerger a la plena vigilia, tomé conciencia de mi cuerpo como una masa informe y adolorida que se negaba a someterse a volición alguna. Poco a poco se

fue clarificando el entorno y, a través de un haz de luz que se filtraba difuso por la puerta, pude distinguir la presencia de un señor mayor y del muchacho que nos había acompañado. Oí, ya presentaneizado, cómo el señor hablaba con el muchacho en chinanteco, y al notar que yo estaba despierto, el señor me habló en español:

—Buenas tardes, ¿no quiere comer algo?

—Le agradecería en el alma un cafecito, si es que hay.

—Ahorita se lo calentamos —dijo el hombre al tiempo que manipulaba en el fogón quitando una cacerola y poniendo otra—. ¿Y cómo se siente?

Traté de incorporarme de la hamaca y sentí que un disparo de mil alfilerazos se me clavaba en todas las coyunturas y articulaciones.

—Estoy hecho una verdadera calamidad —dije arrastrando una humanidad de casi ochenta años.

—En un par de días se le quita —expresó el hombre sonriendo.

Me levanté tambaleante de la hamaca y le pregunté al señor —Bernardino, me dijo que se llamaba— dónde podía darme un baño. Don Bernardino le dio al muchacho una jícara y un jabón y le dijo que me acompañara.

Salimos al exterior y el paisaje que vi me reenergizó al momento.

—¡Qué maravilla! —exclamé a la vista de las montañas que cercaban el neblinoso valle.

El muchacho se limitó a reír como diciendo ¡gestos chilangos! y se encaminó por una estrecha veredita.

—¿Y esa casa? —pregunté al muchacho al acercarnos a una curiosa construcción en forma de hongo.

—Es la de don Ramón —respondió el muchacho—. Y ahí en la de atrás está él.

—¿Cómo dices?

—Que don Ramón está en la casita de atrás —repitió señalándome otra construcción más pequeña y de extraña forma cúbica.

Seguí caminando tras el muchacho con la cabeza hormigueante de especulaciones: ¿por qué carajo no había venido a recibirme el

viejo celta?, ¿le molestaría mi inesperada presencia?, ¿qué demonios hará allá adentro?, ¿estará con una mujer y le dará vergüenza que yo me entere?

Llegamos a un arroyo bastante caudaloso y para mi sorpresa estaba lleno de truchas, camarones y enormes langostinos de río.

—¡Putra madre, esto es increíble! —exclamé para regocijo del muchacho.

Me metí en las frías aguas del riachuelo, que nacía unos cien metros más arriba, y mientras me bañaba y sentía cómo mi cuerpo recobraba su acostumbrado brío, le pregunté al muchacho, que no dejaba de verme, qué hacía don Ramón metido en aquella casa tan rara.

—Está en un retiro —respondió al tiempo que arrojaba piedritas al agua.

—¿Un retiro?

—Pregúntele a mi papá, él sabe.

—¿Don Bernardino es tu padre?

—Sí, señor.

—¿Y cómo te llamas tú?

—Me dicen Chedino.

—Ah, ya recuerdo.

Regresamos a la cabaña y, luego de ponerme una ropa seca y limpia, me senté a comer un exquisito caldo de unos langostinos que don Bernardino había capturado en la mañana.

—¿Y don Zenaido? —pregunté para romper el incómodo silencio.

—Se regresó temprano —respondió don Bernardino—. Le urgía estar hoy en el valle.

—Hombre, ni oportunidad tuve de darle las gracias por haberme acompañado.

—No se preocupe.

Miré de soslayo a don Bernardino y por más que me esforcé no pude llegar a atraparlo. Era uno de esos indígenas recios y bien conformados sobre los que parece resbalar el tiempo. Por lo menos tuve la seguridad de que ese hombre había rebasado ya el medio siglo de

vida. Su cara, en la que sobresalía la viveza de sus ojos achinados y la extraña rectilineidad de su nariz, no se parecía en nada a los rasgos indígenas a que estaba acostumbrado. Como si estuviera sintiendo la incisividad de mi análisis, don Bernardino se encaminó hacia la puerta y entonces pude distinguir claramente la tersura aceitunada de su piel (que después sabría propia de la más pura estirpe chinan-teca).

—¿Le sirvo otro poco?

—Uy, de mil amores. Este caldito me está cayendo de perlas.

Recorrí el interior de la cabaña con la mirada y vi que todo estaba ordenado y limpio. Al fondo, sobre un estante con varias veladoras prendidas, acerté a distinguir frascos de vidrio llenos de hierbas y entre las veladoras una curiosa figurita de piedra verde. Don Bernardino, al notar la intromisión de mi mirada, me dijo sin darle mayor importancia:

—Tengo un recado de don Ramón para usted.

—¿Y qué es?

—Tome —dijo después de extraer de un morralito un sobre cerrado.

—¿Está enfermo don Ramón? —pregunté medio molesto por tanto misterio.

—No, está en retiro —dijo don Bernardino disponiéndose a salir—. Ahora me va a disculpar, pero tengo que ir a arreglar un pendiente; queda usted en su casa.

—Gracias —dije como un autómeta.

Al quedarme solo en la cabaña me entregué por completo a la fluencia especulativa y, con una creciente sensación agónica, terminé reviviendo la negatividad de mis últimos días en la infernal urbe híbrida. Quise salir a dar un paseo, pero ya la euforia del baño había dejado paso a un cansancio doblegante. Me mecí en la hamaca tratando de suspender la absurda dinámica cuestionadora, pero no podía poner mi mente en blanco. Por último, tomé el sobre que me había entregado don Bernardino, lo abrí y empecé a leer:

Querido Eugenio:

En verdad nunca pensé que esto fuera a suceder tan pronto, pero hemos aquí obligados a enfrentar otra vez nuestro destino, como diría Gasset.

Sé que no traes buenas noticias; lo he sentido umbilicalmente, como dice tu admirado Tibón, y desde el espaciotiempo que ocupo yo ahora esta sensación-sentimiento es más decisiva que cualquier forma de racionalidad, ¿me entiendes? Así, pues, además de darte la bienvenida te informo, al mismo tiempo, de mi situación, para que nuestra relación sea como siempre fue entre nosotros: clara y sincera.

Empecemos por hacer un rápido recuento de tus últimas andanzas y de las mías, para evitar infundadas suposiciones.

Tú vienes huyendo de un holocausto (¿te parece fuerte el término?), harto del absurdo mundo tecnourbano, hipertrofiado de conflictos políticos y económicos, desconfiante de la Historia (con mayúscula); en fin, sin creencia ni confianza en que la solución esté en un partido político o en un movimiento ideológico.

La pregunta que podría poner cierto amor a tanta desazón sería: ¿puede considerarse tu venida a Nanacatlán como una opción al cambio?

Yo, querido amigo, soy otro cantar. Vosotros os quejáis con razón, ¡pero demasiado! A los quince años tenéis el cuerpo y la inteligencia que tenía mi generación a los treinta, ¡pero no lo gozáis! Queréis todo a la mano y de una vez, sin hacer el menor caso de que todo llega a su tiempo, ¡pero con método!

Mi caso es justo lo contrario: peco de metafísico. Soy un amante incondicional de los grandes vuelos del intelecto que permiten descubrir nuevos horizontes existenciales y hacerlos habitables para siempre. Por eso así, de golpe, te digo que estoy pasando un período de tres meses recluido a voluntad (algo parecido a un emparedamiento lamaísta); limpiando mi vida y ejercitándome para esa soledad universalmente compartida que es la muerte.

Mi tiempo no es tan complicado como el tuyo (no hay consumo tecnologizado) y transcurre entre ejercicios físicos, ejercicios mentales (¿has leído alguna vez algo sobre los hesicastas?), leer y escribir. Y justo sobre leer y escribir es que quiero decirte algo muy preciso: pídele a Bernardino las llaves de mi cabaña y acomódate metodológicamente. Allí, en los estantes, encontrarás algunos libros que espero te interesen. Ahora estoy escribiendo unas notas sobre los conquistadores (¿trajiste por casualidad algún libro sobre este tema?) y tengo algunas dudas que quisiera discutir contigo. ¿No le vendría bien a las nuevas generaciones de hispanos, para salir de la negatividad y la desesperanza, un poco de la proverbial ambición de los conquistadores? ¿No se podría intentar hoy en día con el factor tiempo la aventura que aquellos hombres aguerridos emprendieron para dominar el factor espacio?

En fin, querido amigo, ya es hora de mirar hacia adelante de manera libre y frontal y no con la pasión hundida en el remoto pasado del resentimiento y la venganza. Entiéndeme bien: no pido el ensalzamiento de la virtud conquistadora, sino una valoración justa de los móviles que motivaron a aquellos hombres a emprender una de las aventuras más singulares y temerarias de todo el devenir histórico.

Lee con especial atención *El caballero de El Dorado*, de Germán Arciniegas. Me gustaría conocer tu opinión sobre la tesis de que el modelo del Quijote fue Jiménez de Quesada.

Todavía me falta un mes y medio para cumplir con mi retiro. Cualquier duda que tengas consúltamela por escrito (Bernardino me entregará las cartas). Lo mejor es que olvides todo lo que pasó en México; contra esas manifestaciones del destino nada se puede hacer. Zenaído me trajo un par de cartas y estoy informado de lo sucedido. Así que no te preocupes por la situación del departamento, ya le voy a enviar una carta a un amigo abogado que se encargará de todo. Ahora lo importante es que estás aquí, sin contaminación, ni corrupción, ni inflación, ni paranoia; en fin, estás en un espaciotiempo que no admite disfraces, ni desbordes de pasiones (característica de la vida

costeña), ni excesos incontrolables. Aquí lo cualitativo impera sobre lo cuantitativo, de manera que el ritmo y la medida de la relación sujeto-objeto no obedecen al dominio absurdo sobre la naturaleza, propio del protestantismo capitalista, sino a una dinámica ritual-metodológica que le permite al individuo reconocer en la naturaleza a la totalidad sublimadora de sus deficiencias, ¿me explico? Bien, te lo voy a resumir de otra manera: aquí no hay más ley, ni moral, ni religión, ni ciencia, ni arte que los que impone la naturaleza. Así, pues, ya puedes empezar ahora a tratar a la montaña con el respeto ritual que merece una divinidad, ¿o has olvidado ya la bofetada que te dio el mar?

Bernardino es un hombre muy especial, sabe más cosas de las que aparenta, y es un buen curandero (en todos los sentidos). No le gusta mucho hablar, pero si te ganas su confianza podrá enseñarte muchas claves.

Bueno, muchacho, recibe de todo corazón un fuerte abrazo y cuida mucho ese oído. Espero tu contestación.

Ramón



Ah, qué cabrón viejo, tan contradictorio y egoísta. Podría llevarse la chingada al mundo y él como si nada: frío, insensible, deshumanizado. Y ahora, para terminar de joderla, haciendo de abogado de los conquistadores. Guardé la pinche carta en el bolsillo y, ante el retorcimiento visceral que me había producido la lectura, opté por fondearme en la hamaca. Mientras me acomodaba, ¿placenterariamente?, agradecí la capacidad onirofílica de mi mente, que podía desconectarse de los problemas presentáneos (¡pinche don Ramón, ya me pegó su jerga!) durante horas para así gozar de ese mundo de congruentes incongruencias que tanto cautivó al patriarca Freud.

Se oyó un fuerte tronido percutir sobre la membranosa arborescencia de las montañas y mi mente se fue tras el eco tratando de huir del exceso de negatividad que me cercaba. Nadé a través de un túnel de negrura sin fin durante toda la noche. A cada rato tropezaba con cadáveres que flotaban en avanzado estado de descomposición. El olor de los cuerpos se atenuaba por momentos y toda la existencia se impregnaba de un insufrible olor a mierda. Desesperado, trataba de saber dónde demonios estaba, pero todo esfuerzo mental concluía inapelablemente en la monstruosa imagen de un inmenso aparato digestivo absorbiendo toda la mierda del mundo. Por fin, en un pequeño destello de lucidez, pude distinguir sobre una plancha circular las iniciales del Departamento del Distrito Federal. Empujé con fuerza sobre la plancha y al abrirse ésta, alguien arrojó sobre mí una sustancia anticongelante que me hizo regresar, pero ya sin frío, a la fétida corriente del drenaje profundo de la Ciudad de México.

Cuando desperté en este otro sueño que es la vida cotidiana, el recuerdo del descendimiento cloacal era tan vívido que aún podía distinguir en la cobija que me cubría, ¿y de dónde había salido?, la fetidez de los veinte millones de culos que expulsan su nocividad bajo, ¿o sobre?, la Ciudad de México. ¡Putra madre, vaya erupción escatológica! ¿Y si me pusiera en manos de uno de esos sicoanalistas pendejos que les curan la histeria y la paranoia a las mujeres de los burgueses cogiéndoselas, y todavía les cobran una fortuna a los maridos cornudos?

—Buenos días, ¿ya está mejor?

—Ah, buenos días, don Bernardino —dije concluyendo el aterrizaje—. Sí, parece que tanto dormir me hizo bien.

—Le eché una cobija en la noche porque se quejaba usted de frío.

—Se lo agradezco mucho —dije al tiempo que me levantaba de la hamaca.

—Anda, Chedino, llévale su desayuno a don Ramón —le dijo don Bernardino al muchacho que jugueteaba, sin dejar de mirarme, con un pequeño animalito, ¿un tejón?

Mordido por la curiosidad, y también por el hambre, me acerqué a la mesa para ver el desayuno del viejo celta. ¡Y vaya si se trataba bien el cabrón! Sobre una especie de bandeja de madera había una jarra de barro llena de ¿atole? y varios pequeños recipientes, también de barro, llenos de nueces, cacahuates, semillas de girasol, dátiles, pasas, y, por si esto no fuera suficiente, el muchacho exprimió toronjas y naranjas hasta completar otra jarrita de un litro.

—¿Y todo eso es el desayuno de don Ramón? —pregunté fingiendo una sorpresa excesiva.

—Es para todo el día —respondió con sequedad don Bernardino.

—Ah, vaya.

—Todos los días come lo mismo.

—¿No varía su dieta?

—Una o dos veces a la semana toma caldo de camarones o de trucha, o si hay cacería.

—¿Y qué cazan?

—Mazate, tepezcuintle, jabalí.

—¡Caray!

—Pa, le falta el sabor al atole —dijo el muchacho.

—Pues ponle.

—Pero de cuál.

—Ayer tomó de vainilla, hoy ponle de chocolate.

El muchacho bajó de un estante un recipiente de polvos sintéticos con sabor a chocolate, le echó dos cucharadas a la jarrita y se puso a darle vueltas.

—Ahí afuera hay una cubeta con agua, al lado está la jícara con el jabón por si quiere terminar de despertarse —dijo don Bernardino con cierto sarcasmo.

Salí a darme una manita de gato —el frío y la intensa nublazón no incitaban a otra cosa— y cuando ya estaba dispuesto a entrar de nuevo a la cabaña en busca de algo que amortiguara un poco el crujimiento tripal, que va saliendo el muchacho con su rebosante bandeja dejando en el aire el aromático humear del atolito.

—¿No quiere venir? —me insinuó el muchacho a media voz.

Y con la seguridad de que don Ramón no podría rechazarme una vez que me viera al abrir la puerta para recibir su agasajo, me fui tras el muchacho y el mariposeante aroma del atolito. Al aproximarnos a la casa-hongo me llamó la atención la brillantez amarfilada de la madera, de manera que me acerqué y vi que además de ser muy sólida (“puros tablones de cedro”, me dijo el muchacho) estaba cubierta de una gruesa capa de un material transparente, ¿resina, barniz?, que no se podía rayar con la uña. Le dimos la vuelta al hongo y llegamos a la otra construcción, que ahora ya pude identificar como una pirámide truncada, y que al parecer no tenía ninguna puerta ni ventana. El muchacho depositó la bandeja en el suelo y golpeó en la parte baja. Al rato se abrió una pequeña portezuela de no más de treinta centímetros cuadrados, y por ella el muchacho introdujo uno a uno todos los recipientes. Se cerró de nuevo la puertita y eso fue todo lo que pude ver del enigmático viejo.

—¿Es la primera vez que toma este retiro o ya lo ha hecho otras veces? —pregunté al muchacho cuando caminábamos de regreso.

—Lo hace todos los años.

—¿Y tú ya has entrado ahí?

—Sí.

—¿Y por dónde se entra?

El muchacho me llevó de regreso al lugar del retiro y primero me enseñó un canalito que salía de la casa y por el que corría una buena cantidad de agua cristalina. Después, haciendo un ademán para indicarme el máximo sigilo, se acercó a una de las sólidas paredes y me señaló unas rayitas apenas perceptibles y que contorneaban la dimensión normal de una puerta. Al centro de la misma se podía distinguir el dibujo de un pequeño círculo, y el muchacho, haciendo ademán de abrir y cerrar algo, me dijo en voz baja que la puerta se abría y se cerraba desde afuera.

—¿Y de dónde viene el agua de ese canalito? —le pregunté al muchacho cuando veníamos otra vez de regreso.

—De un ojo de agua que nace adentro. La otra casa tiene otro igual.

—¿Nace agua dentro de las casas?

—Sí, don Ramón escogió el lugar.

Mientras pensaba y repensaba la locura de este tránsfuga gallego, ¿y la fuerza de la morriña dónde carajos quedaba?, empecé a recrear mi vista en las montañas que aparecían imponentes tras el levantamiento del espeso cortinaje de la bruma; y poco a poco se fue haciendo en mi mente —singular fenómeno simpatético— una claridad iluminadora de los principios vitales que habían hecho que este hombre eligiera su refugio antiholocáustico en uno de los lugares más seguros del planeta.

Al regresar a la cabaña vi a don Bernardino trajinando en la lumbre y me fui derecho hacia él para pedirle una taza de café. Cuando ya estaba iniciando un diálogo cazador (con vistas a agenciarme un buen desayuno) oí que tras de mí alguien decía algo en chinanteco. Volteé y vi a Chedino parado en la puerta esbozando su sempiterna y jovial sonrisa. Regresé la vista hacia los frijoles que bullían incitantes en la cazuela sobre la lumbre, y don Bernardino me dijo mientras ponía un pequeño mantel sobre la mesa:

—Don Artemidoro es mi suegro.

—¿Qué? —pregunté fuera de onda.

—Que ese señor que está ahí sentado es el padre de mi mujer —volvió a decir ya con cierta causticidad don Bernardino.

Volteé y luego de varios repasos visuales a la pared contigua a la puerta pude distinguir, en la parte más penumbrosa de la estancia, la silueta de una persona. Me acerqué tendiendo mi mano con intención saludante.

—Disculpe usted, no lo había visto. Encantado de conocerlo.

La sombra, inmóvil y muda, me dejó con la mano en el aire. Miré entonces sorprendido a la cara de ese hombre que así de buenas a primeras me dejaba indefenso y ridiculizado, y lo que vi, la fracción infinitesimal de tiempo que pude aguantar la mirada, me sacó de quicio. En actitud estatuaria, el rostro de don Artemidoro era la viva

imagen de un busto de Séneca, que, de haberlo visto ya sobre el escritorio de mi padre, se me había grabado de manera indeleble en la memoria. Y como si el pelo blanco, que dejaba ver una frente trágica, la nariz rectilínea y el mentón un poco hendido en el centro, no fueran suficientes rasgos para establecer el parecido, al igual que la reproducción del busto fija en mi memoria, los ojos de don Artemidoro eran por completo blancos y emitían una sensación de traspasamiento que impedía mantenerle fija la mirada.

—Disculpe la pregunta, señor. ¿Es usted pariente de don Ramón? —preguntó de pronto la estatua suspendiendo la nadidad que me embargaba.

—No, no. Soy tan sólo un amigo —acerté a balbucir.

—Chedino —le dijo don Bernardino a su hijo que miraba embelesado el extraño diálogo—, anda, ve a buscar unas tortillas con doña Paula para que desayunen tu abuelo y don Eugenio.

—Sírvele primero su café al señor —susurró la sombra—. Se ve todo feo cuando a uno lo castiga el frío y el hambre, ¿no es cierto, señor?

—No hay tanta prisa, don Artemidoro. No se preocupe usted.

La sombra hizo un rápido movimiento y golpeó con su mano derecha una de las piernas. Sólo entonces reparé en la humanidad que estaba oculta tras la sombra: sentado y sosteniendo un curioso bastón con forma de serpiente estirada, don Artemidoro tenía arremangadas las partes de abajo del pantalón dejando al descubierto una zona erupcionada y en la que se podía distinguir la hinchazón sangrienta de varios zancudos.

—Estos también tienen hambre —dijo don Artemidoro golpeando sobre sus tobillos, ahora ya salpicados por pequeños puntitos de sangre.

—Todos tenemos derecho a la vida —me oí decir como un autómata.

—¿Usted cree en Dios? —preguntó el viejo llevándome otra vez al borde del abismo.

—Pues la verdad...

—No importa, señor, Bernardino tampoco cree. Pero el dios de los jejenes, de los zancudos y de los tábanos es el mismo que el Dios de los cristianos. Cada cosa tiene su dios, y así como unos animales viven de otros, así también pasa con los dioses. El Dios de los cristianos es como el jején, le gusta chupar la sangre a los otros dioses, ¿o no es cierto, señor?

—Es posible. Pero yo creo que eso nos pasa a todos, que por querer ser únicos combatimos a los demás.

—Pase usted a la mesita —me dijo don Bernardino al tiempo que depositaba una humeante taza de café al lado de dos platos (frijoles y huevos revueltos, confirmé con deleite).

Al tratar de acomodarme frente a la mesita experimenté una sensación de inseguridad que me retrotrajo a mis tiempos de secundaria, cuando una simple mirada de una muchacha bastaba para sumirme en el más ridículo sonrojamiento. Ahora, acosado por la mirada sin fondo de este hombre tan enigmático, golpeé con torpeza la mesita con mi pierna izquierda y el café se chorreó sobre el mantel. Se hizo un silencio incómodo que duró unos cuantos minutos. Por fortuna el regreso de Chedino con las tortillas me permitió un respiro que aproveché para distanciarme.

—Oiga, don Bernardino, le voy a pedir por favor que vaya usted anotando todo lo que consumo para que pueda ponerme a mano...

—No se preocupe usted —dijo don Bernardino mientras extraía unas hierbas de unos frascos—. Ya está todo arreglado.

—¿Usted no es gringo, verdad señor? —preguntó don Artemidoro haciendo que la cucharada de frijoles que llevaba a la boca se me volteara sobre el plato.

—No, soy mexicano.

—Ah, bueno —murmuró satisfecho el anciano.

—Es que por aquí nadie quiere a los gringos —intervino don Bernardino—. Nomás puros problemas nos traen. Ya tuvimos que correr a los del Instituto Lingüístico. Querían hacer una pista para

avionetas dizque para sacar el barbasco, pero lo que buscaban era cargar con todo lo de la gentilidad, como hicieron en Palantla.

—¿Se llevaron piezas arqueológicas?

—Se llevaron todo, el presente y el pasado; por eso don Artemidoro siente la desconfianza.

—Sabe usted, señor —terció don Artemidoro—, al indio hay dos cosas que no le gustan: que le cambien su vida dizque en su beneficio, y que le quiten la herencia de sus antepasados para enseñársela a quien no la sabe ver ni valorar.

—Pierda usted cuidado, don Artemidoro. Yo vengo aquí buscando templar mi vida y no a llevarme cosas que no son mías, ni profanar las que son de los demás.

—Pero su cabeza dice una cosa y su sangre dice otra.

—No le entiendo.

—Ya se aclimatará —dijo con presteza don Bernardino.

—¿Tú crees?

Terminando de desayunar, don Bernardino me llevó a la casa-hongo siguiendo las instrucciones de don Ramón. Ya más amistoso y confiado, el hombre me explicaba todas las dudas que surgían y que le iba consultando. Supe así que el viejo celta había escogido aquel lugar en previsión a una posible conflagración atómica. Tanto la casa-hongo como el retiro estaban contruidos sobre dos ojos de agua que jamás dejaban de manar, y como quiera que en la temporada fuerte de lluvias el caudal crecía, en derredor de los agujeros por donde brotaba el agua había mandado hacer unos pequeños estanques que le servían a su vez para darse un baño cabal. Al entrar en la casa-hongo lo primero que llamó mi atención fueron las dos grandes vigas que sostenían el piso superior, así como los impecables acabados de la madera (el ensamblaje entre tablón y tablón era tan perfecto que no se filtraba el menor haz de luz). Don Bernardino me dijo que en Nanacatlán había un muchacho llamado Sabino, que nació con el don de conocer todo sobre las maderas; a él se debía en gran parte la realización impecable del diseño de don Ramón. La parte de abajo de

la cabaña (lo que sería el tallo del hongo), además del estanque del ojo de agua que ocupaba un extremo y de la espiral escalonada ubicada en el extremo opuesto, estaba casi totalmente ocupada por unos grandes cajones de fibra de vidrio (luego don Bernardino me explicaría que eran, al igual que toda la casa, de madera de cedro recubierta de un material sintético y en su interior había comida calculada para más de dos años: granos, latas, medicinas, etc.). Prendido por la locura del viejo celta, seguí preguntando y preguntando y lo que en principio parecía una jalada de un loco gringo, se me fue descubriendo como una previsión metodológica típica de la mentalidad donramoniana (don Bernardino me dijo que la comida almacenada pertenecía a toda la comunidad y que sólo se podría usar en caso de hambruna o desastre). La parte de arriba de la casa estaba ocupada por una cama, un amplio espacio ejercitante (el equivalente a un petate grande que estaba en el piso y sobre el que colgaba un costal de golpeo pequeño) y una mesa colocada entre dos libreros repletos de libros. En la parte central del techo una espaciosa claraboya dejaba pasar una buena cantidad de luz. Frente a la mesa, justo en medio de los libreros, había una pequeña ventana a través de la cual se veía un cuadro ambiental de fantástico verdor. Por último, don Bernardino me explicó que don Ramón había cubierto el exterior de las dos casas con una mezcla especial de resinas con polvo de plomo, que le había recomendado un amigo suyo del Instituto de Energía Nuclear.

Después de regresar con la mochila, la maleta y acomodarme, noté que faltaba algo importantísimo. Mierda, ya sabía que no todo podía ser tan perfecto, dije al constatar la falta de argollas para tender una hamaca. Extraje los libros de la maleta y mis pertenencias de la mochila. Luego me senté frente a la mesa de trabajo y concluí que en ese lugar sólo se podían hacer tres cosas: descansar en la cama, hacer ejercicio, o trabajar en la mesa de estudio. No podría precisar qué fue lo que me llamó hacia el espacio ejercitante. Me coloqué frente al costal de golpeo y empecé a tirar golpes a lo pendejo. Primero fue la mano izquierda cuya muñeca, al dar un mal golpe,

despidió un seco crujido y se me quedó como acalambrada. Probé entonces con los pies y creo que fue el hecho de llevar botas lo que me salvó de un descalabro mayor. De todos modos salí con un tirón muscular que apenas me permitía mover la pierna derecha. ¡Joder, vaya condición!

Así es que me fui a la mesa y, después de dejarme caer derrotado, levanté la vista hacia el librero de la izquierda para ver qué carajo había, y empecé a leer los lomos:

Jacques Lafaye, *Quetzalcóatl y Guadalupe*.

José Ignacio Rubio Mañé, *El Virreinato*, cuatro volúmenes.

Peggy K. Liss, *Orígenes de la nacionalidad mexicana*.

Claudio Sánchez-Albornoz, *Orígenes de la nación española*.

J. Vicens Vives, *Historia social y económica de España y América*, cinco tomos.

Marcel Bataillon, *Erasmus y España*, dos tomos.

Benedetto Croce, *España en la vida italiana del Renacimiento*.

Irving A. Leonard, *Los libros del conquistador*.

F. Braudel. *Civilización material, economía y capitalismo. Siglos XV-XVIII*, tres tomos.

Germán Arciniegas, *El caballero de El Dorado*.

Como movido por un resorte, me levanté de la silla y tomé el libro de Arciniegas, que tanto me había recomendado don Ramón. Me fui a la mochila y abrí el cartón de Delicados sin filtro; prendí con fruición un cigarrillo y me clavé literalmente en la obra del insigne colombiano que, en su *Historia personal del "boom"*, Donoso había catalogado como costumbrismo subdesarrollado. Leí toda la mañana de corrido hasta que fui a abrir la puerta para ver quién llamaba con tanta insistencia, y encontré a Chedino que me venía a buscar para ir a comer. Le pregunté si sabía qué hora era y me respondió que hacía ya bastante que el sol había marcado el mediodía. Picado por la parte donde se postula la identificación Jiménez de Quesada-Quijote, le dije a Chedino que en diez minutos iba, y me dispuse a concluir esta obra que si bien dejaba escapar un tufillo a eso que, dándole cierta

razón a Donoso, podía llamarse pintoresquismo tercermundista, no era menos cierto que ponía de manifiesto un dominio narrativo magistral.

Concluí la lectura y me fui a almorzar con la cabeza llena de dudas, hipótesis y refutaciones que giraban torbellínicamente arrancando mi conciencia del presente. Por suerte no estaba don Artemidoro y, luego del saludo cordial con que me recibió don Bernardino, se abrió un paréntesis silencioso que me permitió dar rienda suelta a la dinámica elucubrante mientras la parte sensciente de mi ser se satisfacía con un rico caldo de gallina. Al ver cómo dividía mi ser entre la degustación del delicioso caldo y las notas que tomaba entre bocado y bocado, don Bernardino masculló desde su asiento:

—El mismito modo de don Ramón.

—No es un modo, es un vicio —dijo poseído por la marea especulante.

—¡Chintete! Que todos los mexicanos fuéramos dedicando una hora al día a ese vicio.

—Sería una epidemia de sabios ensoberbecidos.

—No, lo que yo paso a creer es que se acabarían de una vez la ignorancia y la miseria, que es lo que ata al indio.

—Entonces los atarían a las ideologías y al desarrollismo.

—No hay nada peor que la miseria y la ignorancia. Porque la mera verdad es que la miseria es más canija que la pobreza.

—Pa, aquí lo buscan —dijo Chedino precediendo a una mujer de mediana edad que venía ayudando a una anciana vestida con un huipil preciosísimo.

Don Bernardino se levantó y fue al encuentro de las mujeres, la mayor se veía con muy mala cara. Don Bernardino la tomó por el tallo y la acomodó en su camastro. Viendo el carácter íntimo-ritual que estaba adquiriendo la situación, me levanté y de manera educada me despedí alegando que tenía que responderle a don Ramón.

—No se preocupe usted —dijo don Bernardino—. Puede seguir escribiendo mientras atiende a la mujer.

Opté, sin embargo, por continuar mi ida hacia el hongo, lugar con el que ya me estaba encariñando. Le di las gracias por la comida y salí cuando empezaba el tronido anunciador de la inminente lluvia. Llegué al hongo y no bien me hube instalado en la mesita de trabajo, con la ventana abierta a la negrura tormentosa de la tarde y con un montón de cuartillas a la mano, cuando cayeron los primeros goterones. Prendí el más succulento cigarrillo del día (el que se fuma después de comer) y se dejó venir el aguacero. A través del vidrio sólo se veía ahora una espesa cortina de agua, que acentuaba hasta un punto de arrobamiento la sensación de bienestar que infundía la casita. Observé en todas direcciones y comprobé con cierta admiración la impecabilidad del trabajo que había hecho el tal Sabino. Así, pensando que si aquello no era la felicidad ¡cómo se le parecía!, abrí de nuevo la carta de don Ramón y, luego de echarle un vistazo bastante más indulgente que el de la primera lectura, me lancé al ataque:

Querido maestro (le guste o no):

Sí, sin duda es correcta su apreciación: la caída del Quinto sol me dejó por completo desenergizado. La forma infinitiva “huir” no me parece apropiada para definir mi situación. Más bien busco una forma de vida que trascienda el mero nivel de sobrevivencia a que me condenaba la mictlantecútllica Ciudad de México. Por otra parte, ¿quién, que todavía se autovalore, no huye ante la inminencia del holocausto?

Sobre la negatividad de mi generación nada más quisiera aclarar un punto: mi generación no ha hecho más que negar la herencia suicida que las anteriores generaciones nos impusieron en aras de un hipostático proceso de civilización y bienestar sin fin. Ahora esta quimera ha llegado a su fin y nos ha agarrado a todos cagando (ya sé que a usted no le gusta este tipo de lenguaje, pero es el más apropiado). ¿A quién echarle la culpa? ¿A los que pretenden embalsamar los detritos del absolutismo hegeliano? ¿A los que quieren hacernos creer que el mundo está hecho a imagen y semejanza de un marxis-

mo antigozoso y cavernario? ¿A los que nos venden la seudolibertad enlatada al vacío y con conservantes cancerígenos?

Usted se ha referido varias veces a mi supuesta filiación con la dialéctica negativa de Adorno. Ciertamente, no puedo ocultar que en un tiempo sentí fascinación por Adorno. Como también la sentí por Cioran, por Nietzsche y por su contradictorio maestro, ¡el más contradictorio de los contradictorios!, Schopenhauer. ¿Y por qué me fascinaban? Justamente por ser contradictorios, porque estaba asqueado de positivismo y uniformidades. Pero hoy los tiempos han cambiado ¡y yo también! La negatividad está ahora en el poder, y no es la mera negación de esta negatividad la que va a afirmar lo poco que nos queda de vida. Hablar de negación creadora (cuidémonos de seguir considerando una novedad el hecho de importar al ejido modelos trasnochados de Occidente) es caer en el sentimiento de impotencia (según su terminología: derrocar sin aportar) que embarga a los desesperados de poder. Lo que nosotros tenemos que hacer es aprender a afirmarnos fuera del poder, y no hacerle el juego sometiéndonos a él para negarlo. Freud dijo que en el inconsciente no hay negación alguna; puesta así la cosa el problema de mi generación sería entonces un exceso de conciencia. ¿Cómo la ve desde este ángulo?

Usted habla de método y gozación: ahí está el reto, en demostrar a los dialécticos que la negatividad del sufrimiento (dialéctica del sacrificio) debe ser superada por la positividad de la gozación. Por lo demás, ¿qué carajo me preocupa a mí lo que hagan o piensen en Hamburgo, París, Milán o Barcelona, si apenas estoy aprendiendo a reconocerme en la fugacidad de mis actos?

Usted un día me habló de un ensayo que alguna vez escribió sobre las diferentes formas de disidencia. Yo le preguntaría: ¿cuál es la disidencia total?

En principio me sacó de onda (¿o debería decir: quicio o contexto?) todo el tinglado que usted tiene montado aquí arriba. Ahora, ya adentrado en el método (je, je) empiezo a ver que las relaciones de las partes prometen un todo sobremanera interesante. ¿Y qué demonios

es eso de los hesicastas? Pero pasemos al tema central de su misiva. Dice usted que tal vez a los hispanos les vendría bien un poco de la ambición sin límite de los conquistadores. ¿A cuáles hispanos? ¿Se refiere usted a los andaluces, vascos, gallegos, catalanes, chicanos o a quién? Por otra parte, ¿qué quiere decir con mudar la aventura espacial por la aventura temporal? ¿Sustituir el avorazamiento del espacio por el avorazamiento del tiempo? ¿Y no es este avorazamiento temporal —la locura del vértigo— lo que nos tiene al borde del suicidio colectivo?

Por fortuna fui previsor y traje conmigo las notas y algunos de los libros más importantes sobre el tema que quiere usted discutir. Para empezar debo decirle que, sin resentimiento ni afán de venganza, yo veo en el legado de los conquistadores una determinación negativa abrumadora. Y como sé que el tema es para usted muy sensible, paso a referirle algunas de las pautas caracterológicas que el mexicano actual debe a la nefasta influencia de los conquistadores.

El afán de oro y de riqueza sin límite. Ya en las diez primeras páginas del diario de Colón encontramos, en un avorazamiento literario lleno de exclamaciones, la palabra oro. Las Casas nos dice que la Conquista sólo fue avaricia, explotación y ferocidad. Y Motolinía estaba convencido de que las minas de oro fueron una de las causas principales de la muerte de los indios, culpando de todo ello a la codicia brutal de los conquistadores. Bernal Díaz decía: “Venimos para servir a Dios y hacernos ricos”. Usted me dirá que la honra y el espíritu religioso eran igual de importantes que la avaricia por el oro. Mentira. Sí, es cierto que los conquistadores eran supersticiosos y milagreros, y que buscaban la honra para blanquear un pasado oscurecido. Pero por encima de todo, como origen-fin de toda acción, estaba siempre la pasión por el oro. Los conquistadores vinieron a América no por católicos e hidalgos, sino por pícaros y ambiciosos. ¿No eran acaso los propios españoles peninsulares los que rechazaban a los conquistadores tildándolos de indianos y peruleros? Ni el pueblo, ni la nobleza, ni el rey tenían el menor aprecio por los con-

quistadores. Y si Felipe el Horroroso, más que los Reyes Católicos y Carlos I, consintió en darle cierta honra a los indianos y peruleros fue por temor y no por amor.

¿Y de dónde le viene al mexicano esa pasión por el juego que le hace perder la solidez del presente a cambio de un falso futuro de esplendor? No había conquistador que no estuviera dispuesto a arriesgar su vida por conseguir una onza de oro, para enseguida jugarla a las cartas, a los dados, a los caballos o a los gallos.

¿Y qué me dice del despadramiento que tanto daño ha hecho y que sigue haciendo a la esencia de la sociedad mexicana? Se ha insistido hasta el hartazgo sobre la violación colectiva que cometieron los conquistadores con las mujeres indígenas (de ahí la inseguridad en el padre). Pero oigamos un momento lo que nos dice Arciniegas en *El caballero de El Dorado*, sobre el despadramiento de los propios conquistadores antes de despadrar a los mexicanos: "Oviedo, el gran historiador, no es Oviedo sino Hernández; Gomara es López; Ocariz es Florez; Piedrahita es Fernández. Andrés López, fundador de Ibagué, es designado en la historia como Andrés Galarza. Y Pedroso, el tremendo conquistador que dobla la cordillera central del Nuevo Reino luchando contra los Ponches, se llama Francisco Núñez. Lo que ocurre es que en España, por exceso de precaución, a las gentes no se les da el nombre del padre sino el de la madre, o el de un clan o una ciudad".

¿Y de dónde nos vienen esos términos como madrugete, vena-dear, etc., que tanto uso tienen en nuestro corrupto medio político?

Veamos: Gaspar Quesada, tío de Jiménez de Quesada, se subleva y le da seis puñaladas al contraamaestre Juan de Eloriaga; Magallanes, que es el almirante, embauca al escudero de Quesada para que de un solo tajo le vuele la cabeza a su amo. Cortés traiciona a Diego Velázquez, gobernador de Cuba. Francisco Pizarro urde con Pedradas la decapitación de Núñez de Balboa y más tarde, en Perú, asesina a su compañero Diego de Almagro. El hijo de Diego asesina a Francisco Pizarro. Vaca de Castro degüella a este segundo Almagro. El

virrey Núñez de Vela mete en la cárcel a Vaca de Castro. Gonzalo Pizarro mata al virrey Núñez de Vela. El licenciado La Gasca degüella a Gonzalo Pizarro. ¿Y qué decir de la esperpéntica aventura de Lope de Aguirre (¡el héroe de los etarras vascos!) que llevó al extremo grotesco la crueldad y la locura propias del conquistador?

Ahora, en cuanto a la tesis de Arciniegas, que sostiene que Jiménez de Quesada fue el modelo de *El Quijote*, puede ser, siempre y cuando se particularice a Jiménez de Quesada y no se tome como representación generalizada de los conquistadores. Además, ¿qué adelantamos con sostener que *El Quijote* no satiriza al caballero medieval sino al conquistador? ¿Acaso no estaba la mentalidad de los conquistadores imbuida del espíritu caballeresco medieval (honra y gloria), así como del proverbialismo redentorista de los cruzados, incentivados ahora por la reciente Contrarreforma?

Como ve, este primer *round* se quedó sobre las cuerdas a punto de ser noqueado. El error capital de toda esta problemática reside en perder de vista que los conquistadores trataron a los conquistados como objetos y no como sujetos. De ahí la rebeldía de los latinoamericanos que por fin quieren ser sujetos —y no meros objetos— de su historia.

Bueno, maestro, reciba un fuerte abrazo y hágame saber su opinión sobre lo que le expreso en esta misiva. No creo que valga la pena continuar con el tema, ¿o me tiene alguna sorpresa?

Eugenio

Pdt. Si necesita algún libro de los que traje, hágamelo saber.



A la mañana siguiente yo mismo acompañé a Chedino para hacerle llegar a don Ramón, junto con la comida, mi respuesta. Chedino me dijo que tenía que ir a buscar tepejilotes al cerro (después sabría que eran algo muy delicioso, parecidos a los palmitos) y que si quería po-

día ir con él. Dudé un instante, pero en seguida opté por regresar al hongo para entrarle duro a las lecturas, en previsión de alguna movida maestra por parte de don Ramón. De manera que, exceptuando las idas al mediodía a los remansos del río a ver cómo el aguzado muchacho agarraba langostinos, camarones y truchas (no las arcoiris, sino una variedad muy rara pero igual de sabrosa), y varios paseos que di para reconocer la comunidad (como diez o doce cabañas), la mayor parte del tiempo la empleé metido en el hongo hurgando en los libros que más atraían mi atención del nutrido conjunto que llenaba dos libreros. Don Ramón me había mandado una notita pidiéndome *El Mediterráneo...* de Braudel y tres o cuatro libros más junto con su cuaderno de notas. Yo mismo fui a dejárselos en la puertita y vi cómo su mano blanca y peluda retiraba ávidamente el montón. Una mañana, después de haber ido con Chedino a ordeñar las vacas y las borregas que tenían en el potrero comunal y zamparme casi un litro de atole de chocolate, don Bernardino me dijo, mientras alisaba su rifle calibre 22 (un viejo modelo de pasador, pero muy bien conservado), que iba a ir al cerro y me invitaba a dar un paseo. Me preparé bien y salimos hacia donde estaban las casitas. Al acercarnos vimos a un hombre como de unos treinta años amontonando unas mesas y sillas contra la pared de su cabaña. Don Bernardino, luego de tener con él una breve plática en chinanteco, me lo presentó como Sabino. Le di la mano correspondiendo a su saludo y le dije que el trabajo que había hecho en las cabañas de don Ramón era impecable. Sonrió y dijo que apenas estaba aprendiendo. Don Bernardino, palmeando supervisadamente las mesas y las sillas, le preguntó si ya estaban para mandarlas al valle. Sabino le contestó que sí.

—¿Qué le parecen? —me interrogó don Bernardino.

Miré, toqué, olí.

—¿Son de cedro? —pregunté.

—Eso —dijo Sabino.

—Huelen muy sabroso —comenté, por decir algo.

—Sí, ¿verdad? —añadió Sabino.

—No son muy bonitas, pero son al gusto de por acá: prácticas y fuertes —dijo don Bernardino a manera de aprobación—. ¿Estás listo? —preguntó a Sabino.

—Ya.

—¿Y los perros?

Sabino chifló varias veces y dos perros flacos y corrientones llegaron corriendo hasta nosotros. Comenzaron a jugar en torno a don Bernardino, y al acercarse a mí y olerme lanzaron unos gruñidos que me gustaron menos que sus caras, cruzadas de negras cicatrices por efecto de tantas mordidas.

—¿Y esas mordidas? —pregunté al tiempo que Sabino regañaba a los perros por gruñirme.

—Los tejones solitarios y los jabalíes se las hicieron —respondió don Bernardino.

—¿Le entran a los jabalíes?

—A eso mero vamos —dijo don Bernardino—. ¿Y no estaría bien ir por los perros de Juvencio? —le preguntó a Sabino.

—Sí, ¿verdad?

Se alejó Sabino con sus dos perros, y al quedar solos don Bernardino volvió sobre el tema de las mesas y las sillas. Me explicó que su mujer las vendía en una tiendita que tenía en el valle. Me dijo también que cada producto que salía de la comunidad pagaba una especie de impuesto, y con ese dinerito hacían las mejoras que la comunidad requería. Le pregunté que cómo le hacían para tener tan buen orden comunitario y me respondió que cada año nombraban un consejo de tres regentes, que presidía el más anciano de todos. Este consejo miraba por todo lo que necesitaba la comunidad, de manera que no había motivos para envidias o pleitos. Sintiendo muy a gusto con el tema, don Bernardino rompió su acostumbrada laconicidad y me contó todo lo concerniente a la dinámica económico-política de la comunidad. Supe, así, que los ingresos fundamentales de la comunidad provenían de la venta del café, del barbasco y de la cría y engorda de puercos. Un pariente de la mujer de don Bernardino

desempeñaba la función de maestro bilingüe (español-chinanteco) en una linda cabaña que tenían en el centro del poblado, y allí mismo se reunían por las tardes los adultos para platicar. Las mujeres tenían otra cabaña donde disponían de los implementos necesarios para hacer huipiles y ropa de algodón (para mi sorpresa supe que ya casi en ninguna comunidad chinanteca cosechaban su propio algodón, sino que compraban el hilo industrializado). Cuando don Bernardino me dijo con inocultable satisfacción que estaba prohibido a los menores de cincuenta años ingerir bebidas alcohólicas, vi tras todo esto la mano previsora del viejo celta.

—¿Y qué tanto les ha ayudado don Ramón? —pregunté cuando ya vimos venir a Sabino de regreso con la jauría.

—Pues todo —respondió convencido don Bernardino—. Desde que llegó, allá por el cincuenta, con don Lorenzo del Peón, don Ramón fue como un padrino para la comunidad. Ahora quiere que hagamos un pequeño museo con las cosas que dejaron los gentiles.

—¿Tienen piezas arqueológicas?

Al ver el interés manifiesto en mi pregunta, don Bernardino me miró medio desconfiado y volvió a la defensiva a que me tenía acostumbrado.

—En el retiro de don Ramón tenemos algunas —fue todo su comentario.

Al llegar Sabino nos pusimos en marcha. Regresamos por la parte de atrás del retiro de don Ramón y me paré un momento al oír unos ruidos extraños. Viendo que me quedaba rezagado, don Bernardino me esperó y al alcanzarlo me dijo que esos ruidos eran de don Ramón al hacer sus ejercicios.

Los primeros quince minutos fueron de plena gozación, pero en cuanto dejamos la parte baja y empezamos a ascender las enfangadas veredas del cerro, empezó para mí un auténtico calvario. ¡Qué diferencia con el mundo costeño! Aquí la selva era impenetrable; y, para terminar de joderla, el efecto de las recias lluvias que habían caído la noche anterior hacía que la empinada vereda pareciera ram-

pa de esquíar. Caí innumerables veces, y mis ropas, impregnadas de agua y lodo, aumentaron a tal grado de peso que sólo por vergüenza continué arrastrando mi puteadísima humanidad. Sabino arrancó adelante con los perros, mientras que don Bernardino, esperándome para que no perdiera su referencia, sonreía al verme resoplar como cachalote. Después de caminar poco más de una hora, oí que los perros ladraban bastante lejos; miré hacia arriba y vi a don Bernardino sentado ante una extraña formación de piedras.

—¿Qué es eso? —pregunté al llegar jalando aire con desesperación.

—Una tumba de los gentiles. Mire —dijo indicándome varias formaciones similares.

—¡Está lleno de tumbas!

—Mire allá abajo, al lado del poblado, ¿no ve una mancha blanca?

—Aja, sí ya la veo, parece una roca.

—Es la marca sagrada del pueblo. Ahí está grabado el sello de Nanacatlán. Don Ramón nos trajo un libro donde se dice que Nanacatlán tributaba a los aztecas.

—¿Y qué es lo que está grabado en esa roca?

—Una familia de nanacates.

—¿Hongos?

—De ahí viene el nombre náhuatl del pueblo.

Mientras aprovechaba el descanso para fumar un cigarrito, don Bernardino volvió a recuperar su confianza en mí y me dijo que Nanacatlán ocupaba el centro ritual de la Chinantla; que desde allí se hacía el mismo tiempo a San Pedro Tlatepuzco, a Usila y a Palantla, que habían sido los centros políticos chinantecos antes de que los españoles llegaran y bautizaran al último señor de los chinantecos con el nombre de Mendoza (¿por el virrey?), en Santa Fe. También me dijo que antiguamente Nanacatlán estaba comunicado con Oaxaca, Tehuantepec, Puebla y Veracruz, y que en el área que ocupaba la sierra que bordeaba Nanacatlán confluían las culturas mixteca, zapoteca, mazateca, y otras de menor importancia, como la popoluca y la mixe.

—¿Y a qué venían aquí, don Bernardino?

—Como preparación para la otra vida.

—No entiendo muy bien.

—Venían a hablar con sus dioses por boca de los hongos divinos.

—¿Hongos alucinantes?

De pronto se oyeron con reciedad los ladridos de los perros y don Bernardino, como impulsado por una fuerza interior, salió disparado vereda arriba.

—¡Córrale, ya agarraron presa!

¿Correr? Mierda, ya me dejaron en la chingada, me dije al no ver a don Bernardino y oír cada vez más lejos los perros. Me lancé como loco y me desbarranqué hasta quedar atrapado en un lodazal del demonio. Para colmo, y sin saber ni cómo ni porqué, se me desató el miedo a las serpientes y estaba seguro de que si daba un paso más entre la tupida selva terminaría por ser mordido por una sorda (así le decían aquí a la terrible nauyaca). Me arrastré como pude por la cañada en que había caído, hasta que vi unos escaloncitos de piedra que subían por un lado. Subí por ellos y llegué a una fantástica terraza de piedra, ubicada con tal conocimiento geográfico que desde ella se podían divisar todas las entradas al poblado. Oí con mayor intensidad los ladridos de los perros y al rato se oyó el agudo estallido del rifle. Ya le dieron en toda la madre al animal, pensé mientras sentía un bienestar creciente extendiéndose por todo mi cuerpo. Inesperadamente perdí el equilibrio y me caí hacia un lado de la terraza, y al poner la mano en el suelo para evitar el costalazo, sentí algo boludo oculto bajo las mojadas hojas. Escarbé un poco y que voy descubriendo una figurita de piedra verde con indiscutible forma de hongo. Vaya, me dije alborozado, no hay mal que por bien no venga. Ple-tórico y feliz por el hallazgo, salí otra vez a la vereda y me encaminé de regreso, tomando todavía más precauciones que a la subida para evitar desbarrancarme.

Al llegar al arroyo me quité las botas y estuve un rato refrescándome y viendo cómo la figurita de piedra adquiriría una tonalidad

aturquesada al limpiarla con el agua. Enseguida llegaron jadeantes los perros y tras ellos vi a Sabino y a don Bernardino cargando, amarrado de un palo, un enorme jabalí.

—Aquí Sabino ya lo daba por desbarrancado —dijo don Bernardino de muy buen talante.

—¡Putá madre, qué colmillotes! —exclamé a la vista de las ensangrentadas mandíbulas del animal.

—Sí —comentó don Bernardino—, esas cuchillas le rajan la panza a un perro de una sola pasada. Bueno, ahí nos vemos en la casa.

Estuve un rato embelesándome con la figurita, pensando mil cosas sin jamás concluir en algo. Caminé gozoso de regreso echando a cada rato la mano al bolsillo del pantalón para sentir, como niño premiado, la magicizante existencia de mi regalo.

Cuando llegué a la cabaña ya Sabino estaba terminando de quitarle la piel al animal y don Berna preparaba una mesa para poner allí los trozos de carne. Mientras continuaba con la preparación, don Berna me contó los pormenores de la cacería, de cómo Sabino con los perros había acorralado al jabalí en una cueva hasta que él llegó y le dio un balazo en la cabeza. Luego don Berna dijo que iba por las pencas, y durante el tiempo que empleó en ir a buscarlas estuve haciéndole preguntas a Sabino. Me enteré, así, que Sabino había vivido en Tuxtepec durante cinco años, trabajando como aprendiz de carpintero. Viendo la impecabilidad con que este hombre destazaba el jabalí, se me hizo de pronto muy clara la idea de que entre el hacer y el ser había una identificación esencial. ¿Dónde carajos quedaba entonces la típica imagen del sabio torpe de movimientos y malhechón? Lo cierto es que esta peculiar forma de ser de Sabino me infundió una nueva esperanza en la capacidad estética del indígena mexicano. Lo único que me sacaba de contexto era la incapacidad ¿natural? de Sabino para profundizar diálogo alguno, limitándose a decir casi siempre: “Ah, bueno”. “Sí, ¿verdad?”. “Eso”.

Cuando regresó don Bernardino supe que las pencas a que se había referido eran nada menos que de una variedad de agave mezcale-

ro que don Ramón había traído de Miahuatlán, y que con gran cuidado y cariño don Bernardino había logrado hacer crecer en ese clima tan contrario a la semidesertización que requieren los agaves. Casi toda la tarde se la pasaron los hombres haciendo los preparativos: cavaron una típica fosa para barbacoa de casi un metro de hondo y, luego de quemar unos trozos de madera hasta reducirlos a brasas, le echaron encima los trozos de jabalí que don Bernardino había envuelto con las pencas; después le pusieron una tapa de lámina y la cubrieron con tierra. Durante toda la noche el animal estuvo fundiendo la salvajitud de sus humores con la sabrosidad del agave mezcalero, de manera que al día siguiente cuando don Berna me sirvió un plato rebosante de jugosa carne, con tortillitas recién hechas y salsa de molcajete, no me cansé de exteriorizar esas exclamaciones de satisfacción que tanta risa le producían a Chedino. Para mi sorpresa, don Berna preparó un plato no menos nutrido que el mío y se lo mandó a don Ramón.

—Tenía entendido que don Ramón estaba sometido a una dieta para limpiarse —le dije a don Berna.

—Sí, pero ese hombre no perdona un poco de barbacoa de jabalí, de mazate enchilado o un caldito de tepezcuintle.

—¿Entonces le entra parejo a todo?

—No a todo, sólo a lo que a él le gusta.

Cabrón viejo, me dije mientras le entraba duro a otro de los tacos con sabor a cielo. Quebranta ritos, profana religiones, contrapone ideologías y luego, ¡colmo de los colmos!, se declara defensor a ultranza de una dinámica metodológica.

—Este hombre sí sabe vivir —fue el comentario final de don Berna al salir con la bandeja de comida—. Jamás se enferma de nada.

Mientras don Berna se alejaba me quedé pensando que hacía apenas un par de semanas que estaba hundido en la angustiante negatividad de mi oído, y sólo ahora que se había hecho referencia a la salud inquebrantable de don Ramón, volvía a tomar conciencia del problema timpánico que, ante la exteriorización de la vivencia, ha-

bía sido desplazado por completo. Sentí un ligero cosquilleo y resistí, ejercitando la voluntad, el deseo de llevar el dedo al interior del oído. “Sí”, me dije convencido, “es la falta del contacto liberador con la naturaleza lo que lleva al ser urbano a girar patológicamente en torno a su egocentrismo”. Salí meditabundo a la puerta de la cabaña y, al ver a don Berna platicando con don Artemidoro, rompí de golpe el ensimismamiento y salí disparado hacia el hongo en absurda actitud furtiva. Mientras llegaba, me acomodaba y cambiaba la sintonía de mi mente hacia el polémico cuadrante de los libros, la imagen de don Artemidoro me persiguió con tal fuerza que por un momento recorrí mi memoria estando seguro de que ya antes, hacía muchísimo tiempo, nos habíamos conocido.

En los últimos días había estado leyendo con intención comparativa las obras de Vicens Vives y Sánchez-Albornoz. En medio de tantos datos, fechas y nombres, una cosa había llamado mi atención (nota que también encontraría luego en la aburridora obra de Peggy K. Liss): la negación que Vives hacía de la influencia visigoda en España, poniendo en tela de juicio la reconocida fama de medievalista de Sánchez-Albornoz, que sostenía lo contrario. Según Vives lo único que legaron los visigodos fue la tendencia unificadora monárquica; unificación que por otro lado había recibido una fuerte influencia de las instituciones romanas. Así, pues, no tenía mayor fundamento hablar de una ética, una cultura o una tradición visigótica posterior al siglo VIII en que cayó la monarquía visigoda. ¿De dónde carajos sacaba entonces la nobleza castellana, pasándole la manía hasta al más bastardo de los conquistadores, el orgullo de un pasado visigótico? Aquí hay tela para discutir con el viejo celta, me dije. Anoté una serie de preguntas, y justo cuando terminaba de escribir: “¿Por qué los pueblos más hibridados son los que buscan con mayor desesperación un pasado racial único?”, oí que me llamaban. Bajé y al abrir vi a Chedino con un voluminoso sobre en sus manos.

—Que dice mi pa que aquí le manda don Ramón esto.

—¿Tan rápido?

El muchacho se encogió de hombros como diciendo que él en este asunto no tenía la menor parte. Le di las gracias y me subí intrigado por el posible cauce que don Ramón le había dado a mi demolidor ataque. Me instalé confortable y, mientras prendía un cigarri-
llo y sacaba el montón de hojas manuscritas, me dije que aunque no sirviera para nada, este jueguito epistolar empezaba ya a gustarme.

Querido Eugenio:

Puedes decirme como te venga en gana, ya sabes que el aspecto formal no es para mí lo determinante.

Por lo que veo la estancia en Nanacatlán te está sentando muy bien, pues ya empezaste a expulsar la negatividad que tenías acumulada, tornando la respuesta a mis sugerencias en un agresivo acopio de difamaciones. Para evitar ser arrastrado por tu natural tendencia a la dispersión, me voy a permitir abundar sobre el tema de la negatividad.

Desde un punto de vista físico, hablar de negatividad de la materia o de la energía es un absurdo no menor que hablar de existencias irreales (realidad irreal). Todo lo que existe es real, y en cuanto tal se afirma como existente. Ahora bien, lo que existe sólo existe a condición de ocupar un espacio y devenir en el tiempo. Espacio, tiempo y movimiento se erigen, así, en la dinámica definidora-especificadora de las diferentes formas de existencia. Lo que sin fundamento se llama irrealidad no es, pues, más que otra forma de realidad; de la misma manera que lo que se llama negatividad no es más que otra forma de ser de lo existente que se afirma como positividad. Se ve claro, entonces, que la raíz del problema reside en confundir propiedades (determinaciones ontológicas de la objetividad) con atributos (determinaciones noseológicas de la subjetividad). En otras palabras: una cosa es el ser en sí, y otra muy distinta es el ser en, por y para el sujeto. Y aquí llegamos al aspecto netamente filosófico de la cuestión. Tú hablas de una línea negativizante que retrotraes a Schopenhauer y Nietzsche. Pues bien, yo pienso que la bifurcación

fundamental se remonta a las concepciones sistematicometodológicas de Kant y Hegel. Cuando Kant dijo que la dialéctica trascendental era ilusión pura, señaló los límites entre el verdadero filosofar y la especulación absolutizadora. El verdadero filosofar es imperfecto, inacabado, experimental y depende siempre de la objetividad del mundo que nos proporcionan los sentidos (estética trascendental). Por ser en sí mismo inconclusión, el verdadero filosofar no puede llegar nunca a la verdad última de lo existente, y este no poder llegar se erige en límite infranqueable para la razón. Puesta así la relación de la subjetividad con la objetividad, los posibles derroteros de la acción filosofante estaban claramente definidos: profundizar la naturaleza delimitada-delimitadora de la razón, o entregarse en brazos de la especulación absolutizante.

Fichte (un filósofo atípico que algún día tendremos que estudiar más a fondo) retomó la teoría de las determinaciones de raíz spinoziana y haciendo del yo (sujeto, lo determinante) y del no-yo (objeto, lo determinado) una totalidad interdependiente, sentó las bases de la dialectización de la objetividad que le permitió a Hegel trascender falsamente el límite impuesto por las antinomias kantianas y hacer de lo existente un mero producto de la idea. De ahí la absolutización de la racionalidad (sublimación teológica del filosofar), y de ahí, también, la nefasta pretensión absolutizadora del marxismo.

Schopenhauer es otro caso aparte, casi podría decirse que es único e irrepetible. Cabalmente más kantiano que Fichte y que Hegel, Schopenhauer vio desde un principio el límite infranqueable que las antinomias kantianas le habían puesto a la razón. De ahí que, lejos de entregarse a la absurda dialectización que oscureció al pensamiento hegeliano, se dedicó a descubrir la dinámica oculta que movía todo ese mundo de plenitudes incognoscibles que Kant había definido como estética trascendental. Con una visión extraña a la tendencia uniformadora de la occidentalidad, Schopenhauer orientalizó su ver y descubrió en la voluntad esa dinámica totalizadora que daba sentido a la delimitación kantiana de la racionalidad.

De esta manera, atribuirle a la concepción sistematicometodológica schopenhaueriana la negatividad es quedarse con la parte restrictiva y minoritaria del todo (lo rechazado: la pretensión absolutizadora de la racionalidad) en lugar de la parte constructiva y determinadora del todo (lo afirmado: la voluntad).

Toda esta explicación engorrosa y no solicitada, viene a cuento de la dinámica negativizante que oscurece y doblega a tu generación. ¿Qué hacer si la suficiencia hegeliano-marxiana de la razón nos ha llevado al borde del abismo? ¿Entregarse a la fuerza acrítica y brutal de la voluntad?

Filosóficamente los sistemas y métodos que se sustentaron en la irracionalidad han sido en su mayoría mediocres e inaportadores: lo único positivo que hicieron fue negar. Literariamente los movimientos de rechazo a la pretensión absolutizadora de la razón han sido de una fecundidad extraordinaria. Recuerda que de esta confrontación entre Kant y Hegel salió la corriente romántica que no sólo fecundó al movimiento surrealista, sino que cimentó el complejo edificio de la modernidad. Pero dejemos este punto sobre el que algún día volveremos con más tiempo y espacio.

Y del tiempo y del espacio es que voy a hablar ahora. Dices que el avorazamiento temporal ha llevado a Occidente al borde del abismo, y tienes toda la razón. Pero, ¿cómo combatir el avorazamiento temporal? Mi respuesta es: siendo a plenitud en el espacio. Ahora bien, este ser pleno sólo puede ser posible a condición de que dominemos la dinámica relacionadora del espacio y el tiempo, que es el movimiento. Tu admirado don Juan le llamaba a esto “parar el mundo”. Los hesicastas (del griego *hesychastés*: solitario, monje) fueron una fracción radical de cristianos que hacia finales del primer milenio introdujeron en Occidente una serie de ejercicios y disciplinas de marcada influencia oriental. Se les llamaba también onfalosíquicos (*omphalopsykhoi*) porque se pasaban horas y horas reclusos en soledad observándose el ombligo, lugar en el que, según ellos, están reunidas todas las energías síquicas. Nicodemo el Hagiorita, uno de

los más preclaros seguidores de esta disciplina, aconsejaba la meditación onfalopsica una o dos horas en la tarde sin interrupción y el resultado sería una visión de una pureza y claridad incomparables. En el siglo XII adoptaron la onfalopsia los bogomiles, una de las facciones heréticas más aguerrida e interesante. El método onfalopsico es sencillo, pero requiere disciplina. Basta que te sientes en posición cómoda en un lugar empenumbrado y tranquilo y pegues la barbilla al pecho observando el ombligo. Después de varios intentos (lo más difícil para el hombre moderno es la detención del fluir mental: tiranía del tiempo) comprobarás que la visión exterior se funde con la visión interior de manera que tu energía síquica puede remontar las groseras imposiciones del cuerpo. Esto es, a grandes rasgos, lo que puedo decirte de esta disciplina cuya práctica me ha hecho mucho bien. Si quieres saber algo más al respecto te recomiendo la notable contribución a la historia de las religiones, *El ombligo como centro cósmico*, del sabio Gutierre Tibón.

Y llegamos ahora al verdadero punto confrontante. Sé, Eugenio, que tu búsqueda es sincera, como lo es la de todos esos millones de jóvenes que se empiezan a preguntar por su existencia en una forma en que antes sólo lo hacían los cuestionadores radicales del sistema. Pero hay un punto que vosotros todavía no termináis de asimilar: el hecho de no haber vivido la irracionalidad brutal de una guerra.

Los norteamericanos ven todo desde un punto de vista seudovictorioso (aunque a partir de Vietnam esto cambió de manera considerable); pero los europeos, por haber estado hundidos en un mar de destrucción y sangre, no ven más que culpabilidad. Culpabilidad por uniformar el modo de ser del mundo; y culpabilidad, también, por llevar al mundo al borde del holocausto. Y esta culpabilidad, querido Eugenio, se te ha filtrado a ti hasta la médula. Te sientes culpable de tener sangre hispana en tus venas, por eso te entregas a destrozar, en lugar de edificar. A los europeos los abrumba el peso de monstruosidades como Franco, Mussolini, Hitler y Stalin. A ti, la impotencia sesentaiochista te lleva a buscar dictaduras de signo contra-

rio. ¿Por qué demonios te empeñas en ver el entrecruzamiento hispanoamericano como una imposición brutal por parte de los españoles? ¿Sintiendo que defiendes a los indios te crees, acaso, más mexicano? Por favor, amigo mío, seamos sinceros, ¡pero coherentes!

En Europa hay ahora una tendencia (Hans Magnus Enzensberger y Alain Finkielkraut son punta visible) que se esfuerza por romper el complejo de culpabilidad con respecto al mundo. Esta tendencia considera que lo que han hecho los países de los continentes entrecruzados con Europa no ha sido más que imitar malamente, en detrimento de los modelos autóctonos, el modo de ser del europeo. Esto implica dos cosas: por un lado suspender el paternalismo eurocéntrico; y por el otro darle oportunidad a las demás razas y culturas para su pleno desarrollo. Se trata, en definitiva, de hacer que el europeo deje de ser positividad negada para afirmarse de una vez como totalidad (se comprende que esta tendencia sólo es posible bajo la condición de dos puntos concomitantes: el enfrentamiento USAUR-SS y la profundización interparticular de la Comunidad Europea).

Tú eres mexicano, al igual que yo, aunque por diferente camino, y ser mexicano es ser diverso, contradictorio y plural. Lo que yo te pido es que no trates de hacer que las partes se nulifiquen entre sí; dejemos que salga lo mejor de nuestras determinaciones: afirmemos nuestros logros, no nuestras deficiencias (éstas ya han sido asimiladas después de varios siglos de negación). Así, pues, te sugiero que seamos un poco más conscientes (también en el sentido freudiano) y no ver sólo codicia, crueldad y esclavitud por parte de los conquistadores (en seguida regreso sobre este término).

No se trata de elegir entre lo hispano y lo indígena, sino de hacer de ambas determinaciones un entrecruzamiento plenificante: la mexicanidad. Y ya para meternos de lleno en la polémica, pasemos a analizar la tríada de acusaciones con marcado cariz negativo. Hablar de sujetos esclavizadores, codiciosos y crueles implica reconocer la existencia complementaria de sujetos esclavizados, dadivosos y mártires; y lo mismo habría que aplicar a las naciones. Coincidirás

conmigo en que a la llegada de los españoles los aztecas no eran un pueblo esclavizado, dadivoso y mártir, sino que constituían un imperio sólido y beligerante (con todo lo que esto conlleva). Los españoles se enfrentaron, pues, a los aztecas en buena lid, usando de todas las argucias y artimañas propias de la dinámica irracional de toda confrontación bélica. Los españoles no derrotaron a un pueblo débil y decadente, sino a una nación poderosa y ascendente. ¿Y qué es lo que sucede en toda confrontación beligerante? Que siempre hay —con las relativas gradaciones— un vencedor y un vencido. Desde ahora queda sentado, entonces, que no estamos hablando de un encuentro o entrecruzamiento pacífico y de mutuo acuerdo por ambas partes, sino de una confrontación beligerante que dejó una parte vencedora (acción determinante) y una parte vencida (acción determinada). Esta afirmación, que pudiera parecer drástica y arrogante desde una perspectiva fragmentadora y resentida, pierde su drasticidad en cuanto se tienen presentes dos aspectos fundamentales del enfrentamiento: por un lado, no era una simple nación la que se confrontaba con los aztecas, sino el imperio que dominaba a todo el mundo occidental; por el otro, basta ver la realidad actual de México (y compararla con lo que pasó con los indios en Estados Unidos) para darse perfecta cuenta de que con el paso de los años la parte vencida recuperó su determinación perdida desplazando a la parte vencedora hasta lograr una totalización enriquecedora de lo diverso.

Puestos así los señalamientos metodológicos, no vamos a tener más opción que estudiar a fondo la totalidad europea de los siglos XV y XVI para entender la forma de ser de la España conquistadora y, por ende, de los conquistadores mismos. Sin embargo, y antes de meternos en tamaño embrollo, quisiera decir unas cuantas cosas, a manera de respuesta directa a algunas de tus agresivas acusaciones, sobre el ser de los conquistadores.

Cuando Ortega y Gasset estuvo en Buenos Aires en la década de los treinta, sostuvo una serie de conferencias sobre el tema que nos ocupa. En una de ellas señaló que el conquistador español tan pronto

como pisó tierra americana se convirtió en otro hombre. Esta afirmación, sobre la que luego abundarían Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, llevó al investigador Richard Konetzke a sintetizar de manera tajante el problema: “La transplatación llega a ser una transformación”. Aquí tenemos, en germen, la ambigüedad que va a caracterizar el nuevo ser del mexicano. ¿Cambiaron los conquistadores en cuanto llegaron a América? Sí. ¿En qué cambiaron? En que desplazaron su sistema de referencia primario: frente a los indios todo español se sentía noble. Pero no es menos cierto que las pasiones, los vicios y las virtudes que definían el ser de aquellos hombres, si experimentaron un cambio no fue otro que el de su desbordamiento. Cortés, Alvarado, los Pizarro, y en general todos los españoles, al pisar América no hicieron más que dar rienda suelta a las pulsiones que en España tenían reprimidas. Así, más que de transformación esencial y cualitativa cabe hablar de un cambio fenoménico y cuantitativo. La verdadera transformación, que perfila ya el ser actual del mexicano, habrá que rastrearla en la segunda generación (los criollos) y los que se rebelaron contra la autoridad del rey en un intento de recuperar aquella autonomía señorial que había imposibilitado la unidad de España hasta la llegada de los Reyes Católicos.

Y permíteme ahora regresar atrás para poner de manifiesto la condición medular del problema. ¿Encuentro, descubrimiento o conquista de América? Todo ello a la vez. Ya desde el inicio de la hazaña tanto los Reyes Católicos como Carlos I se refirieron al hecho como descubrimiento, pacificación y población. Esto originó un gran descontento entre los aventureros, que querían para sí otros títulos que les dieran honor e hidalguía. En 1573, Felipe II ordenó evitar el uso de la palabra conquistar-conquistador, sustituyéndola por población-poblador y pacificación-pacificador. Se ve, pues, que desde el principio aquellos férreos aventureros luchaban contra dos frentes: contra los indios y contra la autoridad real que les negaba el justo título al que, según ellos, se habían hecho merecedores por su proeza. Como quiera que la Corte era cada vez más presionada por el des-

contento de los aventureros, consintió, en oposición a la aristocracia peninsular, que se otorgaran ciertos títulos y reconocimientos, lo que permitió que los primeros españoles en pisar y conquistar tierra americana se llamaran conquistadores, a diferencia de los pobladores que venían después. Así, el Inca Garcilaso escribe: “Llamamos conquistador de los primeros a cualquiera de los ciento y sesenta españoles que se hallaron con don Francisco Pizarro en la prisión de Atahualpa”.

Este orgullo de sentirse y llamarse conquistador (título que por lo demás nunca fue reconocido por los Consejos de Indias), obedecía exclusivamente a la nivelación de clases propia de la dinámica militar. En cuanto la tierra se pacificó y la primera generación de españoles fue sustituida por el resultado del entrecruzamiento racial, la trascendencia de la palabra “conquistador” pasó a la de encomendero. Vemos, en consecuencia, que no hay duda alguna respecto a que el entrecruzamiento que determina el ser del mexicano tiene en su raíz la dualidad conquistador-conquistado (y esto, como ya lo vimos, desde antes de la llegada de los españoles).

En cuanto al supuesto desprecio del conquistador hacia el conquistado, pienso que es otro malentendido histórico. Tanto Cortés, como Bernal Díaz y los demás conquistadores —ni qué decir de religiosos como Pedro de Gante, las Casas o Motolinía— veían la grandeza indígena con respeto y admiración (son innumerables los pasajes sobre este tópico, por lo que sería prolijo citarlos). Lo que ocurre es que los conquistadores trasplantaron a América el verticalismo y el regionalismo que prevalecía en la Península. En su obra *España en su historia*, el lúcido y ejemplar historiador Américo Castro pone al descubierto la peculiar naturaleza de este asunto cuando señala: “Los habitantes del imperio español no se unían unos a otros mediante intereses horizontales, sino en haces de líneas ascendentes que convergían en la creencia: en el caudillo, en el rey, en Santiago, en Dios... Ni en España ni en Hispanoamérica pudieron entrelazarse las regiones en una red de tareas comunes o complementarias, y por

tanto es un hecho históricamente normal el que haya separatismo y regionalismo, naturales en los españoles, el fenómeno de la pronta diferenciación entre indianos y peninsulares resulta asimismo natural". Sobre este punto, tan importante para entender el concepto de verticalidad y centralidad que rigió y rige el ser del mexicano, volveremos más adelante cuando acometamos la castellanización de España, con las consiguientes pugnas interregionales.

Bien, ya que tú te dedicaste a enumerar los vicios y defectos de los conquistadores, déjame ahora explayar un poco sobre sus virtudes. En primer lugar, y como repetidas veces lo señalaron Cortés, Bernal Díaz y otros conquistadores, la Conquista fue una aventura subvencionada por los propios conquistadores; ellos, y no la Corona, respondían con su vida y su patrimonio (como si la aventura espacial de nuestros días fuera acometida por cuenta y riesgo de individuos particulares y no de gobiernos). He aquí una importante contribución que los conquistadores trasplantaron al fértil medio mexicano (aun cuando la inclinación totalitaria y masificante de raíz azteca siga oponiéndosele de manera negativa): el individualismo, con su carga de heroísmo caballeresco, indispensable para lograr la verdadera emancipación de la sociedad civil. Me dirás que el exceso de individualismo es ensoberbizador y pernicioso. Estoy de acuerdo, pero su defecto es la barbarie (en sus dos expresiones límite: la tribal y la socializante). En México el lastre totalitario del centralismo azteca (potencializado por el centralismo castellano) ha impedido que fructifiquen las labores de equipo, de manera que todo lo que tenemos es labor de individuos independientes, cuya brillantez y eficacia se opacan cuando son conjuntados-agrupados. Mientras no se dé plena libertad e incentivo a la realización total del individuo, en México estaremos condenados a sufrir el ridículo desempeño de agrupaciones y totalidades fragmentadoras, ya que no potenciadoras, de las partes que las conforman.

Otra de las aportaciones de los conquistadores fue el superar la proverbial aversión hispánica hacia el comercio y los oficios manua-

les, que en la Península estaban en manos de moros y judíos. Desde el primer momento que pisaron suelo americano los conquistadores se habituaron al rescate de oro y otros bienes considerados de gran valor, con lo que impusieron una costumbre hispanoamericana que escandalizó a los nobles e hidalgos peninsulares, entregados desde la Reconquista a cuestiones metamundanas y beligerantes.

Cuando pones tanto énfasis en el afán de oro y poder que tenían los conquistadores olvidas un aspecto muy importante: que en su mayoría eran jóvenes deseosos de ser alguien a como diera lugar. Bernal Díaz dice que al momento de la Conquista de México, Hernán Cortés y Pedro de Alvarado tenían como treinta y cuatro años, Francisco de Montejo treinta y cinco, Alonso de Ávila treinta y tres, Andrés de Monjarás y Luis Marín treinta; y éstos eran los de mayor edad entre los capitanes, pues Gonzalo de Sandoval apenas tenía veintidós, Andrés de Tapia veinticuatro, Juan Velázquez de León y Cristóbal de Olea veintiséis. Como ves, esta juventud impetuosa, rebelde, individualista y anárquica pasó a la sangre mestiza dándole al ser del mexicano su reconocida juventud y vitalidad. Porque en México, a diferencia de lo que ocurrió en Estados Unidos, los conquistadores sí entrecruzaron su sangre con la nativa dando como resultado un mestizaje enriquecedor de su origen.

¿Y qué decir de la largueza y esplendidez características del ser hispano? Ni la avaricia, ni la usura que llevaron los protestantes a Estados Unidos se vieron en suelo mexicano. Me objetarás que de ser más avaro y más usurero el mexicano sería también más rico. Tal vez tengas razón, ¡pero sería también menos gozador y más odiado!

¿Y de dónde vienen la cortesía, la galantería y la etiqueta mexicanas? Y no me vayas a salir con que es un caso típico de apariencia negadora de su esencia, porque el mexicano, sublimando al propio peninsular, ha sabido hacer de la esencia y la apariencia una totalidad. ¿O preferirías el puritanismo, la tacañería, el fanatismo y la blandenguería que contaminó el suelo americano con el arribo del Mayflower?

Recapitulo, para evitar que la corrosividad de tu crítica me haga caer en una burda apología: ni Colón, ni Cortés, ni Pizarro, ni Núñez de Balboa, ni Valdivia, en fin, ningún descubridor ni conquistador vino al Nuevo Mundo a tratar de convencer con discursos y latinazgos a los notables pueblos y culturas que dominaban el panorama americano. Por el contrario, vinieron con una clara intención de cruzada: vencer (derrocar) e imponer (aportar). Lo verdaderamente significativo, a pesar de todos los excesos y prejuicios, fue que se logró un entrecruzamiento total que dio como resultado la Hispanoamérica actual.

Bueno, querido amigo, espero que tus comentarios sean más mentales que viscerales. De todas maneras no amargues tu vida defendiendo creencias que funcionan a nivel teórico (complejo de culpa) pero que no puedes vivencializar: el indígena conquistado, sumiso y mártir sólo existe en los discursos demagógicos de los líderes políticos y los intelectuales que miran hacia Occidente con un resentimiento y una impotencia propios de una mentalidad cavernaria.

Ramón



¿Qué tal, eh? Recogí el montón de hojas y, mientras las metía dobladas en el sobre y lo colocaba en una esquina del librero, me quedé pensando que pasarían décadas, ¿siglos?, antes de que el entrecruzamiento entre dos sangres y culturas tan opuestas y vitales como la hispana y la indígena alcanzara el punto en que la interaceptación de las partes posibilite la armonización plena del todo. Sin embargo, tenía que reconocer que, a pesar del malestar que me había producido la lectura, había en la misiva de don Ramón algo inmistificable: la referencia a ese encabronado complejo de culpa que desde la escuela primaria, en que tomé conciencia por primera vez de mi determinación racial, no había hecho más que acentuarse. A partir de la se-

cundaria, había visto en el eurocentrismo la raíz de todos los males; y la actitud decididamente prohispanica, aunque antifranquista, de mi padre, así como el espíritu resignado e introvertido de mi madre (nacida en México, pero de padres sefarditas que, para borrar un pasado de huidas constantes, se esforzaban por ser más papistas que el Papa) no habían hecho más que incentivar ese complejo de culpa, que llegaba hasta límites insoportables cuando veía en el parque de Coyoacán los estragos que hacía la pobreza entre los niños aindiaditos de mi edad, con sus caritas pegajosas de suciedad y mocos, y con sus lombricientos vientres aglobados. Sí, tenía razón el viejo celta, en México el complejo de culpabilidad estaba directamente relacionado con el grado de indianidad u occidentalidad de la sangre. De ahí los excesos ladinos, la brutal xenofobia, el clientelismo patriotero; en fin, todo ese resentimiento histórico que nos encadena a un pasado fenecido, impidiéndonos actualizar la total potenciación de nuestra diversidad. Pero de este reconocimiento autocrítico a la defensa del conquistador que hacía don Ramón había un abismo. No se podía hacer borrón y cuenta nueva; había que hacer, también, que los peninsulares conocieran a fondo la otra cara de la Conquista, para que el ensalzamiento y la celebración de la hazaña conquistadora fueran acompañados de la contraparte de culpabilidad y crítica indispensable para posibilitar el cauce de toda armonización futura.

Una tarde, después de haber estado leyendo y sacando notas para implementar una respuesta a la medida de la epístola de don Ramón, me fui a la cabaña de don Berna con intención de tomar un atolito, fumar un cigarro y platicar un rato para aligerar mi mente. Al acercarme vi un grupo de personas que estaban en la entrada de la cabaña, mirando con mucho interés hacia dentro. Como no se dieron cuenta de mi llegada no tuve más remedio que palmear una de las espaldas y pedirle permiso para entrar. Al voltearse sorprendida, la mujer pronunció unas palabras en chinanteco y enseguida se despejó la entrada para darme paso. Adentro, además de don Berna y un anciano al que le hurgaba en la parte de atrás de la cabeza, estaban un hombre y una

mujer de mediana edad. Oí que el hombre le decía a don Berna unas palabras en chinanteco, pero al verme entrar suspendió su plática. Saludé y don Berna me dijo que pasara y agarrara un asiento, que enseguida terminaba. Se hizo un silencio momentáneo que aproveché para acercarme a ver lo que don Berna estaba haciendo en la cabeza de aquel anciano. Oí que desde la puerta decían algo en chinanteco y la cabaña explotó en una celebración de risitas inofensivas.

—¿Qué le pasó al señor? —le pregunté a don Berna aprovechando el nuevo paréntesis silencioso.

—Le estoy quitando unas larvitas —respondió don Berna sin dejar de secar con un trozo de algodón la sangre que manaba de una herida.

—¿Cómo dijo?

—Que le estoy quitando los nódulos de la oncocercosis.

—¿En la cabeza?

—Sí, dondequiera que pique y ponga sus huevitos siempre se van para la cabeza.

Don Berna dejó el algodón en la silla que tenía al lado y tomó un instrumento (después sabría que el bisturí y el resto del equipo médico de don Berna era un regalo de don Ramón) con el que hizo una rápida incisión en el cuero cabelludo del anciano. Exprimió luego los bordes de la herida y, entre gran cantidad de sangre, salió un gusanito grasiento.

—¿Esa es una larvita? —interrogué entre asqueado y sorprendido.

—Esa mera —respondió don Berna centrado ahora en el secado de la herida con el trozo de algodón.

—Chedino, tráeme los polvos —dijo don Berna al muchacho, que se hizo visible saliendo de una esquina.

—¿Y cómo es ese animalito? —insistí ya más preocupado que curioso.

—Es una mosquita —respondió don Berna impregnando las heridas con los polvos que extraía de un frasco que Chedino sostenía en sus manos—. Es amarillosita, ya casi se ve como tábano.

—¿Y no hay pastillas o algún medicamento para combatir su picadura?

—Dice don Ramón que los gringos ya tienen. Pero aquí puro cu-chillo o la ceguera.

—¿Quiere decir que si no se quitan las larvitas se puede quedar uno ciego?

—Pregúntele a don Artemidoro.

Luego de haberle lavado bien las heridas al anciano e impregnárselas de esos polvos que extraía del frasco, don Berna le habló en chinanteco y el anciano se levantó con una sonrisa de agradecimiento que era un verdadero canto a la vida. En el lugar que antes ocupaba el anciano se sentó ahora la mujer que estaba con el otro hombre, ¿su marido?, en el interior de la cabaña. Al subir un poco su huipil y darle la vuelta a la pierna enseñó en plena pantorrilla una ulceración de tan mal aspecto que me produjo escalofríos.

—¡Putra madre! —exclamé horrorizado por la putrefacción de aquella herida.

—La mordió una sorda —dijo don Berna al tiempo que con un trozo de algodón removía pedazos de piel y carne llenos de pus.

—Se ve muy mal.

—Ya aguantó. Esta mordida fue la que subí a atender la semana pasada en una ranchería cerca de Usila.

Miré el rostro de la mujer y me quedé consternado al ver la expresiva sonrisa de dulzura con que respondía a mi estremecimiento.

—Por nadita y ya mero la empetatan —dijo don Berna limpiando la herida con la misma tranquilidad que si pelara una naranja.

—¿Y no hay peligro de gangrena?

—Todo eso que usted ve tan feo se le va a caer por muerto, pero hasta ahí nomás llega.

Don Berna se encaminó hacia la estantería donde tenía sus frascos y regresó con varios manojitos de hierbas. Se los dio al hombre que acompañaba a la mujer y le dijo unas palabras en chinanteco. El hombre, que no dejaba de mover la cabeza asintiendo a todo lo que

don Berna le decía, se fue por último hacia la puerta y de un costal que tenía en el piso extrajo un guajolote y una bolsa de plástico llena de huevos. Se los dio a don Berna y se despidieron en armonía y satisfechos.

—¡Carajo, cómo sufre esta gente! —exclamé cuando ya estábamos solos don Berna, Chedino y yo.

—Ni tanto —expresó don Berna manipulando en el fuego para calentar el atolito—. Antes sí era dura la vida, pero ahora corren otros aires. Si usted supiera la cantidad de dinero que gana esta gente del cerro con el café.

—¿Acaso son ellos los dueños de las tierras?

—De hectáreas. Aquí no hay más dueño que el propio campesino.

—¿Y los caciques?

—Ésos son como los curas y los políticos: les gusta más el valle.

—Oiga, don Berna, ¿y muere mucha gente por la mordedura de las sordas?

—Aquí arriba nomás los necios, pero para el valle de cinco a diez todos los años.

—¿Por qué dice usted que nada más los necios?

—Porque son los que siempre llegan tarde. Sólo ven la urgencia cuando el veneno ya les pudrió toda la sangre.

—¿Y cuánto puede tardar en hacer efecto el veneno?

—Depende del lugar de la mordida. Esa mujer dilató tres horas; se salvó de puritito milagro porque no le agarró vena, pero aún así se le va a ir la carne hasta el hueso.

—¿Tan fuerte es el veneno de esa víbora?

—Le suelta a uno toda la sangre, y además se le pudre la carne.

—¿Cómo es eso?

—Digo que al mordido se le sale la sangre por todos lados, se le suelta, pues.

—¡Mierda, vaya lugar en el que me vine a meter!

—No se preocupe, yo curo la mordida de ese animal.

—Sí, ya vi.

—Por la necesidad de ese hombre, que en lugar de traer a la mujer vinieron a buscarme a mí.

—¿Y no se le ha muerto nadie?

—Ya le dije, nomás los necios o a los que les hicieron una maldad muy grave. Ande, tome el atolito y no se preocupe usted tanto —dijo poniéndome la taza sobre la mesa que teníamos enfrente.

—¡Cómo no me voy a preocupar! Primero esa terrible mosca y ahora la sorda. Oiga, ¿la sorda es la misma víbora que la nauyaca, verdad?

—Esa mera.

—¿Entonces por qué le llaman aquí sorda? ¿No oyen?

—Las víboras oyen de otra manera. A decir verdad no oyen, sienten y ven. A mí se me afigura que les dicen sordas porque son tan asilenciadas que nadie las oye caminar.

—Oiga, pero.

—No se deje usted llevar por el miedo porque luego no va a encontrar respaldo.

Miré a través de la puerta y una boca de atroz negrura se abrió dispuesta a tragarme.

—Chin, olvidé la lámpara y va a estar medio cabrón regresarme así con esta oscuridad a la casa.

—Pierda usted cuidado —dijo don Berna—. Aquí le dejo yo la mía. Chedino, dale la lámpara a don Eugenio. ¿Y cómo sigue su oído?

Sentí un fuerte jalón existencial y recordé de pronto que don Berna me había dado unas hierbas y unos polvos para que los preparara en infusión y me diera unos lavados antes de acostarme.

—Pues hice como usted me dijo.

—¿Y se siente mejor?

—Ahí va.

—Esos remedios le van a ayudar a que agarre cuerpo y embarnezca la membranita.

—Oiga, don Berna, ¿y también llegan hasta las casas?

—Esos animales andan por todos lados.

Se oyó un estremecedor tronido y don Berna se levantó a lavar su taza.

—Viene recio el aguacero, será mejor que se vaya retirando.

—¿Y andan en la noche o en el día?

—¡Chintete, ya se dejó usted agarrar por el miedo!

—¡Es que las serpientes me dan pánico, carajo! —exclamé enfurecido conmigo mismo por revelar esta debilidad que consideraba insuperable e incompatible.

—Ande, otro día le platico un poco más para que se vaya acostumbrando.

¿Acostumbrarme? Puta madre, tan pronto como salí al exterior mandé el haz de luz de la lámpara a través de la densa negrura y me fui detrás como si se tratara de atravesar un campo minado. La atmosferación rebosaba de energía, y el golpeteo del corazón y la afluencia del torrente sanguíneo hacia la cabeza terminaron por empaparme de sudor. Inseguro y creyendo ver en cada sombra alargada o rama caída la acechante presencia de una sorda, comencé a caminar torpemente y, al tropezar con una piedra, estuve a punto de caer de bruces como un pendejo. Joder, qué sorpresas depara la vida; nunca me imaginé que a estas alturas me iba a sentir como cuando a los diez años, visitando el rancho de un amigo de mi padre en San Juan del Río, me di un susto de muerte, al grado de perder el habla por varios minutos, al orinarle encima a una serpiente de cascabel que estaba enroscada en un rastrojo. Volvió a estallar la bóveda celeste y el retumbamiento del trueno en las montañas me produjo un escalofrío electrizante. Alumbré preocupado el caminito, pensando que ya se debía ver mi hongo protector, pero la espesa negritud se tragó el haz luminoso sumiéndome en el desconcierto. Volví a enfocar la vereda en busca de alguna señal que pudiera ubicarme, pero no reconocí nada. Cayeron las primeras gotas, lo que aumentó todavía más mi desconsuelo. Mierda, no puede ser, pero si la puta cabaña de don Berna está casi a un tiro de piedra del hongo. Sorprendido, pues no recordaba para nada tal encrucijada, vi que ante mí se abrían

tres veredas. Me detuve y ya cuando el vértigo de la irracionalidad principiaba a doblegarme, oí que algo se arrastraba en la húmeda hojarasca. Salté espantado hacia un lado y, ¡trágame tierra!, sentí que bajo mis pies el mundo se tornaba viscoso y resbalante. Fue tal la impresión que me produjo el pisar aquello que caí para atrás perdiendo el control de la lámpara que, por el ruido que hizo al apagarse, seguro se hizo añicos contra una piedra. Comencé a palpar en el suelo para ver si la lámpara todavía estaba buena, pero la pinche lámpara no aparecía por ningún lado; me arrastré en espiral y cuando ya llevaba varias vueltas, que siento bajo la palma de mi mano derecha el inmistificable cuerpo gélido y escamado de una serpiente. Pegué un grito pavoroso y me eché a correr como loco sin saber para dónde iba. Corrí un buen trecho hasta que caí extenuado, y mientras jalaba aire como desesperado y sentía en mi rostro los refrescantes alfilerazos de las gotas de lluvia, se me abrió por momentos el acceso a la racionalidad y reflexioné sobre el increíble grado de visión que había alcanzado durante la huida. Y de nuevo volvió el temor y con él el desamparo total ante lo desconocido. ¿Y ahora, dónde demonios estaba? Imposible que el bienaventurado hongo quedara más adelante. De modo que decidí regresar tanteando y tropezando como Caín después de su abominable crimen. Rompió la oscuridad el electrizante tracerío de un relámpago y distinguí, en una visión alucinada, la parte superior del hongo al final de la vereda. Estaba ya dispuesto a encaminarme, pero al oír de nuevo el arrastrante sonido me quedé petrificado en la impotencia. Haciendo un alarde de valor di unos pasos circunspectos hacia adelante y tropecé de frente contra una pared fría y escamuda.

—Tiene usted la sangre muy caliente —oí desde el suelo la voz de don Artemidoro.

—Es que per-dí la ve-re-da —acerté a balbucir a manera de excusa.

—Tenga usted, agarre este bastón que ya conoce el camino.

Estiré la mano hacia la oscuridad de donde provenía la voz y al

sentir la fría corporeidad del bastón, la retiré hacia atrás poseído por el pánico.

—Tómelo de vuelta, con respeto y sin miedo.

Volví a hacer el intento y, venciendo el temor y la repugnancia que me producía aquella cosa, lo traje hacia mí y lo apoyé en el suelo. De inmediato sentí un afianzamiento en mi interior y la irracionalidad del pánico dejó paso a un estado de control tan sólo perturbado por la sensación de vergüenza que me invadía.

—A usted, señor, le enseñaron que lo uno debe sobajar a lo otro, por eso le da miedo lo que no es de su dominio. Pero lo caliente atrae a lo frío, lo mismo que la oscuridad a la luz y la hembra al macho. Ande, véngase detrasito de mí que llevamos el mismo camino.

Para mi sorpresa, caminamos un buen trecho, lo que me dio una idea clara del grado de descontrol en que había incurrido. El bastón de don Artemidoro, una vez fundida su frialdad con mi calor, me permitió caminar de manera admirable, como si toda mi capacidad sensiente se centrara en el contacto del bastón con el suelo y las ramas circundantes. Don Artemidoro, luego de detenerse enfrente del hongo, me dijo que necesitaba enfriar mi sangre para que el calor de mi cabeza no echara a perder mi vida. Le pregunté qué podía hacer para lograr eso, y me respondió que le pidiera a don Bernardino que me llevara al cerro a conocer otras vidas. Le regresé el bastón, dándole las gracias por su ayuda, y al oír el sigiloso desplazamiento del anciano hacia la cabaña de don Berna, me quedé pensando que tal vez este viejo misterioso y noctívago tuviera razón: el exceso de luz me había enceguecido.



Dormí de un tirón hasta el mediodía siguiente en que unos golpes secos y contundentes me hicieron descender en una realidad polimorfa e inconexa. Al recordar de pronto la secuencia de sueños que me habían transportado a los mundos más contradictorios e ilógi-

cos, experimenté una sensación de otredad que me llevó al borde del autodesconocimiento. Volvieron a oírse los golpes, pero esta vez entre los agresivos y secos se intercalaron unos más cercanos y agudos. Abrí la ventana y vi a Chedino frente a la puerta con la familiar sonrisa inseparable de su rostro. Bajé y el muchacho me dijo al instante:

—Que dice mi pa que por qué no bajó usted a desayunar.

—Es que no me sentía muy bien. Dile que ahora voy. ¿Oye, y esos golpes? —pregunté al oír de nuevo los retumbamientos.

—Es don Ramón pegándole al bulto.

Se fue Chedino y, mientras recogía los implementos para darme un buen baño en el río, volvieron a abordarme las existencias liberadas en los sueños. Recordé una parte del soñar en que me veía observando con embelesamiento un haz plateado que me salía del ombligo y se perdía en el espacio. Después, había asistido a una violenta discusión entre Freud y don Juan; ambos personajes tenían los rostros cubiertos con máscaras (don Juan de pájaro y Freud de ratón), pero yo sabía quién era cada uno por un letrero ubicado frente a ellos sobre la mesa de debate. Hablaban de muchas cosas, pero lo único que puedo recordar es que don Juan le decía a Freud que era un pendejo, que nomás había entendido los sueños como enfermedad, por lo que no conocía para nada el verdadero cuerpo del soñar. Freud, incómodo y molesto, miró hacia donde yo estaba como buscando un posible aliado. Un tipo, con un parecido sorprendente a José Agustín, irrumpió en el escenario y prendiendo un aparatoso cigarro le dijo a Freud: “Aliviánate, maestro. Llégale a la mota y deja la coca”. La expresión de abatimiento y desubicación que vi en la cara de Freud me hizo voltear para el otro lado, donde, para mi sorpresa, me encontré con don Ramón y don Artemidoro sentados alrededor de una mesa de piedra con forma de hongo. Sobre la cabeza de don Ramón un letrero luminoso decía “cultura solar” y sobre la cabeza de don Artemidoro “cultura lunar”.

Al zambullirme en la fría presentaneidad del río, se me actualizó la vivencia de la noche anterior y aun cuando estaba seguro de que

mi extravío y el encuentro con don Artemidoro no habían sido un sueño, no podía evitar que el hecho de no haberlo visto mientras hablábamos me produjera cierto desquiciamiento. Me fui caminando hacia la cabaña de don Berna con la mente perdida en reflejantes manifestaciones sin origen ni destino fijos. ¿No era éste el sinsentido que entendíamos por especular? Cuando al fin aterricé, don Berna no estaba; de manera que entre Chedino y yo preparamos unos huevos revueltos con sus respectivos frijolitos y tortillas recién hechas que el muchacho fue a buscar con doña Paula. Después de tomarme el café y hacerle a Chedino algunas preguntas ociosas sobre su idioma (siempre me fue difícil captar la pronunciación de los idiomas, pero ahora, con un oído menos, el chinanteco me parecía una lengua extraterrestre), regresé al hongo y me senté frente a la mesa dispuesto a empezar de una vez la respuesta a la última espístola de don Ramón.

En los últimos días había estado hurgando entre los libros para entresacar, sin odio ni resentimiento, aquellos datos que yo consideraba importantísimos para que el viejo celta entendiera de una vez cuál era mi posición respecto al problema que discutíamos. Así es que me puse a trabajar como si fuera en ello todo mi orgullo, y durante los días siguientes, exceptuando las salidas fugaces a comer o a darme un baño refrescante, permanecí anclado a la mesa de trabajo, metido por completo en el cuerpo escurridizo de una respuesta que pretendía ser decisiva. Cuando por fin terminé el borrador, le di una primera lectura crítica y suprimí varios términos y sentencias lapidarias que reflejaban una escandalosa influencia donramoniana. Al ver que el mundo del viejo celta se había adueñado de manera tan abrumadora de mi escritura (que por más que suprimiera aquí y allá alguna expresión, siempre me parecía que todo era una sombra de lo que él expresaba), estuve a un tris de quemar el montón de hojas emborronadas. Pero al fin pudo más la creciente voluntad que la suficiencia hipercrítica de la razón, y terminé pasando todo el borrador a limpio con intención de entregárselo temprano al día siguiente.

Querido maestro:

La primera vez que lo vi, bajando de su mansión comejénica con su equipo de buceo, en una Playa Tortuga que me parece ya mítica, se me detuvo el mundo y quedé suspendido en la nada hasta que don Antonio le hizo unas preguntas sobre el chamanismo. Al oír lo que decía y la suficiencia con que lo decía, se me ocurrieron dos posibles respuestas: o este hombre es un excéntrico cargado de billetes o es un loco que ha inventado su propio espaciotiempo. Hoy, después de una relación duradera y profunda (a tal grado que puedo decir sin ambages que le debo la vida), estoy convencido de que es usted un hombre con una fuerza vital y un cúmulo de conocimientos extraordinarios (en su propio lenguaje: metacotidianizantes). Y ahí es donde está la línea que separa la realidad del deseo, lo positivo de lo negativo. Si yo, o alguien de mi generación, tuviera la seguridad vital y el conocimiento que usted tiene, sería ciertamente un caso patológico de senilidad precoz o, lo que es lo mismo, un joven con apariencia de niño prodigio pero en esencia un pendejo. ¿Me explico? En un hombre de su dimensión es natural tal firmeza y amplitud de conocimientos; en un joven de mi generación dicha firmeza sería fatuidad y pedantería. Así, pues, acepto todo lo que dice de la impotencia generacional y del complejo de culpabilidad, pero lo acepto experimentando un coraje y una insatisfacción que son garantía (por lo menos así lo quiero ver yo) para no incurrir en los mismos errores en que han incurrido las generaciones anteriores.

Dice usted que no terminamos de asimilar la irracionalidad de una guerra. ¡Ni jamás la asimilaremos! Cuando era chico, y cada vez que rechazaba o menospreciaba algo que a mi padre le parecía una ofensa, me decía patriarcal y sentencioso: “Ya vendrá una guerra”. Para ustedes la guerra fue una salida brutal a la instintividad salvaje del poder; para mi generación la única guerra posible es luchar contra los belicistas que tratan de acabar con el planeta. Ustedes se dejaron arrastrar por la pulsión tanatofílica; nosotros somos cultores de Eros. Es por todo esto que va a ser muy difícil que nos pongamos de

acuerdo sobre la interdeterminación conquistadores-conquistados. Y no es que yo deje de reconocer el supuesto mérito de los conquistadores; pero aquí no se trata de defender a los agresores, sino a los agredidos. ¡Carajo, sólo falta que ahora los latinoamericanos tengamos que pedirles perdón y darles las gracias a los españoles por habernos conquistado! No, querido maestro, es la España actual la que tiene el deber histórico de ofrecer disculpas y desagravios a aquellos pueblos que subyugó y ofendió en virtud de unos ideales tan absurdos como irracionales. Y fíjese bien que no hablo sólo de los latinoamericanos, sino también de árabes y judíos que, tras contribuir al esplendor imperial de España, fueron arrojados de su patria (dije bien: su patria) como apestados. ¿Quién demonios le dijo a los castellanos que eran los únicos españoles? ¿Y qué hay detrás de la exigencia de pureza racial? ¡La nefasta cruz sangrienta del cristianismo!

Permítame, pues, regresar al tema del oscurecimiento de América por España (mejor que descubrimiento, encuentro o conquista) y referirle, apoyado precisamente en algunos de los más preclaros impositores (¿impostores?) de la cruz, las grandes virtudes de eso que la subnormalidad de los Habsburgo se esforzó en llamar población y pacificación de los naturales del Nuevo Mundo.

Sobre la inferioridad natural del indio (este tema, ligado a la denigración del Nuevo Mundo que tanta polémica armó a lo largo de los siglos, lo toco en profundidad en el anexo que le adjunto al final) me limitaré ahora a subrayar algunos escritos que, paradójicamente, provienen de los humildes pastores del Dios cristiano y no de los bárbaros conquistadores. Cuando el obispo Fray Tomás Ortiz ve truncada su ambición de embaucar de forma pacífica a los indios del Río Grande de la Magdalena (Colombia), llega al Consejo de Indias y presenta el humanitario y verídico informe: “Los hombres de tierra firme de Indias comen carne humana y son sodomíticos más que generación alguna. Ninguna justicia hay entre ellos; andan desnudos; no tienen amor ni vergüenza; son como asnos, abobados, alocados, insensatos. Emborráchanse con humo y con ciertas yerbas que los sacan de seso.

Son hechiceros, agoreros, nigrománticos. Son cobardes como liebres, sucios como puercos; comen piojos, arañas y gusanos crudos; son sin barbas y si algunas les nacen, se las arrancan”.

A esta letanía de florilegios, por si no fuera suficiente, se le une la del padre de los cronistas del Nuevo Reino de Granada, el franciscano Pedro Simón, que razona doctamente: “Que los indios son asnos, no se discute. Y no está mal que así sea, por lo que experimentamos de ellos: según Berchoreo, asno se dice y deriva de la palabra sinos, que quiere decir sin sentido, y los indios están sin él, según son de obedientes a la carga; pues son tan sumisos a todos los que se quieren servir de ellos, que parecen insensibles”.

Estas citas estoy seguro que no serán de su agrado y, en el mejor de los casos, las considerará anacrónicas y fuera de contexto. Pero se admiraría usted si oyera las tesis de algunos antropólogos y etnólogos gringos (también hay un par de pendejos españoles que los siguen) que sostienen que la antropofagia en México (y en general en toda América) no era ritual, sino que obedecía a una terrible escasez de proteínas. ¡Qué desconocimiento de la flora y la fauna de América a la llegada de los españoles!

Pero para no caer en lo que usted llama exacerbaciones viscerales, oigamos lo que el sabio humanista Juan Ginés de Sepúlveda, gran amigo y admirador del héroe Cortés, nos dice en su opúsculo “Democrates alter”:

“Con perfecto derecho, los españoles ejercen dominio sobre estos bárbaros del Nuevo Mundo... los cuales en prudencia, inteligencia y en toda clase de virtudes y sentimientos humanos son tan inferiores a los españoles como lo son los niños respecto a los adultos y las mujeres de los hombres. Los indios son esclavos por naturaleza”.

Lo que más sorprende de todo este despropósito uniformador euro-céntrico, es que el indio haya servido para justificar la bajeza pasional con que se enfrentaron dominicos y franciscanos. Los dominicos, enemigos declarados de Cortés (hasta el grado de que el inquisidor dominico Vicente de Santa María mandó a la hoguera

en 1528 a dos partidarios del conquistador), sólo tienen a su favor la honrosa, aunque cuestionable, excepción del padre Las Casas, que, si bien polemizó a favor de la racionalidad del indio condenando los bárbaros excesos de los conquistadores, incurrió en una imperdonable absurdidad al llenar de alabanzas al rey en cuyo nombre conquistaban. Como grupo, los dominicos desempeñaron un papel nefasto en la denigración de los indios; bástenos recordar las calumnias de Fray Tomás Ortiz, secundadas por el primer provincial de los dominicos Domingo de Betanzos, que veía a los nativos como bestias y no como hombres. Los franciscanos, más humildes y ascéticos, siguieron desde el principio los métodos misionales del piadoso Pedro de Gante y sus dos compañeros: Juan de Aora y Juan de Tecto (maestro de teología en la Sorbona durante catorce años). El padre Gante consideraba que los indios eran seres tan racionales como los europeos, aptos para todo; y sostenía que la costumbre, y no su naturaleza, los había hecho serviles, porque fueron educados por el miedo, no por el amor.

Por supuesto, ni Gante, ni Aora, ni Tecto eran españoles. Basta comparar sus opiniones con las de los doce franciscanos que acompañaron a Gante a México para ver la diferencia de enfoque que inclina tendenciosamente el fiel de la balanza hacia lo hispánico. Así, Motolinía (Fray Toribio de Benavente) llegó a sostener que Tenochtitlan cayó como castigo de Dios por sus pecados y abominaciones paganas (¡he aquí la identificación del perdedor con el diablo!). El celo del humilde fraile (Motolinía en náhuatl significa pobre) llegó al grado de aconsejarle al rey que de ninguna manera se permitiera a los indios montar a caballo, ni portar arma, ni hacer cosas que los pusieran en el mismo nivel que los españoles. Y de este racismo brutal nadie se salva, ni el erasmista Francisco de Vitoria, que desde su cátedra de teología en la Universidad de Salamanca se esforzaba por demostrar que la inferioridad del indio se debía al medio y no a la herencia genética; ni el paternal Vasco de Quiroga, que a pesar de toda su bondad utópica sostenía con fervor que había que obligar a trabajar al indio para

corregirle su natural pereza; ni qué decir del pirómano Zumárraga (recuérdese nada más la quemazón de códices y del tlatoani de Texcoco, así como la destrucción de más de quinientos templos y veinte mil ídolos sólo en México, Texcoco y Huejotzingo), que alabó como virtudes la pobreza y maleabilidad de los indios, pero sin dejar de apoyar a la encomienda y teniendo él mismo esclavos negros e indios.

Antes de pasar a enumerarle algunos datos y cifras que justifican el porqué no se puede hacer borrón y cuenta nueva de una subyugación tan grave, permítame detenerme un minuto en dibujarle a grandes rasgos el perfil histórico de esos frailes que de buenas a primeras se convertían en árbitros de lo que debía y no debía ser aceptado como humano. En la *Americana Thebaida*, fray Matías de Escobar nos dice que el negro hábito vestido por fray Juan Bautista de Moya no tenía costura ni pliegue donde no se viera multitud de liendres; y si el venerable fraile llegó a lavarse fue sólo en el sagrado mar de la penitencia. Asimismo, el padre Grijalba cuenta que fray Francisco de la Cruz desde el día que tomó el hábito, se ciñó al cuerpo un rallo y se vistió un jubón de cerdas, sin quitarse ni el uno ni el otro por todos los días de su vida. Fray Martín de Valencia, para suprimir el placer gustativo de los alimentos, les echaba un puñado de ceniza que traía siempre consigo en su mugroso hábito. Pero el colmo de los colmos es el sadomasoquismo a que se sometían estos locos que se atrevían a tener a los civilizados indios por bestias. Según Matías de Escobar, la sangre vertida por fray Francisco de Villafuerte en su autoflagelación a campo abierto teñía de púrpura las zarzas y los abrojos del monte. Fray Tomás del Rosario, dominico fundador de la cofradía del Santísimo Rosario, se azotaba con una cadena de hierro muy áspera y con un cincho picado como rallador. Burgoa nos dice que el dominico de Oaxaca, Martín de Allende, dejaba tales charcos de sangre al azotarse que era necesario ocupar a los versicularios en lavar los ladrillos. En fin, échele otro vistazo a *La herencia medieval de México*, de Weckmann, y verá las aberraciones en que incurrían estos ¿hombres? que venían a desbestializar al indio en nombre de un dios que permitía tales barbaridades.

Habla usted de la nueva sangre y vitalidad que trajeron los jóvenes conquistadores, pero no dice nada del brutal exterminio y esclavitud de la población indígena. Ahí le van algunos datos para que no haya dudas: Motolinía nos dice, sin que pueda ser acusado de excesividad, que millones de indios murieron debido a enfermedades, hambre y trabajo brutal en favor de encomenderos, el gobierno y los propios frailes. Gibson, en su conocida obra *Los aztecas bajo el dominio español*, calcula que de una población de veinticinco millones en 1519, sólo quedaban unos seis millones hacia 1550.

Cabe, pues, hablar aquí de un espantoso genocidio, y no debido a un supuesto castigo divino como pretendían los frailes, sino a la brutalidad y salvajismo de los conquistadores. Repárese nada más en las bárbaras ejecuciones, ordenadas por Cortés, de Cuauhtémoc, Cuitláhuac y Coanacochtzin, Nezahualquetantzin y Xicoténcatl el joven. Todos estos reyes y principales fueron ahorcados y torturados con alevosa ofensa a su condición de nobles y guerreros. Pero no sólo le gustaba al gran conquistador disponer de la horca para quitar de en medio a los señores naturales de estas tierras, sino que también gastaba de oír el seco crujimiento que producían los huesos de los infelices al resquebrajarse por medio del garrote vil. En vísperas de la Noche Triste, Cortés impuso este horrible y ofrendoso castigo a Cacama, rey de Texcoco, y a los señores de Tlatelolco y Tacuba. Y para no dejar de poner en uso toda la gama de monstruosidades de que se enorgullecía el celo religioso hispánico, como castigo por el ataque sufrido en la guarnición de Nautla, el propio Cortés mandó a la hoguera a Cuauhpopoca, sobrino de Moctezuma, a su hijo y a otros quince principales.

Y espere tantito que aún falta más (¡y no estamos en Televisa!). ¿Qué me dice del aperreamiento con los temibles alanos, cruza de dogo y mastín? El Tonatiuh español —Alvarado— se dio gusto masacrando indios. Pero el colmo de la crueldad lo alcanzó al deleitarse viendo cómo los terribles perros despedazaban a los indios, como fue el caso de los seis señores de Cholula que mandó aperrear ata-

dos a una cadena. Herrera nos dice a vuelapluma que Gaspar de Pacheco fue a Oaxaca en 1527 en misión de pacificación, para la cual utilizó contra los mixes unos perros de presa tan feroces que no encontraban indio a quien no matasen y devorasen inmediatamente. ¿Se acuerda que una vez me habló con entusiasmo de las proezas de Leoncico, el perro-soldado de Núñez de Balboa?

También se refiere usted al entrecruzamiento pleno de hispanos con indios. Las Casas, Motolinía y otros misioneros no se cansan de criticar la actitud de los españoles que usaban y despreciaban a las hijas que los principales indios les daban por esposas. Los mestizos eran casi siempre ilegítimos, al grado de que hacia 1550 la palabra “bastardo” era sinónimo de “mestizo”. Fue el propio Cortés (¡para no infringir la norma!) el que dio el ejemplo al tener dos hijos ilegítimos (ésos deben ser sólo la punta visible del *iceberg*): Martín con la Malinche y Leonor con una hija de Moctezuma bautizada como Isabel.

Y ya para completar el cuadro, veamos el eufemismo que se usó en México para encubrir la forma más antigua de denigración del hombre por el hombre: la esclavitud. Son tan abundantes las referencias que tengo sobre el tema, que de antemano le pido perdón por el fatigoso cúmulo de datos.

Varios investigadores concuerdan en que para establecer el repartimiento-encomienda (que es la forma que va a tomar en el Nuevo Mundo la esclavitud), Cortés se basó en una variante de instituciones anteriores usadas en la Extremadura y Andalucía feudales. Hasta que Las Casas (que fue encomendero en Cuba, donde vio el exterminio de los nativos por parte de los encomenderos) consiguió convencer a Gattinara para que éste, en tanto que primer ministro, moviera al emperador Carlos I a dictar las leyes contra la encomienda, los encomenderos cometieron en el Nuevo Mundo toda la variedad de crímenes y abusos que lleva consigo la forma más brutal de esclavitud. Como muestra, y para no incurrir en detalles y abundancias que usted consideraría motivados por el resentimiento, le mencionaré que nada más para mantener los trescientos noventa

y cinco esclavos de las minas de oro que Cortés tenía en Tehuantepec, el marqués tenía una encomienda de indios que cada cincuenta días le enviaba tres mil mantas de algodón, ochocientos guajolotes y ochocientas gallinas, más ochenta cargas de sal y otras tantas de pescado. Claro, comparada con los casi cincuenta mil indios que el gran conquistador recibió con el Marquesado del Valle de Oaxaca, la encomienda de Tehuantepec no deja de ser una propina.

Sé que intentará refutar tales aserciones con citas como ésta que entresaco de la desabrida obra de Peggy K. Liss, *Orígenes de la nacionalidad mexicana*: “Podemos considerar que los encomenderos eran empresarios que empleaban a otros españoles como administradores, y que vivían de la riqueza que generaban las encomiendas”. Pero no se deje engañar con tales disparates; escuche nada más lo que el oidor Salmerón le escribía al rey: “No podéis imaginar la avaricia, desorden y pereza de los españoles en este país. Los que tienen encomienda sólo piensan en sacar de ellas el mayor provecho posible sin importarles nada el bienestar o la instrucción religiosa de los indios. Aquéllos que no tienen nada se quejan impudentemente y nos piden algo con qué vivir. Si les contestamos que son jóvenes y capaces de trabajar, responden arrogantemente que tomaron parte en tal o cual conquista”.

Usted se ha referido en múltiples ocasiones a la teoría de las determinaciones enraizada en Spinoza y Fichte. Pues bien, si lo determinante y lo determinado conforman siempre una totalidad, es evidente que donde hay individuos esclavizados tiene que haber individuos esclavizantes. ¿Y qué es lo que hacen las partes esclavizadoras mientras las partes esclavizadas trabajan como bestias? Pues devienen en la ociosidad y la decadencia propias de los excesos viciantes. Usted habla de magnificencia, esplendidez y largueza del conquistador. Todo eso no es más que pura fantasmagoría; un disfraz para ocultar un pasado miserable. En el Nuevo Mundo cualquier plebeyo y villano, por ser español, se creía Señor. De ahí el uso abusivo del don por parte de los indianos; abuso muy criticado en la Península

y del que hicieron escarnio en sus obras Quevedo, Lope y Cervantes. La pretensión de hidalguía y nobleza por parte de los conquistadores llegó a ser tan desmedida que Las Casas, Motolinía y otros frailes no cesaron de reclamarles su pasado andrajoso y hambreado. En el colmo de su paciencia, fray Jerónimo de Mendieta declaró enfático: “Todos los españoles, hasta el más vil y desventurado, quieren ser señores y vivir por sí, y no servir a nadie sino ser servidos”.

¿Servidumbre o esclavitud? Las Casas sostiene que hacia 1550 habían sido enviados al Nuevo Mundo más de cien mil esclavos negros. Y de esta esclavización no se salva nadie; ni el propio Las Casas, cuando tuvo su encomienda en el Caribe, ni Zumárraga, ni Quiroga, que si bien se oponían a la esclavitud de los indios, consideraban válida la esclavitud de los negros. Para que vea que también a los negros tienen que pedirles perdón los españoles, escuche este decreto real del 17 de diciembre de 1541 que sostiene: “...Que los negros son muy perjudiciales para las poblaciones indias, que fomentan e incitan al vicio y a las malas costumbres, que dañan al tesoro real y que hacen otras cosas malas... ”.

Y yo me pregunto, querido maestro, ¿para qué carajo sacaron los españoles a los negros de su patria africana? Y si los indios eran bestias e idólatras, ¿por qué demonios no los dejaron vivir en su tierra y a su gusto? La respuesta es sencilla: por la pulsión egocéntrica de los conquistadores, por la pulsión egocéntrica del rey y por la pulsión egocéntrica del Papa católico. Porque, ni duda nos puede caber al respecto, las leyes y decretos que el rey de España dictó contra los encomenderos no fueron más que para darles a entender que su cesárea majestad nada más estaba dispuesta a compartir el poder con Dios: rey y Dios, los auténticos encomenderos del Nuevo Mundo. ¿Cómo la ve?

Por todo lo expuesto, comprenderá que es imposible que los países de América Latina vean la celebración del quinto centenario (del oscurecimiento de América) con el mismo espíritu de festejación que los peninsulares. Es indispensable que el gobierno español, a todos

los niveles, reconozca y promueva la autenticación del legado pre-hispánico para que la Latinoamérica actual sea una totalidad pleni-ficada y no el resultado de una imposición brutal y genocida de una parte sobre otras. Sólo así, los latinoamericanos podremos aceptar lo español como una complementación sublimadora y no, como hasta ahora ha sido, como una arrogante subyugación.

Creo, también, que sería muy pertinente que echáramos un vistazo a la realidad económica, política y racial de la España que conquistó al Nuevo Mundo, para que veamos que no sólo hay que corregir los errores cometidos con los naturales del Nuevo Mundo, sino también con las partes determinadas que en un tiempo fueron determinantes en la conformación de la totalidad hispánica.

Bueno, maestro, esto es todo lo que tengo que decirle por el momento. Espero que estemos de acuerdo en lo fundamental: desmitificar y desmistificar nuestro pasado para lograr un presente total.

Anexo

(Para evitar la caída en esa forma de resentimiento histórico que usted tanto reprueba, le recomiendo que antes de acometer la lectura de las páginas siguientes abra un paréntesis descansante de tres o cuatro horas).

No se trata, querido maestro, de rehacer el cuerpo de la historia, tarea por lo demás desproporcionada y quimérica, sino de poner al descubierto la bajeza pasional y pseudocientífica de que se sirvió Occidente para justificar su brutal imposición en el Nuevo Mundo. Repito: no se está cuestionando aquí la superioridad del Occidente conquistador, sino la forma deleznable y denigrante en que dicho sometimiento se llevó a cabo.

Sí, ya sé que la Historia la hacen los vencedores; pero los vencedores de hoy pueden ser los vencidos de mañana. En su *Política*, Aristóteles decía que los habitantes de los países fríos de Europa eran

impulsivos pero de poca inteligencia y de escasa capacidad organizativa; y que, por el contrario, los pueblos de Asia eran inteligentes e ingeniosos, pero faltos de brío. Los griegos, en cambio, eran al mismo tiempo valerosos, inteligentes y capaces de los mejores gobiernos. Continuando la moda geográfica de su tiempo, Estrabón sostenía que donde el clima era frío y severo los pueblos eran guerreros, y donde el clima era benigno los pueblos eran pacíficos. Quién iba a decir, dos mil años después, que las bárbaras mentalidades frías terminarían sojuzgando a las ingeniosas mentalidades calientes.

Oviedo refiere que cuando Colón le comunicó a la reina Isabel que en el Nuevo Mundo los árboles no echaban raíces profundas porque llovía mucho y la tierra estaba podrida, la reina católica se limitó a decirle que en una tierra donde los árboles no se arraigan, poca verdad y menos constancia habrá en los hombres. Se ve, pues, que desde el principio el Nuevo Mundo estaba en una relación de inferioridad total (tanto climática, como vegetal, animal y humana) con respecto al Viejo Mundo, ya consagrado. Pero lo más curioso e irónico es que el Nuevo Mundo, que surge atentando contra la Iglesia y el dogma escolástico que consideran todo ya establecido e inmutable, supone un aliciente extraordinario para la Contrarreforma. Como muy bien lo señaló fray Jerónimo de Mendieta, la conquista de América era un acontecimiento ordenado por Dios a fin de que se restaurase y recompensase la Iglesia católica del daño tan grande que el maldito Lutero había causado a la cristiandad.

El Nuevo Mundo no fue para Europa el paraíso recobrado, sino el campo de experimentación propicio para liberar al Viejo Mundo de la noche medieval: con la sangre, el oro y el sufrimiento del Nuevo Mundo, cimentó Europa los desatinos de su modernidad.

Pero pasemos de una vez al recuento de las lindezas que la intelectualidad europea descubrió en el Nuevo Mundo.

No todos los europeos llevan en la sangre el afán de conquista y sojuzgamiento, pero la gran mayoría lo mamó en el seno de una cultura egocéntrica y racista. Digo esto para evitar falsos ensalzamien-

tos de personajes tipo Las Casas y Vasco de Quiroga, que, como muy bien señaló el liberal independentista José María Luis Mora, fueron en gran medida culpables de que sus llamados protectores terminaran por hacer ver al indio como un ser débil y desvalido, y por ello necesitado de tutela.

La disputa del Nuevo Mundo, de Antonello Gerbi, se inicia prácticamente con las desproporciones y disparates de un hombre miope, paranoico y racista que fue considerado en su tiempo, para desgracia de Europa, como una enciclopedia viviente. Me refiero al inefable Buffon. Para este eurocéntrico irremediable, la inferioridad del Nuevo Mundo no admitía mayor discusión: bastaba ver la geografía, la flora y la fauna, y los propios humanos, para comprender que el Nuevo Mundo era insano, hostil, frígido e inconstante; es decir, una naturaleza que oscilaba entre la inmadurez y la decadencia. La justificación físico-climática de la inferioridad del Nuevo Mundo es inseparable de la justificación natural de la esclavitud que se remonta al cortesano Aristóteles y, a través de Ptolomeo, Tomás de Aquino, Stalin, Franco, Mussolini y Hitler, llega hasta nuestros días en su manera reaganiana.

Se ha dicho hasta el hartazgo que las culturas del norte-frías son superiores a las del sur-calientes; esta constatación en el caso de Latinoamérica lleva implícita una doble negatividad: ¡España, el trópico de Europa, conquistando el trópico americano! Así, el estigma que tienen los españoles para los europeos es inseparable del estigma de los latinoamericanos para España.

Hay, también, una tesis intermedia sustentada por Chateaubriand (que pasa por ser el divulgador en el Viejo Mundo del exotismo patético-religioso americano): en América los hombres son muelles y mezquinos porque la tierra es vigorosa y pródiga.

La insania climática del trópico dará pie en la Península a una absurda justificación de los excesos de los conquistadores: los españoles no eran crueles y sanguinarios cuando salieron de España, sino que se barbarizaron en las tierras americanas. Esta aserción sirvió a

Juan Bautista Terán para estampar la celebrada tropicalización del blanco como un fenómeno de degradación y decadencia. Pero el verdadero profeta de la maldición americana fue Cornelius de Pauw. Para este racista radical: “Los habitantes del Nuevo Mundo son bestias que odian las leyes de la sociedad y los frenos de la educación, viven sin ayudarse los unos a los otros, en un estado de indolencia y de completo envilecimiento. Las indias son todas tan feas que apenas se distinguen de los varones; no tiene, pues, nada de raro que fueran maltratadas por sus hombres y que se entregaran generosamente a los conquistadores. Y los indios americanos son débiles, perezosos, lampiños, impotentes y degenerados”.

Los ataques furibundos de Cornelius de Pauw fueron objeto de inmediata respuesta por parte de espíritus autoculpables como Clavijero y Pernety, que se esforzaron en vano por demostrarle a De Pauw que los indios de América eran tan europeos como los europeos. Lo cierto es que, exceptuando tal vez algunos preclaros fundadores de los Estados Unidos de América como Jefferson y Franklin, nadie —ni siquiera Humboldt— centró la defensa del indio en la autodeterminación de su diferencia, sino que se esforzaron por hacer que el indio fuera admitido en la escala de valores donde el europeo era la perfección.

De la insania climática a la insania económica hay un paso, que supo dar como nadie el fisiócrata Roubaud: “La conquista de América es la más afrentosa de las calamidades que ha sufrido la humanidad”. Y así pasa a enumerar los aportes económicos del Nuevo Mundo al Viejo Mundo: “Las especias nos queman, el té nos reseca, las drogas nos envenenan, la papa es un triste remedio para el hambre, el tabaco es inútil y peligroso, el café es una bebida perniciosa, las piedras preciosas y la cochinilla son refinamientos costosos y frívolos”.

Y, claro, la insania económica conlleva una insania política. Lo que sorprende es que sea un libre pensador como Montesquieu el que con mayor alcance y penetración llega a desarrollar esta tesis

eurocentrista: “En los climas cálidos y muelles, que hacen perezosos y viles a los pueblos, es prácticamente imposible mantener instituciones libres”. ¡Ay, si el aristócrata racionalista saliera de su tumba para ver lo que ha ocurrido con los modelos siberianos!

El colmo del racismo geográfico alcanzó su punto culminante con la discriminación hecha a los criollos por parte de los peninsulares. Resulta increíble que el solo hecho de nacer en el Nuevo Mundo rebajara a los hijos de españoles ante los peninsulares. Hacer una reivindicación del criollo, a la manera del Inca Garcilaso o el padre Feijoo, sería hoy una pretensión anacrónica y gratuita. Pero es innegable que los criollos fueron los primeros habitantes del Nuevo Mundo que se llamaron con orgullo americanos (y mexicanos).

En fin, querido maestro, exceptuando contadísimos casos de america-nofilia, como los de Horace Walpole (que profetizaba una nueva edad augusta al otro lado del Atlántico con un Tucídides en Boston, un Jenofonte en Nueva York, un Virgilio en México y un Newton en Perú); Humboldt (que toda su vida, hasta el momento mismo de su muerte, estuvo clamando por su amado trópico); y del anárquico Whitman (que veía a Europa como un viejo matadero dinástico, teatro de conciliábulos y regicidios que hiede a guerras y a patíbulos; un montón de ruinas feudales, de esqueletos regios, de disfraces desgarrados, de tumbas sacerdotales, de palacios derrumbados y de catedrales que se vienen al suelo); lo cierto es que la mayoría de los hombres ilustres de Europa no dejó pasar la oportunidad de envilecer y denigrar al Nuevo Mundo. Desde Kant, que consideraba a algunas razas americanas como el eslabón más bajo de la humanidad; Hegel, cuyas patrañas ahistóricas sobre el Nuevo Mundo fueron destrozadas por Humboldt; hasta el misántropo Schopenhauer (que tanta guerra sigue dando), que creía ciegamente que los habitantes del Nuevo Mundo eran humanos degenerados y descivilizados, casi todos los grandes pensadores del Viejo Mundo estaban convencidos (¿no sucede hoy lo mismo?) que del trópico no podía provenir más que degeneración e insania.

Y ni qué decir de los intelectuales peninsulares, que aún hoy creen que el emblema de México es un indio tirado bajo un nopal, y que todo para el sur son selvas y pantanos (aunque a decir verdad, gracias a la triste realidad de las dictaduras ya conocen un poco más). Le mencionaré nada más dos casos muy significativos: el de Gasset, que allí donde algunos veían porvenir y futuro él alardeaba de ver primitivismo; y el del Lope de Aguirre de la literatura, el patológico Pío Baroja. En opinión de este vasco cerril y resentido “el hombre americano es cuando mucho un mono que lo único que sabe hacer es imitar: y esos latinoamericanos son unos seres superficiales, sin sustancia, a quienes no se les ve nunca el fondo, tal vez porque bajo la superficie no hay nada; a mí estos hombres sin casta me repugnan, me dan la impresión de esos animales fríos y viscosos que se deslizan entre las manos; son un producto híbrido, una mezcla inmunda, un verdadero asco”.

¿Cuál es la razón de tanto odio y resentimiento? Sólo encuentro una respuesta posible: el temor a lo diverso, la aversión al cambio que Occidente heredó de los griegos.

No ignoro los casos de rousseauianismo sincero y autoculpable (¿quién sería el primer europeo con complejo de culpa?); ni las sátiras mordaces tipo el *Nuevos Diálogos de los muertos*, de Fontenelle, que se divierte poniendo al europeo (Cortés) en ridículo frente al indio (Moctezuma). Pero ya es tiempo de que acabemos de una vez con el mito del salvaje innoble que, luego de hacerse salvaje noble, logra transformarse en un hombre civilizado. ¡A la chingada con este esquema eurocéntrico y uniformador!

¿Cuántas veces me ha dicho usted que es imposible la plenitud de un todo sin la autodeterminación de las partes?

Entonces, maestro, ya es hora de desmistificar la Historia y reivindicar a los vencidos.

¡Mientras no se realice el desagravio perdurará el rencor!

Eugenio.

Después de haber pasado una noche insufrible, primero a causa de una violenta invasión de las hormigas arrieras y después por el zancuderío endemoniado que se metió en la cabaña al dejar la puerta abierta mientras esperaba afuera el paso de las hormigas, llegué ya tarde y medio sonámbulo a la cabaña de don Berna para ver si un buen desayuno me hacía salir del pésimo estado de ánimo que me embargaba. Como don Berna había salido con don Artemidoro a ver a un enfermo, Chedino me ayudó a preparar el desayuno mientras yo le hacía preguntas y le explicaba la razón de mi modorra. Terminando de desayunar me acompañó a dejarle el sobre a don Ramón (por cierto el último que había encontrado sobre el escritorio), y al acercarnos al retiro oímos los habituales pujidos ejercitantes que hacía el viejo celta. Estuvimos un rato inmóviles y silenciosos siguiendo el ritmo entremezclado de golpes secos y pujidos. Chedino, con su imborrable sonrisa de naturaleza incontaminada, se adelantó para introducir el sobre, mientras yo tenía un destello de lucidez crítica que me hacía ver que si no templaba mi voluntad me iba a llevar pronto la chingada. ¿Pero cómo lograrlo? Sentí mi cuerpo, blandengue y perezoso, y en un atisbo de dignidad le dije como si se tratara de una existencia aparte: “¡Ya verás huevón qué chinga te voy a parar subiendo al cerro!”.

Después de que Chedino entregó el sobre nos fuimos caminando en silencio, y cuando ya íbamos a medio camino recordé de pronto que no le habíamos llevado el desayuno a don Ramón. Se lo comuniqué preocupado al muchacho, pero éste, sin dejar de sonreír, me respondió que tempranito ya se lo había llevado su papá. Llegamos a la cabaña y cuando yo aún no decidía si irme a trabajar o largarme de paseo con Chedino, oímos unas voces acercantes que pronto llegaron al borde de la puerta.

—¡Ma! —exclamó Chedino corriendo hacia una mujer de unos cuarenta y tantos años, pero bastante bien conservada—. Mira, éste es don Eugenio.

—Mucho gusto en conocerla, señora —dije pasmado ante la reproducción en femenino de los rasgos romanos de don Artemidoro.

La mujer movió la cabeza a manera de saludo y en seguida le preguntó a Chedino por don Berna. Mientras el muchacho le explicaba a dónde había ido su padre, oí la voz de un hombre desde la puerta y tras la voz apareció un joven de no más de veinticinco años, pero de una altivez y una fortaleza física que me produjeron cierta incomodidad.

—¿Y ese gringo de dónde chingados lo sacaron? —le preguntó a Chedino sin tomarse la menor molestia en saludarme.

—No es gringo, es don Eugenio, aclaró el muchacho.

—Jijóle, pues ya estuvo que llegó don Mario. Se oye chingón, ¿verdad, tía Chona?

La mujer, acostumbrada a hacerse a un lado en cuestiones de hombres, tomó una jícara con agua y salió hacia la parte de atrás de la cabaña. Molesto por la agresividad del recién llegado y por la sensación de impotencia que empezaba a atraparme, crucé la estancia dispuesto a largarme.

—Oye, míster, está a todo dar por acá, ¿verdad? —volvió a la carga el cabrón.

Le eché una mirada de arriba a abajo y sus puntiagudas botas de cuero, el ceñimiento del pantalón vaquero lleno de repujados metálicos y el ancho cinturón con incrustaciones plateadas, haciendo todo ello juego con un aparatoso sombrero de fieltro negro circundado por una vistosa piel de coralillo, me pusieron de inmediato en guardia.

—¿Qué tal fue la pizca en el otro lado?

—A todo dar, míster. A mí los pendejos gringos me la pelan.

—Sí, ya veo. Bueno, con permiso, me voy a trabajar.

—¿Y de qué la haces, míster?

—Con su permiso, doña Chona, al rato regreso —le dije a la mujer que volvía a entrar en la cabaña.

—Espérate, míster. ¿Que no quieres tantita mota? —oí al cabrón cuando ya me alejaba con un nudo de coraje atravesado en la garganta.

Cuando ya estuve en el hongo, intenté distraerme con la lectura, pero todo intento de evasión derivaba siempre hacia la irrespetuosa y arrogante animalidad de ese ¿chinanteco? nortañizado. Qué absurda se veía ahora la defensa a ultranza del indígena que dinamizaba mi polémica con don Ramón. El viejo celta estaba en lo cierto: en cuanto tenía oportunidad el indio renegaba de su condición y se disfrazaba de occidental para aprender los vicios y no las virtudes. Mierda, por culpa de este cabrón la van a pagar todos, me dije sintiendo cómo el complejo de culpa rebotaba contra la diversidad de mi ser dejándome desenergizado y sin argumentos. Pero es que este cabrón más que chinanteco parece costeño, y el hijo de su reputísima madre sabe que le tengo miedo. Joder, y yo que ya creía que todo iba viento en popa. Agarré el libro de Antonello Gerbi que tenía sobre la mesa de trabajo y lo mandé a la chingada con todo y sus indios incomprensidos y desamparados. Me recosté en la cama y dejé que las absurdas manifestaciones del temor se adueñaran por completo de mi mente. Mientras estaba así, con el nostálgico caudal de la memoria abierto al presente, oí clara y distinta una voz que repetía de manera ritual: “Todo esclavo es un tirano en ciernes”. La voz fue subiendo de intensidad haciéndose cada vez más agresiva, y cuando ya estaba a punto de salir de mi mente y materializarse en una forma humana, se hizo un silencio angustioso que, tras el acoso fugaz de naufragantes presagios, fue roto de pronto por unos secos golpes provenientes del inframundo. Agucé el oído y los golpes, ya más fuertes y persistentes, volvieron a resonar en la parte baja. Me levanté, abrí la ventana y vi a Chedino.

—Espera un momento, ahora bajo —le dije para darme tiempo a recomponer la horrorosidad de mi semblante.

En un par de minutos me lavé la cara y me di una peinada. Bajé, abrí y me encontré con una sonrisa que sin saber por qué empezó a desagradarme.

—¿Qué pasa?

—Que dice mi pa que aquí le manda estos sobres.

—No recuerdo habérselos encargado, pero de todos modos dile que gracias.

—Fue don Ramón quien los mandó comprar.

—¿Los trajo tu madre?

—Sí.

—Pues dile que muchas gracias.

Quise cerrar la puerta, pero la sonrisa se me quedó viendo como si quisiera detener el tiempo y magnificar el espacio.

—¿Alguna otra cosa?

—Que dice mi pa que si puede usted ir para allá.

—¿Sucedió algo?

—No, nomás si puede ir usted.

—Está bien, dile que enseguida voy.

—Y dice que lleve usted su ropa de monte.

Desganado al principio, pero más fluido y gozoso conforme veía la perspectiva de ir al monte a sudar toda la negatividad acumulada, me puse mi ropa de caza y fui al encuentro con don Berna.

—Pase, pase —dijo apenas me vio asomar en la puerta de la baña.

—Que me mandó usted llamar.

—Sí, lo quería invitar a que me acompañara a buscar unas yerbitas.

—¿Muy lejos?

—No mucho.

Don Berna le dijo a Chedino que le trajera su machete y un morralito. Doña Chona, que había estado removiendo el contenido de una jarra de barro, tomó un vaso y lo llenó de un líquido turbio. Después de dejar la jarra sobre la mesa vino hacia mí y me ofreció el vaso con una sonrisa que me recordó a Chedino.

—Tenga usted un refresquito para que no se le haga tan dura la subida.

Tomé el vaso medio desconfiado y con aparente desgana di un pequeño trago al contenido. De inmediato me invadió un dulzor puro y profundo que me transmitió la sensación de estar libando la

esencia misma de la vida. Volví a inclinar el vaso y esta vez me dejé llevar hasta un paraje pleno de armonía y regocijo. Al regresar del rápido viaje gustativo, la expresión de felicidad dibujada en mi rostro hizo que la mujer me preguntara con igual dulzura:

—¿Otro poquito?

—Está delicioso, de verdad delicioso.

La mujer me sirvió otro vaso, y don Berna, al ver la medida de mi deleite, le dijo a Chedino que me cortara y limpiara unos trozos de caña para que fuera chupando en el camino.

—¿Es jugo de caña? —pregunté.

—De caña morada —aclaró don Berna.

Salí un rato a la puerta de la cabaña donde Chedino estaba limpiando una caña y me admiré al ver el grueso de la misma, que sobrepasaba el diámetro de mi muñeca.

—Vámonos —dijo don Berna ya listo con su morralito y el rifle en una mano y el machete en la otra.

—Muchas gracias por el jugo, Doña Chona —le dije a la mujer olvidando el malestar que me había producido su actitud ante las impertinencias del norteñizado.

—No tiene por qué darlas, don Eugenio —expresó ya más confiada la mujer.

Cruzamos el potrero comunal donde pacían las vacas y los borregos y tomamos el camino viejo a Usila. Después de una hora de agotadora subida llegamos a lo que parecía ser la parte más enselvada del cerro. Don Berna descolgó del hombro el morralito y el rifle y, luego de apoyarlos en el suelo al lado de dos extraños monolitos de piedra, se fue a un lado de la espesura y regresó con una jícara rebo-sante de agua. Tomé la jícara y me senté a beber.

—Sabe usted, don Berna, en mi vida había bebido agua tan buena como ésta —le dije después de beber más de la mitad del contenido de la jícara de un solo trago.

—Sí, lo creo —dijo don Berna de pie junto a mí—. ¿Ya no quiere usted más?

—No, gracias —expresé mientras masajeaba preocupado mis rodillas.

—¿Le duelen?

—Un poco, es por tanta subida.

—Mire usted, don Eugenio —dijo el hombre tornando serio su semblante—. Yo quisiera pedirle el favor de que no haga caso de Mario.

—¿Y quién es Mario? —interrumpí haciéndome el pendejo.

—Es el que le faltó a usted al respeto esta mañana. Antes no era así tan sinvergüenza e igualado, terminó de echarse a perder desde que se fue a Tijuana con un agente viajero que lo embaucó en el valle.

—No se preocupe, don Berna, ya me di cuenta de que el muchacho está alocado.

—Sí, yo ya lo regañé después de que mi mujer me platicó lo que había pasado. Pero es mejor que usted no le haga caso; ese muchacho no está en juicio.

Al ver que yo no comentaba nada, don Berna rompió el silencio disponiéndose a continuar:

—¿Le seguimos?

—Espere tantito, déjeme tomar aire —dije experimentando un gran desahogo por lo que don Berna me había dicho.

Cuando ya me estaba disponiendo para reanudar la marcha, vimos venir a un anciano que caminaba apoyado en un palo.

—Ahí viene don Artemidoro —dijo don Berna sin expresar sorpresa alguna.

Fijé la vista y acerté a distinguir la plateada cabellera del anciano y los dos puntos de luz que tenía en lugar de sus ojos.

Mientras el viejo se acercaba, le pregunté a don Berna que cómo le hacía don Artemidoro para caminar por esos lugares tan peligrosos, y más en la noche.

—Para ese hombre no hay noche, él vive siempre en el día —expresó don Berna.

—¿Pero cómo le hace para no desbarrancarse o que le muerda una serpiente?

—Ese hombre tiene otros ojos más seguros que los nuestros.

El anciano se detuvo a unos metros de donde estábamos y luego de adelantar el rostro en clara actitud olfativa interrogó:

—¿De paseo?

—Vamos por unas yerbitas —dijo don Berna.

—Ah, bueno. ¿Y cómo le sienta el cerro al señor?

—Está medio duro, pero ahí voy —expresé a la defensiva.

—Sí, su sangre se siente más tibia. ¿Y qué dice don Ramón, ya mero sale?

—Aún le faltan unas semanas.

Increíblemente el viejo pasó ante nosotros y se fue derecho al aguaje. Estuvimos un rato en silencio hasta que después de beber regresó con la jícara llena. Sacó un paliacate del bolsillo y luego de mojarlo en la jícara, lo enrolló y se lo amarró a la frente. El contraste del rojo encendido del paliacate con la blanca gelidez de los ojos me obligó a mirar para otro lado.

—Su respiración se escucha descontrolada —añadió don Artemidoro—. No está usted bien asentado.

—No entiendo lo que quiere decir con eso.

—Es el cigarro y la calor que lo traen a mal paso —terció don Berna.

—Sí —dijo don Artemidoro—, la gente de la ciudad de tanto pensar humilla al cuerpo. Bueno, ya me voy, a ver si en la tarde platicamos.

—Pase usted —le dije al anciano.

Me quedé pasmado viendo la seguridad con que el anciano se encaminaba vereda abajo y me dije que algo tenía que andar muy mal en mi interior para que un hombre como éste se tomara la molestia de señalármelo.

—¿Nos vamos? —preguntó don Berna ya preparado.

Y le seguimos. Curioso y destanteado, no dejé de hacerle preguntas y más preguntas a don Berna mientras me arrastraba tras él resoplando y a tropezones. Y me enteré que don Artemidoro ha-

bía estado en México, hacía más de cuarenta años, trabajando en un serpentario, que tenía ochenta y siete años y que las serpientes no le hacían nada; pronto sentí que se me cortaba la respiración y que el corazón pugnaba por salirse del pecho. Le grité a don Berna, que ya iba distanciado, que esperara un poco y me senté a recuperarme.

—¡Chintete! —exclamó viéndome sudoroso y agotado—. ¿No puede usted dejar de darle vueltas a la cabeza mientras va caminando?

—Disculpe, don Berna, es que estoy aprendiendo muchas cosas que no sabía.

—Cuando se camina en el cerro se ve, se huele y se siente, pero no se piensa.

—Está bien —dije pensando que jamás podría dejar de pensar.

Poco después de reanudar la marcha nos salimos del camino y bajamos por una cañada. Don Berna, agachándose aquí y allá, comenzó a recoger hierbas y a meter los manojos en el morral. Seguimos bajando por la cañada cada vez más húmeda y sombría, y después de la regañada que había recibido no me atreví a preguntarle a don Berna para qué servían las hierbas que recogía. La nube de zancudos que traía a mi alrededor no me dejaba concentrar en el dificultoso descendimiento, de modo que un par de veces resbalé sobre la húmeda hojarasca dando con mi atrofiada corporeidad contra el suelo. Y por si el lastre físico no fuera poca carga, a medida que nos adentramos en la cañada empezó a ocupar mi mente la preocupante posibilidad de ser picado por una mosca de la oncocercosis o mordido por una serpiente. El lugar, lleno de fantásticos líquenes, musgos y helechos que levantaban su majestuosa arborescencia hasta cinco metros de altura, era de una exuberancia incomparable. Toda esta belleza, aunada al canto de los pájaros y la repentina explosión de alegre colorido que ya cerca tomaba la forma de una esplendente mariposa, me hicieron recapacitar un instante que no era justo contaminar tamaña excelsitud con mis temores. Me detuve un rato extasiado, despreocupándome de los zancudos y de toda negativiscencia,

y don Berna, al ver en mi rostro una expresión gozosa, me dijo que lo esperara allí un rato, que enseguida regresaba con las hierbas que le faltaban. Me senté sobre una piedra a esperarlo y, mientras sentía cómo todo mi ser vibraba en armonía con el medio, recordé que el miedo a las serpientes, al igual que el asco hacia las arañas, era algo que la decadente urbanidad de mi madre me había inculcado desde chico, ¿o sería una transmisión placentaria? Lo cierto es que no podía recordar a ningún muchacho de mis años escolares que no tuviera pánico a las serpientes y a las arañas. Pensándolo bien, tal vez estuviera en la raíz de esta fobia el patriarcalismo judeocristiano, que veía en la relación mujer-serpiente la causa de la expulsión del paraíso. Pero, ¿acaso no era este lugar donde yo estaba ahora un paraíso? Se oyó en la distancia la alegría cacareante de una parvada de aves y el silencio inmediato me hizo experimentar una sensación que me retrotrajo a los más intensos momentos de la vivencia en Playa Tortuga. Era increíble que dos espacios tan desiguales pudieran producir esa sensación incompatible de plenitud vivida.

—¿Oyó usted? —preguntó don Berna apareciendo de pronto a un costado.

—Sí, ¿qué son?

—Gallinitas, pero también cantó el faisán más abajo.

—¿El faisán? ¿Y cómo hace?

—Igualito que totola, pero más recio.

—Ah, ustedes le dicen faisán al guajolote silvestre.

—Aquí hay dos clases de faisanes; el faisán real que es de muchos colores, como atigradito y muy grande; y el faisán corriente que es como un guajolote todo negro.

—¿Y esas gallinitas son como perdices?

—Aparte es la perdiz y la codorniz y la chachalaca.

—¿También hay chachalacas?

—A montones.

—¿Ya recogió usted todas las hierbas?

—Ya completé. Cuando usted quiera regresamos.

Me levanté y le indiqué con la mano que pasara adelante.

—¿Quiere usted que regresemos por donde vinimos o quiere ir bordeando cañada abajo?

Dudé un momento y, luego de mirar hacia arriba y pensar en mis rodillas y el esfuerzo que suponía subir de regreso la cañada, le dije que mejor nos fuéramos bordeando cañada abajo. Así es que me fui tras don Berna bajando con sumo cuidado para no desbarrancarme. Volvieron a cantar las gallinitas y don Berna se detuvo a indicarme su localización. Y cuando estábamos en plena concentración auditiva, que se arma un estruendo en la ramazón de unos árboles altísimos que estaban a un lado, y don Berna, alistando su rifle, me dijo que eran faisanes.

—¿Reales o negros? —pregunté emocionado.

Sin decir palabra, don Berna dejó el morral y el machete en el suelo y corrió con el rifle cañada abajo. Lo vi apuntar hacia arriba y al seguir la dirección del cañón del rifle vi un gran bulto negro saltar de rama en rama. Se oyó el tronido del rifle y el bulto negro se vino al suelo. Don Berna corrió hacia él y lo agarró con gran rapidez. Al verlo venir con tamaño animal entre sus manos me poseyó la olvidada euforia de la cacería.

—Faisán negro. Se fue la hembra —dijo don Berna.

—Qué bueno, ¿no?

—Eso, para que abunden.

—Pero aún está vivo —dije viendo el movimiento de los párpados del faisán.

—Este animalito es cabrón para la carrera, vería si no me hubiera tirado sobre él.

El tiro había quedado un poco bajo, de modo que don Berna le torció el cuello al faisán para terminar de matarlo. Nos sentamos a quitarle las plumas y me quedé sorprendido al ver lo gordo que estaba.

—¡Vaya pechugota que tiene!

—Sí, más gordo que el guajolote de rancho.

Mientras limpiaba el faisán, don Berna me explicó qué comían y cuáles eran sus hábitos. Cuando terminó de limpiarlo lo amarró al morral y se lo echó al hombro. Al verlo tan cargado y yo sin llevar nada, sentí vergüenza y le dije que me pasara el morral con el faisán.

—No se preocupe usted —dijo encaminándose—, ya estoy hecho a la carga y al camino. Además, el lugar por donde vamos a regresar es muy resbaloso.

Putá, más que resbaloso parecía deslizoso. Perdí la cuenta de las veces que caí, y ya por último descubrí, enlodado hasta la médula, que era mejor ir rebotando de árbol en árbol. Y así me fui, hasta que en una de esas rebotadas, y ya viendo bastante alejado a don Berna, pisé en falso y me quedé colgado de una rama al borde del barranco. Me llevé un susto mayúsculo y lo más extraño es que don Berna ni se enteró. El hombre con su carga y todo caminaba con una seguridad y una agilidad que contradecía el hecho de que hacía un mes que había cumplido los sesenta años. Lo vi perderse en un recodo de la selva y el pánico, que después del susto ya empezaba a extender sobre mí sus terribles tentáculos, me hizo tirarme hacia el próximo árbol. Fue como el salto de un paracaidista en el vacío. Cuando ya iba en el fugaz descenso vi, en un destello infinitesimal de lucidez, que había saltado sobre las fauces aterciopeladas del infierno. Sentí que dos puntas de fuego se clavaban en mi pierna derecha arrancándome de golpe la fuerza de la vida. Di un grito de dolor que estremeció a toda la sierra chinanteca y caí por el barranco retorciéndome en un estertor de muerte.

Al oír el escándalo que armaba, don Berna regresó en un instante.

—¿Qué le pasó? —gritó mientras trataba de sujetarme.

Al ver que mis manos sujetaban desesperadamente mi pantorrilla derecha, don Berna trató de tranquilizarme.

—No se asuste usted, parece que sólo fue un piquete.

Mientras don Berna me subía la pierna del pantalón para ver la mordida, tendido de espaldas yo sujetaba con fuerza mi cabeza en

un intento irracional por detener la aguda sensación de dolor que se extendía por todo mi cuerpo.

Don Berna, después de ver la herida, sacó un paliacate del bolsillo trasero de su pantalón y lo amarró con fuerza arriba de mi rodilla. Luego se incorporó y con su afilado machete cortó una rama del árbol que yo no había podido alcanzar en mi salto mortal al inframundo.

—Tome, muerda con fuerza que le voy a sangrar la herida —dijo dándome un grueso trozo de la rama.

—¡Espere, espere! —grité tratando de incorporarme.

Don Berna agarró el trozo de rama y me lo metió en la boca.

—No sea necio y muerda.

Sentí la quemante incisión del machete y clavé mis dientes en la rama con una rabia salvaje. Y cuando ya el sabor amargo estaba empezando a aflojar la presión de las mandíbulas, un nuevo corte me hizo morder con tal fuerza que sentí cómo el trozo de rama se partía en mi boca.

—Ya está —dijo don Berna mientras limpiaba el machete y lo dejaba a un lado.

Me semincorporé apoyándome atrás con las manos y vi la cantidad de sangre que manaba de la herida.

—¿Qué hizo usted? —pregunté espantado.

—Una crucecita para que drene la mordida.

—¡Putra madre, más que cruz eso parece todo un calvario!

—Quédese tantito de espaldas.

Me recosté medio molesto, y no bien mi espalda tocó el suelo cuando un apretón bestial me hizo volver como un resorte a la postura en que antes estaba. Miré otra vez la herida, que ahora sangraba en gran cantidad.

—¡Me voy a desangrar!

—Nadie se desangra por una mordedura de víbora.

—¿Y cómo sabe usted que era víbora?

—Porque las víboras nomás dejan la huella de los dos colmillos y las culebras dejan marcados todos sus dientes. ¿La llegó usted a ver?

Reviví por un momento lo sucedido y recordé, en la imagen de la caída, una forma aterciopelada entre dorada y negra.

—Sorda fue —dijo el hombre convencido.

Al oír la palabra “sorda” supe que mi tiempo de vida estaba contado. Comencé a sudar copiosamente y el corazón se aceleró fuera de control.

—¡No nos va a dar tiempo de llegar! —exclamé al borde de la histeria.

—Cálmese, en una hora y media llegamos.

—¡Ya será demasiado tarde!

—Mire, no se descontrolé porque entonces el efecto del veneno es más rápido.

—¡Tengo sed, quiero beber!

—Aguántese tantito, después ya beberá. Ahora trate de levantarse y vea si puede caminar.

Me incorporé lentamente y vi que, a pesar del dolor intenso que sentía en la pantorrilla, sí podía caminar. Don Berna agarró su machete y cortó una rama bastante gruesa y de casi mi estatura.

—Tome, apóyese en el palo.



Y empezó la carrera ¿contra o hacia? la muerte. Al principio las palabras de don Berna diciéndome que no tuviera miedo que él me iba a curar, que no era una mordedura peligrosa, que ya había curado decenas de casos como éste, me infundieron cierto ánimo; pero a medida que transcurría el tiempo me fui separando del presente y, con el piloto automático dirigiendo la dificultosa marcha del cuerpo, mi mente fue invadida por los recuerdos más lejanos de la infancia. “¿Qué le pasó al niño?”. “Se metió en el agua, señora”. “¡Hay que llamar al doctor!”. “¿Es grave, doctor?”. “Bronconeumonía aguda”. “¡Ay, Dios mío, se me muere mi hijo!”. “¿Qué le pasó al niño, Enunciata?”. “Tropezó y cayó, señora”. “¡Ay, Jesús, un día de estos me va a matar

de un susto!”. “¡Joder, con tanta sobreprotección vas a amariconar al niño!”.

—¿Cómo se siente?

—¿Qué?

—¿Está usted bien?

Bien jodido quise decir, pero no tuve más fuerza que para asentir con la cabeza. Miré la pierna y un tabanerío espantoso pugnaba por saciarse con la sangre que escurría de la herida. Al cruzar un arroyito don Berna me lavó la herida y pude ver, ya considerándome desahuciado, la horrible negrura que crecía en torno a la cruz abierta sobre la mordedura de la víbora.

—¿Ya se le durmió la lengua?

—No-sé, es co-mo si...

—¿Todavía ve bien?

—Acuoso, to-do es-tá me-dio tur-bio.

—Ya mero llegamos. Nomás falta esta subidita.

“Morir en la selva a las puertas de siglo XXI. ¿Y qué hacía allá metido? ¿Era guerrillero? ¡Sólo a un loco se le podía ocurrir buscar en ese infierno una forma más plena de vida! Así son los pequeño-burgueses transurbanizados, creen que cuanto más salvaje sea la naturaleza tanto más plena y libre será la vida. ¡Se murió el gringo que subió al cerro! ¿Cuál gringo? Aquél medio pendejo que llegó donde Zenaido. ¿Ya oyites? No, compadre. Que se echaron al güero Membrano allá pal cerro. Emboscada del ejército a una banda de narcotraficantes que asolaban la sierra chinanteca. Muere uno de los más peligrosos maleantes de la región. Sí, ahí donde está esa piedra lo enterraron, no tenía a nadie que lo reclamara. ¿Y el señor gachupín? ¿Don Ramón? Sí, ése, ¿no hizo nada? Mejor se lavó las manos, ya con lo de su mujer había tenido muchos problemas legales”.

—¿Qué le pasó? —oí en otro mundo la voz de una mujer.

—Le mordió una sorda. Ándale, prepárame la lumbre.

—Ay, pobrecito, qué mal se mira.

—Déjate de pendejadas. ¡Apúrale!

Me dejé llevar hasta la hamaca y al acomodarme en ella experimenté la sensación de ir cayendo en un abismo, pero no de manera violenta y fugaz, sino con una lentitud y panoramidad que sólo podrían ser explicadas por el enorme paracaídas que traía en la espalda. Más que un descendimiento parecía un planeaje. Lejanos, de unos puntitos diminutos que se movían en el fondo del abismo, me llegaban unos sonidos extraños que, por momentos, alcanzaban una tonalidad humana. De pronto una forma alada surgió a mi lado y se puso a ejecutar toda una serie de movimientos cuya mecánica yo podía asimilar con una facilidad asombrosa. Comencé, siguiendo a la forma maestra, a jugar majestuosamente con los vientos, poseyéndome una dicha sobrehumana. Oí con mayor intensidad los sonidos emitidos por los puntitos y al acercar mi visión, como si el viento trajera de golpe el llamado, distinguí el pronunciamiento de mi nombre.

—¡Don Eugenio, don Eugenio!

—¿Qué pa-sa?

Me vi en la hamaca, descalzo y frente a una enorme fogata prendida en el piso de la cabaña. Chedino, de pie ante mí, intentaba decirme algo.

—Ten-go sed, da-me a-gua —dije sintiendo que las palabras eran hilos desmadejados de la estopa que tenía en la boca.

Llegó don Berna y me ofreció una botella.

—Échese unos buenos tragos para templarse.

Agarré la botella y al sentir la quemazón del aguardiente empecé a toser sin poder controlarme. Don Berna me calmó golpeándome la espalda y dijo que me sentara en la hamaca con los pies hacia el fuego. Al ver la dificultad con que me movía, el hombre decidió ayudarme.

—Trae las piedras del morral —le dijo a Chedino.

Vi, extrañado, que don Berna le daba repetidos tragos a la botella de aguardiente. Y mientras yo lo miraba entre brumas acuosas y evanescentes, el hombre me echó un chorro de aguardiente sobre la herida y la limpió frotándola con un manojo de hierbas. Me crispé

por el ardor, y cuando ya empezaba a relajarme de nuevo, que va don Berna arrojándose con su boca sobre la herida sin darme tiempo de prepararme. Me agarré con el resto de mis fuerzas a la hamaca y, después de sentir como toda la energía se me iba por la pierna, me dejé caer exhausto. Don Berna escupió con estruendo en el fuego y la llama lanzó un fogonazo. Luego tomó la botella y después de echarse un buen trago me la pasó. El calor del aguardiente templó por momentos mi decaimiento. Entre borracho y alucinado dejé que don Berna me incorporara de nuevo sobre la hamaca y vi cómo doña Chona ponía mi pierna dentro de una cubeta con agua caliente. Al sentir el calor retiré la pierna, pero don Berna agarrándome la pierna me dijo que tenía que aguantar el agua de sal así de caliente. Metí otra vez la pierna y, después de la dolorosa primera impresión, comencé a sentir un alivio extraordinario. A tal grado llegaba la sensación de bienestar que no pude evitar que un chorrito de orín se me saliera caldeándome la entrepierna. Por fortuna, sólo yo noté este efecto de la relajación.

—Mire, ya está drenando —dijo don Berna señalando una sustancia blancuzca que salía de la herida.

Después de que el fuego se hubo convertido en brasas, don Berna puso sobre ellas tres piedras redondas bastante grandes, y sobre las piedras extendió con cuidado las hierbas que fue sacando de los diferentes manojos que traía en el morral. Pronto, al calentarse, las piedras comenzaron a hacer que las hierbas soltaran cantidad de vapor y don Berna me dijo que sacara la pierna de la cubeta y la pusiera encima de las piedras. Para evitar que me cansara, le dijo a Chedino que trajera un banquito para apoyar la pierna.

—¿Cómo se siente?

—Bas-tante me-jor.

—Ahorita sale toda la ponzoña.

Y en efecto, después de tener un rato la pierna con la herida cerca de las piedras, comenzó a escurrir con abundancia un líquido entre blancuzco y sanguinolento, que ya al final se tornó más amarillo.

—Hartito veneno tenía ese animal —dijo don Berna sonriéndome.

—Sí, ya creí que no lo contaba.

—Es que es usted muy atrabancado.

Miré a don Berna y una sensación de total agradecimiento me hizo exclamar desde lo más profundo de mi ser:

—¡Gracias, don Berna!

Don Berna, inmutable, se limitó a echar otro montón de hierbas sobre las piedras.

Después de estar un buen rato sometido al vapor que emanaba de las piedras, don Berna me dijo que ya podía retirar la pierna y descansarla tantito en el piso. Mientras Chedino con sumo cuidado me limpiaba la herida con un algodón (“Tú deberías ser médico”, le dije viendo el amor con que lo hacía), don Berna fue al fogón y regresó con una jarrita de barro llena de un líquido humeante y turbio.

—Tiene que tomárselo todo —dijo entre paternal y autoritario.

—¿Qué es?

—El remedio.

Di un primer trago que me supo a rayos. Al ver la cara de repugnancia que ponía, don Berna insistió en que me lo tenía que tomar todo.

—Si no toma este tecito se le va a pudrir la sangre.

Así que no tuve más alternativa que tomarme toda la maldita infusión. Mientras la bebía a grandes tragos que me llevaban al extremo del vómito, don Berna me untó la herida con una sustancia aceitosa y, luego de echarle unos polvos amarillentos y cubrirla con una venda, me preguntó guaseando:

—¿Prefiere usted que lo llevemos a su casa o quiere seguir en el centro de salud?

Pensé que sería más conveniente recluirme en el hongo, pero el sólo hecho de imaginar la caminata y la subida de la escalera, me decidió a permanecer donde estaba.

—Si no es mucha molestia para ustedes, me gustaría quedarme por el momento aquí.

—Como usted quiera. ¿Tiene hambre?

—No, gracias. Lo que quisiera es dormir.

Recuerdo que doña Chona me cubrió con una cobija antes de que mi mente se entregara a la viciosa dinámica especulante que tanto la cautivaba. Sí, mirándolo bien eran demasiadas las coincidencias. ¿No me había dicho Chedino en la mañana que su padre había salido con don Artemidoro? ¿Cómo explicar entonces la presencia de don Artemidoro en pleno cerro? Además estaba el hecho demasiado casual de que fuéramos a buscar las hierbas que después servirían para curarme. ¿Y cómo demonios explicar que don Berna pasara segundos antes impunemente por el mismo lugar en que estaba la serpiente que a mí me había mordido? Imposible que el animal pasara desapercibido para la visión omniabarcante del sutil curandero chinanteco. Por otra parte, la cortedad de su paso anulaba la posibilidad de que el hombre pasara sobre la serpiente sin pisarla. No quedaba, por tanto, más que una explicación: que todo hubiera sido previamente planeado. ¿Pero con qué fin? Poco a poco se fue diluyendo la absurdidad especulativa para dejar paso a una relajante sensación de nadidad. Sentí que mi totalidad se disgregaba y que cada una de las partes se dividía a su vez en otras más pequeñas, hasta que ya no pude distinguir lo pensante de lo pensado y me dejé llevar por la sublime metarracionalidad del sueño.



El estimulante aroma del café recién hecho, traspasó la tenue barrera del sueño y me condujo de regreso a un espaciotiempo que creía haber abandonado hacía mucho. Dejé que el olfato guiara mi despertar y pronto distinguí, mezclado con el excitante aroma del café, un olor entre picante y dulzón que me trajo a la boca el sabor a huevos rancheros. Dejé ir la audición tras el olfato y el crepitante sonido de la manteca, al fundir los sabores del chile, la cebolla y el jitomate con los huevos, me hizo abrir de golpe la visión a una mañana cálida y luminosa.

—¿Cómo amaneció el enfermo? —preguntó don Berna que tra-
jinaba en la lumbre.

—Muy bien, gracias.

—Se pasó usted la noche rugiendo como tigre.

Oí un golpe agudo que me produjo un repentino escalofrío, y al
buscar su procedencia me encontré con la imagen de don Artemi-
doro apoyado sobre su sérpico bastón y con las piernas del pantalón
arremangadas para atraer a los insaciables insectos. Otro golpe seco
y rápido rompió el silencio y dejó sobre el tobillo izquierdo de don
Artemidoro una desagradable mancha de sangre.

—Disculpe, señor —me dijo don Artemidoro con frialdad—,
pero por más que aquí Bernardino dice y cuenta yo no hago juicio de
por qué viene usted sin tener necesidad a sufrir al cerro.

Lo imprevisto de la pregunta y el que fuera hecha por ese ancia-
no misterioso de mirada insostenible, me sacaron de contexto. Traté
de encontrar una respuesta que al mismo tiempo que sirviera para
el anciano, satisficiera también mi propia preocupación, pero siem-
pre llegaba a lo mismo: la razón de mi estancia allí residía en don
Ramón. Por último, y ya después de haber recorrido mentalmente el
paso de la costa a la montaña a través de la catastrófica experiencia
de la ciudad, decidí enfrentar el diálogo sin prejuicios ni temores:

—Y dígame usted, don Artemidoro, ¿acaso en la vida se puede
lograr algo que valga la pena sin sufrir?

—Eso depende, señor. Hay sufrimientos que empequeñecen y
hay otros que engrandecen.

—¿Y cómo puede uno distinguir el sufrimiento que engrandece
del que empequeñece?

—Distinguirlos es fácil; lo que es difícil es evitarlos.

—No entiendo muy bien lo que quiere decir con eso.

—¿Sufrió usted con la mordedura de la sorda?

—La verdad es que sí me dolió mucho.

—¿Y no pudo evitar ese sufrimiento?

—¿Pero cómo?

—Pues no dejándose morder.

—¿Y cómo?

—Sabiendo caminar. ¿O es que cuando usted camina en la ciudad va tropezando con la gente o echándose encima de los carros?

Y la verdad es que siempre que caminaba en la selva iba arrastrando todo a mi paso y enganchándome con cuanta zarza encontraba.

—Bueno —dije sintiéndome al descubierto—, por lo menos ahora sé qué se siente al ser mordido por una serpiente.

—¿Ya no le tiene usted tanto miedo como antes?

Dudé un momento; sentí las punzadas de la herida y reviví todo lo sucedido. No había duda de que el saber y el temer estaban en relación inversa: a mayor conocimiento mayor precaución y, por consiguiente, menos temor.

—La verdad es que sí me siguen dando miedo, pero no tanto como antes.

—Entonces su sufrimiento lo engrandeció.

—Pero es que tal como pone usted las cosas el que no sufre no conoce.

—Conoce, señor, pero no por sí mismo. ¿Por qué no le pregunta usted a don Ramón?

—Don Ramón vive en otro mundo.

—Sólo la gente de la ciudad quiere vivir toda en el mismo mundo.

Con una rapidez endemoniada, que llegó incluso a asustarme, don Artemidoro desprendió su mano derecha del bastón y golpeó con fuerza sus dos tobillos. La sangre que apareció tras los repetidos golpes le dio a las piernas del anciano un cariz de ofrendamiento paganzante.

—¿No tiene hambre? —preguntó don Berna haciendo cambiar mi frecuencia al otro extremo del dial.

—Cantidad.

—¿Puede levantarse?

Hice el intento y al ver lo mucho que me costaba don Berna se acercó a ayudarme. Poco a poco fui recuperando el dominio de mi cuerpo y, apoyado en el bastón que me había cortado don Berna, empecé a caminar cojeando.

Después de desayunar opíparamente, Chedino me acompañó al hongo para que yo le diera el dinero para comprar otra linterna y una lista de cosas que su madre se encargaría de traerme la próxima vez que subiera. Tan pronto como despedí a Chedino, me fui al escritorio dispuesto a escribirle a don Ramón una carta donde le relataría todo lo sucedido, así como el planteamiento de algunas cuestiones que me intrigaban: ¿Quién era en realidad don Artemidoro? ¿Le había mordido alguna vez a don Ramón una serpiente? En fin, que me dijera todo al respecto. Después de emplear una media hora en escribir y borrar lo escrito, llegué a la sana conclusión de que lo mejor era tenderme en la cama a leer. Eché una rápida ojeada al librero de la izquierda y agarré el segundo tomo de *El Virreinato*, de Rubio Mañé, dispuesto a dejarme perder en esa fase de la historia de México que desde la secundaria consideré como la más insulsa e inaportadora.

El mole de faisán que había preparado doña Chona antes de bajar al valle estaba insuperable. Cené una succulenta pechuga y a la mañana siguiente volví a darle duro con las tortillitas recién hechas que Chedino trajo de casa de doña Paula. Estuve un rato platicando con don Berna (don Artemidoro, como siempre, había desaparecido sin dejar rastro) sobre las costumbres de las sordas, hasta que Chedino regresó de llevarle el desayuno a don Ramón con una sorpresa.

—Pa, ahí dejó don Ramón este sobre.

—Es para don Eugenio —dijo don Berna luego de echarle un rápido vistazo—. Dáselo, hijo.

El muchacho me entregó el sobre que, por su grosor, anunciaba el desproporcionado interés que el viejo celta le había dado al tema. Así es que, con el recalentado del molito endulcificándome la panza, me fui al hongo a ver de qué medida era el encabronamiento donramoniano.

Ya instalado, y con el infaltable cigarrillo en la boca, abrí el sobre y me encontré con la sorpresa de que adentro había otros dos sobres marcados con un 1 y un 2. Abrí el primero, que era el menos voluminoso, y leí:

Querido Eugenio:

Cuando ya estaba terminando mi resumen para ubicar históricamente a la España que descubrió al Nuevo Mundo, me llegó tu corrosiva respuesta que, si bien pone de manifiesto una serie de verdades incontrovertibles, no puede evitar una vez más la patológica inclinación hacia lo negativo. Así, por ejemplo, hablas del exterminio de millones de indios dando a entender que fue obra directa de las armas y la codicia de los españoles, cuando en realidad, y como lo señaló el intachable Humboldt, las causas de tales muertes fueron las terribles sequías que asolaron al país en la década de 1540, con la secuela de hambrunas, tifo, fiebre amarilla y sarampión que les siguieron. Criticas también duramente la esclavitud y la denigración de los nativos por los españoles. Por desgracia tienes razón, pero no deja de sorprenderme el hecho de que ataques con tanta saña una injusticia cometida hace ya casi cinco siglos y te olvides de la degradación y sometimiento de tu querida Hispanoamérica actual por parte de los norteamericanos. ¿Acaso eres tú otro de los que hubieran preferido ser conquistados por los protestantes anglosajones? ¿No es una forma brutal de esclavitud la sangría de que es objeto Hispanoamérica por parte de los banqueros estadounidenses? ¿Y qué me dices del trato que dan al mexicano en USA? ¿Hay mucha diferencia entre las expresiones denigrantes que usaban los dominicos, De Pauw o Hegel y las que usan ahora los norteamericanos (como *greaser*, *meskin*, *spic*) para referirse despectivamente a los mexicanos?

La visión resentida y preterizante del árbol te impide ver la actualidad plena y armoniosa del bosque. Por mi propia experiencia puedo decirte que aun cuando oigas en España expresiones en apariencia ofensivas como *manito* o *sudaca*, ningún español actual se

referirá jamás a México o Hispanoamérica con desprecio, racismo u odio. Y si te tomaras la molestia de analizar con frialdad la relación odiante-odiado, verías que es el mexicano y no el español el que tiene que dar el paso —dejando de odiar— para que se logre de una vez esa totalidad potenciadora de lo diverso que los españoles están realizando ya en la Península. En el fondo creo que estamos de acuerdo en este punto: el error de España con Hispanoamérica es el mismo que está cometiendo México con los mexiconorteamericanos (chicanos o mexamericanos).

He notado que tu racismo invertido (esta expresión aplicable a Justo Sierra, Cardoza y Aragón, y, en general, a todos los antiespañoles folclorizantes, significa simple y contundentemente: aborrecer al mestizo para realzar al indio) te ha llevado a usar la expresión “Latinoamérica” en lugar de “Hispanoamérica” o “Iberoamérica”, como si todo lo que tuviera que ver con los españoles te produjera cierta repugnancia. Recuerdo que al sentar la mexicanidad de Juan Ruiz de Alarcón, Henríquez Ureña puso en tela de juicio la noción de raza latina, diciendo que en rigor sólo debía de hablarse de cultura latina, que por lo demás lleva inherente la herencia cultural griega, así como la germánica de la Edad Media. Te digo esto, no con la intención de que dejes de usar la expresión Latinoamérica (que yo mismo he usado y uso en ocasiones), sino para señalarte una fobia bastante difundida que carece de fundamento. Porque, viéndolo bien, la determinación de la América no sajona (ni portuguesa) tiene su raíz en España y no en la Roma Imperial; de modo que, en rigor, somos más hispanos que latinos.

Herder, al sostener que ningún pueblo o cultura es superior a otra, sino que son diferentes, y porque son diferentes persiguen diferentes fines, tiraba por tierra la pretensión uniformadora y unidireccional de la Historia (pretensión que con tanto empeño trata de imponer en nuestros días el Imperio norteamericano). Al analizar los componentes de la unidad natural que es el pueblo, Herder puso la tierra y el idioma por encima de la raza, el color de la piel o la religión. Sé

que esta constatación te parecerá muy cuestionable (ya he notado tu velada defensa del judaísmo), pero, aun a riesgo de pecar de excesivo, me voy a permitir llevar la cuestión hasta el límite y allí donde Herder pone la tierra y el idioma yo pondré la expresión totalizante de cultura. Así, te guste o no, tienes que reconocer que la parte determinante de tu dinámica cultural es de raíz hispanomexicana (con todas las partes determinadas que le quieras añadir) y, por ende, hispanoamericana.

Sostienes, asimismo, que los españoles despreciaron a las mujeres indígenas llegando a identificar la expresión mestizaje con bastardeamiento. Por favor, amigo mío, no seamos ingenuos. ¿Ignoras, acaso, que todo eso sucedió cuando Europa se estaba debatiendo contra el oscurantismo medieval donde los prejuicios raciales y religiosos eran determinantes? Por otra parte, ¿se mezclaron los anglosajones con los nativos de América del Norte, la India, Australia y África del Sur?

Una vez más recurro al maestro Henríquez Ureña, con el que coincidí cuando sostiene: “La conquista española realizó una superposición cultural: mutiló, pero no suprimió las culturas indígenas”. Esta afirmación, que no admite controversia alguna en lo que concierne al arte y el lenguaje (ahí están para confirmarlo expresiones ya españolizadas como: cacao, hule, chocolate, tiza, tomate, etc.), es también aplicable al problema del entrecruzamiento racial. Los españoles no aniquilaron a las razas nativas (cosa que sí hicieron los anglosajones), sino que se mezclaron con ellas. Para probar esta tesis ahí están las dieciséis clasificaciones del mestizaje que figuran en los cuadros del Museo Nacional de México.

Estoy convencido, por mi experiencia vital con personas y animales, que las razas más puras por su tendencia hacia la uniformidad son más débiles e inadaptables. Mientras la ingeniería genética no trate de imponernos monstruosamente una pureza de laboratorio, el futuro será de las descendencias entrecruzadas; y, llegados a este punto, justo es reconocer que la hispanoamericanidad es una de las diversidades raciales más dinámicas y prometedoras.

Esto es todo lo que tenía que decirte, a manera de posdata (aunque lo leas antes), sobre tu última misiva. Lo demás lo hallarás en el segundo sobre.

Ramón



No sé por qué, al terminar de leer esta defensa epistolar de la hispanidad, me vino a la memoria la frase lapidaria con que el peninsular Gasset se había referido al humanismo del mexicano Reyes: “Son gestecillos de aldea”. Por más que se esforzaran en aparentar lo contrario, todos los gachupines eran iguales: para ellos Latinoamérica era una aldea de indios folclóricos semisalvajes. Prendí un cigarrillo y me quedé un largo rato mirando por la ventana para disipar los malos humores que estaban ennubando mi pensamiento. Sentí unas punzadas en la herida y me puse a rascar como loco alrededor del vendaje. Mierda, lo peor de todo es que siempre habría un imperio jodiendo a los latinoamericanos. Nacidos para ser cola de león y no cabeza de ratón. Iba ya a prender otro cigarrillo cuando decidí que era mejor entrarle de una vez al cuerpo del delito. Tomé el segundo sobre y lo rasgué como si tuviera la certeza de que esta acción fuera la respuesta oficial a los agravios hispánicos. Por el grueso del mon-tón de hojas deduje que el viejo celta había vertido allí la indigestión libresca de las últimas semanas.

Querido Eugenio:

Voy a permitirme una excesividad que sé que tu espíritu rebelde e intransigente considerará anacrónica y propia de un profesor trasnochado. Pienso, no obstante, que dicha excesividad contribuirá en gran medida a aclarar el panorama histórico que circunscribe el tema que estamos analizando. De manera que, por un lado te pido paciencia (no suficiencia) a la hora de repasar conmigo la génesis

histórica de Occidente; y por el otro te sugiero que, en lugar de fruncir el ceño y secretar bilis, te tomes la sana molestia de desahogar tus desacuerdos en forma de razonadas réplicas.

Y ya señaladas estas aclaraciones, paso inmediatamente a la exposición de lo que para mí son las demarcaciones determinantes del tema (y no te rías si se trasluce en la forma cierta viciosidad adquirida a lo largo de mis años magisteriales). Ah, y ponte cómodo y relajado porque sería una verdadera pena que no acometieras de un tirón la totalidad del texto.

I

Mi punto de partida o tesis, al que se ciñe de manera ejemplar el entrecruzamiento España-México, es que la Historia es una sucesión crítica de conquistas. Fíjate bien que digo sucesión crítica dando a entender, de acuerdo a la teoría de las determinaciones, que lo que en un corte espaciotemporal específico es determinante, en otro posterior puede ser determinado, y viceversa.

No creo necesario ahondar en el hecho de que España era parte del Imperio romano y que, como tal, le dio al mismo políticos de rango y grandes hombres de letras (entre los que ahora recuerdo: Trajano, Adriano, Teodosio, los Sénecas, Quintiliano, Lucano, Marcial, Prudencio). Pues bien, a la muerte del emperador Teodosio en el año 395 de nuestra era, la autocracia imperial (concentración, militarización y absolutización del poder a la manera oriental) que habían impuesto Diocleciano y Constantino, se desmoronó originando la división del Imperio entre los dos hijos de Teodosio: Honorio se proclamó emperador de Occidente y Arcadio del Oriente. Este hecho llevó al jefe de los visigodos, Alarico, a romper el pacto de amistad precipitándose sobre el Occidente. Las hordas germánicas se extendieron por todo el occidente europeo de manera que, al mismo tiempo que los suevos, los vándalos y los alanos se fijaban en Galicia, Andalucía y Portugal respectivamente, los anglos, los jutos y

los sajones cruzaron el Mar del Norte y ocuparon la Bretaña. Con la temerosa connivencia de Roma, los visigodos entraron en España y, después de aplastar a los suevos, vándalos y alanos, consolidaron el reino visigodo de España.

Sometidos políticamente a los ostrogodos que se habían adueñado de Roma, los visigodos fundaron su capital en Toledo y resistieron los embates de los bizantinos. En el año 587 el rey visigodo Recaredo adoptó como su religión el catolicismo y con ello España entró a formar parte de manera definitiva de la órbita de Roma. El reino visigodo, de cuyo pasado tanto se ufanarían los conquistadores castellanos, subsistió hasta principios del siglo VIII, cuando sucumbieron en la batalla de Guadalete ante el empuje de los musulmanes.

El perfil histórico de Europa hacia el año 800 era, pues, un entrecruzamiento de decadencias y emergencias. Por un lado, los últimos vestigios de la tradición griega se tambaleaban en Bizancio, ya separado de Roma y acosado por los musulmanes. Por el otro, la emergencia de los pueblos germánicos dio lugar a una singular coexistencia de conquistadores y conquistados: los germanos, que admiraban la antigua civilización que habían conquistado, tomaron de Roma el aparato jurídico y administrativo que tan decisivo sería para la constitución de los seudoestados medievales (raíz de los estados modernos); los romanos, conservando la tradición ecuménica imperial en el cuerpo vigoroso de la Iglesia, que elevó la cultura latina a una condición hegemónica, aceptaron la influencia germánica como dinamismo sustentador del Imperio.

Al tiempo que los reinos romanogermánicos orbitaban en torno a la Iglesia de Roma, irrumpió por el Oriente un pueblo que, hasta la llegada de su gran profeta, vivía una vida nómada, politeísta y disgregada en pequeñas tribus que guerreaban sin cesar entre sí a través del desierto de Arabia. Estas tribus, cuya coincidencia era sólo el culto de la Piedra Negra que se veneraba en la Kaaba, fueron galvanizadas con base en la idea de un monoteísmo militante por un hombre que tomó su credo del monoteísmo que practicaban las

comunidades judías y cristianas de Siria y el norte de Arabia, lugares que él visitó en sus años de comerciante. Este hombre, de una inteligencia extraordinaria, comprendió pronto que nada podría hacerse para cambiar el carácter belicoso de los árabes, pero sí se podría encauzar dicha belicosidad en aras de la fe. Cuando en el año 630 La Meca cayó en manos de este hombre, Alá comenzó a ser admitido por todas las tribus como el único dios de los árabes, y él, Mahoma, se autoproclamó como su verdadero profeta. Con la compilación de las enseñanzas del profeta en el Corán (ordenada por el califa Otmán en el año 653), la unidad bélicorreligiosa del pueblo árabe quedó establecida para siempre.

Tras extenderse por todo el Oriente, los árabes entraron en España y, al derrotar a los visigodos, se adueñaron de la Península (cuya capital pasó de Toledo a Córdoba) amenazando la unidad romanogermánica. Fue justo la amenaza árabe la que movió al Papa León III a consolidar la idea de la restauración del Imperio, y para ello nombró emperador, en la navidad del año 800, a Carlomagno, reconociéndolo como brazo armado e hijo predilecto de la Iglesia. Con Carlomagno se dio un curioso fenómeno de transposición: el cristianismo, que hasta entonces sólo había conocido una militancia pacífica y resignada, asimiló el concepto de “guerra santa” de los árabes y se entregó a una conversión beligerante (imponer por la fuerza la fe de los conquistadores), que es el antecedente inmediato de las cruzadas y de la evangelización del Nuevo Mundo.

A partir del 800, el movimiento continuo de emergencias y decadencias, fundamento de la dinámica conquistadora, adquirió de manera ya definida la forma de una doble beligerancia: hacia afuera, invasiones de los árabes, los normandos, los mongoles y los eslavos; hacia adentro, lucha de los reyes entre sí y contra la nobleza, bajo la supervisión interesada de la Iglesia. La defensa contra la depredación y el saqueo característicos de la beligerancia invasora, permitió encaminar los esfuerzos de los reinos romanogermánicos hacia la idea, promovida con astucia por la Iglesia, de las Cruzadas. El esfuer-

zo de los reyes por someter a los señores feudales, que se extendería hasta bien entrado el siglo XIII, permitirá al fin la consolidación de las monarquías, gracias a la alianza de los soberanos con la nueva clase emergente: la burguesía.

Mientras el poder imperial pasaba de la dinastía carolingia a la casa de Sajonia con la coronación de Otón I el Grande como emperador del Santo Imperio Romanogermánico, en la Península Ibérica empezaban a consolidarse, reconquistando el terreno arrebatado por los musulmanes, los reinos de Castilla, Aragón y Portugal. Esta reconquista, que había partido del pequeño reino asturleonés, alcanzó en el siglo XIII uno de sus puntos culminantes cuando Alfonso VIII de Castilla derrotó a los musulmanes en las Navas de Tolosa, y Jaime I de Aragón los expulsó de las Islas Baleares y de Valencia. Como consecuencia del empuje cristiano, los musulmanes terminaron siendo relegados al pequeño reino de Granada.

Como verás, Eugenio, la Historia no sólo es una sucesión crítica de conquistas de un país, raza o cultura, por otros, sino también, y dentro del mismo país, raza o cultura, de unos grupos sociales por otros. Y esto, justamente, fue lo que caracterizó al período de la Reconquista. Los nobles, conscientes del importante papel desempeñado en la expulsión de los musulmanes, comenzaron a exigir mayor autonomía e independencia con relación al rey. De ahí la serie interminable de conflictos y guerras intestinas que pospusieron por espacio de varios siglos la concentración del poder en una monarquía nacional indiscutible. El ejemplo más doloroso de este caos, que anuncia el fin de la noche medieval en la Península, fue el humillante fracaso de Alfonso X el Sabio, hombre de gran talento y valía que no pudo evitar, no obstante la promulgación de las célebres *Partidas*, el derrocamiento, la guerra civil y el retardatario triunfo de los nobles. Tendrían que transcurrir más de dos siglos para que la unión de Isabel de Castilla con Fernando de Aragón, respaldados por la pujante burguesía que también sufría el yugo impositivo de la nobleza, hiciera posible el fin de las guerras intestinas con la consolidación de un Estado nacional fuerte y centralizado.

Por lo hasta aquí expuesto, se hace claro que la diversidad, para que sea equilibrada y válida, tiene que cuidarse de la fragmentación y el desorden consecuentes, de lo contrario no hay más opción que la consolidación de una unidad que, si bien uniforme, también termina con la anarquía. Asimismo, y esto es muy significativo para un anárquico de corazón y cerebro como tú, hay que tener presente que la tendencia natural de las partes que se confrontan y contraponen es imponerse a las demás. Esto, que es una constante histórica, adquiere extraordinaria relevancia en el momento trascendental que nos ocupa. De manera que vamos a ver cómo se confrontan, en una conflictividad inherente a la dinámica consolidadora de un Imperio Universal, lo rural y lo urbano, montaña y mar, burguesía y nobleza, norte y sur, católicos y protestantes y, por último, Mediterráneo y Atlántico.

Se ha dicho hasta la saciedad que Fernando e Isabel formaban una casi perfecta unidad de lo diverso; de manera que más que de determinación de una parte sobre la otra, habría que hablar aquí de interdeterminación armoniosa de las partes. Lo cierto es que tanto Isabel como Fernando no hicieron otra cosa que sublimar las pulsiones características de los respectivos reinos que heredaron. Así, Fernando, deslumbrado por el comercio aragonés con el mundo Mediterráneo, cometerá el error histórico de centrarse en la conflictiva Italia para, como con sutileza señaló Carlos Pereyra, volverse de espaldas al verdadero futuro de España: África y América. Por su parte, Isabel, que había tenido la oportunidad de escoger marido entre Portugal (Atlántico) y Aragón (Mediterráneo), al inclinarse por Fernando encamina la beligerancia de la nobleza castellana hacia el Mediterráneo (aunque el destino le depare el dominio del Atlántico) y con ello asesta un fuerte golpe a la burguesía catalana, que de manera tan proverbial les había servido en la unificación de España.

El triunfo de lo bélico sobre lo comercial (Castilla sobre Aragón) señala el ocaso de la esplendente Barcelona que sucumbe por: a) haber prosperado con mucha rapidez sin el necesario respaldo finan-

ciero; b) el hecho de ser un Estado dentro de otro Estado; y c) por el centralismo castellano (económico, político y lingüístico) propiciado por las nuevas rutas comerciales y de trashumancia que seguían el camino de la Reconquista.

Este triunfo de lo bélico sobre lo comercial, si bien será contrarrestado en parte por el centralizante espíritu burocrático-justicialista, va a marcar de manera fatal el modo de ser de los conquistadores del Nuevo Mundo, haciendo que los resabios de nobleza de los castellanos difundan por doquier la aversión y el desprecio por el trabajo manual y los negocios, que ahora quedan definitivamente en manos de conversos árabes y judíos.

Hay una serie de historiadores que consideran que con la expulsión de los judíos en 1492 y con la represión de la revuelta de los Comuneros en 1521, España perdió su burguesía. Siguiendo a Alfred von Martin, que en su obra *Sociología del Renacimiento* sostiene que el Renacimiento corresponde a la coronación del orden burgués, podríamos llegar incluso a la tesis en extremo aventurada de que al perder su burguesía España se quedó fuera del Renacimiento. Sin embargo, el incansable Braudel no está de acuerdo con esta tesis. Para él en España no llegó a desarrollarse nunca una vigorosa burguesía (una de las causas sería el nocivo capitalismo internacional que desangró a la Península). Y ya que mencionamos el tema de la expulsión de árabes y judíos que a ti tanto te enfurece, me voy a permitir citar un pequeño pasaje de Braudel (que podrá ser acusado de todo menos de antisemita y racista) donde hace énfasis en el punto medular del problema: "La Península, para volver a ser Europa, se ha tenido que convertir en Cristiandad militante; y para ello, ha debido comenzar por quitarse de encima esas dos religiones, la musulmana y la hebrea, que le están estorbando".

Pero retomemos el cauce central de esta disertación en aras de una interrelación que aclare lo disperso. Cuando Carlos de Gante es nombrado emperador, logrando hacer realidad el sueño del desventurado Alfonso X, España gira hacia el Norte y se vuelve definitiva-

mente europea. Este giro, que tiene como fundamento la histórica afinidad de los pueblos germano e hispano, va a acercar a España al sueño erasmista de la monarquía universal, y con ello la va a precipitar también de manera acelerada en la inexorable decadencia propia de los imperios que absolutizan sus destinos. Porque lo cierto es que Carlos V de Alemania y I de España, nunca tuvo en Alemania un sólido apoyo y sólo empezó a ser español al final de sus días cuando, achacoso y místico, empleaba su tiempo combatiendo al tiempo mientras armaba y desarmaba relojes. Ante el rechazo de los castellanos que se sentían ofendidos en su orgullo hispánico, y como consecuencia de la ofensiva de Lutero en 1521 y de la renuncia a favor de su hermano Fernando en 1522, el emperador Carlos se alejó de Alemania y España para centrarse en Italia y en sus queridos Países Bajos, sustentación y ruina del Imperio.

Cuando Felipe II sucede a su padre Carlos, el Imperio español alcanza toda la magnitud que precede a la caída. El Sur desplaza al Norte y la hispanización de Europa va seguida de la castellanización total de España. La pregunta que cabría hacer aquí es la siguiente: ¿Es Felipe II el promotor de la decadencia de España o, por el contrario, no es más que una simple etapa en la dinámica emergente-decadente inseparable de todo imperio?

Hay que coincidir, si bien parcialmente, con Braudel cuando sostiene que Felipe II no crea la dinámica decadente, sino que es arrastrado por ella. ¿Y cuáles son las partes sustentadoras de esta dinámica?: a) la muerte de María Tudor y el distanciamiento y la posterior guerra contra Inglaterra; b) el doble frente de lucha contra los turcos y los protestantes; c) la burocracia deficitaria que convirtió a España en las Indias de Europa: huida constante de divisas en una economía neta de importación-consumo; y d) el hecho de que el Estado se haya convertido en el principal empresario, impidiendo el desarrollo de una clase empresarial nacional y compitiendo absurdamente con los astutos y usureros banqueros judíos (ojo a todo este apartado por su actualidad).

Por lo hasta aquí expuesto, querido Eugenio, se ve con meridiana claridad que la España que descubrió, conquistó o pacificó (como prefieras llamarle) el Nuevo Mundo, era una entidad geopolítica sumida por completo en la conflictividad histórica que tiene por raíz la dinámica emergencia-decadencia (conquistante-conquistado). La llegada al Nuevo Mundo fue, pues, parte de un proceso histórico global y como tal hay que entenderlo: hubo beneficios, pero también daños irreparables: como la brutal deforestación de la Península y de Europa para la madera de las naves, la subida general de precios por la afluencia del oro y la plata americanos, y, como muy bien señaló Rodolfo Puiggrós, tal vez la peor consecuencia fue que, con la quimera del oro americano, España frustró su avance hacia el capitalismo y la modernidad.

II

Visto ya, si bien a grandes rasgos, el devenir sociopolítico de la Europa que descubrió y le dio su impronta al Nuevo Mundo, pasemos ahora a la determinación cultural. Recuerdo que en mis días de estudiante en la Facultad de Filosofía de Santiago de Compostela, un maestro muy querido por nosotros y que se apellidaba Cambón, nos repetía incesantemente en sus clases de Estética la célebre declaración metodológica “no se puede entender una obra de arte si no se comprende el conjunto histórico de su producción” con que Taine abría su hoy olvidada *Filosofía del arte*. Fue la lectura de este libro la que me hizo ver con claridad y distinción (como quería Bacon, Francis, no Roger) la acción determinante de lo económico-político sobre lo cultural; determinación que veinticinco años más tarde elevarían a un firmamento oscuro y tormentoso los inquisidores del marxismo. Pues bien, la Historia, que además de ser un cúmulo de excesos viciantes es también la maestra más crítica e intransigente, nos demuestra que la emergencia-decadencia económico-política lleva inherente la emergencia-decadencia de la determinación cultural.

Nebrija, en el prólogo a su precursora *Gramática de la lengua castellana*, decía que la lengua era compañera del Imperio. Yo me atrevería, con Herder, a ir más lejos: la lengua es la sublimación de todas las determinaciones. De manera que cuando hablemos de emergencia de un imperio, veremos brillar su cultura y cuando el imperio entre en decadencia su cultura se opacará.

Por ser el español una ramificación del latín vulgar introducido por los romanos en la Península, la cultura hispánica surgió ligada al destino del Imperio romano. Con la decadencia de este Imperio, Europa se barbarizó. La política, la poética, la filosofía, el arte, en fin, los grandes vuelos del espíritu que habían alcanzado los griegos y, en menor medida, continuado los romanos, fueron de golpe desplazados por el embrutecimiento belicoso del que se vanagloriaban los invasores bárbaros. Así, al lado de la desmesura, la audacia y el culto al guerrero que cautivaba a los pueblos germanos, vemos a una Iglesia a la defensiva, abrazando un cristianismo místico y contemplativo amenazado por doquier por infinidad de sectas. Para que te des una idea de la proliferación sectaria, te diré que en el siglo IV, y mientras por toda Europa se extienden el arrianismo, nestorianismo, pelagianismo, maniqueísmo, etc., en España el predicador gallego Prisciliano difunde con pasión su credo herético.

Exceptuando los destellos de un Juvencio y un Prudencio (siglos IV y V), considerado este último por Menéndez Pelayo como el mejor poeta desde Horacio hasta Dante, España no fue una excepción en el marasmo barbarizante que barrió con la cultura grecolatina. Tendríamos que esperar hasta el siglo VII para que la labor enciclopédica y universal de San Isidoro de Sevilla hiciera brillar la cultura visigótica, elevando las *Etimologías* (compendio de la civilización grecolatina) a libro fundamental de la Edad Media.

Mientras en Bizancio la tradición griega hacía vigente un arte solemne, virtuoso y estilizado, en Occidente la influencia de los pueblos germánicos daba lugar a un geometrismo primitivista centrado en lo ornamental y que contrastaba de manera violenta con la sensi-

bilidad característica de lo grecolatino. Esta rusticidad cultural propia de los pueblos nómadas y belicosos, tendrá una primera refutación con el breve resurgimiento imperial de la cultura carolingia, que desplaza el estilo ornamental propio de la época de las invasiones por la espacialidad tridimensional, al tiempo que proclama un nuevo descubrimiento de la antigüedad.

La ignorancia y brutalidad de los señores feudales hace que a la caída del Imperio carolingio los centros culturales pasen a ser los monasterios, dándole con ello a la Iglesia toda la responsabilidad sobre la determinación del saber, cuyo punto sobresaliente es la *Ciudad de Dios*, de San Agustín. Los monjes se convierten así en los primeros exponentes del obrar metódico y especializado que habrá de posibilitar el resurgimiento cultural de Occidente. Copistas y miniaturistas se entregan, en una espaciotemporalidad metamundana, a una labor ardua y continua que sacrifica toda posible gloria personal en aras de una modestia e impersonalidad que alcanzará su punto culminante con la artesanización gremial de la Edad Media.

Alejada de Bizancio y sometida a la influencia judeoarábica, España aporta con Maimónides y Averroes dos de las más claras inteligencias de su tiempo, y que, a través de Alberto Magno y Tomás de Aquino, habrán de tener gran influencia en la escolástica medieval. Influencia que será contrarrestada con el surgimiento de los neoplatónicos que acusarán a los filósofos españoles de pervertidores de las grandes obras de los pensadores griegos (especialmente de Aristóteles, cuyas traducciones del griego al árabe y del árabe al latín dejaban mucho que desear).

Usado como instrumento propagandístico de la Iglesia, el arte medieval es fiel reflejo de una cultura autoritaria e intransigente donde lo espiritual desplaza a lo sensible, la idea a la forma y lo ético-religioso a lo propiamente estético. Este absolutismo que se esfuerza por la conservación de lo tradicional, alcanza en la arquitectura su manifestación más acabada. Así, en el arte románico característico de la Alta Edad Media (un ejemplo extraordinario es la

Catedral de Santiago de Compostela con el inigualable pórtico del maestro Mateo) a la unión connivente de la nobleza con la Iglesia corresponde un rigorismo formal y místico que coloca lo anímico y lo trascendental por encima de todo.

Al tiempo que la dualidad heroísmo-santidad determinaba el horizonte feudal-clerical, aparecían las extremas manifestaciones del teísmo alucinado y de la evasión utópica. El *Manuscrito de San Brandan*, la *Leyenda de San Malo*, el *Purgatorio de San Patricio*, el *Viaje al Paraíso* de Baudoin de Condé, el *Sueño del Infierno* de Raoul de Houdenc, se convierten en *bestsellers* medievales que hablan de viajes fantásticos a otros mundos hasta entonces inconcebibles.

La filosofía, suspendida en la disputa en que la habían dejado Platón (el saber desplaza al ser) y Aristóteles (el ser determina al saber), pasa a ser coto privado de los teólogos que, ignorantes de las enseñanzas de Epicuro, Lucrecio y Plinio el Viejo (la naturaleza es la madre de todas las cosas y por lo tanto sólo ella es divina), se dedican a rumiar, en malas latinizaciones de los originales griegos, las obras de Aristóteles, además de Virgilio, Ovidio y Cicerón. Esta subyugación del pensamiento por la religión, va a caracterizar la dinámica del escolasticismo como movimiento pseudofilosófico basado en el sostenimiento y refutación de opiniones y no de verdades. El problema de los universales, que dividió a dominicos (nominalismo: Alberto Magno y Tomás de Aquino) y franciscanos (realismo: Roger Bacon), terminó llevando a la escolástica a su punto crítico cuando Duns Scoto y Guillermo de Ockham separaron la razón de la fe al declarar: “Nada de lo demostrado por la razón es revelado por Dios, y nada de lo revelado por Dios es demostrado por la razón”.

En contraste con el cristianismo místico y contemplativo, la actitud heroica propició el surgimiento de una literatura donde la audacia, la desmesura y lo sobrehumano son los rasgos distintivos de una dinámica que se enorgullece de su raíz guerreante. Tenemos, así, las sagas germanas de los Nibelungos, el Beowulf anglosajón, los Eddas

escandinavos y las canciones de gesta francesas y españolas, donde destacan las proezas de Sigfrido, Ogier, Rolando, Ruy Díaz, Fernán González, Guillermo de Tolosa, etc. Estos poemas épicos, difundidos popularmente por los trovadores, fueron pronto desplazados por el ciclo artúrico de los *Romans Bretons* de origen celta. Chrétien de Troyes y Godofredo de Monmouth son los máximos exponentes de este género inaugurador de la novelística europea, género que encontrará su culminación con la obra de Sir Thomas Malory.

Entramos ya en una fase de transición sociocultural que nos acerca al vertiginoso cambio de dos concepciones del mundo diferentes. Por un lado, asistimos a los estertores del modelo fragmentador y aislante propio de la dualidad noble-monje: culmina la cultura caballeresca que gira en torno a la mujer y nos aporta una poesía amorosa inclinada hacia la pasión, el goce y la alegría de vivir que con tanto sentimiento habían cantado siglos atrás Ovidio, Plauto y Petronio. El *dolce stil novo* italiano con Guido Cavalcanti y Dante a la cabeza, habrá de llevar estas manifestaciones de femenina sutileza hasta niveles sublimes. En la Península, Gonzalo de Berceo con sus alejandrinos impecables y Alfonso X el Sabio con sus *Cantigas de Santa María* (escritas en galaicoportugués) dejan ya entrever los altos vuelos de creación a que está destinada la literatura hispánica. Por el otro lado, y propiciado por la naciente burguesía, tenemos un movimiento que, al centrar su determinación en lo urbano, da lugar al surgimiento de las universidades (Parma en 1100, París 1120, Oxford y Montpellier 1130, Salamanca 1230) y con ello hace posible un intercambio artístico y cultural que trasciende todas las fronteras. La proliferación de artesanos y comerciantes origina una secularización de la cultura que cristaliza en la recuperación de la belleza clásica por el arte gótico. Libre de la arquitectura, la pintura se convierte en objeto de adorno de la mansión burguesa, en una clara alusión al carácter popular del arte. El Giotto pinta sus cuadros precursores y Jean Fouquet y Van Eyck hacen del retrato la manifestación estética del triunfante individualismo.

Es la Baja Edad Media y todo un mundo se tambalea. Empiezan a consolidarse los Estados nacionales con unos monarcas más inclinados hacia la dinámica burguesa: poder-riqueza, que hacia la feudal: heroísmo-santidad. Boccaccio con su *Decamerón* y, fuertemente influido por él, Chaucer con sus *Cuentos de Canterbury*, hacen un inventario genial de los excesos de su tiempo en un alarde literario que quedará como referencia histórica imborrable. En Francia la violenta genialidad de Villon brilla sin par en el firmamento poético, y con Froissart y Commynes surgen las primeras manifestaciones de los estudios de la Historia, de los que serán desde entonces vanguardia los profesores galos. Y en España, después de haber sido inaugurada la prosa castellana con *Las siete partidas* y la *Primera crónica general de España*, escritas bajo la supervisión de Alfonso X el Sabio, nos encontramos con la prosa aristocrática y refinada de don Juan Manuel, cuya obra *El conde Lucanor* alcanzó la celebridad de su tiempo trascendiendo las fronteras de la Península. Con su *Libro de buen amor*, Arcipreste de Hita logra una descripción tan sutil y pormenorizada del arte de conquistar a la amada, que en nada desmerece a su modelo: el *Ars Amandi*, de Ovidio.

Con la publicación de la *Docta ignorantia* en 1440, Nicolás de Cusa recupera la dinámica socrático-platónica y se convierte en precursor de la nueva concepción del universo que habrán de sustentar Copérnico, Kepler y Galileo. Al sostener que “negando la determinabilidad del saber llegamos al ser de lo absoluto”, Nicolás de Cusa señala el decurso idealista del pensamiento que funda la filosofía moderna.

Occidente vive ahora un período febril de derrocamientos y aportaciones. El pensamiento gremial y corporativo es desplazado por la trascendencia del yo y el individualismo creativo. El pecado original, la vida ultraterrena y la salvación pierden su determinación ante el descubrimiento del hombre y su entorno mundano. Petrarca, que al buscar la liberación total de las pasiones y proclamar a Platón el príncipe de la filosofía había abierto una brecha en el sólido edificio de la escolástica, es superado por un movimiento arrollador no sólo

antiescolástico, sino anticlerical y antiascético que busca la imposición liberadora de Eros sobre Tanatos.

Kristeller, tratando de evitar esos saltos batrácicos a que tanto gustan referirse los historiadores marxistas, rehusa usar el término ruptura para señalar la diversidad del Renacimiento respecto a la Edad Media. Lo cierto es que, si bien no se puede hablar de una aportación surgida de la nada, el Renacimiento es un momento determinante de discontinuidad en el todo continuo de la Historia. Reparemos, si no, en la avalancha de genialidades que pasan ahora a formar parte del firmamento histórico de la cultura. En Florencia, columna vertebral del Renacimiento, Ficino funda una Academia que tiene como lema el regreso a las fuentes griegas. Con la publicación de su *Theologia platonica*, Ficino no sólo lleva el neoplatonismo a un nivel excepcional, sino que también posibilita el surgimiento del concepto moderno de conciencia. Giovanni Pico della Mirandola, a pesar de ver cortada su extraordinaria vitalidad a los 31 años, lleva el lenguaje filosófico a un nivel de claridad y precisión que lo hacen clásico en su tiempo; y con su crítica de la astrología abre el camino a Kepler y a la astronomía como ciencia. Lorenzo Valla eleva el rigor del estilo al nivel de problema filosófico. Y Giordano Bruno, antes de ser quemado en la hoguera inquisitorial, basándose en Plotino y Nicolás de Cusa, arremeterá de frente contra la noción aristotélica de sustancia, y al concebir a Dios como sustancia y sus efectos como accidentes, se acercará a un panteísmo que lo hace precursor directo de Spinoza.

Estamos en pleno humanismo renacentista: la liberación del ser por el pensar y el obrar. Ahora las malas versiones de los maestros de la escolástica, con Aristóteles a la cabeza, son desplazadas por las obras originales de Homero, Sófocles y Platón, vertidas por profesores bizantinos, además de las de Lucrecio y Tácito.

El luminoso idealismo neoplatónico llega a las artes plásticas y, al tiempo que Brunelleschi consolida en sus obras la perspectiva renacentista, Alberti, en su *Tratado de la pintura*, teoriza de manera definitiva la novedad extraordinaria de la visión tridimensional y eleva el

arte a nivel de ciencia. La fragmentación característica del arte gótico cede su determinación a la concepción totalizadora del arte renacentista. Es el milagro del método; un milagro que se diversifica para formar una unidad que difícilmente podrá ser rebasada: Leonardo da Vinci, Rafael, Miguel Ángel, Andrea del Sarto, Giorgione, Tiziano, Correggio. Y es también el origen de la racionalidad burguesa y la envilecedora reproducción mecánica con fines comerciales (de la que hablará cuatro siglos más tarde el errante Walter Benjamín). El tirano, magistralmente diseccionado por Maquiavelo en *El príncipe*, ya no se rodea ahora de heroicos guerreros, sino de sofisticados hacendados de arte. Carlos I, el hombre más poderoso sobre la tierra, se inclina a recoger un pincel que se le había caído a Tiziano. En Florencia el pueblo se amontona ante la exhibición pública de un boceto de Leonardo. Miguel Ángel, fuera de talleres, sin discípulos ni ayudantes, impone el rasgo distintivo de la modernidad estética: el yo único y egregio.

El hombre se naturaliza y la naturaleza se humaniza: Leonardo rompe con el tratado gremial de Cennino Cennini, que sostenía que la imitación era el único camino para alcanzar la maestría, y proclama, en un arrebato del mejor epicureísmo lucreciano, que la maestra de todo es la naturaleza. Se abre la totalidad del mundo y las partes destacan por primera vez en la totalidad: el grabado, el dibujo y el boceto adquieren categoría creativa, y lo inacabado y lo fragmentario son valorados como condiciones de la creación estética.

Una plenitud solilunar, querido Eugenio, eso fue el Renacimiento. La cultura irradiándose por todo Occidente y, a través de los mares, llegando a las tierras utópicas preconizadas en la *Arcadia* de Sannazaro. Un tiempo de excesos sublimes y también de pasiones brutales, que nadie como Shakespeare supo dramatizar. La pasión por el poder en Christopher Marlowe y la nostalgia puritana por la vida antes de la caída original en Milton. Mientras, en Francia, Rabelais hace del legado grecolatino y judeoarábigo una totalidad alquímica que eleva el idioma francés a una altura de verdadero vértigo.

Sé que tu necesidad de estar siempre en contra te llevará a considerar estas líneas demasiado apologéticas. Acepto la crítica y sostengo la tendencia: mi gusto y mi pasión se crecen con la sublimitud del tema. Y es más, hablando del Renacimiento aun la negatividad suele tener una marcada dinámica superadora. Ahí están, como muestra de ese escepticismo que tanto te acercó a Cioran en tus años sorbonales, esos *Essais* extraordinarios de Montaigne, que nos recuerdan los conceptos rectores de la ética estoica. Medita, por ejemplo, en esta cuestión: “¿Qué clase de bien moral es el que, reconocido y acatado ayer, dejará de serlo mañana o se convierte en crimen con sólo cruzar las aguas de un río?”. Y no se trata de un caso único y aislado. Todos los grandes cambios socioculturales llevan inherente una radicalidad escéptica: Agripa de Nettesheim contrapone magia y ciencia y postula el regreso a la naturaleza. Campanella, con un pensamiento autoconsciente y crítico, que media entre San Agustín y Descartes, desemboza en su *Metafísica* el problema de la enajenación filosófica: “El yo se enajena a sí mismo en el acto del conocimiento; pierde su propio ser para trocarlo por un ser extraño. Comprender las cosas es dejarse captar por ellas y desaparecer en ellas. Saber y enajenación van unidos, ser y pensar: ¿cómo podríamos pensar sin ser?”.

En síntesis, no es éste el escepticismo nihilista e inaportador de tu generación, sino un dudar y un cuestionar que señalan el advenimiento del cartesianismo; de un pensar y un obrar racionales que superan todo lo hasta entonces conocido: Francis Bacon, elevando la experiencia a rango metodológico, funda el empirismo, que habrá de fructificar en el surgimiento de la política y la economía como ciencias con Hobbes y Hume, y en la sistematización filosófica de la experiencia con Locke. Kepler y Galileo consolidan, a través de la lógica matemática, el método experimental, que tan decisivo será para los descubrimientos de Newton. Y Giordano Bruno, en un pasaje de *De umbris idearum*, que por su trascendentalidad me siento obligado a referírtelo, sienta las bases del método analítico: “Sólo podemos decir que conocemos plenamente cada una de las partes cuando hemos

sabido comprender sus relaciones con todos los demás elementos y con el orden conjunto, originario y perfecto del todo”.

Podría extenderme de manera indefinida inventariando seres y obrares de este tiempo de titanes. Pero suspendamos aquí el decurso (que tanto te indispone) de la racionalidad pura, con la mención apurada de Descartes, uno de los más grandes filósofos de todos los tiempos, y con Pascal y Malebranche, que con sus indagaciones sobre la incertidumbre del *ego cogitans* cartesiano inauguraron la sicología moderna.

Como te habrás dado cuenta, suspendí la continuidad del mundo hispánico justo en el momento previo al descubrimiento del Nuevo Mundo; y lo hice con una doble intención: en primer lugar para que vieras que el verdadero descubrimiento de un Nuevo Mundo fue el que se hizo en Europa hacia finales del siglo XV; y en segundo lugar para darte una visión conjuntada de esa España descubridora y conquistadora que tú y una fracción considerable de mexicanos nacionalistas a ultranza no dejáis de considerar bárbara y fanática.

El esplendor imperial español es el resultado de una mediación entre dos concepciones del mundo que se contraponen y complementan: la heroicidad y el aventurerismo propios de la estirpe germánica, y la pasión y la sensualidad mítico-mística de la pulsión latina. Por mor de la primera determinación la España de los Habsburgo se verá perdida en plena noche medieval. Gracias a la segunda determinación el Renacimiento podrá fructificar parcialmente en España.

Al lado de la sublimitud grandilocuente de los italianos (razón gesticulante), el alambicamiento sensual de los franceses (razón deseante), la profundidad fría y esencial de los alemanes (razón sufriente) y la afectación tragicómica y empírica de los ingleses (razón criticante), hay que situar la excesividad lúdica y estética de los españoles (razón gozante).

El rasgo distintivo de la cultura española es un optimismo solar que extiende sus rayos plenificadores desde lo épico a lo poético. Ni

en la gran novelística, ni en el gran teatro, ni en la gran pintura hispánica encontramos lo pesimista y lo trágico (a pesar de Unamuno y de la excepción lorquiana). La dinámica rectora de la cultura hispánica es, por antonomasia, la gozación sensual. Me dirás que esta gozación de los sentidos lleva inherente un sufrimiento de raíz mística. Lo acepto (y hasta añadiría la contraparte esperpéntica, que no es ni pesimista ni trágica); como acepto también el hecho de que la plenitud sensciente vaya en detrimento de la razón criticante. ¿Acaso no has sido tú mismo el que se ha encargado de maldecir una y mil veces los excesos autoritarios de la racionalidad? ¿No has señalado en repetidas ocasiones que frente a la agonía de la razón criticante había que rescatar el legado sensciente de la toltequidad?

España nunca fue tierra de grandes pensadores sistemáticos, pero de cuando en cuando surge un pensador con un brillo y una personalidad extraordinarios. Tal fue el caso de Luis Vives. Nadie en su tiempo se dedicó a la filosofía con la sinceridad e integridad de Vives, y pocos alcanzaron la perfección lingüística manifiesta en su obra *Contra los pseudodialécticos*. En *De disciplinis*, Vives critica a Aristóteles el haber hecho de la dialéctica la pauta de la verdad o la falsedad de todos los juicios en un tono y con una fundamentalidad que no puede menos que sacar de quicio a los hinchados dialécticos marxistas de nuestros días. Vives es uno de los primeros filósofos en plantear la necesidad de separación entre las ciencias empíricas y la metafísica. En el sistema de Vives (al cabo buen español) la unidad última del saber la terminan constituyendo la gramática y la retórica.

Menos lúcido y visionario que Vives, Francisco Sánchez ataca en sus obras a la silogística y sostiene la necesidad de pasar de los conceptos a las cosas. Parafraseando a los grandes filósofos renacentistas, Sánchez declara que las ciencias deben sustraerse al pensamiento discursivo y basarse en una observación directa de la naturaleza.

Cuando el contradictorio Colón llega a las islas del Caribe en 1492, Antonio de Nebrija, después de haber estudiado en Italia con el humanista Lorenzo Valla, publica su *Arte de la lengua castellana*,

que es la primera gramática de cualquier lengua romance y el inicio de los estudios filológicos en España. Este humanista español, compendio del saber de su tiempo, influyó decididamente en la Corte de los Reyes Católicos, haciendo que la reina se entregara a los estudios de la latinidad con una pasión excepcional para una mujer de su época.

Vientos de renovación y grandeza desennuban el cielo cultural de la Península; aires de un renacimiento humanista que tienen en Italia la raíz de su expansión. Enrique de Villena, el marqués de Santillana y Álvaro de Luna son algunos de los humanistas que tratan de disipar del suelo de la Península esa barbarie de tono feudal que Nebrija combate con denuedo.

Es el tiempo de cancioneros, que nos dejan en un alarde de perfección formal las célebres *Coplas*, de Jorge Manrique; y de los libros de caballerías como el *Amadís* y el *Palmerín*, que tanto habrán de influir en la mentalidad de los conquistadores. Y es, también, el tiempo nuevo que anuncia la salida del impetuoso sol hispánico del Siglo de Oro. Fernando de Rojas publica *La Celestina*, obra única en su género y escrita en un español que, si acaso, sólo superará un siglo más tarde Cervantes. El trasfondo ético-filosófico de esta obra más que pesimista, como Menéndez Pelayo quiso ver en forma apresurada, es de un epicureismo estoico que nos recuerda al mejor Séneca. El arte dialogal, que alcanzará alturas majestuosas en la literatura hispánica, renace con esta obra para la literatura europea.

Pero el sol del Renacimiento no lucía impecable en el horizonte, sino que surgía amenazado por una disputa religiosa centrada más en lo económico-político que en lo propiamente teológico. Calvino y Lutero, ante los excesos terrenales de los servidores de la Iglesia romana que se esforzaban por mantener la sumisión del poder humano al poder divino, proclamaron una Reforma que estalló con violencia en pleno centro de la unidad romano-germánica, dando como consecuencia una nueva escisión del Occidente cristiano. A raíz de esta dinámica reformadora, que cambió su apoyo de la plebe cam-

pesina a la emergente burguesía urbana para proclamar la acumulación de bienes materiales como algo grato a los ojos de Dios, España se vio arrastrada por el marasmo de la Contrarreforma, que cernió la nefasta sombra del anatema y la represión sobre el horizonte donde empezaba a brillar con intensidad esperanzadora el nuevo sol. El erasmismo, corriente renacentista que tan propicio suelo estaba encontrando en la Península, se vio así sometido a una desconfianza irracional que terminó por confundir y malograr sus loables intenciones originarias.

Presas del fervor religioso, e inclinada desde siempre a sostener la apasionada defensa de los extremos, la cultura hispánica experimentó un fuerte sacudimiento que la dejó suspendida entre el mundo viejo heroico-feudal y el nuevo mundo anunciado por el Renacimiento. Tendrían que pasar varios siglos para que la imagen vulgar y mercantilista que emblemizaba el fanático Lutero, perdiera su inicial virulencia herética y le permitiera al pueblo español mirar con admiración el legado de sus hermanos de raza germánica, que con Durero, Cranach, Grünewald, Holbein, Leibniz, Kant, Fichte, Hegel, Schopenhauer, Goethe, Nietzsche, Bach, Beethoven y un etcétera interminable de hombres ilustres, elevaron la cultura humana a niveles extraordinarios.

Frente al protestantismo, cuya identificación con la mediocridad burguesa lo llevó a ser enemigo de los templos suntuosos y de las imágenes, la Iglesia católica se esforzó en erigir las más bellas mansiones que Dios tuviera en la tierra, y en escribirle los más profundos mensajes de amor divino. Fue así como surgió el barroco, corriente artística propia del gusto hispánico por conllevar la distinción humana y la trascendencia divina.

La pasión contrarreformista tuvo en España sus máximos exponentes. Así, a la cruzada religiosopolítica de Carlos I y Felipe II contra los protestantes, hay que adjuntarle la beligerancia mística de un San Ignacio de Loyola, los éxtasis de Santa Teresa y San Juan de la Cruz y los arrobos de fray Luis de León.

Se ha dicho que la grandeza cultural de España va a la zaga de su grandeza económico-política. Una vez más no estoy de acuerdo. Uno de los grandes aciertos de Marx fue ver que la determinación cultural es más lenta en sus cambios que la determinación económico-política. Se entiende, entonces, que el sol cultural hispano brille con más intensidad cuando el poderío económico-político de los Habsburgo está en franca decadencia.

Cuando España descubre y conquista el Nuevo Mundo (el geográfico y no el cultural, que descubrió el Renacimiento), la semilla de su grandeza cultural estaba apenas germinando. Tendríamos que esperar hasta bien entrado el siglo XVI y mitad del XVII para que el sol hispano alcanzase su cénit con pintores de la talla de Velázquez, Murillo, Zurbarán, Ribera, Francisco de Herrera, etc.; con poetas como Garcilaso, Góngora, Quevedo, Gracián, Guillén de Castro, etc.; con dramaturgos como Lope de Vega, Tirso de Molina, Calderón y Alarcón, que fundaron un teatro nacional a la altura del inglés de Shakespeare, Webster, Marlowe, Ben Jonson y Fletcher, y del francés de Corneille, Racine y Molière. ¿Y qué decir, que ya no peque de lugar común, sobre la obra única e insuperada de Cervantes? ¿Influencia de los libros de caballerías? ¿Reflejo crítico de la excesividad heroico-mística de los conquistadores? Es probable que la influencia más grande de su prosa y pensamiento la haya recibido Cervantes durante su estancia en la Italia renacentista, donde conoció entre muchas otras obras la *Arcadia* de Sannazaro, el *Asno de oro* de Apuleyo, los *Coloquios* de Erasmo y el *Orlando Furioso* de Ariosto. Cabría considerar, asimismo, cierto parentesco con la novela picaresca de su tiempo, representada por *El Lazarillo de Tormes* y, sobre todo, por el *Guzmán de Alfarache* de Mateo Alemán, andaluz andante y vividor que vino a morir en México.

A estas alturas, querido amigo, si no el sueño, al menos el hastío te habrá vencido. Termino, pues, concentrando toda esta fatigosa exposición en un solo punto: la España que descubrió y conquistó el Nuevo Mundo era entonces la parte determinante de una Europa

renacentista (a pesar de ciertos resabios de barbarie). Hoy, a punto de celebrarse el quinto centenario del entrecruzamiento de los dos mundos, espero de todo corazón un nuevo Renacimiento que nos libere de la barbarie bestial a que quieren conducirnos los dos imperios de signo contrario.

Recibe un fuerte abrazo.

Ramón



Coraje, fatiga y, al final, sorpreendencia fueron los estados de ánimo que me poseyeron al leer la descomunal epístola de don Ramón. Este hombre se entregaba a la excesividad cultural como quien asiste a un concierto de rock o se desahoga en un estadio abarrotado por cien mil fanáticos. Mierda, lo más cabrón era que yo ya me había distanciado de manera inapelable de los espectáculos masivos y jamás podría llegar a esa gozación espiritual incompártida en que se plenificaba el viejo celta. Un puente de insatisfacción tendido entre dos extremos irreconciliables: eso es lo que era yo al momento de desaparecer en la protegiente incuestionabilidad del sueño.

Pasaron varios días durante los que, privado de libertad por la herida, me vi obligado a permanecer leyendo y sacando notas para preparar una respuesta mínima a la apabullante misiva de don Ramón. En una de esas tardes en que me acerqué a la cabaña de don Berna, me encontré con la sorpresa de una muchacha bastante agradecida y que don Berna me presentó como una de sus más queridas sobrinas. La muchacha, que se llamaba Lucila, trabajaba para el Instituto Nacional Indigenista y su función consistía en recabar información sobre la cultura chinanteca. Platicamos un rato del tema y me sorprendió ver que la muchacha estaba bastante bien preparada y que se entregaba a su trabajo con pasión. Luego de comprometerse conmigo a darme una copia de la *Leyenda chinanteca de los soles*, que

había recogido de voz de don Artemidoro y otros informantes ancianos y que ella estaba vertiendo al castellano, Lucila se dirigió a don Berna para despedirse:

—Ya me voy, tío. Entonces ahí le encargo que le eche usted una platicadita a Mario, a ver si así se compone.

—Sí, sobrina, no tengas reparo que yo me encargo —le dijo don Berna acompañándola hasta la puerta de la cabaña.

Al salir, Lucila me hizo una seña de despedida y yo le correspondí. Regresó don Berna y, al tiempo que movía en desaprobación su cabeza, murmuró:

—Este chamaco va a acabar mal.

—¿Qué sucede? —inquirí no pudiendo ocultar mi interés.

—Ese Mario, que golpeó muy feo a su hermano.

—¿A su hermano?

—Sí, a Sabino, que de buena gente lo tiene en su casa.

—¿Y qué va a pasar?

—Lo voy a llamar al orden; o se compone o se larga de nuevo para Tijuana. Aquí no va a sobajar a nadie.

Don Berna salió de la cabaña con una jícara de agua en las manos. Mientras oía cómo se lavaba, recordé que don Artemidoro había usado también la palabra sobajar y que una vez don Ramón me había dicho algo sobre el mirar sobajante de Moctezuma. Pensé en el cabrón de Mario, que en nada se parecía al emperador azteca, y no acerté a entender muy bien la intención qué le había puesto al término don Berna. Cuando regresó a la cabaña le pregunté de inmediato:

—¿Qué significado le da usted a sobajar?

Don Berna me miró con expresión extrañante. Luego se dirigió hacia donde tenía sus frascos con hierbas y regresó con un puño de semillas. En silencio yo veía cómo el hombre cogía el molcajete, le echaba las semillas adentro y, ya sentado frente a la mesita, se ponía a macerarlas.

—Sobajar es otra forma de bajar —apuntó.

—Sigo en la misma oscuridad.

III. LA ASCENSIÓN AL TLALOCAN TAMOANCHAN

—Las víboras sobajan y bajean.

—Sí, ¿pero cómo le hacen?

—Pues depende de lo que sientan o vean. Si quieren pueden ba-
jear a un animal atrayéndolo con olor a piña o a mamey, un olor muy
rico y dulce; y si no, pues lo sobajan con el miedo.

—Oiga, don Berna, ¿y cómo lo ven o lo sienten a uno las sordas?

—Las sordas ven de manera diferente según sea de día o de noche.

—¿No me dijo usted allá en el cerro que las sordas están echadas
en el día?

—Sí, pero si lo sienten a uno luego se aprestan.

—¿Y se guían por lo que ven?

—En el día ven con sus ojos normales y también sienten de otra
manera más fina por unos agujeritos que tienen junto a los ojos. Por
allí sienten la sangre de los animales y también los movimientos.

—¿Es por eso que don Artemidoro dijo que mi sangre caliente
tienta a las víboras?

—Por eso mismo.

—¿Y qué puedo hacer?

—Pues enfriar la sangre.

—¿Cómo?

—El cuerpo es como el motor de un carro, si usted lo hace correr
mucho y en malas condiciones el motor se calienta.

—¿Usted cree que yo estoy acelerado?

—Seguro.

—¿Y no tengo remedio?

—Claro que hay remedio.

—¿Y cuál es?

—Uno sería que usted fuera más humilde y menos ambicioso.

—¿Carajo, vaya remedio!

—Sí, yo también creo que en su caso eso no sirve.

—¿Entonces?

—El otro remedio es muy delicado y yo no puedo dárselo sin el
consentimiento de don Ramón.

—¡Oiga, don Ramón no es mi padre!

—No, pero es su responsable.

—No estoy de acuerdo.

—¿Ya entendió usted bien lo que es sobajar?

—Sí, pero lo que a mí me interesa ahora.

—No entendió usted.

—¿Por qué dice que no entendí?

—Porque el que sabe de sobajamientos no se descontrola.

—Yo no estoy descontrolado, lo que ocurre es que a veces me apasiono.

—El apasionamiento es una manera de descontrol.

—No me va a salir usted ahora con que tenemos que ser fríos y desapasionados.

—No tenemos que ser nada. Cada quien es como quiere ser o como lo hacen ser los demás. Si uno no quiere que lo sobajen busca la manera de templar su sangre; pero si se deja sobajar una vez es casi seguro que lo sobajen toda la vida.

Don Berna se levantó del banquito y se fue a guardar la pasta que había molido en un frasco que tomó de la estantería. Mientras observaba sus movimientos, se me vino a la mente de manera clara y brutal que el sobajamiento era la dinámica determinante de nuestros días. En el fondo tenía razón el viejo celta: la mía era una generación totalmente sobajada.

Regresó don Berna y, al tiempo que limpiaba con un trapo la mesa, me preguntó:

—¿Ya entendió un poquito mejor, verdad?

—Sí, creo que sí. Pero dudo mucho que lo llegue a entender todo.

—No crea usted, con paciencia y dedicación todo se puede.

A partir de esa plática con don Berna comencé a conjugar el verbo sobajar a cada momento. Por doquiera mirara todo estaba sometido a la relación sobajante-sobajado: la mosca y la araña, el águila y la serpiente, el jaguar y el venado, el burgués y el proletario, el gobernante y el gobernado. Sin embargo, ningún animal se deleitaba tanto

en el sobajamiento como el humano; aquí no se buscaba la muerte rápida y natural, sino la agonía lenta y humillante del sobajado a través de una degradación insufrible. ¿Y por qué se toleraba esta deshumanización bestial y suicida? Porque los medios estupidizantes de información elevaban a nivel de ideal la dinámica sobajante; de manera que cuantos más individuos sobajaba uno tanto mayor sería su poder y, por tanto, su patológica gozación. Este mirar para arriba (sirviendo de fundamento a las nalgas del jefe) y hacia atrás (cuidando las propias nalgas) había posibilitado la consolidación de la paradoja histórica inseparable de todo proceso de decadencia: la fobia al perdedor en una sociedad donde todos son perdedores. ¿Y cómo combatir esta anomalía sin que la parte sobajada se convierta en sobajante? Delimitando el poder, imposibilitando la absolutización de los extremos. ¿Pero acaso puede restringirse el poder con algo que no sea el poder mismo? “Sí —oí la voz de don Berna resonar en mi interior—, bajeándolo, haciendo que se confíe como hace don Artemidoro con los jejenes y los zancudos”. De acuerdo, ¿pero cómo evitar que la acción bajeante no degenera en un nuevo y más brutal sobajamiento?

Me levanté abatido y desenergizado, presa de un estado de vértigo y angustia que me retrotrajo a la incertidumbre de mis quince años kierke-gardianos-sartrianos. Después de prender un par de cigarrillos y dar incontables vueltas en el interior del hongo, intenté dar respuesta a la última epístola de don Ramón; pero era tal la negatividad que destilaba mi alambicamiento visceral, que decidí establecer una tregua terapeutizante. Tomé la pluma y sin pensarlo dos veces vertí sobre el papel todas las dudas y cuestiones que me habían acosado desde la mordedura de la serpiente y que ya una vez había intentado consultar al viejo celta. Empecé a sudar de manera copiosa, venciéndome la desesperación al ver cómo las gotas de sudor emborronaban la cuartilla. “¡Por eso te suspenden, coño!”, oí la represiva voz de mi padre gritando desde otro tiempo. Agarré con furia las dos cuartillas que llevaba escritas y, después de

arrugarlas con coraje como si les quisiera exprimir la última gota de sangre, las arrojé con violencia contra el piso. Dejé caer derrotado mi cabeza sobre la mesa y estuve así un largo rato pensando que era inútil tratar de encontrarle sentido a tanto desconsuelo. Un golpe seco hizo vibrar la mesa suspendiendo la fluencia especulativa. Luego se oyó otro golpe y un penetrante pujido. ¡Pinche viejo, cómo envidio esa férrea voluntad gallega! Pronto los golpes y los pujidos formaron una totalidad armoniosa y energizante. Avergonzado, sintiéndome una mierda nauseabunda y profanadora, me levanté y recogí la bolita de papel. Mientras desarrugaba y aplanaba las cuartillas sentía cómo los golpes del viejo celta impactaban mi humanidad. Experimenté un escozor insoportable en torno a la herida y empecé a rascar y rascar hasta que vi con cierta satisfacción cómo la tela del pantalón se teñía de sangre. Metí las cuartillas en un sobre y lo fui a echar a través del agujero en que estaba encuevado el tenaz viejo.

Sentí un alivio al desprenderme del sobre, pero me duró muy poco: recargado sobre un árbol estaba el hijo de la gran puta de Mario palmeando un afilado machete contra su pierna derecha. Mi primera reacción fue darme la vuelta y meterme al monte. Pero así como estaba no tenía caso; de modo que decidí pasar frente a él con la mayor naturalidad posible. Al acercarme, la expresión alcoholizada de su rostro y el vaivén acompasado del machete mostrando en su ir y venir la brillante agresividad de su filo, hicieron que el corazón se me disparara enloquecido dando al traste con la apariencia de tranquilidad que yo deseaba para mi rostro.

—¡Hola, Mario! —dije en un tono amistoso al pasar frente a él.

—¡Qué Mario ni qué la chingada! ¿Te crees muy águila, verdad míster?

—Bueno, si no quieres saludar no saludes. Ahí nos vemos —dije continuando el camino.

—¡Hey, míster!

Me di la vuelta y vi, al borde del descontrol, cómo el palmear del machete se tornaba más sonoro y agresivo.

III. LA ASCENSIÓN AL TLALOCAN TAMOANCHAN

—Mira, Mario, yo no quiero problemas, estás bebido —expresé haciendo un esfuerzo extraordinario para que no me venciera el pánico.

—No le hagas al pendejo, míster. Ya todos en este mugroso lugar saben que me quieres bajar mi chava.

—¿De qué demonios hablas? ¿Cuál chava?

—¡No le saques, pinche míster, que más rápido te parto la madre!

—Pa-la-bra que no sé de qué estás ha-blando, Ma-rio. A-quí hay un mal-entendi-do muy gra-ve.

—No te rajes como vieja, culero. Y por mi madre que si vuelves a enamorar a mi chava te rompo el alma.

—Es-cu-cha, Ma-rio. Pa-la-bra de ho-nor.

—¡Ya cállate, pinche collón! Y mejor es que te regreses de volada al mugroso De Efe.

Tembloroso, pánicamente desquiciado me dejé ir por la vereda como una res que se sabe condenada sin apelación al sacrificio. ¡Dios, qué había hecho yo para merecer tanta humillación! Ese tipo está loco, completamente zafado, no hay otra explicación. O tal vez alguien que me quiere mal lo malinformó. ¡Joder, vaya día! Ni modo, el destino me trajo y el destino me regresa. ¿Y cómo chingados le explico a don Ramón la razón de mi partida? Lo mejor será que se lo cuente a... No, ese cabrón es capaz de venadearme en la noche. ¡A la chingada con este lugar, qué puta necesidad tengo yo de amargarme la vida! ¿Acaso te parieron aquí, pendejo? ¿Entonces? ¡Mañana mismo me regreso, ya lo decidí!

—Don Eugenio, que dice mi pa que si no va usted a desayunar.

Miré enfurecido la sonrisa que estaba frente a mí cerrándome el paso, y ya cuando iba a apartarla de un manotazo, la nueva expresión de la sonrisa me hizo recapacitar que no era justo mezclar la inocencia con la culpabilidad.

—¡Don Eugenio, mire nomás la sangradera de su pierna!

—No es nada, Chedino.

—¿Se cayó usted?

—No, nada más fue un tropezón. Anda, vamos.

El muchacho corrió hacia la cabaña de manera que cuando yo llegaba don Berna salió preocupado.

—De plano se ve usted como mazate correteado —dijo el hombre pasándome al interior de la cabaña—. Ande, siéntese y déjeme ver la herida. ¿Resbaló usted, verdad?

—No, don Berna, caí en un abismo.

El hombre me miró fijamente a la cara y lo que vio pareció preocuparle.

—¿Tiene usted calentura?

—No se preocupe, don Berna. No es algo que usted pueda remediar.

—Todo tiene remedio si se le busca el modo y se hace a tiempo —dijo don Berna mientras me levantaba con cuidado la pierna del pantalón—. Nomás es la costra, la herida está bien. Anda Chedino, ve a cortar una penquita de sábila.

—¡Ah, qué pinchísima vida esta! ¿No tendrá por casualidad un poco de esa medicina que me dio cuando me curó la mordedura?

Don Berna se dirigió a la rudimentaria estantería y regresó con un vaso y una botella que tenía adentro algo verduzco. Me sirvió un par de dedos y me lo ofreció.

—¿Qué es eso que tiene adentro?

—Un trozo de sorda. Es para el susto.

—¡Salud! —dije empinándomelo de golpe.

El hombre asintió con la cabeza sin dejar de observarme alertamente.

La quemazón del aguardiente comenzó a destrabarme el andamiaje de impotencia que había levantado en torno a mi ser la irracionalidad del pánico, de manera que cuando don Berna se negó ante la solicitud que yo le hacía para que me llenara otro vaso, alegando que era demasiado aguardiente para tomar en ayunas, no pude evitar la explosión de una sonora carcajada. Chedino regresó con la sábila y don Berna procedió a hacerme la curación.

—¿A usted nunca lo han amenazado de muerte, don Berna?

El hombre, sin dejar de untar los bordes de la herida con la pulpa de la sábila, se limitó a responder:

—Sí, desde que nací.

—No, usted no es un perdedor.

—Es perdedor el que no se da otra oportunidad para vencer.

—Mera retórica, don Berna. No hablaría usted así si estuviera en mi pellejo.

—Cada quien tiene el pellejo que quiere tener o que le imponen.

—Usted lo ha dicho: que le imponen. ¿A usted lo han humillado a fondo alguna vez? ¡Espere! No me conteste con evasiones. Yo le estoy haciendo una pregunta con el corazón abierto y quiero que usted me responda de igual modo. ¿Lo han hecho sentirse rastrero y cobarde hasta avergozarse de sí mismo?

—Sí, he sentido eso que usted dice, pero en otros asuntos que no vienen al caso.

—¿Y cómo sabe usted que no vienen al caso? La humillación y la cobardía no se pueden disfrazar.

—No, pero hay sobajamientos que empequeñecen y sobajamientos que engrandecen.

—No joda usted también con esa letanía. Todo sobajamiento empequeñece, envilece y emputece. Usted mismo lo dijo el otro día.

—Yo no pienso lo mismo. Chedino, anda con doña Paula que te dé unas calientitas para que desayune don Eugenio.

Don Berna se fue hacia el fogón y comenzó a avivar la lumbre.

—¿Quiere usted decir que el sobajamiento es como el sufrimiento? —insistí.

—Lo que quiero decir es que si a uno lo sobajan y consiente sin hacer nada por evitarlo, entonces se acobarda y empequeñece; pero si a uno lo sobajan y no le gusta, entonces busca la manera de vencer el sobajamiento y eso lo engrandece.

—Muy bien, ¿y cuál es esa fórmula mágica?

—No hay ninguna fórmula mágica. Lo que hay que hacer es llegar a la raíz del asunto.

—Bien, ¿y cuál es esa raíz?

—El miedo, sin miedo no hay sobajamiento.

—¡Mierda, es el cuento de siempre!

—Sí, pero cambia la manera de contarlo. A ustedes les metieron el miedo a todo desde chiquitos. Cuando yo era chamaco no nos prohibían nada alegando que era peligroso, nomás nos enseñaban cómo había que entrarle al río, la manera de agarrar el machete, el modo de caminar en el cerro. En cambio a ustedes les prohibieron todo, los sobreprotegieron, como dice don Ramón. Por eso los jóvenes de ahora una vez que salen de abajo de las alas de sus padres van por ahí pegando tumbos y cagándose de miedo.

—Mario me amenazó.

—Sí, ya lo sé.

—¿Quién se lo dijo?

—Yo lo vi, cuando le estaba echando maíz a las totolas.

—¿Y por qué dejó usted que me humillara de esa forma?

—Porque nadie más que usted debe enfrentar a su miedo.

—Pero ya oyó usted de lo que me acusa, es ridículo.

—No, porque usted estuvo aquí hablando con mi sobrina y ese Mario es muy celoso.

—Oh, mierda. ¿Y qué puedo hacer, entonces?

—O enfrentar el miedo o correrle como hasta ahora ha hecho.

—¡Carajo, parece olvidar usted que Mario es más fuerte que yo!

—Es usted el que no lo tiene que olvidar.

—Joder, vaya lío pendejo en que me metí. ¿Y no podría usted platicarle a Mario el malentendido?

—Claro que puedo, pero eso lo va a sobajar más a usted.

—¡Yo lo que quiero es que me dejen tranquilo!

—La cobardía no siempre es la mejor manera de buscar la tranquilidad.

—¡Carajo, parece que está usted de su lado!

—Lo que sucede es que usted es mucho más cobarde de lo que había pensado.

—¡A la mierda con esta pinche selva! —exploté saliendo hacia la puerta.

—Piense en el miedo y cuando llegue a la conclusión de que no hay más remedio que enfrentarlo, regrese a desayunar —oí la voz del cabrón culebrero ahogarse a mis espaldas.

Entré en el hongo y, asqueado de la vida, me enterré en la cama. Puta madre, ¿por qué todo era tan fugaz y cambiante? Apenas estaba uno relajándose con la plenitud vivida cuando, de golpe y sin aviso, venía el terrible descendimiento, la caída en el absurdo y la nada, la conjunción fatídica de la muerte y la vida. Nacidos en, por y para el temor: una generación educada en el temor al holocausto y no a Dios; una horda de salvajes consumistas que añoran el paraíso a fuerza de haberlo perdido para siempre. ¡Qué lejos quedaban ya los sueños sesentaiocheros de recuperar una Arcadia igualitaria y gozable! El fin de las utopías era también el fin de sus críticos. Ahora el futuro estaba en el pasado: así lo proclamaba el conservadurismo brutal, que aprovechaba las pesadillas de la razón socializante para justificar las bondades de la descerebración masiva. Regreso al pasado, pero no para retomar la senda de la excesividad gozosa y radical que proclamaron los románticos y los surrealistas, sino para perderse sin remedio en la laberíntica nidad de una vida confortable, sedentaria y egoísta, centrada exclusivamente en la usufructuación de la efimeridad presentánea. Sí, somos una generación sin voluntad, deviniendo entre dos nadas: la nada absurda y trágica de Sartre y Unamuno, y la nada irónica y precaria que Kundera heredó de Kafka. A la náusea existencial sartriana y a la resignación desesperada unamuniana, nosotros le opusimos la totalización revolucionaria marxiano-guevariana. ¿Y qué sucedió? Ni nueva sociedad ni hombre nuevo: la imaginación se rompió la madre contra el poder. Por eso ahora volvemos a sufrir la ironía sadomasoquista kafkiana en una nueva versión corregida y aumentada: Kundera y el martirologio monstruoso del socialismo.

Nada es sólido, profundo, duradero: ya no hay imperativos categóricos ni consignas ideológicas a qué aferrarse. Sin raíces, superficial, todo se tambalea y queda a merced del temor maricón y la nada irónica. No hay resignación ni franca rebeldía, sino la pudrición cotidianizante del ser y del obrar: Gregorio Samsa. ¡El temor! ¿Qué hemos hecho para merecer tanto miedo? ¿Es el temor algo consustancial al ser o se transmite socialmente? ¡El machete de Mario! ¡Cortés rebanando cabezas de indio con su espada! No, no, no. ¡No puedo dejar de temer al temor! La voz impresionante y conradiana de Marlon Brando en *Apocalypse Now* de Coppola: “*The horror, the horror, the horror*”. ¿Qué chingados es eso? Puta, se está desplazando sobre la cobija. Parece. No, no puede ser. Dios, sólo esto me faltaba. ¿Don Artemidoro? ¡Salta de una vez, cobarde! No, no puedo, no puedo. ¡Estoy paralizado! ¡Ya está sobre mi pecho! Sentí que me jalaban de la nuca y se abría una incisión en la parte posterior de mi cabeza y por allí se me iba fugaz la vida. A través de una pantalla perlada de vapor apenas pude distinguir unos puntitos luminosos que se perdían en la inconmensurabilidad del espaciotiempo...

IV. Crítica de la racionalidad egocéntrica

I) La elemental plenitud de la naturaleza

Al entrar en la cabaña de don Berna la sensación de sonambulidad desapareció de golpe.

—¡Hombre, aquí viene el estandarte de la mexicanidad!

—¡Don Ramón! —exclamé impresionado.

Me dio un gusto enorme abrazar al viejo celta. Luego del abrazo, me lo quedé viendo con una cara de tal extrañamiento que el propio don Ramón hizo una mueca de desagrado.

—¿Tan cavernícola me veo?

—No, no, pero es que jamás lo había visto así, tan...

—¿Descuidado?

—No, yo diría mejor, ¡tan breoganiano!

Blanquísimo, un poco más delgado y vistiendo una camiseta que dejaba ver la trabazón de músculos y venas, el viejo celta, con su aguilizada cabellera y su barba florida, me parecía la viva imagen del ideal sabio-guerrero.

—Bueno, en un santiamén se desmonta toda esta maleza —dijo don Ramón mesándose la barba y el cabello.

—No, don Ramón. Así como está se ve usted increíble.

—Increíblemente mesiánico, ¿no?

—¿Y eso qué importa?

—Hombre, al rato traigo tras de mí a toda una legión de niños, locos y desahuciados.

Don Berna, que al verme llegar se había ido a manipular entre sus frascos, festejó la salida de don Ramón con una risita semiculpa-ble. ¿Le habría platicado todo a don Ramón?

—¿Y cómo va tu pierna? —preguntó don Ramón al tiempo que me ofrecía un asiento.

—Ya lista para otra mordidita.

—Entonces la cosa no fue tan grave.

—Hay animales peores que las víboras, ¿verdad, don Berna?

—Las víboras no son malas de por sí —dijo el hombre acercándome una humeante taza de café—. ¿Le sirvo un caldito de camarones?

—Se lo agradecería en el alma, tengo un hambre de perro.

—Caramba, no hay queja del hotel, ¿eh? —expresó don Ramón cachondeándose.

—¿Por qué dice entonces la gente que las víboras son malas? —pregunté para evitar que la conversación se desplazara hacia el aspecto doméstico que tanto me encabronaba.

—¡La tradición judeocristiana, querido Eugenio! —exclamó don Ramón triunfante.

—Es que las víboras imponen respeto —dijo don Berna—, y a la gente no le gusta que le impongan nada. Repare usted en los animales que la gente dice que son buenos y verá que todos son inofensivos y huidizos.

—Muy bien dicho, Bernardino —aprobó don Ramón.

—¿Entonces usted no le tiene miedo a las víboras?

—No, miedo no, pero sí mucho respeto —dijo don Berna con el semblante enseriecido.

—¿A usted le ha mordido alguna vez una sorda?

—Varias veces.

—¿A poco?

Miré hacia don Berna, que estaba de espaldas trajinando en la lumbre, y al no obtener respuesta alguna busqué el rostro de don Ramón. Éste se limitó a mover su cabeza asintiendo.

—¿Y a usted le han mordido, don Ramón?

—No, yo además de respetar a esos bichitos no les gusto, ¿verdad, Bernardino?

—Así es.

—Pues a mí la verdad tampoco me gustan —dije ya más confiado.

—Lo sorprendente es que tú les gustas a ellos.

—¿Quién dice eso?

—¿No es cierto, Bernardino?

—Así es.

—Oh, que la canción. A mí me valen madre los gustos de esos pinches animalitos.

—No creas, Eugenio, no es tan sencillo. Las sordas son muy caprichosas, ¿verdad, Bernardino?

—Así es. Si la hembra no quiere aparta al macho, pero si quiere a un macho entonces va tras él hasta que la cubra.

—¿De qué mierda están hablando?

—Explícale, Bernardino.

—Es que las sordas identifican su querencia con la lengua y usted suda un miedo que sabe y huele igualito que el calor de las sordas macho.

—¡Puras pendejadas!

—Nomás no se asuste cuando sienta que le hacen cosquillas con la lengüita.

Don Berna me puso un gran plato de camarones y unas tortillas sobre la mesa. Me los quedé mirando como hipnotizado y de pronto reviví el momento en que el desplazamiento de algo sobre la cobija me había producido tanto miedo que se me fundieron los fusibles vitales. Miré otra vez el plato y tuve la firme convicción de que iba a rebosar de pequeñas y repulsivas culebritas negras.

—Este muchacho padece de urbanitis —expresó don Ramón rompiendo el encantamiento—. Hay que llevarlo más seguido al cerro si no se nos va a metamundanzar, como le pasó al gringo de Otate.

—¿Cuál gringo? —pregunté preocupado.

—Uno que anda viendo puras víboras por todos lados —dijo don Berna sin darle mayor importancia.

—¿Y eso?

—Se espantó con los honguitos.

—¿De los alucinantes?

—Bueno, muchacho, dejémonos ya de fantasmagorías y termina de una vez ese desayuno para que vayamos a darle fin a la disputa que tenemos pendiente —dijo don Ramón medio molesto.

—Espere, ¿por qué se molesta siempre que tocamos este tema? Carajo, parece un viejo maestro beato cuidando la virginidad mental de sus educandos.

—¿Has oído eso, Bernardino? El niño que se hace caca de miedo queriendo lanzarse heroicamente al abismo.

—No me la cambie. Usted mismo me ha dicho muchas veces lo importante que es saber distinguir entre lo sagrado y lo profano.

—Sí, muchacho, pero es que *sacer* en el latín original además de sagrado significa también maldito, criminal.

—A la mierda con el latín, lo que yo quiero es que me enseñe las raíces del conocimiento náhuatl. Además, don Juan mismo dice que los honguitos no hacen daño...

—Bueno, allá te espero —dijo don Ramón incorporándose—. Mientras terminas de desayunar voy a darle una mano a la fachada.

—¿Ya ha probado usted esta fruta? —dijo don Berna ofreciéndome en un plato una especie de pera verdosa y alargada seccionada a la mitad.

—¿Qué es?

—Chinene. Es como el aguacate pero más sabroso. Don Ramón dice que “es la leche de la selva hecha mantequilla”.

—Don Ramón es muy dado a metaforizar todo.

—Sepa que será eso.

Al verme indeciso con la fruta en la mano, don Berna me trajo un cuchillo y un puñito de chiles.

—Úntelo usted en la tortilla y acompáñelo con sal y chile.

Hice lo que el hombre me indicó y al dar la primera mordida a la tortilla rellena de la jugosa pasta sentí una expansión saborizante que rebasaba todo lo supuesto. Di otra mordida y otra más y el rostro expectante de don Berna se contagió con la sabrosidad.

—Sabroso, ¿verdad?

—¡Sabrosísimo!

—Ese es el mero vicio del tepezcuintle.

Una vez había ido con mis padres al zoológico de Chapultepec y tenía un vago recuerdo de lo que era un tepezcuintle. Más vivo que mi recuerdo era el significado de la expresión náhuatl.

—El tepezcuintle es como un perrito, ¿no?

—Pues fíjese usted que no mucho. Es más bien como una ardilla grandota entre blanca y oscurita.

—¿Y a qué sabe?

—Ese sí que es el rey de todos los sabores.

—¿Más sabroso que el venado?

—Más, y más que el jabalí y el faisán.

—¿Tanto así?

—Voy a ver si le cazo uno para que se dé gusto.

—¿Es muy difícil cazarlos?

—No mucho. A veces los perros lo encuevan y ahí nomás lo agarran uno. Pero a mí me gusta más ir a espiarlo por estas fechas, porque es cuando se acerca al palo de chinene.

—¿Y hay que ir muy lejos?

—Aquí nomás a unos quince o veinte minutos.

—¿Y puedo ir con usted?

—¿Y su pierna?

—Mire —dije mostrándole la cicatriz costrificada—. Ya puedo caminar bien.

—Tiene usted muy buena piel, pero tiene que cuidarse, la herida apenas está amacizando.

—¿Hay que subirse a un árbol?

—No, podemos ir al palo de abajo, que se puede espiar desde la loma.

—Me encantaría ir con usted, don Berna.

—Pues si quiere vamos hoy en la tarde.

—¡Fabuloso!



El ser que iba hacia el hongo a reunirse con don Ramón era otro. El temor, la angustia, el pesimismo, todo lo negativo había quedado atrás como una piel vieja e inservible. Ahora, pisando con firmeza en un suelo que me parecía el humus primigenio del que salió toda forma mágica de vida, y respirando las emanaciones dulzanas e incontaminadas de una vegetación paradisíaca, me autoafirmaba en la convicción de que la crítica de la suficiencia racional tenía que pasar por un estado de bienaventurada inimportancia; es decir, por un dejar pasar las cosas sin cuestionarlas ni cambiarlas. Al carajo la filosofía del sufrimiento y el sacrificio, al carajo el rousseaunianismo y el buen salvaje, al carajo el complejo de culpabilidad, ¡al carajo los delirios metódicos y la férrea disciplina!

La puerta del hongo estaba arrimada, entré chiflando el corrido de Gabino Barrera y al subir la escalera me encontré a don Ramón poniendo orden en mi material de trabajo que tenía sobre la mesa.

—¡Apesta a colillas! —exclamó recogiendo una lata de leche Nido que yo usaba como cenicero—. ¡Qué manera de fumar! —añadió al ver el contenido de la lata.

Abrió la ventana y arrojó lata y todo con violencia.

—Ya nada más me faltan dos cajetillas —dije sin mucho convencimiento.

El viejo no dijo nada y siguió limpiando la mesa.

—Deje, don Ramón, yo la limpio hasta que quede como antes.

—No, hombre, no hago esto por ofenderte, sino porque me molesta sobremanera el abandono.

—Es que es rico de cuando en cuando entregarse al abandono.

—Abandonarse es perderse.

—No siempre.

—¿Y qué es ese mamotreto que dice *Entrecruzamientos*?

—Ah, es el libro.

—¿Cuál libro?

—El que empecé a escribir en Playa Tortuga.

—¿Y es todo eso?

—Lo traje para que usted le eche una mirada crítica para ver si necesita cambios.

—Pues en principio eso de *Entrecruzamientos* no me gusta nada, parece el título de una investigación laboratorial.

—Bueno, en cierta manera es eso: una investigación en el laboratorio total de la vida. Además, usted mismo ha usado esa expresión varias veces.

—Como sea no me gusta. Y menos para título.

—Ni modo.

—¿Ni modo qué?

—Que así se queda.

—¡Coño! ¿Entonces para qué quieres mi opinión?

—La respeto y quiero conocerla, eso es todo.

—Está bien, me voy a llevar la carpeta para luego echarle un vistazo.

—Ahí puede dejarla, don Ramón. Yo pienso mudarme a la cabaña de don Berna.

—No hay necesidad. Puedo seguir habitando el retiro.

—No quiero causar molestias, don Ramón. Mejor.

—¡Coño, no seas necio!

—Como usted diga.

—Además aquí vas a estar más seguro.

—¿En qué sentido?

—En todos. Ya me enteré de que te traen asoleado.

—¿Quién le dijo eso?

—Me lo dijeron y ya.

—Seguro fue don Berna.

—No, fue el Basilisco.

—¿Quién?

—Artemidoro.

—¿Y por qué le dice el Basilisco?

—Porque su mirada es insostenible, ¿no te has dado cuenta?

—Ese hombre es tenebroso.

—No, al contrario, es luminoso.

—Oiga don Ramón, ¿y qué sabe usted de las serpientes?

—Bueno, no mucho. Sé que Plinio el Viejo era autoridad en la materia; que Lucano le atribuye a la gorgona Medusa la maternidad del áspid, la anfisbena, el amódite y el basilisco; que la *Historia natural de las serpientes y dragones* de Aldrovanti es un compendio extraordinario de mitozoología, y que el fabuloso Borges recoge todo esto en su *Manual de zoología fantástica*. No obstante, de todo el muestrario sólo dos especímenes atraen mi curiosidad: el basilisco, por su mirada insostenible y mortal, y la hidra de los pantanos de Lerna, por su vaho ponzoñoso que envenenaba ríos y secaba campos.

—Eso no me sirve para nada.

—Ah, entonces lee “Anaconda” del suicida Horacio Quiroga; ahí encontrarás todo un tratado de ofidiología turística.

—¡Carajo, cómo le gusta joder!

—Ven acá, muchacho —dijo imperativo don Ramón.

Me puse enfrente de él y me lo quedé viendo extrañado. En una fracción de segundo don Ramón movió su brazo derecho y me clavó un cuchillo en la boca del estómago. Caí aparatosamente para atrás y me golpeé la cabeza contra el piso. Seminconsciente y sin poder dar crédito, abrí asustado los ojos en busca de la espantosa mancha de sangre que esperaba ver sobre la camisa.

—Un bulto autosuficiente y torpe —dijo don Ramón ofreciéndome una mano.

Me incorporé confuso sin poder entender muy bien qué había pasado, y el cabrón viejo, viéndome así como gallo picoteado, hizo ademán de golpearme. Entonces, y como siempre hacía de chico, me llevé las manos a la cabeza para protegerme.

—Una perfecta inutilidad pensante, eso es lo que eres —sentenció el pinchísimo viejo—. ¿Te das cuenta? Con un solo dedo un hombre de más de sesenta años te tiró como saco de patatas.

—Es que...

—¡Es que la madre del gallo! Sólo sabes preguntar y replicar cuando deberías hacer. Te están humillando como a un pendejo y en lugar de fortalecer tu amor propio y prepararte para hacer frente a la agresión, te limitas a justificarte dándole la espalda a los hechos. Vives con dos auténticos conocedores del mundo de las serpientes y te pasas el tiempo preguntando estupideces para poner en tu libro.

—¡Mierda, la mayor parte del tiempo lo he perdido leyendo y dando respuesta a sus condenadas epístolas hispanizantes!

—Fue lo único bueno que pudiste hacer.

—Está bien, cuando se le pase la furia céltica platicaremos con más calma —dije disponiendo una retirada táctica.

—¡Me enferma esa maldita falta de voluntad! ¿Y sabes qué es lo peor? Que te regodeas en tu debilidad y crees arreglar el mundo en tu cabeza, cuando todo tu ser está hecho un asco. Nada más falta que ahora empieces a beber para acompañar al cigarro...

—Sí, papá —dije largándome.

—¡Te juro por Dios que mientras no temples tu voluntad no recibirás de mí ni la más mínima información sobre el teonanácatl! ¿Entiendes, bellaco?

Al pasar frente al costal de golpeo, sin pensarlo dos veces le tiré un fuerte golpe con el puño derecho. Sentí que la mano se me partía y tuve que morderme el labio hasta que me brotó sangre para evitar el grito de dolor que me habría sumido en una vergüenza insoportable. Con la mano muerta y el alma hecha pedazos, me fui a la cabaña de don Berna a sepultarme derrotado. Por suerte sólo estaba Chedino, así es que sin darle mayores explicaciones me metí en la hamaca y cambiando de canal me fui hacia otra galaxia.

Salimos al atardecer, después de la terapia onirizante, darme un baño y entrarle duro al recalentado del caldito de camarones. Tomamos el viejo camino a San Pedro Tlatepuzco y apenas saliendo del poblado nos encontramos con Sabino, que venía cargando un precioso trozo de caoba. Don Berna y él intercambiaron unas frases en chinanteco, de las que sólo acerté a entender el nombre de

Mario. Mientras ellos hablaban me dediqué a observar el veteado del trozo de madera que Sabino había dejado en el suelo. Le hice unas cuantas preguntas a Sabino y entre los “sí, ¿verdad?” y los “eso” con que el buen hombre respondía a casi todas las cuestiones, me enteré de una cosa que me pareció de suma importancia: la influencia de la luna en el flujo vital de las maderas. En cuarto creciente las fibras de la madera se solidifican concentrando el agua en el centro del árbol, y es entonces el momento más propicio para cortarlas.

Nos despedimos de Sabino y mientras yo me desplazaba con esfuerzo tras don Berna, éste, ágil y de muy buen modo, me iba explicando la diferencia entre las maderas de aire, buenas para tablores, soleras y morillos, y las maderas de piso, buenas para horcones y postes. Según don Berna, los árboles de fruto aguado y carnoso no eran buenos ni para piso ni para aire y sólo se usaban para muebles o como leña. Me contó una leyenda chinanteca que habla de un numen protector de los árboles, que se deja sentir muy feo en forma de torbellino cuando alguien derriba un árbol sin pedirle antes permiso al numen y ofrecer una oración al árbol. Dijo que los árboles tenían voluntad y que podían ser vengativos o agradecidos; cuando uno se perdía en el cerro y se desesperaba hasta desquiciarse, era cuando la voluntad de los árboles podía verse como un resplandor verdoso y oscilante. De cuando en cuando don Berna recogía una plantita y me indicaba para qué servía. Después de que me hubo enseñado más de una docena, comprobé sorprendido que era incapaz de distinguir siquiera una. Se lo comuniqué a don Berna y me dijo que era debido a que mi pensamiento estaba enviciado con las palabras. Le dije que era importantísimo recoger todo el conocimiento que él tenía de las plantas y me respondió que no había problema, que Chedino ya estaba aprendiendo y que su sobrina las estaba clasificando en un cuaderno. Cuando le pregunté por los hongos y otras plantas alucinogénicas, se limitó a decirme que para usar esas plantas había que tener asentada la sangre.

Llegamos a un pequeño promontorio y salimos de la vereda. Nos metimos entre el follaje y don Berna me señaló, como a unos treinta metros ladera abajo, un enorme árbol que parecía barrido debajo de su frondosidad. Nos acomodamos allí y, al tiempo que prendí un cigarro y le di una fumada que me supo a gloria, pensé en la reciedumbre del viejo celta y su maldita inclinación metódica. El conocimiento y las aptitudes de ese hombre eran como una exótica pieza de museo que nos habla de un tiempo idílico en el que todavía era posible tener creencias sólidas, ideologías revolucionarias y una confianza ciega en el progreso de la humanidad. No era gratuito que don Ramón infernalizara al Medioevo y celestializara al Renacimiento. Ser marxista a los veinte años era una aberración inofensiva, pero ser renacentista a los sesenta era algo francamente escandaloso y anormal. Y así estuve rumiando los residuos de una existencia rica en anomalías, hasta que la susurrante voz de don Berna me fue llevando a una exterioridad poblada de formas de vida cuyos hábitos y costumbres me hacían tomar plena conciencia de mi vacío. Oyendo a don Berna hablar de la arisquidad prodigiosa del jaguar, que sólo se puede vencer cuando se envicia o cuando se confía, del olfato y del oído del venado, que detecta el sudor humano a cientos de metros de distancia, de la vista omniabarcante del faisán, me volví a convencer de que la integridad y la autoconfianza de esta gente se debía a que nada de lo que sabían era superfluo; todo su conocimiento giraba en torno a la determinación del hacer. Fue entonces que comprendí con claridad la verdadera significación del no-hacer que estaba en la base de la filosofía náhuatl y de las enseñanzas de don Juan. No-hacer era simplemente no cuestionar el hacer; esto es, suspender la inútil circularidad prepotente y tiránica de la razón. Para don Berna las cosas eran porque su ser las hacía ser así, y no porque la razón les diera sentido rehaciéndolas. De esta manera, cuanto menos uno rehiciera el mundo en su cabeza, tanto más cerca estaría del ser originario de las cosas y, por lo tanto, mayor sería la gozación plena de la naturaleza. Sin embargo, esta constatación, al ser llevada a los

dominios de la urbanidad, perdía su contundencia y nos regresaba de nuevo a la viciosa relación ontológica del hacer y del pensar. No había duda de que era un absurdo tratar de uniformar las existencias de acuerdo a un método o concepción del mundo unidireccional y prefijada: había que lograr ser en la urbanidad una rata urbana, en el trópico un delfín y en la montaña un jaguar. Qué fácil, ¿no?

Don Berna se calló poco antes de que anoheciera, aguzó sus sentidos y me obligó a hacer lo propio con los míos. Al rato volteó a verme. Le hice un gesto interrogativo y como respuesta sonrió y me indicó con la mano el oído, señalando a continuación un hueco en la espesura. No vi ni oí nada. Volteé a ver su rostro y volvió a indicarme el mismo lugar en la espesura. Pronto distinguí unas leves pisadas y empezó el corazón a encarrerárseme. Mierda, otra vez el pinche descontrol. Don Berna me miró sonriente y en su expresión noté una condescendencia que me dejó a medio camino entre la molestia y el agradecimiento. Me limpié el sudor de la frente con el antebrazo y, al ver que don Berna levantaba el rifle en dirección al follaje, enderecé mi visión y distinguí dos pequeños bultos que se acercaban al árbol de chinene. El ruido de las pisadas era ahora más notorio y un par de veces creí oír unos chillidos ahogados. Son tlacuaches, dijo don Berna volviendo a colocar el rifle sobre sus piernas cruzadas. El zancuderío se estaba volviendo insoportable y, al borde de la desesperación, comprobé que al sobrio chinanteco casi no se le acercaban los jodidos vampiritos. Insuficiente ya el antebrazo para contener el manar sudorífero, agarré la parte delantera de la camisa y la empapé secándome la frente. Don Berna volvió a verme a la cara. Se detuvo por un momento el tiempo y sólo pude oír el zumbido de los zancudos. Con una expresión alertante don Berna me indicó repetidas veces con el índice el árbol de chinene. Miré atento y me pareció oír unos ruidos arrastrantes. Enseguida creí distinguir la presencia de varias sombras que se acercaban al árbol. Don Berna levantó el rifle y apuntó. Las sombras, ¿tres, cuatro?, se movían bajo el árbol buscando los succulentos frutos caídos. ¡Pium! Sonando el disparo se armó

un inmenso desconcierto y de todas las sombras sólo una quedó pataleando bajo el árbol. Don Berna salió corriendo con una agilidad extraordinaria y cuando yo llegué bajo el árbol ya el hombre estaba terminando de amarrar un extraño animal blanco y negro y que dejaba ver en su boca entreabierta dos enormes colmillotes que me recordaron más a una morsa chiquita que a otra cosa.

Don Berna me explicó que había entrado una familia de cuatro miembros y que ése era un macho. El tiro, unos centímetros atrás del codillo de la pata delantera izquierda, era mortal por necesidad. Terminando de amarrar al tepezcuintle con las patas cruzadas para poderlo cargar, don Berna se encaramó al enorme árbol con una facilidad prodigiosa. Viéndolo subir con su espalda arqueada y sus brazos extendidos paralelamente a las piernas, me convencí de que no todo lo que separaba al hombre del mono era superación y progreso. Al llegar a la tupidez del ramaje don Berna desamarró el morral que llevaba al cinto y se dedicó a llenarlo de chinenes. No pasaron ni diez minutos cuando, amarrado de una cuerda, vi descender el morral cargado de fruta. Lo agarré y lo acomodé con cuidado en el suelo. Con la misma rapidez con la que había subido, el hombre bajó del árbol. Se acomodó el pantalón y echándose el animal al hombro izquierdo y el morral del otro lado, tomó el rifle y me dio la lámpara instándome a que viera bien dónde pisaba. Le dije que no era justo que él cargara todo, pero por más que insistí el hombre se negó a compartir la carga. Empezamos a caminar y como consuelo me quedó la opción de ir delante iluminándole el camino. A los primeros pasos me pidió que por favor yo fuera atrás, que él no necesitaba luz y que pusiera todo mi esfuerzo en seguirlo. Y vaya si tuve que concentrar toda mi energía en no despegármele. El hombre, sin pujar, ni resoplar, sin dejar escapar el menor quejido y sin dar tropiezo alguno, más que caminar parecía deslizarse por la oscura vereda. Con el haz de luz de la lámpara descubriéndome el camino, apenas podía mantener la distancia suficiente para no perder la escurridiza y fugaz humanidad de don Berna.

Llegamos al poblado en un tiempo que me pareció vertiginoso. El hecho de no haber tenido la menor oportunidad para entregarme al vicio especulativo, me infundió un bienestar que sólo se truncó al llegar a la cabaña y ver, junto con doña Chona y Chedino, la penumbra presencia de don Artemidoro, ese tenebroso señoreador de montañas y abismos.

Doña Chona, que al saludarme me dijo que me había traído del valle con todos los encargos un regalo de doña Claudia para mí, se puso a avivar la lumbre y, mientras yo ayudaba a don Berna a des-pellejar el tepezcuintle, nos preparó un reconfortante cafecito que acompañamos con las inmejorables trompadas, que eran el regalo de doña Claudia.

En el rato que don Berna, Chedino y yo empleamos en destazar el animal, doña Chona y don Artemidoro se la pasaron discutiendo en chinanteco. Con nuestra reincorporación al grupo se suspendió la comunicación, pero en cuanto nos sentamos a tomar el café la comunicación se extendió a don Berna, de modo que ora él, ora don Artemidoro se enfrentaban en recio chinanteco a doña Chona. Empecé a sentirme de más en el lugar y recordé con satisfacción que la terquedad del viejo celta había dispuesto mi permanencia en el hongo.

—Bueno, discúlpenme, pero el cansancio ya me venció —dije preparado a emprender la huida.

Se hizo un silencio incómodo que, afortunadamente, fue suspendido por el brusco estallido de la mano de don Artemidoro contra uno de sus tobillos.

—Insaciables los vampiritos, ¿eh? —dije incorporándome.

—Si no fuera mucha la abusión yo quisiera pedirle un parecer —expresó don Artemidoro en su tono acostumbrado y que contrastaba con la agresividad que había puesto de manifiesto al hablar con su hija en chinanteco.

—Diga usted, don Artemidoro.

—Pues aquí estamos divididos y mi hija nos quiere imponer su creencia.

—Ah, caray, ¿y cómo es eso?

—Es que ayer, en Ojitlán, los evangelistas apedrearon al obispo —intervino don Berna—, y a mi mujer eso le parece una ofensa muy fea.

—¿Es usted católica, doña Chona? —pregunté a la mujer.

Desde el fondo de la cabaña, donde se encontraba acomodando unas cosas, miró hacia mí y asintió con la cabeza.

—Y ustedes son evangelistas, ¿o qué?

—Ahí está el problema, señor —dijo don Artemidoro—, que mi yerno y yo no somos ni de un bando ni del otro, y es por eso que vemos bien que se maten entre sí.

—No entendí muy bien, ¿quiere decir que ustedes no son ni católicos ni evangelistas?

—Así es, señor.

—¿Y entonces, cuál es su religión?

—La propia, señor. La de nuestra gentilidad.

—¿Pero por qué apedrearon al obispo?

—Por el odio que les meten —respondió don Berna—. Los curas católicos siempre han jalado con los caciques y con los comerciantes, y los evangelistas jalan con los campesinos.

—Sí, pero los evangelistas están manipulados por los gringos.

—Por lo mismo, señor. Nosotros no queremos ni a unos ni a otros —terció don Artemidoro—, y esto es lo que no le parece a mi hija.

—Bueno, ¿y qué es lo que quieren que les resuelva yo?

—Usted es un hombre muy leído, señor, por eso queremos oír su parecer.

—La verdad no sé. Yo creo que cada quien es libre de creer lo que quiera; la cuestión es que nadie trate de imponerle sus creencias a los demás.

—Eso es lo que yo digo, señor. ¿Por qué si nosotros tenemos nuestra propia creencia vamos a tener que cargar con creencias ajenas que nomás se atienen al odio y al castigo para sujetarlo a uno?

—En eso tiene usted razón.

—Pero el gobierno no quiere entender, señor. Benito Juárez, que era indio como nosotros, luchó para que se respetara la dignidad del indio, por eso atacó por igual el yugo de castillas, gabachos y gringos, ¿o no es cierto, señor? Y ahí tiene usted que el supremo gobierno no nos atiende, ¿por qué no se respetan los idiomas y las creencias de los indios? Ahí está el agravio, señor. Mientras no le liberen su lengua y sus creencias, el indio será un esclavo en su tierra. Esto, señor, es lo que no entiende la pobrecita de mi hija, que le reza a un Dios que nomás nos ha traído puras desgracias haciéndonos renegar de las costumbres de nuestros abuelos y de los abuelos de nuestros abuelos, ¿está bien esto, señor?

Visiblemente irritada, doña Chona salió por la parte de atrás de la cabaña. Entonces, aprovechando la oportunidad que tal huida me daba, decidí expresar sin rodeos mi pensamiento:

—Pues sepan ustedes que yo estoy en completo acuerdo con su planteamiento. No puede haber una auténtica libertad si no hay respeto a la diversidad.

Me despedí, y de camino al hongo fui pensando en el desquiciamiento que experimentaría Carlos I al ver el desmadre que casi cinco siglos después originaban en su otra España las virulentas enseñanzas del monje Lutero. Esa noche, soñé que era el sumo pontífice de una religión extraña y bárbara que permitía el uso de anticonceptivos, aprobaba el divorcio y el aborto, que llamaba a la sublevación del pueblo contra la tiranía y que atacaba acremente la usura, la corrupción del poder y la acumulación de riqueza. Cuando desperté todavía resonaba en mis oídos el clamor de las multitudes que celebraban mi paso.

Por la altura del sol sobre el cerro me di cuenta que si fuera un burócrata en un país donde imperara la apicultura experimental, ya me habrían corrido de la chamba y destinado a un sanatorio de regeneración forzada. El diagnóstico: onirismo precoz y persistente con tendencias al vagabundeo y a la anarquía. No me causó ninguna

sorpresa, pues, el recibimiento cáustico y guaseante de que fui objeto por parte de don Ramón y don Berna.

Me extrañó no ver a doña Chona y que don Ramón se encontrara, como en los viejos tiempos, trajinando sobre el fogón.

—¿Qué va a desayunar el señor? —preguntó don Ramón de muy buen ánimo.

—¿No quedará un cafecito?

—Claro, no faltaría más, ¿pero no quiere tomar antes vueselencia un vasito de jugo de pomelo?

—No estaría nada mal.

Don Ramón vino hacia la mesita frente a la que yo estaba sentado con don Berna y, metido en su papel de restaurantero, se dedicó a dejar impoluta la superficie. Luego fue a buscar la enorme jarra de vidrio llena del delicioso jugo y me sirvió un vaso. Intercambié unas palabras con don Berna y me enteré que doña Chona había ido con don Artemidoro a Usila a visitar a una hermana. Mientras hablábamos, don Ramón iba y venía acumulando —con permiso— sobre la mesa los cubiertos, tortillas envueltas en una florida servilleta, una excitante salsa de chile tabaquero y, por último, el platillo estelar.

—¿Qué es eso? —pregunté al ver algo como trozos de carne acaramelada cubierta de rajas de cebolla y que olía a paraíso.

—Tú pruébalo —dijo el viejo celta tomando un banquito para acompañarnos.

—¡Dios, qué sabor! —exclamé fuera de mí.

—¿Ya sabes lo qué es? —interrogó plenificado don Ramón.

—¡Ambrosía pura!

—No tanto, no tanto. Un simple higadito de tepezcuintle.

—¿Simple?

—Bueno, le eché un cuarto de aguardiente curado, unas semillitas de comino y...

—¡Qué barbaridad, nunca había probado algo tan exquisito!

—Pues a ver qué te parece el tepezcuintle a la chinene que voy a preparar para el mediodía.

—¡De veras que está insuperable!

Dejé el plato limpio como una patena, en vista de lo cual don Ramón me dijo que aún quedaba salsita pegada en la sartén.

Me levanté yo mismo a servirme y, para que no quedaran dudas al respecto, limpié la sartén con una tortilla y me la zampé de un par de bocados. Don Ramón y don Berna compartían mi gozación tomando jugo de pomelo. Hablamos un rato de cacería y, luego de terminar el café y lavar los trastos, nos fuimos al hongo porque don Ramón quería saber mi opinión sobre su última y abrumadora epístola.

—¿Y esa figurilla? —preguntó don Ramón señalando la pieza arqueológica que yo tenía en una esquina de la mesa de estudio.

—Ah, es Honguito.

—¿Y de dónde salió? —insistió el viejo al tiempo que la tomaba con cuidado entre sus manos.

—Un regalo.

—Bastante notable, por cierto.

—Es curioso, pero cuando va a llover comienza a sudar.

—Es pluviogénica, como las serpientes.

La mención de las serpientes no me gustó nada, así que extendí la mano y tomé la pieza para guardarla en mi mochila.

—Es un verdadero ofrendamiento lunar, cuídala mucho porque pronto te traerá el complementario.

—¿Cuál complementario?

—La feminidad.

—Ya que habla de lo solar y lo lunar tengo una duda que quisiera consultarle al respecto.

—Luego hablaremos de eso. Ahora me gustaría que me dieras de una vez tu opinión sobre lo que te mandé.

—Pues en verdad no sé ni cómo empezar. Yo no veo esa necesidad de tener que abarcarlo todo para...

—Mira, Eugenio, tu visión y la mía son muy diferentes. Tú estás metido en la urgencia del tiempo; a mí, en cambio, me preocupa la plenitud del espacio.

—No le entendí nada.

—Bueno, te lo voy a poner de otro modo. Yo coincido con el Aristóteles de la *Poética* cuando sostiene que para valorar una obra literaria hay que dejarla descansar por lo menos diez años, ¿entiendes?

—Sí, ya veo por dónde viene el balazo, pero no me importa.

—Ése es tu problema. Y bien, pasando al tema, ¿tenías alguna respuesta preparada?

—Aquí tengo las notas.

Busqué entre mis papeles y me dediqué a ordenar las hojas donde estaban escritas las preguntas y las dudas que había decidido consultarle. Don Ramón dijo que aprovechaba para ir a buscar una jarra de jugo y tardó en regresar unos quince minutos.

—¿Ya? —dijo acomodando en un lado de la mesa la jarra de jugo de pomelo y dos vasos.

—Pues en primer lugar yo no estoy de acuerdo con la filosofía de la Historia que subyace en sus planteamientos. Usted habla de las crisis sociales y de las conflagraciones en base al modelo de emergencia-decadencia planteado por Spengler y Toynbee, y que Eric Weber sintetiza más o menos así: toda decadencia sería compensada por una ascendencia simultánea en otro lugar, de modo que en la vida común de los pueblos nada se crearía ni destruiría sino sólo cambiaría. Yo estoy con Braudel cuando se opone a este modelo simplificador.

—¡Un momento, muchacho! No empieces con tus salidas olímpicas.

—A ver, lo escucho.

—Si no aceptamos el principio natural de la dinámica emergencia-decadencia, llegaremos al absurdo de una evolución única, lineal e ininterrumpida, con la consiguiente absolutización de las partes; esto es, la odiada imposición hegelianomarxiana de lo único sobre lo diverso. Lo que yo sostengo es que todo lo que tiene un principio debe tener un fin; y la dinámica que determina este proceso viene dada por una lucha de poder y dominación. De esta manera se ve

claro que la Historia es un suceder de dominaciones (o, si prefieres, conquistas) donde lo dominante y lo dominado se enfrentan sin cesar intercambiando los roles entre sí y con las demás partes que conforman el todo.

—Sí, pero usted, al contrario de Marx y de Braudel, parece poner a lo bélico como base de todo.

—Ya una vez que hablamos de esto te dije que no puede haber una emergencia económico-política, ni cultural que no esté sustentada en un pujante poderío militar. Negarse a reconocer la determinación de la dinámica beligerante lleva al suicidio histórico.

—Mierda, no puedo aceptar una filosofía de la Historia que tenga como fundamento la beligerancia. Sería algo así como un determinismo clausewitziano.

—Yo tampoco la acepto, pero esto a la Historia le vale un comino.

—Braudel sostiene que...

—Mira, muchacho, Braudel fue tan gran estudioso como mal filósofo.

—¿Qué dice?

—Ahora regreso con los argumentos —dijo don Ramón saliendo volando escaleras abajo.

Mientras lo esperaba me serví un poco de jugo. El sabor entre amargo y dulzón de la pomela vino a acrecentar la sensación de desconcierto en que me habían sumido las respuestas inapelables del cabrón viejo. Regresó don Ramón con los dos tomos del *Mediterráneo...*, de Braudel y, mientras hojeaba el tomo II, dijo:

—Braudel es la negación negada del marxismo.

—¿Qué?

—Que el facticismo histórico de Braudel objetualiza a la Historia al dar más importancia a los sucesos supraindividuales y a las cosas en sí que a los individuos. Por eso digo que, sin pretenderlo, fue uno de los marxistas más coherentes.

—¿De dónde demonios extrae usted esas conclusiones? ¿Y por qué puso entonces esa nota encomiástica al principio del libro?

—No te alborotes, muchacho. Espera y verás. ¡Aquí está! Escucha con atención: “Está condenado de antemano al fracaso cualquier esfuerzo realizado a contracorriente de la dirección que en un momento dado lleva la historia. Por eso cuando pienso en el hombre individual siempre tiendo a imaginármelo prisionero de un destino sobre el que apenas puede ejercer algún influjo, encerrado en un paisaje que se extiende ante y detrás de él en esas perspectivas infinitas que he llamado de la larga duración”. ¿Qué me dices ahora?

—No sé, no se me había ocurrido.

—Ahí lo tienes, otro caso clarísimo de una Historia por encima del sujeto.

—¿Y de dónde cree usted que provenga esta visión?

—Hombre, de una u otra manera todas las filosofías de la Historia actuales son una prolongación bien del historicismo marxista, o bien del estructuralismo. El primero implica una determinación excesiva del tiempo; el segundo una determinación excesiva del espacio.

—Yo creo que la interpretación marxista de la Historia, al contrario de lo que sucede con su aplicación económico-política, aún no ha sido superada.

—El historicismo marxista es un evolucionismo disfrazado: lo que no encaja en el esquema es rechazado. El marxismo está viciado de raíz por la idea hegeliana de la Historia, por eso se le niega la comprensión de esas formas de asociación humanas no occidentales, a las que Hegel llamaba despectivamente sociedades sin historia. ¿No te parece un disparate decir que esta gente de Nanacatlán, por querer imponer su propia determinación, está fuera de la Historia?

—La idea que subyace a la concepción marxista de la Historia es la liberación y no la subyugación.

—Querido Eugenio, el marxismo es una típica filosofía negadora-derrocadora, y ahí reside justamente su validez. Cuando el marxismo pretende afirmar-aportar se convierte en un simple exponente de la racionalidad hegeliano-positivista, que está en la base misma de la dinámica burguesa: progreso-tecnologización-superioridad.

—Sí, don Ramón, pero es que las sociedades primitivas a nadie le interesan ya. No entran en esa Historia que escribimos siempre con mayúscula.

—Esas sociedades que abusivamente llamamos primitivas nos han enseñado muchas cosas, y aún pueden enseñarnos muchas más.

—¿Cómo qué?

—El funcionamiento de una sociedad sin aparatos represivos y sin Estado, por ejemplo.

—¡Quién demonios lo entiende a usted! Un día habla de los grandes vuelos de la civilización, de las proezas de la razón humanística. Y al día siguiente se entrega a una burda apología del primitivismo y la barbarie.

—Se ve que no has leído nada sobre la teoría de las tres funciones de Dumézil. Además el derecho a la contradicción es una salvaguarda contra la absolutización y la uniformidad.

—¡Pura mierda!

—No seas majadero, muchacho. Si fueras un poco más competente en tu profesión no habría lugar para exabruptos ya que me entenderías a la perfección.

—Yo no tengo profesión.

—Sí, ya veo que sólo eres un querer que no tiene ni puede. ¿Cuando estuviste en la Sorbona no oíste hablar por casualidad de Pierre Clastres?

Al oír el nombre, recordé inmediatamente el revuelo que había armado en el medio marxista de la Sorbona la aparición de un artículo hacia mediados del sesentaiocho en la revista *Libre*, y que se titulaba “La antropología del Marxismo”, o algo parecido. Primero etiquetado de seudoanarquista y luego afiliado al anticomunismo en boga, Pierre Clastres no había sido un santo de mi devoción. Es por ello que le dije al cabrón viejo más con ánimo de herir que por convencimiento:

—La sociedad contra el Estado es una jalada de otro europeo que pretendió encontrar la razón paradisiaca entre los salvajes.

—Fíjate bien en las mamarrachadas que dices. Me acusas a mí de contradictorio y eurocéntrico, pero jamás me habrás oído referirme al indio con el desprecio con que tú lo haces. Y luego me endilgas esas peroratas sobre la esclavitud del indio y demás burradas. En fin, tal vez hayas oído algo de Clastres, hasta es posible que también leyeras algún resumen o reseña, pero se ve que no entendiste ni papa.

—¿Qué es lo que hay que entender? ¿Que el occidente nos está llevando al suicidio?

—¿Y qué propones tú?

—No sé.

—¿Te das cuenta? Criticas a Occidente por mero prurito. Tienes que entender de una vez que, te guste o no, México e Hispanoamérica son partes inseparables de ese todo que es Occidente.

—De acuerdo, ¿y...?

—Bueno, entonces lo que hay que hacer es profundizar en la relación dominante-dominado, para evitar que se perpetúen las imposiciones absolutizantes. Esto es lo que le interesaba estudiar a Clastres.

—Si yo no entendí mal, Clastres defendía las sociedades primitivas porque suponían una especie de estado de gracia sin aparatos represivos, ni Estado.

—Vaya, parece que ya estás entrando en juicio. Bien, esa sería una conclusión muy extremada. Lo que sucede es más bien que en las sociedades primitivas el poder es un acaecer ritual (consenso no coercitivo de la comunidad); mientras que en las sociedades civilizadas el poder es un acaecer profano (consenso coercitivo sobre la comunidad).

—La verdad, no entendí nada.

—Bien, déjame explicar el asunto de otra manera. ¿No es el poder la dinámica rectora de toda sociedad?

—En cierta manera, sí.

—En todas las maneras. Hablo del poder político, poder económico, poder militar, poder cultural, poder sexual, etc. Aun cuando se

realizara el sueño marxista del fin de la lucha de clases, continuaría existiendo la lucha de poderes.

—De acuerdo.

—¿Y no es el fin último de una sociedad buscar la felicidad de todos sus miembros?

—Sin duda.

—Pues ahí está el problema que nos interesa: todo poder coercitivo conlleva en su dinámica la infelicidad.

—Sí, pero hay muchas formas de felicidad.

—Más bien son gradaciones. Y cuanto más se separa uno de la naturaleza, recurriendo al abuso de las diferentes formas de poder, tanto más difícil resulta lograr una felicidad natural; esto es, una felicidad que no tenga en su fundamento la infelicidad de los demás.

—Según usted es mejor pasar estrecheces y necesidades y ser feliz que nadar en la abundancia y ser infeliz.

—Así como tú lo planteas parece un absurdo. Sin embargo, si analizamos con detenimiento la condición sicopatológica de las sociedades de consumo veremos que el absurdo toma la forma de una degeneración social. Además, el que cae atrapado en el vértigo de las sociedades de consumo queda imposibilitado para gozar lo natural: olores, sabores, paisajes, etc.

—Parece usted darle la razón a los defensores del ejido.

—El ejido es un medio de manipulación política y no de felicidad natural. El ejido encadena al indio.

—Pero es que el indígena ama a su ejido.

—Sí, ama lo que de natural subyace en el ejido, pero quisiera verlo liberado de la acción coercitiva y manipuladora del poder.

—¿Cómo?

—Regresando a una situación comunitaria como la que se vive ahora en Nanacatlán.

—Eso es imposible. Es más fácil pensar que Nanacatlán entre a la órbita del consumo manipulador.

—No es gratuito, amigo mío, que Clastres dedicara un gran estudio a La Boétie para analizar los fundamentos de la servidumbre voluntaria.

—Es que como lo pone usted no hay elección.

—Siempre hay elección. No olvides que la servidumbre voluntaria no es más que otra forma de miedo al poder.

—Bien, volvamos a su misiva. Según su tesis, para que haya una emergencia cultural tiene que darse una emergencia económica, política y militar.

—En términos generales, así es.

—Pero entonces cómo explicaría usted la hambruna del Siglo de Oro español. En *El Lazarillo de Tormes*, en el *Guzmán de Alfarache* y en *El Quijote* el hambre es un personaje familiar. Piense nada más en el hambre terrible de 1521 que asoló a Andalucía acabando con lo mejor de la raza de caballos andaluces. Año llamado con razón de la Gran Penuria, porque aparte de la decadencia económica estaba también la decadencia política y militar con la guerra contra Francia y el levantamiento de los Comuneros; además de la decadencia religiosa que implicaba el desafío de Lutero. Y mire, para que vea la presencia en América de ese Siglo de Oro que usted celestializa, le voy a leer un párrafo del suprahistórico Braudel: “Hacia Sevilla converge la muchedumbre famélica de los que quieren emigrar a América: miserales hidalgos, soldados aventureros, amén de toda hez de España: ladrones marcados con el hierro, bandidos y vagabundos. El Madrid de Velázquez y de Lope de Vega, la doble ciudad de los ricos riquísimos y de los pobres miserables, con sus mendigos durmiendo en los rincones de las plazas arrebuados en sus andrajosas capas, mientras los señores embozados van en busca de galantes aventuras; mundo inquietante de rufianes, de capitanes, de criados famélicos, de jugadores tramposos y de mozas de partido, siempre dispuestas a cazar y desplumar a su presa”. ¿Qué le parece?

—Siempre ha habido y habrá esa miseria endémica inseparable de la abundancia. En la Francia del Rey Sol, al lado del hervidero de

pordioseros y malvivientes, se daban las extravagantes exquisiteces de la más inflada aristocracia. Y recuerdo también cómo Carlyle, en su *Pasado y presente*, se sorprendía de una Inglaterra rebosante de riquezas y con más de dos millones de indigentes. Cuando yo hablo de emergencia y decadencia me refiero a las relaciones de dominación. El paso de una dinámica dominante a una dominada lleva inherente un proceso de decadencia; y, al revés, el paso de una dinámica dominada a una dominante lleva inherente un proceso de emergencia.

—Tal como usted pone las cosas no hay lugar para la autodeterminación de los pueblos.

—Si tenemos presente que el único límite que la dinámica dominante puede encontrar en su afán absolutizador proviene de la inconformidad de la dinámica dominada, y que la dinámica dominada sólo puede quitarse la dominación mediante una acción que debilite a la dinámica dominante, se hace claro que sólo se puede hablar de autodeterminación con base en bloques de poder que se neutralicen mutuamente; y estos bloques, a la larga, obedecerán más a intereses culturales que a económicos, políticos o militares.

—Aquí tengo también anotado algo que considero importante. ¿Por qué descubrimiento de América? ¿Acaso América estaba cubierta?

—¡Uy, ya te o'gormanizaste!

—Le estoy hablando en serio.

—¿No te parece una barbaridad mayor decir que América fue inventada a que fue descubierta? Por favor, querido Eugenio, déjemonos de absurdas disputas nominalistas.

—No son disputas nominalistas sino señalamientos reivindicadores.

—Coño, puestos a ser precisos llamémosle mejor fundación de América.

—¡Cimentada sobre un etnocidio monstruoso!

—Mira, muchacho, ya me cansé de oír ese discurso lastimero y quejumbroso. Por las razones que quieras, los europeos vencieron

en buena lid; y, como no podía ser de otra manera, los vencedores terminaron imponiendo su determinación a los vencidos. Y cuando digo determinación me refiero a una totalización de particularidades, desde lo geopolítico hasta lo cultural. Porque vamos a ver, petimetre de mierda, ¿de dónde le viene el nombre al continente?, ¿se lo pusieron los aztecas, los apaches, los incas...?

—Seguro que se lo puso algún gallego, ¿no era Colón de Pontevedra?

—Eso es lo único que sabes decir: burradas olímpicas. Pero te lo voy a repetir una vez más y para que ya no se te olvide. La expresión “América” fue historiografiada por primera vez, y en honor de Américo Vespucio, en 1507, en la célebre *Cosmographiae Introductio*, publicada por la Academia de Saint-Dié. Y antes de que tal nombre fuera acuñado, Colón se refería a estas tierras como Las Indias. Después, Mendieta y otros misioneros le llamaron Nuevo Mundo. Y por último, y ya después de la clara división del continente entre sajones y españoles al principio de la década de 1860, y movido por un utópico renacimiento panlatinista, el gabinete de Napoleón III acuñó el término de América Latina o Latinoamérica.

—De acuerdo, ¿quiere oír mis objeciones o no?

—Por supuesto, pero con fundamento.

—Cada quien tiene sus propios fundamentos. Su problema, don Ramón, es que no acepta más argumentos que los suyos, y cuando le dicen algo que no le parece enseguida se pone fúrico e intransigente.

—Bueno, no es para tanto. Lo que sucede es que me molesta que se digan las cosas a tontas y a locas, pero cuando se hace una crítica bien hecha la aplaudo.

—¿Bien hecha según qué criterio?

—Hombre, una crítica que señale deficiencias y dé soluciones.

—¿Es una crítica bien hecha el decir que ni una sola vez mencionó usted al protocatalán Ramón Llull, cuyo *Llibre d'Evast e Blaqueria* pasa por ser la primera novela de las lenguas románicas y una de las más importantes de la literatura medieval?

—¡Joder, no pretenderás que lo abarque todo!

—Espere, espere, que le voy a dar donde más le duele. Se deshace usted en elogios al Renacimiento, fase única e irrepetible si hemos de creerle. ¿Y qué me dice de la degeneración manierista y el puterío en que cayeron los semidioses renacentistas? Escuche nada más este latigazo moral del alucinado Savonarola a los florentinos: “Vuestra vida es la vida de los puercos: pásaisla toda en la cama, en la murmuración, en los paseos, orgías y desenfreno”. ¿Y habla usted de excelsitud del humanismo renacentista?

—Muchacho, no olvides que el elogio de la diferencia lleva inherente la oposición monstruosa de los extremos; no puede haber grandes vicios sin grandes virtudes: Eros y Tanatos, César Borgia y Savonarola.

—Y aquí tengo, también, señalado otro punto de desacuerdo. Usted me ha endilgado cierta filiación judaizante, pero estoy empezando a creer que aquí hay gato encerrado. ¿Por qué no menciona ni una sola vez la aportación de árabes y judíos a la cultura hispánica? Dice usted que las malas traducciones de los árabes desvirtuaron los originales griegos, pero esas traducciones fueron únicas y ejemplares en su tiempo. ¿No merece, acaso, mencionarse la filiación judía de San Juan de la Cruz, fray Luis de León y Santa Teresa, entre tantos otros criptojudíos que desempeñaron grandes cargos en las cortes de Alfonso X y los Reyes Católicos (pues Fernando mismo era criptojudío por parte de madre)?

—Bueno, ese tema no interesa. Además los judíos no necesitan ya que nadie los defienda.

—Claro, usted prefiere hablar de un nuevo Sacro Imperio Romanogermánico, como si los intentos de Hitler, Mussolini y Franco no fueran ejemplo suficientemente monstruoso.

—Déjate de mamarrachadas.

—¿Y qué me dice de la famosa imposición lingüística?

—Ahí sí, para que veas, es donde tenemos que ubicar al enemigo.

—¿Se refiere a los catalanes, los vascos, los gallegos o los latinoamericanos?

—Ya cambia ese disco, muchacho. ¿Por qué demonios no tratas de enfocar tu ojo crítico hacia afuera en lugar de denigrar lo de adentro?

—Pero cuál adentro, don Ramón. ¿No se da usted cuenta que la cultura hispánica cambió de centro? Madrid ya no es más la capital del idioma español. Y frente a la diversidad regionalista de la Península no hay otra opción que la unidad latinoamericana. Es increíble que el legado de un imperio conquistador, cuyo emperador ni siquiera sabía hablar bien el idioma nacional, vaya a sobrevivir y engrandecerse gracias a sus salvajes vástagos de ultramar.

—¿Pero qué estás diciendo?

—No se haga el tonto, usted sabe mejor que yo que la esperanza de España, tanto a nivel de idioma como de religión, está en Latinoamérica. Y esto, curiosamente, fue predicho por los frailes conquistadores hace ya casi quinientos años...

—Mira, Eugenio, el vigor y la sobrevivencia de un idioma y de una cultura están en relación directa con la determinación de lo económico, lo político y lo militar. Si el castellano (y no el gallego, el vasco o el catalán) se convirtió en el idioma español, fue gracias a un proceso histórico que desplazó la determinación de lo económico, lo político y lo militar hacia Castilla. Y éste no es un fenómeno aislado y exclusivo de la Península. La cultura inglesa es una mezcla de la latina y la germánica; la lengua de oil se convierte en el francés, el toscano en italiano, etc. De manera que esa imposición, que tanto te molesta, es en realidad un devenir lógico y natural. Por otra parte, ya te he dicho un montón de veces que lo determinante y lo determinado se determinan mutuamente; es por ello que en el idioma español podrás encontrar cantidad de giros de todos los pueblos y culturas que de alguna manera estuvieron en contacto o forman parte de la cultura hispánica (desde los dialectos germánicos y visigóticos hasta el árabe y las lenguas autóctonas americanas). En fin, yo coincido

plenamente con el precursor Fernando de Herrera cuando sostiene que el idioma que no está creciendo y cambiando está muerto. Ahora, en lo que concierne a Hispanoamérica te diré que, efectivamente, hay una gran ceguera de parte de los peninsulares, si quieres puedes llamarla menosprecio, pero es un fenómeno de distorsión y malentendidos que ya está cambiando.

—Para peor. Ahora con la entrada a la Comunidad Europea los españoles ya no van a querer saber nada de lo que huela a tercer mundo.

—Al contrario, muchacho. España va a ser ahí punta de lanza en defensa de sus hermanos de África y América.

—Bueno, ¿y dónde carajos está entonces ese peligro del que habla?

—En la cultura angloamericana.

—¡Vaya, al cabo buen español tenía que ser!

—Coño, mejor español que gringo.

—¿Lo ve? Ahora es usted el que se está dejando arrastrar por prejuicios nacionalistas.

—¡Qué prejuicios ni qué ocho cuartos! Es un problema de confrontación y sobrevivencia de culturas lo que estamos afrontando.

—Pues a decir verdad yo encuentro muchas cosas positivas en la gringuidad.

—Ésas sí que son ganas de llevar la contraria. Aprendes rápido, ¿eh?

—Gracias al buen maestro que tengo.

—Bueno, dejémonos de payasadas y vayamos de una vez al fondo del asunto. ¿Quieres de verdad que abordemos a conciencia este tema?

—Por mí encantado. Puede empezar cuando quiera.

—No, no. Vayamos con calma y con método. Ya estoy un poco saturado y necesito airear mis ideas. Además, ya es tiempo de ir a preparar ese tepezcuintle.

—¿Le puedo ayudar en algo?

—Claro, vamos. El ver preparar un tepezcuintle a la chinene no es asunto que acontezca todos los días.

—Nada más por el nombre del plato ya puedo aventurar su exquisitez.



Cuando llegamos a la cabaña de don Berna nos encontramos con la entrada bloqueada por un montón de gente. Don Ramón saludó a varios por sus nombres y enseguida nos dejaron entrar.

Tendido en un catre se encontraba un hombre, al parecer en muy malas condiciones. Don Berna, inclinado sobre él, le aplicaba unos polvos que extraía de sus frascos milagrosos.

—¿Qué sucedió? —preguntó don Ramón intrigado al ver a casi toda la comunidad allí reunida.

Nadie dijo una palabra.

—Vaya, si la respuesta es el silencio es que el asunto es grave.

—Vea esto —dijo don Berna señalando el cuerpo del enfermo.

Don Ramón se acercó y la expresión de su semblante jaló mi curiosidad. Aquél pobre diablo estaba todo tasajeado.

—Hay que llevarlo a Tuxtepec —expresó preocupado don Ramón.

—No aguanta —respondió lacónico don Berna.

—¿Entonces?

—Vamos a esperar el efecto de los remedios.

Don Berna se dirigió en chinanteco a dos de los hombres más ancianos y, tras un pequeño diálogo, comenzaron todos a desalojar la cabaña. Cuando ya sólo quedábamos don Berna, una anciana sentada al lado del herido, don Ramón y yo, don Berna arrimó unas sillas a la mesita y nos dijo que nos sentáramos.

—¿Y bien, Bernardino? —inquirió don Ramón visiblemente preocupado.

—Fue el tigre, don Ramón.

—¿El que ya se ha comido a los borregos y al ternero?

—El mismo. Ya está enviciado.

—¿Y cómo sucedió?

—El pobre de Bulmaro, que estaba, como siempre, cuidando el ganado en el potrero, ni tiempo tuvo de verlo cuando le cayó encima.

—¿Fue un jaguar, don Berna? —pregunté impresionado.

—Ese mero.

—¿Aguantará, Bernardino?

—Puede que sí, su cuerpo no está muy gastado.

—Habrá que dar parte a don Mardonio en el valle —dijo don Ramón.

—¿Puede venir un momento? —solicitó don Berna a don Ramón llevándoselo fuera de la cabaña.

Mientras salieron, me quedé viendo aquel cuadro que ya pronto sería parte de un pasado de salvajitud perdido para siempre. La sonrisa desdentada de la anciana que cuidaba al herido me hizo volver la vista hacia otro lado. Qué cosas tan increíbles deparaba este México mágico: mientras don Ramón y yo discutíamos en torno al ser inasible y cambiante de la mexicanidad, a unos cientos de metros de nuestro estar un jaguar destrozaba salvajemente a un hombre.

Regresaron don Berna y don Ramón y éste, como si ya todo hubiera pasado, se limitó a frotar las palmas de las manos y decir:

—Ahora sí, vamos a preparar ese tepezcuintle.

—¿Cómo lo va a hacer? —preguntó don Berna al tiempo que ponía los trozos de tepezcuintle en un recipiente sobre la mesa.

—Sería imperdonable no prepararlo a la chinene —sentenció don Ramón.

Don Berna se encargó de partir las cuatro partes del animal en trozos más pequeños. Mientras yo despulpaba un montón de chinenes de los que habíamos traído del árbol donde matamos el animal, don Ramón puso una enorme cacerola de barro a la lumbre y se dedicó a picar chiles, cebollas, ajos y jitomates. Tan pronto como terminó,

don Berna le dio los trozos del tepezcuintle a don Ramón y éste los metió en la cacerola para que se doraran con su propia grasa. Una vez que la carne estuvo bien frita, don Ramón le echó el chile, la cebolla y el ajo; después le añadió el jitomate, un poco de orégano y unas hierbas de olor. Por último, y luego de llenar la cazuela con agua, me pidió los chinenes y los echó adentro.

—Ahora a esperar a que hierva un rato, para que el sabor del chine aromatiche la carne —expresó don Ramón satisfecho.

—¿Y no le va a echar unos elotitos? —preguntó don Berna.

—Hombre, no estaría nada mal.

—Pues ahorita regreso con ellos —dijo don Berna saliendo de la cabaña.

De pronto el herido comenzó a quejarse haciendo que un frío de muerte recorriera toda la estancia.

—Yo creí que los jaguares no atacaban —dije por lo bajo.

—No, no suelen hacerlo. Este es un caso excepcional.

—¿Oiga, y los tigres de Bengala?

—Sólo que estén muy hambrientos o incapacitados para correr tras su presa.

—Es increíble que todavía existan esas fieras.

—No, Eugenio, lo increíble es que ya se estén extinguiendo.

—Bueno, la mera verdad es que esos animales no le traen al hombre más que problemas.

—No digas estupideces. Esos animales, por su grandeza, han despertado siempre la envidia y el temor que dinamizan la soberbia de los hombres. ¿Por qué crees que los ingleses se dedicaron a masacrar tigres en la India?

—Por deporte.

—Por vanidad, orgullo y suficiencia; y sobre todo porque el tigre, como aquí el jaguar, representaba las virtudes insubjugables de los guerreros nativos.

—Ésos eran otros tiempos, don Ramón. Hoy esas virtudes están bien conservadas en zoológicos y en museos.

—¡Pobres humanos, qué bajo hemos caído!

Volvió a quejarse el herido y la anciana que estaba a su lado nos miró con expresión implorante.

Por fortuna regresó don Berna y, luego de darle a don Ramón media docena de elotes, se fue hacia el catre del herido abrumado por las súplicas en chinanteco de la anciana. Después de tomarle el pulso al herido, don Berna se dirigió a su farmacia y agarró los mismos dos frascos con polvos que había usado con anterioridad.

—¿Qué son esos polvos? —pregunté a don Ramón que estaba deshojando los elotes y troceándolos.

—Antibióticos.

—¿Y por qué los tiene así en polvo?

—Porque él los hace.

—¿A poco?

—Pregúntale si no me crees.

—¿Y de dónde los saca?

—De las pieles de unas ranas y de las víboras.

—Oiga, eso es extraordinario. ¿Y no los ha mandado analizar?

—¿Para que acaben con las sordas como han acabado con los jaguares?

—¿Acaso no es mejor sacarle partido a esos animales peligrosos a que maten a los humanos?

—A veces dan ganas de darte un sopapo para que se te quite lo tarugo.

—¿Por qué dice eso?

—En el fondo eres uno de esos gringos turistizantes de los que tanto te ríes. Bernardino —dijo don Ramón a don Berna que se acercaba—, aquí el licenciado quiere patentar tus remedios.

Don Berna me miró fulminante, pero al ver mi expresión de inocencia, ¿o pendejez?, dejó escapar entre dientes:

—Es que don Eugenio aún está del otro lado.

—¿Cuál otro lado?

—El de recibir, no el de dar.

Don Ramón y don Berna comenzaron a hablar de unas cosas que tenían que comprar en el valle y yo, sintiéndome flotar en el vacío de mi nadidad, me dejé derivar hacia la puerta de la cabaña. Vi una piedra redonda, que desprendía una energía especial, y me senté en ella durante toda una eternidad especulante.

Cuando don Ramón me llamó para comer, ya la negatividad se había alejado de mi ser y me sentía como recién levantado de la cama después de un largo sueño imprecisable. Mientras comíamos el incomparable tepezcuintle a la chinene, don Ramón me explicó que sólo cuando el animal estaba así de gordo es que se podía preparar a la chinene, para que la pulpa mantecosa de la fruta se fundiera con el exceso de grasa del animal.

—¿Y qué, todavía quieres que acometamos esa discusión? —preguntó don Ramón al tiempo de prender el impresionante puro hecho a mano que don Berna nos obsequió.

—¿Cuál discusión?

—Pues cuál va a ser, pedazo de alcornoque, la que suspendimos para venir a comer.

—Ah, claro. Cuando terminemos el puro, ¿no?

Putá, no bien llevaba cinco o seis fumadas cuando empecé a sentir que la cabaña se quería mover y el tepezcuintle daba de saltos en el estómago.

—¿Duro el purito? —preguntó don Berna viendo mi cara de naufragado.

—Creo que no voy a poder terminarlo. Si quiere nos vamos de una vez a esa plática, don Ramón.

—Coño, no es lo mismo hacerse el tonto con un pitillito que fumar un buen cigarro.

—Es que no me gusta.

—Sí, tienes que ir aprendiendo que el gusto tiene su límite en el poder —dijo don Ramón levantándose de la mesa—. Muchas gracias, Bernardino, nos vemos más tarde.

—Sí, don Ramón. Pásenle.

A este pinche viejo cabrón nada le afecta, iba pensando al tiempo que veía a don Ramón caminar hacia el hongo con el enorme puro en la boca y una expresión de felicidad envidiable. Ni modo, unos nacen con estrella y otros nacemos estrellados.

Llegamos al hongo y, luego de acomodarnos de manera confortable con todo lo indispensable a la mano, don Ramón dio una fuerte jalada al puro y lo fue a colocar sobre el borde de la ventana. Regresó y empezó la plática.

—Muy bien, para empezar quiero dejar constatada una verdad histórica: que la relación del mundo angloamericano con el hispanoamericano está determinada por el odio y la animadversión que desde siempre enfrentó a ingleses y españoles.

—Odio mutuo, don Ramón, y del que ambas partes son culpables.

—Cierto. Pero se da la fatalidad que fueron los ingleses los que envidiaron a los españoles la posesión del Nuevo Mundo, de ahí que no cesaran ni un solo instante de luchar por ver realizado el sueño de una reconquista de todo el continente americano. ¿No fue éste el móvil de la paradigmática piratería inglesa y de aventureros como Gilbert, Raleigh, Hawkins, Drake y Cavendish? Dos de los objetivos más apremiantes de la dictadura cromwelliana fueron, hay que subrayarlo, la conquista de los dominios españoles en ultramar y la consolidación y desarrollo de la posesión inglesa en Nueva Inglaterra.

—Lo que Cromwell quería era que floreciera el libre comercio en el Nuevo Mundo.

—No digas babosadas. Lo que ese dictadorcillo pretendía era que el Nuevo Mundo se convirtiera en otra Irlanda, cuya guerra político-religiosa, que él incentivó, parece que jamás tendrá fin.

—Veamos una cosa: ¿tenían o no razón los ingleses cuando acusaban a los españoles de ostentosos, holgazanes y fantasiosos?

—A eso te puedo contestar recurriendo al egregio Américo Castro, cuando dice que el español es el único ejemplar en la historia occidental convencido de que el único posible y digno oficio para el hombre es ser hombre, y nada más.

—¡Olé!

—Y además esas atribuciones de las que hablas hay que entenderlas con su contraparte: un puritanismo calvinista que ensalzaba el recato, la usura y la inhibición total. Es por eso que en los escritos de los primeros viajeros ingleses que vinieron a México, como John Chilton, Hawks y, sobre todo, Thomas Gage, encontramos que los mexicanos son libidinosos, crueles, ignorantes y cobardes.

—Un momento. Tiene que concederme que esos ataques son más bien hechos a los españoles y sus descendientes que a los nativos.

—¿De dónde sacas eso?

—Mire, aquí tengo también mis guardaditos. Escuche este señalamiento de Mark Beaufoy: “Los mexicanos son lo que los españoles han hecho de ellos” (por eso) “México no muestra otro signo de civilización salvo el de sus vicios”. Y en otro lado sostiene que México podría haber sido un paraíso si no hubiera sido sojuzgado por la nación más perezosa, despreciable y degradada de Europa.

—¡Otra vez la misma letanía! Sí, sería un paraíso hollywoodiano, como tú muy bien has dicho una vez. Los angloamericanos, por su protestantismo cicatero, nunca podrán entender que los bienes más sublimes de una civilización son justo aquéllos que no están sujetos a su amada fórmula de compra-venta. Y mira, muchacho, no se trata de que una sociedad sea próspera, industriosa y temida, sino de que sea feliz y respetada. Por centrar su determinación histórica en el tener y el poder, la sociedad norteamericana perdió esa felicidad natural de la que hablaba Clastres; y el respeto y la admiración que pudo haber despertado en sus orígenes, hoy ya se convirtió en franco odio y rechazo. Esta es la verdadera diferencia entre México y USA.

—La diferencia, querido maestro, es muy otra: los españoles trajeron aquí la Contrarreforma con su secuela de feudalidad, escolástica y absolutismo; mientras que los ingleses llevaron a Norteamérica la Reforma con sus implicaciones de modernidad, democracia y capitalismo.

—Mira, te voy a conceder lo de la industriiosidad y el mercantilismo propios de la mentalidad calvinista, pero a condición de que tengas presente una cosa fundamental: no es que los españoles fueran menos hábiles e industriosos que los ingleses, lo que pasa es que la mentalidad española es más espiritual y profunda que la inglesa; sólo así se entiende que mientras los protestantes buscaran satisfacer egoístamente su afán mercantilista, los católicos se esforzaran por engrandecer a su Dios. Ahí tienes el punto nodal que va a separar-especificar a las dos culturas: lo económico-político frente a lo estético-religioso. Y justo es reconocer que el tiempo, juez implacable, le está dando la razón a lo estético-religioso.

—¿Qué embrollo es ése?

—No es ningún embrollo. Marx mismo vio que la determinación excesiva de lo económico-político termina enajenando al todo social, de ahí que el leitmotiv de su obra fuera precisamente la crítica de la economía política. Por la importancia desmedida que le han dado a lo económico-político, los angloamericanos han terminado por mercantilizar su espíritu. ¿Qué es la religión en USA? Un negocio espantoso y pagano, manejado por unos sujetos oscurantistas y depravados, al lado de los cuales Savonarola y Torquemada serían ejemplos de libertinaje. ¿No te has enterado del escándalo que se traen en sus propios canales de televisión esos predicadorcillos que acusan al Congreso de Estados Unidos de institución execrada por Dios y aliada del comunismo-Satanás?

—Bueno, oí algo de la lucha absurda entre creacionistas y evolucionistas.

—¡Coño, imagínate, han llegado al colmo de prohibir el darwinismo en las escuelas secundarias!

—¿Y quién promueve eso?

—Son varias sectas: evangélicos, fundamentalistas, pentecostales, etc., pero una de las cabezas visibles es el porcino Jerry Falwell, asesor personal de Reagan.

—Con razón.

—Y lo mismo cabría decir de la pintura, la literatura, la filosofía... Todo lo que es humanismo se está descomponiendo de una manera brutal en USA. Y, para que veas que el fenómeno no es reciente, escucha esta nota que tengo aquí extraída de *La democracia en América*, del imparcial Alexis de Tocqueville: “No conozco ningún país en que el amor al dinero tenga más amplio lugar en el corazón del hombre, y donde se profese un desprecio más profundo hacia la teoría de la igualdad permanente de los bienes”.

—En todo esto hay dos cosas que no me satisfacen.

—¡Qué bueno que nada más son dos!

—En primer lugar aquí hay una contradicción con esa tesis suya de que la emergencia económico-política conlleva una emergencia cultural.

—Yo no veo tal contradicción. Es innegable que al auge económico-político norteamericano le correspondió un auge cultural. Lo que sucede es que la cultura de la sociedad norteamericana es netamente tecnológica y no humanística, y allí donde pretende darse sus baños de clasicismo cae en un amaneramiento y un eclecticismo dignos de una cultura pueblerina. Lo que mejor han hecho los norteamericanos en el terreno cultural es lo simple, directo y popular; pero cuando pretenden hacer algo profundo, rebuscado y trascendente originan verdaderos bodrios.

—He ahí la segunda objeción que le quería hacer: esa marcada tendencia hispanófila, que llevó a José Enrique Rodó a proclamar la célebre distinción, tan aplaudida por los intelectuales latinoamericanos de principios de siglo, entre el Ariel espiritual de la cultura hispanoamericana y el Calibán utilitarista de la cultura norteamericana, y que hoy en día sólo un contracorriente como usted se atreve a sostener.

—No es ninguna postura contracorriente. Al contrario, el curso de la Historia se está inclinando de nuevo, y por fortuna, hacia el espíritu de la latinidad. ¿Qué le aporta hoy la cultura inglesa a Europa? La imagen de la afectación y la decadencia. Y lo mismo va a suceder

con Angloamérica: en la era posttecnocrática la religión católica y el nuevo humanismo latino van a marcar los derroteros de la humanidad.

—A mí esas profecías me valen madre. Lo cierto es que, hoy por hoy, todo lo que se hace en el mundo occidental se decide en Washington. Y además, ¿existe algún centro de cultura en Europa semejante a Los Ángeles o Nueva York?

—Ya empezaste a desvariar.

—Sí, tal vez esté desvariando. Cada vez que oigo hablar del resurgimiento europeo comienzo a desvariar. Y por eso, justamente, me gusta la cultura gringa, porque es una apuesta decidida al futuro.

—Una apuesta suicida, querrás decir.

—Respóndame sinceramente, don Ramón, ¿usted cree de veras todo lo que dice?

—No todo, pero si un poco más que tú.

—¿Y a qué viene ahora esa respuesta?

—Coño, ¿acaso crees que te creo cuando defiendes a los yanquis?

—Es que su anglofobia me parece exagerada y visceral.

—Todas las fobias son exageraciones viscerales.

—Bien, tratemos de centrarnos en el tema, ¿le parece?

—Adelante, muchacho, adelante.

—Yo creo que los mexicanos tenemos muchas cosas que aprender de los gringos. Y no digo esto porque crea que los gringos son una fase superior de la civilización, sino porque representan el extremo opuesto del proceso mexicano. Nosotros no tenemos entre los legados de los padres de la Patria escritos como los *Rights of Men* de Paine o las *Notes on the State of Virginia* de Jefferson; y sería una atrocidad comparar las mentalidades escolásticas y pedestres de un Hidalgo y un Morelos con el universalismo de un Franklin, un Emerson o un Washington.

—¡Joder, te estás expatriando!

—No, estoy reconociendo una verdad incontrovertible. Ni tampoco tenemos una Constitución tan notable como la norteamericana-

na; ni hemos alcanzado entre nuestros intelectuales esa glorificación anarquista de la naturaleza que vemos en un Thoreau y un Whitman.

—Ya está bien, muchacho. Estás hablando como un espiritista ingenuo que convoca a un pasado en el que ni él mismo cree. No me vengas ahora a degradar de forma tan absurda a México para luego culpar de ello a España. Es un hecho —señalado repetidamente por Humboldt en sus *Ensayos*— que hasta el momento de la Independencia, la cultura de las ciudades hispanoamericanas se había mantenido en un nivel superior al de las ciudades angloamericanas. Ciertamente, están los casos de hombres notables que mencionaste, pero el grueso de la población angloamericana estaba enajenada con obras de patrística y comentarios a la Biblia, mientras los hispanoamericanos tenían acceso a la riquísima literatura española y a lo mejor de la europea, incluyendo libros prohibidos.

—Sí, pero...

—Pero nada. Déjame terminar, vendepatrias desvergonzado.

—Dale con la canción.

—Sí señor, eso es lo que eres. Y escucha, para que se te quite lo cambiachaquetas: “La Constitución política de los Estados Unidos se funda en la pura y abstracta juridicidad: estaría perfectamente bien para seres diferentes de los hombres, pues éstos son en su gran mayoría egoístas, prepotentes, mentirosos, malvados y bastante escasos de entendedera. Contemplad, en efecto, lo que ha resultado de eso: el país es materialmente próspero, pero su tono dominante es un vil utilitarismo, con su infaltable compañera, la ignorancia, que ha abierto el camino a la estúpida mojigatería anglicana, a la necia presunción y a la brutal vulgaridad unida a una bobalicona veneración de las mujeres”.

—Seguramente fue Baroja el que dijo esa animalada.

—Te equivocas, muchacho. Fue tu admirado Schopenhauer. Y sería conveniente que le echaras un vistazo a su *Parerga y Paralipómena*, para que vieras que lo que te leí es apenas un anticipo.

—Otra vez el Sacro Imperio.

—Qué Sacro Imperio ni qué niño muerto. Lo que sucede es que tanto tú como esos mexicanos dolarizados que prefieren las Vegas, Vail y Disneylandia a los paradisiacos parajes de México, estáis idiotizados con el prejuicio de una España satanizada por el calvinismo angloamericano. Os habéis quedado como tontos con la imagen de una Conquista brutal y despiadada, mientras por el traspaso de la casa se os colaba el verdadero enemigo. ¿No sabes quién promovió la expulsión de los españoles de México en 1829?

—Los heroicos padres de la patria.

—No seas papanatas. Fue el embajador de los Estados Unidos Poinsett, que desde su cargo político y como jefe de la fracción yorkina de las logias masónicas se encargó de inaugurar —propiciando la anexión de Texas— el inefable historial de la intervención norteamericana en Hispanoamérica. Al lado de este pirata calvinista de la diplomacia, las figuras de Monroe y Reagan no pasan de ser las de un par de cretinos irresponsables.

—Todos sabemos eso, don Ramón. El asunto es que lo hispano nos duele hasta la médula, mientras que lo gringo es apenas un escozor superficial.

—Que pronto se manifestará como un cáncer incurable.

—El precio del progreso.

—La impiedad del progreso, querrás decir, parafraseando al exacerbado Melville.

—Melville consideraba a Norteamérica como un promisorio resplandor de luz.

—Eso fue al principio, muchacho, cuando el idilio aún no manifestaba su oculta insania. Ya en *Clarel*, hacia 1876, el canto a la esperanza es sustituido por la visión espantosa —por precisa— de la oscuridad tecnolátrica: “de los cien mil corrompidos demagogos que sobre las vastas llanuras de América fundarán una inerte ‘chinanglosajona’, una sociedad muerta en el momento de nacer, y sólo agitada por la prisa y por el ansia blasfema de novedades mecánicas”.

—Usted sabe que Melville siempre fue un profeta apocalíptico del temor al abismo. Por eso ponía tanto énfasis en señalar las posibles caídas.

—No vengas con falsos paliativos. El propio Thoreau del que tú hablabas, cuyo anarcoecologismo es un caso único en el medio de la urbanidad acomodaticia a que gustan encadenarse los intelectuales, no dejó de señalar una y mil veces en su *Walden* los excesos vician-tes de la sociedad norteamericana. Escucha: “Aún si concedemos que América está ella misma libre de una tiranía política, es todavía esclava de una tiranía económica y moral”. Nadie, ni el quijotesco Whitman (cuya apología de Hegel produce verdadera vergüenza), pudo jamás hablarle al engreído norteamericano con la convicción moral de un Thoreau, cuando les dice que deben recordar que antes de ser norteamericanos son hombres.

—Está bien. Convengamos en que en el modelo norteamericano la cantidad prevalece sobre la calidad y lo tecnológico sobre lo estético. Pero no es denigrando al coloso como vamos a engrandecer a los enanos. Yo ya estoy hasta la madre de oír siempre la misma cantaleta: que los latinoamericanos somos más cultos, que tenemos más historia, que sabemos usar el dinero y no el dinero a nosotros, etc., etc.

—Pues eso mismo aplícalo a la relación con España. Coño, ya estuvo bien de cargarle el sambenito del atraso hispanoamericano a la emputecida madre patria.

—Emputecida y emputecedora.

—Bueno, mira, y para terminar pronto, si tanto te gusta Norteamérica, ¿por qué no te vas para allá de una vez?

—Porque no soy pendejo. Entienda que lo que a mí me interesa ahora es enfrentar todos los puntos de vista posibles. Si usted ataca, yo, lógicamente, tengo que defender.

—No te queda el papel de abogado del diablo.

—Y ya que habla del diablo, ¿por qué México ha sido siempre para el europeo un infierno?

—No para todos.

—Pues si uno lee el libro de Wayne Gunne *Escritores norteamericanos y británicos en México*, no llega a otra conclusión.

—Ese libro, como el *Paraíso infernal* de Ronald Walker, recoge nada más la opinión de individuos de lengua y cultura inglesa, donde tradicionalmente se identificó a México con el trópico y al trópico con el infierno. Pero ahí están los casos de Humboldt, Soustelle, Seler, Tibón y tantos otros europeos no sajones que coincidieron con la admiración paradisiaca tributada a México por el padre Las Casas en su *Apologética Historia Sumaria*, por Bernardo de Balbuena en “La primavera inmortal”, que es el capítulo VI de su celebrada *Grandeza mexicana*, y por el mismo Sigüenza y Góngora en su *Paraíso occidental*.

—Pero no me puede negar que para una gran cantidad de españoles México sigue siendo la imagen de un infierno.

—Joder, también para cantidad de mexicanos e hispanoamericanos. Mira, ahora que hablas de esto me viene al recuerdo aquella carta de Vicente Huidobro a Gerardo Diego, escrita desde París a principios de la década de los veinte, y en la que le dice que el grito de guerra en España debiera ser muerte al tropicalismo.

—Es que ese pendejo de Huidobro fue más francés que latinoamericano.

—No fue ningún pendejo, sino un gran poeta.

—Volviendo a eso del paraíso mexicano, se me ocurre que frente a la visión dual de México como paraíso-infierno, Norteamérica representaría sin duda el purgatorio, ¿o no?

—Por eso es que los norteamericanos quieren anexarse a México.

—Pues contra su opinión y la del patriotismo guadalupano, yo considero que el paso a dar no es en la dirección de protegernos a la defensiva, sino de pasar a una franca ofensiva reconquistante.

—Cada día estás más loco.

—Al final los latinos terminaremos reconquistando toda América.

—No, Eugenio, al final ni los laboriosos holandeses, ni los aristocráticos franceses, ni los superfluos ingleses, ni los quijotescos hispanos se quedarán con la tierra de promisión.

—¿Quiénes entonces?

—Los inteligentes judíos. Hoy en Nueva York y Washington ya no se puede dar un paso en los centros de decisión sin encontrarse con un cerebro o un banquero judío.

—Pues se equivoca, querido maestro. Los que se van a quedar con el pastel son los asiáticos. Y ahí sí, ¡jojo con los excesos mishímicos!

—Fíjate que no andas tan descarriado como pensaba.

—¿Se da usted cuenta hasta dónde llega ya la dependencia norteamericana con relación a los japoneses? ¡Y ahora ya los tenemos en México!

—Henos aquí discutiendo como estúpidos por una causa histórica que ya no pertenece a ninguno de los contendientes. Carajo, qué niveles de desproporción alcanza uno a veces incendiado por el racismo y el chauvinismo que le subyace. Anda, muchacho, dejemos ya esta discusión perdida y vayamos a tomar un atolito, que hace rato que ha anochecido.

V. Crítica de la racionalidad egocéntrica

II) La voluntad como sobrevivencia

Con tres horribles cicatrices cruzándole la cara y con el brazo izquierdo casi inutilizado, el herido venció en la lucha por la sobrevivencia. Para celebrarlo, don Berna y don Ramón decidieron ir juntos al río a pescar langostinos, y yo me fui con ellos.

El día anterior, tanto don Ramón como yo lo habíamos pasado preparando las notas para una discusión que él consideraba muy importante, pero que a mí, desde la secundaria, me parecía un tema inaportador y aburrido: México a partir de la Colonia.

Por eso, lo primero que hizo al verme esa mañana fue preguntarme cómo iba la preparación del tema y cuál iba a ser mi estrategia. Le pregunté qué quería decir con eso de estrategia y, de un modo muy suave y comedido, me explicó que lo que él quería saber era si yo iba a defender o atacar esta vez. No pude menos que soltarme a reír, lo que hizo que don Berna, que iba adelante de nosotros, se volteara sorprendido en busca de aclaración.

—No pasa nada, Bernardino —dijo don Ramón tomando por el hombro a don Berna—. Lo que sucede es que este muchacho cambia sus ideas de acuerdo al estado de ánimo.

—Es que su voluntad está tierna —dijo don Berna tomando de nuevo la delantera.

Llegamos al río y, mientras don Berna y don Ramón se quitaban la ropa hasta quedarse en calzón y traje de baño respectivamente, yo me senté sobre una roca a fumar un cigarro.

—Míralo, Bernardino. Ahí tienes una máquina que no puede dejar de pensar. De seguro, desde que le dijiste que tiene tierna su voluntad, ya se ha hecho un par de decenas de preguntas con sus respectivas respuestas.

—Pues sí, ¿y qué? —dije medio molesto.

—Nada, lo extraño es que no hayas preguntado, “¿oiga, don Ber-

na, y cómo le hago para madurar la voluntad?”.

—La voluntad es la parte más salvaje de la racionalidad —dije sin pensarlo dos veces.

—¡Hostia, lo que faltaba, una crítica que se enorgullece de su ignorancia!

—¿Dónde se va a meter usted, don Ramón? —preguntó don Berna ya con su visor sobre la frente y con el pequeño arpón hechizo alistado.

—Yo creo que voy a ver la cueva, porque aquí ya le habrán dado los chavales.

—Bueno, yo voy a seguir corriente abajo.

—¿Van a regresar aquí? —pregunté extrañado.

—Si es que no salimos al Papaloapan —dijo don Ramón desempañando con salivazos su visor.

—De acuerdo, voy por un libro y enseguida vuelvo —expresé incorporándome.

Llegué al hongo, agarré el *Quetzalcóatl* y *Guadalupe* de Lafaye, mi cuaderno de notas, la pluma y bajé chiflando. Cerré la puerta y al voltearme que voy viendo al grandísimo hijo de la chingada de Mario venir con su afilado machete hacia mi encuentro.

—Oye, míster, ¿cuándo chingados te largas?

—Un día de éstos —dije encaminándome hacia el río.

Por fortuna, apareció por la vereda un muchacho y le habló a Mario en chinanteco distrayéndolo un momento, mismo que aproveché para desaparecer rumbo al río. Al llegar, en vez de quedarme junto a la ropa de los viejos, me fui a ocultar tras un enorme promontorio de rocas por si el hijo de la reputísima llegaba buscándome. Pasaron unos quince minutos y al no ver señal alguna de peligro decidí salir del escondrijo para sentarme al lado de la ropa en la orilla del río. Abrí el libro de Lafaye en la página que tenía marcada —poco más de la mitad— y comencé a leer medio mosqueado. Al rato, y absorbido en el doble proceso mistificador que implicaba la aparición de la Guadalupe (los españoles imponiéndole a los mexicanos el cul-

to de la virgen extremeña en el lugar donde se veneraba a la madre tutelar de los mexicanos; y los mexicanos fingiendo que aceptaban la imposición cuando en realidad seguían adorando, bajo la imagen de la virgen extremeña, a la diosa madre Tonantzin), me olvidé del exterior y comencé a experimentar una sensación de plenitud vivida. Y así estaba, agradeciéndole con todo mi ser al viejo celta la oportunidad que me había dado para conocer otras formas de vida más auténticas, cuando oí el inconfundible sonido que produce un machete al ser golpeado contra un árbol.

—Mira nomás pa dónde se vino la iguana —le dijo el cabrón Mario al muchacho que lo acompañaba, mientras macheteaba un tronco seco tirado a la orilla de la vereda.

El muchacho dejó escapar una risita cómplice y juguetona y esto animó al energúmeno a continuar su sobajamiento.

—Me cae que vas a tener que retachar antes de lo que crees, míster.

Me di cuenta que no había opción, que este tipo experimentaba una patológica euforia al avasallarme y que o bien me enfrentaba con él de una vez o me largaba con el rabo entre las piernas como perro humillado.

—Escucha, Mario —dije haciendo un acopio extraordinario de valor—. Te estás metiendo en problemas que pueden tener graves consecuencias. Yo no tengo nada contra ti; así que tú ve por tu camino y yo por el mío.

—Pues lárgate ya. Y llévate también al viejo gachupín.

No contesté, pero en mi mente, como una computadora desquiciada, comenzaron a desfilas las posibles formas de acometer el desenlace. Pensé en llamar a don Berna, cuyo cuerpo veía unos cien metros río abajo. Don Ramón no aparecía por ningún lado, y esto aumentó todavía más mi inseguridad. Por último, dirigí la mirada al piso en busca de una piedra que pudiera desmadrar al agresivo hijo de puta. Como respuesta a mis pensamientos, el machete comenzó a cantar con mayor intensidad.

—Si mañana para estas horas aún andas por acá, por mi madre que te parto el alma.

Al ver el cariz que estaba tomado la situación, el muchacho, bajando la mirada hacia el piso donde golpeaba con su pie, le dijo algo a Mario en chinanteco. De repente, el grandísimo hijo de la chingada le pegó en la espalda un tremendo palmazo de machete que hasta a mí me resultó insoportable. Al tiempo que el muchacho corría aullando hacia el poblado, me levanté como impulsado por un resorte y enfrenté al salvaje Mario.

—Oye, pinche Mario, ya me estás hartando. ¿Te crees muy macho, verdad? Pues eres un pendejo de mierda. ¿Y sabes una cosa? Me voy a ir cuando me salga de mis reverendos huevos, ¿entendiste?

El hijo de puta se vino hacia mí con el machete en alto. Sin pensarlo dos veces, eché mano a una piedra boluda y me subí sobre una roca desde la que tenía una mejor posición táctica.

—¡Acércate, hijo de puta! —exclamé en un arrebató de furor y pánico.

—¡Te voy a cortar los güevos para que se te quite lo hocicón, pinche míster!

Se oyeron unos gritos y por la vereda que conduce al poblado apareció el muchacho golpeado precediendo a un grupo de gente entre los que distinguí a Sabino. Al oír cómo le gritaban en chinanteco, el cabrón de Mario se envalentonó todavía más y se lanzó como loco contra mí dando espantosos rugidos. Se me pararon los pelos del terror y cuando ya en un intento desesperado iba a arrojar el piedrazo, una voz impositiva y amenazante hizo que la bestia de Mario se parara en seco.

—¡Alto ahí, Mario! —exclamó don Ramón colocándose de un salto frente al agresor.

Con la bolsa donde traía los langostinos en una mano y el pequeño arpón de una liga en la otra, don Ramón, a pesar de su musculosa complexión, no dejaba de parecer indefenso frente a la feroz expresión de Mario y el frío brillo del afilado machete.

—Deja ese machete y entra enjuicio —dijo don Ramón tratando de calmarlo.

—Éste no es asunto suyo. Así que mejor hágase a un lado.

—Déjate de majaderías y dame acá ese machete —dijo don Ramón soltando la bolsa y el arpón.

—Usted no se meta, pinche viejo, porque también le toca.

—Contrólate, Mario. Me estás faltando al respeto.

—¡A la chingada el respeto! —exclamó el cabrón yéndosele encima a don Ramón con el machete.

Mi primera reacción, como siempre hacía en las peleas desde chico, fue cerrar los ojos, pero al oír el tronante: “¡Me cago en Dios!” de don Ramón, entreabrí el ojo derecho y acerté a ver cómo don Ramón giraba sobre su pierna izquierda y en un desplazamiento circular relampagueante golpeaba con el talón de su pie derecho la sien del mismo lado del energúmeno. Fue todo tan veloz que cuando Mario se cayó al suelo como un fardo, golpeándose contra una piedra, nadie se atrevió a mover o a decir algo, de modo que los resoplidos de don Ramón se oían con una intensidad impresionante. De pronto el cuerpo de Mario, que había permanecido inmóvil en el piso, comenzó a temblar de manera escalofriante y Sabino y una anciana se abalanzaron sobre él en una acción de verdadero patetismo. La anciana comenzó a gritar y Sabino trató de calmarla. Don Ramón, ya más tranquilo, se inclinó sobre el cuerpo y, luego de un rápido examen, me pidió que trajera un poco de agua en su visor. Bajé de la roca en la que aún estaba subido y fui a buscar el agua saliendo poco a poco del encantamiento en el que me había sumido el desenlace. Tan pronto regresé con el agua don Ramón se la echó a Mario en la nuca y en la cara y las convulsiones fueron cesando. Mientras Sabino hablaba en chinanteco con varios individuos que habían llegado, don Ramón se vistió en silencio con una expresión de total lejanía y ensimismamiento. Por último, llegó don Bernardino y al ver a Mario en el suelo se fue hacia él y le tomó el pulso y le miró el ojo. Después de intercambiar unas palabras en chinanteco con Sabino, éste y dos

hombres más cargaron el cuerpo de Mario y se lo llevaron acompañados por el grupo de curiosos.

Para evitar que don Berna rompiera el ensimismamiento de don Ramón, yo me adelanté a platicarle lo sucedido. Don Berna oyó con el semblante muy serio y al final expresó:

—Muy bien hecho, hace tiempo que andaba buscando su merecido.

—Gracias, don Ramón —le dije a las enormes espaldas que subían y bajaban rítmicamente.

No tuve respuesta.

—Hizo usted lo que debía, don Ramón. No se castigue por ello —expresó don Berna en un tono de sinceramiento que me conmovió hasta el alma.

—Disculpad lo sucedido —dijo don Ramón desde otro mundo—. Si me lo permitís voy a estar aquí un rato.

—Quédese usted y pierda cuidado —dijo don Berna tomando su bolsa de langostinos, su visor, su arpón y su ropa.

Yo hice lo propio con los implementos de don Ramón y mis cosas y nos fuimos hacia la cabaña de don Berna.

Caminamos en silencio y al llegar a la cabaña encontramos a don Artemidoro, doña Chona y Chedino, que ya habían regresado de Usila. Luego de los saludos de rigor, la mujer se puso a preparar el desayuno (que ya era más bien almuerzo) mientras don Artemidoro y don Berna platicaban en chinanteco. Al principio me sentí a disgusto, incluso lamenté no haberle dado el tiempo suficiente al aprendizaje del chinanteco. Pero en cuanto me tendí en la hamaca y cerré los ojos, las escenas de la confrontación volvieron a sucederse vívidamente y de la rumorosa voz de don Berna, que semejaba un canto ritual adormecedor, solo acerté a distinguir mi nombre y el de Mario. Rememoré los momentos en que había estado a punto de cagarme de miedo y me dije que, costara lo que costara, tenía que entregarme al karate. Alguien habló desde la puerta y al abrir los ojos distinguí al afligido Sabino. Tras un breve intercambio de palabras

con don Berna, éste y don Artemidoro se levantaron y salieron con Sabino. Estuve unos minutos más en la hamaca dándole vueltas a todo lo sucedido, hasta que de pronto me llegó un llamado de don Ramón que me hizo saltar al suelo.

—¿No va a desayunar? —me preguntó sorprendida doña Chona.

—Sí, enseguida regreso —dije saliendo.

Justo encima de la roca donde yo había estado parado durante el enfrentamiento, se encontraba don Ramón sentado mirando hacia el río. Me acerqué sigiloso y noté, por el brusco tensamiento de los músculos de la espalda, que don Ramón me había sentido.

—Disculpe mi necedad, don Ramón. ¿No cree usted que es mejor que platiquemos un rato?

No hubo respuesta.

—Me duele mucho que por mi culpa se aflija usted. Si yo pudiera hacer algo.

—No hay problema, Eugenio.

—Yo solo quería...

—Ya todo pasó.

—¿Le molesta que me siente aquí un rato?

—No, si quieres puedes sentarte.

—La verdad es que estoy muy apenado con usted.

—No tienes porqué estarlo.

—Es que de veras, ese tipo ya me traía sobajado.

—Porque tú le permitiste su actitud sobajante.

—¿Qué quiere decir?

—Que el sobajamiento es como una enfermedad: o se cura a tiempo o se agrava.

—¿Pero qué podía hacer yo, don Ramón?

—No tiene caso hablar de esto, Eugenio.

—Para mí es importantísimo. Ahora mismo me interesa mucho más el ser que el saber.

—No digas insensateces. Un ser sin saber es pura animalidad.

—El problema es que yo soy una animalidad impura.

—El problema es que tú sólo te acuerdas de Santa Bárbara cuando truena.

—Le prometo que...

—No me prometas nada.

—Por favor, entiéndame, necesito otra oportunidad.

—Adelante, tómala.

—Es que yo solo no puedo.

—Mira, muchacho, ya es tiempo de que aprendas a valerte por tí mismo.

—Es que éste no es mi medio, don Ramón.

—Tú no tienes medio, estás hueco.

—¿Qué quiere decir?

—Que un ser que es sólo pensamiento no puede dominar más medio que su mente.

—¿Pero no acaba de decir usted que un ser sin un saber es pura animalidad?

—Sí, y un saber que no esté enraizado en la vida no es tal saber, sino pura diarrea mental.

—Por eso es que quiero meterme más al ser que al saber.

—Y vuelta la burra al trigo. Coño, que tú no tienes ser.

—No se enfade, don Ramón. Es que no se imagina usted lo horrible que es sentirse sobajado e impotente.

—Eso deberías repetírtelo todos los días y no una vez al año y en peligro de muerte, a manera de la hipócrita confesión de los falsos cristianos.

—Reconozco que tiene razón, pero es que no es nada fácil.

—No estamos hablando de si es fácil o difícil, sino de si es o no necesario.

—Está bien, ¿y qué me sugiere usted?

—Mira, muchacho, ya sabes que eres un ser sin voluntad. No tiene sentido abundar más sobre este punto.

—Don Ramón, esto que le estoy diciendo es muy serio y...

—Entonces sólo hay dos opciones: o el suicidio o aceptar ir por la vida dando bandazos.

Me quedé callado. Sentí que unas manos se crispaban sobre mi cuello y que de no pedir rendición terminarían por privarme de todo mi aliento vital. Tomé unas piedritas del suelo y comencé a arrojarlas a la corriente del río, deseando que mi vida fuera una de esas piedras que se iba a perder para siempre en un arrastrar sin fin. Estaba a punto de soltar el moco como pendejo, cuando decidí levantarme y echarme a caminar.

—Mañana a primera hora te voy a dar la oportunidad que me pides. Te espero en mi retiro. Ah, y ve en ayunas —dijo don Ramón en el mismo tono cortante.

—Gracias, esta vez verá que no lo voy a decepcionar.

—Eres un perfecto canalla —expresó el viejo celta que yo creía conocer desde siempre.



Me fui feliz de regreso chiflando como estudiante que le acaban de dar otra oportunidad para pasar su examen extraordinario. Llegué a la cabaña y doña Chona me sirvió solícita unos huevos revueltos con frijoles y tortillitas recién hechas. Mientras desayunaba, Chedino se sentó a mi lado y estuvimos hablando de su viaje a Usila. Luego, comenzó a sonsacarme los pormenores del enfrentamiento y, cuando ya estaba contándole la increíble patada circular de don Ramón, llegaron de regreso don Berna y don Artemidoro. Me desearon buen provecho y les correspondí invitándolos a que se sentaran. Chedino se levantó y arrimó otro banquito a la mesa. Primero se sentó don Berna y después, apoyando su diabólico cayado cerca de mi asiento, se acomodó don Artemidoro.

—¿Cómo sigue Mario? —pregunté abriendo el diálogo.

—Perdió su alma —respondió don Berna.

—¿Qué?

—Ya no va a hablar, se quedó privado.

Miré hacia don Artemidoro y su expresión de Séneca metamundano me produjo un escalofrío.

—Será mejor llevarlo a que lo vean en Tuxtepec —dijo preocupado.

—Y de ahí lo mandarían a Córdoba, y luego a México, para regresarle peor de lo que está.

—¿Entonces no tiene remedio?

—A lo mejor.

Se hizo un silencio abrumador, que por fortuna duró poco tiempo, al servir doña Chona los platos de su padre y de su esposo. Mientras masticaba pensé con satisfacción que era la primera vez que esos dos hombres tan escurridizos y enigmáticos se sentaban a comer conmigo.

—Se siente usted muy agitado —dijo de pronto don Artemidoro.

—Después de lo que pasó no es para menos.

—Es muy difícil recomponer un destino torcido, señor.

—Lo que no me parece bien es que me tengan que suceder a mí estas cosas.

—Es su sangre, que se presta.

—Ni modo, don Artemidoro, no tengo otra.

—Porque usted así lo dispone, señor.

—Lo que más me preocupa no es mi sangre, sino haber metido a don Ramón en este lío.

—Despreocúpese usted —intervino don Berna—. Don Ramón es un hombre muy centrado. Ese chamaco andaba tras su muerte; allá en el norte cobró dos vidas.

—Si ansina fueran los castillas que vinieron andenantes el sol no se hubiera apagado, señor, y nuestra gentilidad no corriera a enterrarse —expresó oscuramente don Artemidoro.

—Lo único que yo quisiera...

—Disculpe, señor, la porfía. Sin ánimo de ofender le diré que usted se me asemeja al doctor Jordi.

—¿Qué quiere decir?

—Es que el doctor Jordi —volvió a intervenir don Berna—, era un hombre que quería que los sucesos se acomodaran a él y no él a los sucesos.

—¿El doctor Jordi estuvo aquí en Nanacatlán?

—Ese hombre recorrió con mi suegro toda la sierra.

—Tenía un serpentario, ¿verdad?

—Sí, para México se llevaba todas las sordas que encontraba.

—Pues yo creo que, a pesar de lo que digan ustedes, ese hombre y yo no tenemos nada en común. Yo por nada del mundo dedicaría mi vida a las serpientes.

—Eso también pensaba él al principio, pero después les agarró cariño.

—A mí siempre me producirán pánico.

—El doctor Jordi también les tenía mucho miedo, señor. Tanto que su sangre nunca se entibió.

—Ah, ya veo por dónde va la cosa. Lo que ustedes quieren decir es que el doctor Jordi y yo tenemos la misma sangre.

—Así es, señor. Por ahí le entró la muerte.

—¿Ya se murió?

—Cuéntale Bernardino.

—El doctor Jordi, luego que aprendió con mi suegro la vida de las serpientes, comenzó a hacer mucho dinero vendiéndole el veneno a los gringos a cien dólares el gramo. Cuando vino aquí por última vez traía con él a un joven muy avorazado que nos presentó como a su segundo. El joven sólo pensaba en ganar dólares y más dólares, y obligó al doctor a caminar y a caminar buscando sordas, coralillos, mano metate y rabo hueso. Mi suegro y yo, al ver aquel modo y el hablar tan golpeado del joven, acordamos mejor regresarnos del cerro. El doctor también se quiso venir porque ya estaba muy cansado, pero el avorazamiento del joven pudo más y convenció al doctor de que agarrando otra luego se regresaban. Y la agarraron, pero al meterla en la costalilla el joven aflojó el lazo y la sorda le saltó al doctor a la cara. El doctor se pudo hacer apenas a un lado y logró que no le mordiera la sorda, pero fue tan grande el susto que su corazón no aguantó. El joven lo trajo cargando hasta el pueblo, sin saber que ya venía muerto.

—¡Joder, qué historias!

Se oyó un agudo estallido que de inmediato identifiqué con don Artemidoro. Éste levantó muy despacio su mano de debajo de la mesa y movió con suavidad el plato en señal de haber terminado. Le dio las gracias a su hija y se recostó contra un horcón.

—Así es el modo de la vida, señor —expresó don Artemidoro mientras doña Chona retiraba los platos de la mesa—. Unos traen en su nacerencia el avorazamiento del tigre y otros la desconfianza del venado.

—¿Y no puede uno cambiar?

—Es harto complicado, señor. Si no está bien maciza la voluntad la entendedera no aguanta el cambio.

—No entiendo muy bien eso.

—Lo que mi suegro quiere decir —terció don Berna—, es que pasar de un modo a otro puede dañar el juicio.

—¿Entonces no es posible aprender y superarse?

—Sí lo es, pero pasar de un modo agresivo y aventado a un modo defensivo y prudente requiere de una voluntad bien templada.

—¿Y si uno es pacífico y lo obligan a defenderse?

—Es lo mismo. Pasar del ataque a la defensa o de la defensa al ataque requiere de una sangre bien asentada.

—Déjeme ver si le estoy entendiendo, don Berna. Por lo que usted y don Artemidoro dicen sólo se puede cambiar el modo de ser que uno trae educando su voluntad.

—Eso mero.

—Y educar la voluntad es lo mismo que asentar la sangre.

—Lo mismo. Un hombre de sangre demasiado dulce o ligera no puede templar su voluntad.

—¿Y cómo puede saber uno cuándo está bien asentada su sangre?

—Un hombre que tiene bien templada su sangre no es capaz de odiar.

—¿Acaso se puede no odiar a un enemigo?

—El tigre mata sin odio.

—¿Entonces es mejor el modo del tigre que el del venado?

—Son diferentes. Lo mismo que el modo del águila y el modo de la serpiente.

—De acuerdo, ¿pero cuál prefiere usted?

—Digo lo mismo: son diferentes y por eso los dos son parte de lo mismo y son iguales.

—No le entiendo.

—Mire usted, el tigre nunca tiene miedo, pero desde que fue sol se envicia; y el venado nunca se envicia, es como la luna, está contento de no ser sol, pero tiene miedo.

—A ver, explíqueme todo esto con más detalle.

—Es una plática larga que a usted le va a aburrir.

—De ninguna manera, don Berna. Le agradecería mucho que me la narrara.

—Disculpe usted, señor —expresó de pronto don Artemidoro—. Yo quisiera que me platicara en qué se amotiva tanta curiosidad.

—Bueno, cómo le diré. Es que para mí es importantísimo rescatar todos estos legados y enseñanzas de nuestros antepasados.

—¿Y cuáles son sus antepasados, señor?

—Caray, don Artemidoro, vaya pregunta.

—¿Son sus antepasados nuestra gentilidad?

—Permítame decirle que hoy en día la mayoría de los mexicanos somos un cruce de muchas gentilidades.

—¿De tigre y venado y águila y sorda?

—No es eso. Lo que yo quiero decir es...

—¿Lo ve, señor?

—¿A poco ustedes son un cruce de esos animales?

—Lo que don Artemidoro quiere decir —intervino don Berna—, es que para nuestra gentilidad el hombre es todos los animales juntos, pero sólo uno se impone.

—Y si es un animal el que controla al hombre, ¿entonces qué sentido tiene templar la voluntad?

—Es que un hombre con una voluntad bien templada puede ser a su antojo todos los animales, sin que ninguno en particular se le imponga.

—Ah, vaya, por fin empiezo a ver claro.

—Anda, hijo, ve por unas naranjas para hacerle un refresco a don Eugenio —le dijo don Berna a Chedino.

—Oiga, don Berna, ¿y qué quiso decir con eso de que el jaguar fue sol?

Hubo un momento de silencio. Don Berna se levantó y fue hacia donde estaba su señora poniendo a la lumbre una enorme cazuela con los langostinos. Le dijo algo para mí ininteligible, pero que sin duda tenía que ver con los langostinos, pues la señora retiró en seguida la cazuela de la lumbre. Se oyó un golpe seco y, al tiempo que restregaba la pierna derecha para limpiar la sangre, don Artemidoro dijo en voz baja:

—Ve usted, ahora Bernardino es venado.

Miré hacia don Berna que ya venía de regreso. Un poco azorado el hombre explicó:

—Es que sobre esas cosas tenemos una conseja. ¿No le dijo don Ramón que nos robaron las pinturas que teníamos en Yetla?

—No, nada. ¿Y cómo sucedió?

—Vinieron unos señores de México y embaucaron a las autoridades de Yetla nomás para que se las dejaran ver. Así fue como perdimos ese legado tan importante de nuestra gentilidad.

—¡Qué cabrones!

—Luego vino el mero jefe de la Comisión del Papaloapan. Bajó aquí en Nanacatlán con su helicóptero y abrió dos tumbas de los gentiles llevándose todo lo que había adentro.

—¿Vino en helicóptero?

—Eso mero.

—¿Y no hicieron nada para evitarlo?

—Fue rápido. Cuando fuimos para allá ya le habían echado un taco de dinamita a la entrada y se remontaron luego luego.

—Ahora entiendo. Disculpe usted que haya insistido tanto...

—Pierda el cuidado.

—Bernardino, cuéntale algo al señor que al cabo ya pasó la oscuridad —dijo don Artemidoro como dando el visto bueno.

—Esto que yo le platico son consejas de la gente de antes —comenzó diciendo don Berna—. Así como los cristianos tienen muchos santos y un Dios, aquí había muchos dioses y uno solo que era la raíz de todo. Pues dicen que dos soles antes del que se oscureció con la llegada de los españoles, el padre de todo quiso castigar la juntura de hombres y animales, que así vivían unos con otros como hombre y mujer. Entonces reprendió al causante de estos agravios que era el dios sol y lo apartó de la vista de los hombres. Y como quiera que los hombres no podían vivir en la oscuridad, entonces comenzaron a morirse, hasta que quedó un solo hombre, ciego como mi suegro, y que vivía retirado en la mera punta de Cerro Pelón y que comía crudo lo que le traía un águila, pues este hombre era hijo de águila, por eso podía entenderse con ellas. Al ver que ya no había más hombres, el tigre y el venado, que eran los meros animales motivo de la caída, comenzaron a preguntarse: “¿Y ahora quién va a ocupar el lugar del hombre?”. Entonces el tigre empezó a rugir feo diciendo que él iba a ser, porque el venado era cobarde y delicado. Y que se va desatando la cacería. Pero como todo estaba en total oscuridad los animales no podían ver. Entonces el padre de todo le dio al venado el don de ver en la oscuridad de modo que el tigre no podía atraparlo. Fue así que el tigre se puso muy triste y ya mero se moría, pero el anciano del Cerro Pelón, que podía volar como águila, se fue hacia lo más alto que pudo y desde allí le pidió al padre de todo que no dejara morir al tigre, porque sin hombres y sin tigres los venados comerían todas las plantas de la tierra y se acabaría todo. Entonces el padre de todo, viendo el buen juicio del anciano, le dijo que le iba a dar al tigre una oportunidad, y fue así como mandó alumbrar a la diosa luna, subiendo y bajando su luz para que el tigre no pudiera tener siempre la luz sobre el venado. Y que se va desatando otra vez la matazón. Y

los venados se van a menos y a menos, hasta que el anciano va y le pregunta a la luna qué es lo que está pasando. Y la luna le contesta muy triste que el tigre ya aprendió a ver con la subida y la bajada de la luz. “¿Y ahora qué podemos hacer?”, dijo el anciano, pues si no hay venados se van a morir los tigres. Y la luna estaba triste y ya no quería alumbrar viendo cómo el tigre se había aprovechado de su luz. Entonces el anciano fue con el gran padre otra vez y le explicó que la luna estaba muy apenada y que ya no iba a alumbrar. “¿Y qué quieren que haga ahora?”, preguntó el padre de todo. “Pues que nos traigas de vuelta al sol para que abunden otra vez los hombres”, le dijo el anciano. Y así lo hizo. Y ya que alumbró el nuevo sol, el padre de todo le dijo al anciano que cortara un dedo de cada mano y que se lo diera. El anciano le dio los dos dedos que le sobraban, pues antes los hombres tenían seis dedos, y el padre de todo se los llevó y se los dio a comer a una cierva y a una tigre, que poco después parieron a los primeros hombres, que fueron nuestros antepasados.

—Oiga, don Berna, yo veo en esta leyenda una referencia muy clara a los nahuales.

—Ésa es su mera raíz. El nahual es el animal que quiere mandar en el alma del hombre.

—Pero cómo podría.

—¿No ve usted que la sangre del anciano se juntó con la del tigre y la del venado? Pues por lo mismo, dentro de cada uno de nosotros el tigre trata de matar al venado.

—Oiga, y...

—¿Se puede?

—Pase usted, don Ramón —dijo don Berna levantándose.

Don Berna trajo otro asiento y acomodó a don Ramón a mi lado. El viejo celta se veía mucho más tranquilo, como si el mal momento ya hubiera sido superado. Chedino regresó con un morral lleno de naranjas y, en un acto que nació sin ninguna mediación, me levanté dispuesto a ayudarle a hacer el jugo. Desde el tapesco donde estábamos cortando y exprimiendo naranjas oí como don Berna le decía

a don Ramón algo sobre Mario. Después don Berna llamó a su señora y le dijo que siempre sí, que ella iba a preparar los langostinos. Al preguntar la mujer que cómo los querían, don Berna miró a don Ramón y éste le dijo a doña Chona que por favor los preparara al ajillo. Al retirarse doña Chona hacia el fogón, don Artemidoro dijo algo respecto a una junta, pero entonces Chedino comenzó de nuevo a hacerme preguntas sobre el incidente y ya no pude oír nada. Cuando me acerqué a la mesa con la jarra llena de jugo, don Ramón ya estaba terminando de desayunar. Le serví un vaso de jugo y luego de darme las gracias me preguntó:

—¿Y qué, no se trabaja hoy?

La pregunta no pudo menos que sorprenderme, de modo que así como estaba, con la guardia baja, me oí decir como un pendejo: “Sí, ya me iba”.



Y me fui. Estuve todo el resto de la mañana dándole duro al estudio, repasando los pormenores de la Independencia y la Reforma, momentos históricos de discontinuidad que, con mucho, me parecían superar el continuismo clerical y barroquizante de la Colonia. Cuando el hambre comenzó a alborotarme los bichos, me fui hacia la cabaña de don Berna en donde sólo encontré a doña Chona. Le pregunté dónde andaba la gente grande y se limitó a responder que habían ido a arreglar un asunto. Me zampé dos platos de langostinos al mojo de ajo —huelgan comentarios sobre su exquisitez— y, después de tomar un café y fumar un cigarillo, regresé al hongo a seguir dándole duro al estudio.

Apenas anocheció y me fui de nuevo a la cabaña de don Berna con intención de tomarme un atolito y charlar un rato. Pero me encontré con la misma respuesta del mediodía: los hombres habían salido a arreglar un asunto importante. Pregunté por don Ramón, y doña Chona me dijo que él también. Así que tomé el atolito en silencio y fui a acostarme.

A la mañana siguiente, tempranísimo, fui al retiro de don Ramón como habíamos acordado. No oí nada, lo que me pareció muy extraño. Llamé varias veces a la puerta y nada. Decidí ir a ver si estaba en la cabaña de don Berna. Para mi sorpresa nada más se encontraban doña Chona y el muchacho. Le pregunté a la señora por don Ramón y de nuevo me contestó que había salido con su marido y su padre a un asunto importante. En fin, me pasé todo el día dándole tupido al estudio, especulando de cuando en cuando sobre la naturaleza de ese asunto tan importante que se había tragado a los tres hombres como por arte de magia. Me acosté muy temprano y esa noche tuve unos sueños horribles. En el último sueño, la Ciudad de México estaba acordonada y nadie podía salir ni entrar sin un salvoconducto firmado por Octavio Paz. Yo quería salir de aquél infierno a como diera lugar, pero las dos veces que había solicitado el salvoconducto los achichincles del sol Paz me lo habían negado. Entonces recordé que don Ramón tenía muy buenas relaciones con Paz y que sin duda podría conseguir el permiso para largarme. Pero por más que recorría las caóticas calles llenas de gente enloquecida y de autos abandonados buscando a don Ramón, éste no aparecía por ningún lado. Al final una riada de gente me arrastró al Zócalo, y después de luchar con violencia por no ser aplastado, miré hacia el palco solar y vi al cabrón del viejo celta al lado del dios Paz saludando a los condenados. Grité con todas mis fuerzas, pero el griterío de la masa hacía que mi voz se perdiera en el tumulto. Traté de hacerme visible, manoteé escandalosamente y nada; hasta que poco a poco perdí mis fuerzas y sentí cómo miles de pies pasaban sobre mí y me compactaban con el pavimento.

Oí unos fuertes golpes que me hicieron pasar de pronto de la onirisis a la vigilia. Abrí los ojos y vi que apenas estaba rompiendo el día. Volvieron a oírse los llamados en la puerta y sin pensarlo dos veces me fui a ver quién era. Abrí la ventana y vi abajo la humanidad inconfundible del viejo celta. Me vestí rápido y bajé a abrir la puerta.

—¿Qué, listo? —preguntó don Ramón en actitud de partida.

—¿A dónde vamos?

—A ningún lado.

—¿Entonces cuál es el apuro?

—Bueno, muchacho, ¿quieres o no empezar a disciplinarte?

—Sí, claro que quiero, pero...

—Anda, entra y déjate de peros.

—¿Y qué pasó ayer? ¿Dónde demonios estuvo?

—Luego te digo, ahora relájate porque te voy a indicar cómo des-negativizarte.

—¿Vamos a hacer ejercicio?

—No, pero de todas maneras toma un poco de agua y lávate esa cara que pareces un náufrago.

—Es que eso es lo que soy.

Llené una jícara con agua y me mojé la cabeza. De inmediato sentí como si se hubiera prendido una luz en mi interior y las cosas se iluminaran.

—¿Mejor, verdad?

—¡Uf!

—Bien, vamos arriba.

Subimos y don Ramón escogió el lado de la ventana y se sentó con las piernas cruzadas. Yo me lo quedé viendo entre desconfiado y sorprendido, hasta que me ordenó que me sentara como él.

—Mira —dijo con voz pausada—, lo que te voy a enseñar es apenas un inicio; ya después tú verás qué derroteros le das. Meditar es algo consustancial al hombre; la meditación temple la voluntad y el karate la ejercita. Como tu voluntad es anárquica por naturaleza lo primero que hay que hacer es templanla.

—¿Me va a enseñar las técnicas de los hesicastas?

—No empieces con tus preguntas imbéciles. Lo que te voy a enseñar es algo que todas las grandes culturas tienen en común, tanto la hindú, como la griega y la náhuatl. Meditar es suspender el flujo especulativo, o como decía tu admirado don Juan: “parar el mundo”. Para ello es necesario que tengas presente algunas cosas: el sostén

o clave concentradora que yo te voy a dar enseguida; el no tratar de hacer nada, ni siquiera el no tratar; no controlar la respiración sino dejarla a su fluencia; no...

—No entendí muy bien.

—Bueno, lo mejor es que comiences de una vez. A ver, déjame escoger tu sostén. Sí, ya está —dijo mirando al idolito que tenía a un lado del escritorio—. Tu sostén va a ser Nanacatzin. Cada vez que te arrastre un pensamiento pertinaz repites la clave Nanacatzin, ¿está claro?

—Sí, pero lo que no entiendo muy bien es eso de no tratar.

—Ahora lo vas a entender. ¿Estás cómodo?

—Sí.

—Cierra los ojos.

—¿No voy a mirar hacia mi ombligo?

—Haz lo que te digo y déjate de infantilismos. Bien, ahora déjate ir sin esfuerzo.

Al cabo de unos minutos don Ramón me dijo que abriera los ojos y que le platicara los pormenores. Le dije que me habían abordado infinidad de pensamientos y que sentía como si todo mi cuerpo estuviera electrizado. Me dijo que los volviera a cerrar despacito y que empezara a repetir mentalmente la clave. Al principio la repetición de la palabra Nanacatzin me llevó al cerro y reviví el momento en que había hallado al idolito; después me fui por el cerro embelesado hasta que oí otra vez la voz de don Ramón diciéndome que abriera los ojos y que le platicara si había notado alguna mejoría.

—Mucho mejor —le contesté—, pero le agradecería que ya no me interrumpiera.

—Vas bien. Te vas a quedar así veinticinco minutos.

—¿Y cómo sé cuándo ya transcurrió ese tiempo?

—No te preocupes, yo te aviso. Después lo vas a saber tú de manera automática. Anda, cierra los ojos.

Anduve bandeando un tiempo de aquí para allá, sorprendido por la cantidad y variedad de sucesos ya lejanos que pugnaban por adueñarse

de mi mente. Poco a poco la repetición ritual de la clave me fue sumiendo en una especie de sopor y sentí que todo mi cuerpo se compactaba en una circularidad energizada. Oí lejano un graznido y mi audición se fue hacia el exterior. Era increíble la cantidad de sonidos que los pájaros y los insectos producían. Percibí un leve arrastramiento y al instante se me erizaron los pelos de la nuca. Abrí los ojos y vi, en un flashazo distorsionante, a don Ramón extrayendo un libro del librero. Volví a cerrar los ojos y comencé a ver en la oscura caverna del subconsciente infinidad de serpientes que se enroscaban de manera caprichosa hasta formar un logotipo. Empecé a repetir la clave y la agitada respiración fue atenuándose poco a poco. De nuevo oí el festivo canto de los pájaros y acudió a mi mente el reproche que el racista Buffon le hacía a los pájaros del Nuevo Mundo. Como si los pájaros participaran de mi opinión, los cantos tomaron la forma de un sinfónico diálogo que me transmitió la sensación de una perfecta unidad de lo diverso. Después, libre y ple-tórico, me fui por los cerros con intención de no regresar jamás.

—Ya, muchacho —oí la voz de don Ramón como un susurro distante—. Ahora espera un par de minutos para abrir los ojos.

Al abrir los ojos tuve la sensación de que había estado durmiendo un largo rato. A decir verdad, en un momento de la meditación me había encadenado con la fluencia onírica de la pasada noche.

—¿Qué tal te fue?

—Carajo, me siento como si hubiera hibernado.

—Por momentos te he notado mucha agitación. Vas a tener que dedicarle bastante tiempo a esto antes de que puedas percibir una notable mejoría.

—¿Tengo que hacerlo todas las mañanas?

—Lo ideal, cuando empiezas, es dos veces al día, por la mañana y en la tarde. No es conveniente hacerlo con el estómago lleno, ni tampoco antes de irte a dormir, porque la energía acumulada te impediría conciliar el sueño.

—Ahora que lo menciona, sí se energiza uno.

—Consecuencia de desechar la negatividad.

—Oiga y después de...

—Primero lo primero. Ahora vamos a desayunar, ¿no tienes hambre?

—Sí, mucha. Lo que yo quería saber es cuándo empezamos con el karate.

—Después de que temples un poco tu voluntad. Hacerlo antes sería cometer de nuevo el mismo error.

Bajamos del hongo y nos fuimos a desayunar. Por el camino yo iba eufórico, como si acabara de encontrar la panacea para curar mi hasta ahora incurable mal: la especulación sin fin.

—¿Y cómo van tus heridas? —me preguntó don Ramón ya que íbamos llegando a la cabaña.

—Mire —dije levantando la pierna del pantalón y enseñándole la marca violácea.

—Caray, qué buena cicatrización tienes.

—Es lo único bueno que heredé de mi padre.

—No digas majaderías, muchacho. Esa inquietud anárquica que traes en la sangre es legado que debes reconocer a tu padre.

Me quedé callado pensando que quizás el viejo celta tuviera razón: había muchas cosas que necesitaban ser replanteadas a la nueva luz de los acontecimientos.

—¿Y el oído?

—Perfecto. Con esas hierbitas que me dio don Berna ya no me produce ni el mínimo escozor.

—¿Y oyes bien?

—No como antes, pero sí alcanzo a distinguir algo.

—Esos polvos de oreja de venado son milagrosos.

—¿Cuáles polvos?

—Los que te dio Bernardino, ¿o no te los dio con las hierbas?

—Sí, pero no me dijo de qué eran. Yo pensé que eran hierbas pulverizadas.

—Ya ves que entre el pensamiento y la verdad media gran distancia.

Entramos en la cabaña y no vimos a nadie. Don Ramón dijo que tal vez habrían ido por agua. De modo que pasamos a preparar un desayuno breoganiano. Al rato llegó Chedino y nos dijo que su madre había regresado al valle y que su padre estaba con Sabino. Pusimos la mesa y comenzamos a desayunar mientras Chedino nos calentaba en el comal las tortillas.

—Oiga, esa leyenda chinanteca del sol y la luna es increíble.

—¿Cuál leyenda?

—La de la pugna entre el jaguar y el venado.

—¿Y quién te habló a ti de eso?

—Unos amigos.

Don Ramón se me quedó viendo extrañado y movió su cabeza en señal de resignación.

—Ni modo —dije sabiéndome vencedor—, cuando a uno lo quieren.

—No tienes remedio.

—Oiga, don Ramón, y ya hablando en serio, ¿por qué aquí hay tantos vestigios de la cultura náhuatl, empezando por el mismo nombre del lugar?

—Los chinantecos son de raíz olmeca. Esa, al menos, es la opinión más difundida.

—¿Y usted qué cree?

—Yo ya discutí este punto varias veces con Roberto Weitlaner, que era uno de los estudiosos que más conocía la cultura chinanteca, y a lo único que llegamos fue a que los chinantecos provenían de Veracruz.

—Al parecer Veracruz es el origen de todo.

—Pero eso que dices de la influencia náhuatl se debe a que Nacatlán era un centro ceremonial de primer orden. Hasta aquí peregrinaban los tlamatinime del Anáhuac, del Golfo y de Oaxaca.

—¿Para qué?

—Para purificarse y hablar con sus dioses.

—¿Y a qué se debe que no exista información sobre esto?

—El hecho de que no la hayas encontrado no significa que no exista.

—A ver, dígame dónde.

—Para empezar deberías leer *Relatos, mitos y leyendas de la Chinantla*, así como los *Papeles de la Chinantla*. Pero mira, para que te des una idea de la importancia histórica de este lugar, te diré que fue de aquí de donde salió la profecía del regreso de Quetzalcóatl.

—¿A poco?

—En el *Proceso de indios idólatras y hechiceros*, del Archivo General de la Nación, encontrarás el caso de un tal Martín Océlotl. Y, si mal no recuerdo, también Lafaye en su *Quetzalcóatl y Guadalupe* hace una mención al respecto.

—¿Y qué dice?

—Este Océlotl era un verdadero nahualli, en el sentido original del término, y según sus propios relatos al Santo Oficio, fue uno de los nigromantes que Moctezuma mandó llamar de todo su reino para que le interpretaran los signos.

—Sí, ya sé, todo lo que refiere Tibón en su *Historia del nombre...*

—Bueno, pues parece ser que este Océlotl fue el único que logró escapar al castigo de Moctezuma. Y una década después reaparece, junto con su hermano Mixcóatl, encabezando una verdadera guerra mágica contra los españoles.

—Sí, ya recuerdo haber leído eso en el libro de Lafaye. ¿Y qué tiene que ver ese Océlotl con la Chinantla?

—Pues que este brujo aprendió de un maestro del lado bueno, es decir, un tlamatini, el uso magistral del teonanácatl, pero lo usó con malos fines. Fue él, también, quien confirmó que la profecía de la Conquista había sido hecha por un señor de la Chinantla a Nezahualpilli y, a través de éste, a Moctezuma.

—Eso sí no lo sabía.

—Hay muchas cosas que no sabemos, pero que están allí presentes en otra dimensión para que las vea el que sepa verlas.

—Ayer fueron a Usila, ¿verdad?

- ¿Y a qué viene ahora esa pregunta?
- Es que aún no me dijo dónde estuvo metido.
- Ni tengo por qué decírtelo.
- ¿Es un secreto?
- No precisamente, pero tampoco es tema de debate público.
- Está bien, si no quiere no tiene porqué decirme nada.
- ¿Y cómo va el estudio?
- No sé.
- Bueno, el niño ya se ofendió.
- ¿Es que me jode tanto misterio!
- Anda, termina y vamos a tu casa, que tenemos mucho que discutir.
- Yo no tengo casa.
- Tú lo que no tienes es vergüenza. ¿Me ayudas a preparar una jarra de naranjada?
- Si la tuviera hace tiempo que estaría jodido.
- Preparamos el refresco y nos fuimos al hongo.
- Mientras abría la puerta don Ramón me dijo —a manera de reconciliación— que luego me diría dónde había estado.
- ¿Por qué luego? —pregunté interesado.
- Porque ahora vamos a hablar del verdadero origen del México actual.
- Ah, caray, ¿y dónde queda eso?
- A dos cuadras de la Reforma y a una de la Independencia, justamente en la Colonia.
- No chingue, ese México pasó de noche por la Historia.
- Los primeros mexicanos*, titula ejemplarmente Benítez a su libro sobre la Colonia.
- Fernando Benítez puede decir lo que quiera, pero para mí la Colonia no es origen de nada, sino un paréntesis de aburrición y negatividad pura.
- Ahí asoma ya esa radicalidad caprichosa y torpe. Es el colmo, un nacionalista de hueso colorado negando los cimientos del ser mexicano.

—Mire, eso de criollismo, nacionalismo, indigenismo y todos los ismos ya se murió con Monterde, Valle Arizpe, Genaro Estrada, Abreu y toda la bola de pasatistas sin destino.

—Coño, si vas a empezar dando patadas de burro a diestra y siniestra mejor dejamos la charla aquí.

—¿Ya tan rápido se desató la pulsión censurante?

—Simple cuestión de respeto, muchacho.

—Ahí sí, para que vea, todo lo que tenga que ver con Juárez me interesa.

—Déjate de juegos traviosos y céntrate en el tema, ¿quieres?

—Yes, sir.

—Bien, yo coincido con Octavio Paz cuando sostiene que Nueva España fue una sociedad que negó con pasión su ascendencia —lo indígena y lo español— y que...

—Un momento, ¿dónde dice Paz esa barbaridad?

—En varios lugares, pero muy especialmente en el prefacio al *Quetzalcóatl y Guadalupe* de Lafaye.

—Pues yo no estoy de acuerdo. Lo que Nueva España negó fue su autenticidad autóctona para imitar espuriamente el modelo peninsular.

—Nueva España no es un reflejo del modelo peninsular, sino otra España.

—No, maestro, no es otra España, sino una aldea ultramarina de la Península.

—No digas estupideces. Nueva España tenía todo para universalizarse como una plena unidad de lo diverso.

—¿Y por qué no lo logró?

—Porque llevaba en su afirmación la raíz de su acabamiento.

—No entendí nada.

—Nueva España era transición obligada, y como tal devenía entre dos límites históricos que al mismo tiempo que la afirmaban la negaban: de un lado el México precortesiano; del otro el México independiente.

—Lo que sea. Para mí Nueva España no pasa de ser un núcleo ejidal asediado y usufructuado por el alto clero, comerciantes, mineros, cortesanos y latifundistas.

—La Historia no da saltos, muchacho. Eso que señalas es un truismo, porque...

—Un ¿qué?

—Una verdad gratuita. ¿Qué esperabas en ese espaciotiempo?

—Nada, sólo digo que el robo y el asesinato por medio de las armas dejó paso al robo y al asesinato por trabajos forzados e inanición.

—Esa cantinela ya no tiene fuerza alguna, muchacho. Veamos los aportes de Nueva España.

—¿Aportes?

—El criollismo, por ejemplo.

—No me va a salir ahora con que como yo soy criollo...

—No vengo, voy; y a lo que voy es a lo siguiente: ¿de dónde le viene al mexicano ese gusto por el desbordamiento y la excesividad en las artes plásticas y la literatura?, ¿y la entrega desmedida a las metáforas, el rebuscamiento y la anfibología?, ¿y la autocomplacencia y autoestimación sin límites?, ¿y quiénes, si no los criollos, rescataron la tradición prehispánica?, ¿y el portento guadalupano? Tienes que leer otra vez a O'Gorman, a Zea, a...

—¡A la chingada! Y vayamos por partes. Usted está viendo resultados que ocultan las mediaciones.

—Vaya, Hegel redivivo.

—Déjeme proseguir, ¿quiere?

—Adelante, adelante.

—El criollismo es el resultado de una trasposición de élites —y conste que hablo con pleno conocimiento de causa—. La verdadera dinámica sustentadora de la nueva mexicanidad no reside en el criollismo, sino en el mestizaje.

—¡Joder, quién fuera a decir que el niño egocéntrico y malcriado terminaría renegando de su propia condición!

—Una cosa es mi condición y otra muy diferente la condición de la Historia.

—Sigue, sigue, que me estás sorprendiendo gratamente.

—Usted debe recordar que en su notable *Estudio de la Historia*, Toynbee explicaba que el mestizo era más apto que el pura sangre para la civilización, porque se había templado en la conflictividad resultante del cruce de dos castas.

—¿A dónde vas ahora tú con ese racismo invertido?

—A que los mestizos, a diferencia de los criollos, son producto de un accidente y, por lo mismo, no deseados. Como dice muy bien Zea: “son los hijos no buscados de blancos e indias”. Mientras el criollo es reconocido legítimamente y con derecho de herencia, el mestizo fluctúa indeciso entre las dos razas, hasta que al final retorna derrotado al protector seno materno.

—Pues según el propio Zea, el mestizo es el ser acomodaticio por antonomasia: cínico, hipócrita, inconstante, traicionero.

—Así se lo impone la ley de la sobrevivencia. Pero al criollo no. Éste es orgulloso, rencoroso, insatisfecho; en fin, lo único que quiere es quitarle el poder a los peninsulares para usufructuarlo él, sin cambiar para nada las condiciones abyectas de indígenas y mestizos.

—Yo creí que ya habías superado de manera definitiva el complejo racial de culpa.

—No, don Ramón; aun cuando fuera rey, mi querer estaría siempre con los de abajo.

—Otro pobre Maximiliano. Bueno, admitamos entonces que el mestizaje es inseparable del criollismo.

—Yo diría con más propiedad que, en términos generales, los mestizos dinamizaron el movimiento liberal y los criollos el conservador.

—Coño, estás contraponiendo la masa descerebrada y sus heroicos caudillos.

—Lo que a mí me interesa es rescatar lo poco que sea rescatable de nuestra historia, y en la Colonia siento que casi todo es ornamen-

tal y falso, y si se salva algo es por su condición de mesticidad irreductible... Permítame un alto estratégico para ir al baño.



—Vamos a ver, ¿qué es lo que salvarías tú? —me abordó don Ramón apenas llegando del baño.

—A sor Juana, a pesar de su criollismo, por su unicidad y universalidad (pero fuera de todo el aparato cacadémico con que se la ha burocratizado). Tal vez algo de Sigüenza y Góngora, por aquello de sustituir el paradigma helénico por el náhuatl, y nada más.

—Estás completamente loco.

—Pero no pendejo.

—Más que pendejo hay que considerarte ignorante, pues sólo a un ignorante se le puede permitir pasar por alto o despreciar personalidades como Juan Ruiz de Alarcón, Bernardo de Balbuena, Agustín de Salazar...

—Puros gachupines que escribieron para gachupines y publicaron en Gachupinlandia.

—¡Más respeto, mocoso, que te vas a ganar un sopapo!

—Es que es la verdad, don Ramón. A ninguno de esos autores le interesó para nada la humillación y esclavitud del indio: mitificaban el pasado prehispánico para negar al indio presente.

—No digas mamarrachadas y lee con calma la *Grandeza mexicana* de Balbuena, que, como muy bien señala el sabio Menéndez Pelayo en su celebrada *Historia de la poesía hispanoamericana*, puede considerarse como “el primer poeta genuinamente americano, el primero en quien se siente la exuberante y desatada fecundidad genial de aquella pródiga naturaleza”. Pilar del barroquismo latinoamericano, y que...

—Pero don Ramón, ¿qué carajo tiene que hacer Balbuena al lado de Góngora y Quevedo, que eran sus modelos peninsulares?

—La diversidad, muchacho. Ni el conceptismo de Quevedo, ni el culteranismo de Góngora alcanzan ese sol de oro y sangre que es la

vida sensual de los trópicos: la poesía de Balbuena sólo se puede entender cabalmente cuando se vive la explosión exuberante y sublime de la salvajitud de los sentidos.

—Ya bájele al volumen, que van a protestar los muertos.

—Estoy seguro que ni siquiera te tomaste la molestia de consultar la *Bibliografía mexicana del siglo XVI*, de García Icazbalceta, que tengo en uno de los libreros.

—Está por demás que insista, don Ramón. Jamás me va a vencer. Para mí la Colonia es letra muerta: no hay ni filosofía, ni ciencia, ni nada.

—¿Y la arquitectura y la pintura? No me vas a salir ahora con que esas catedrales, templos, capillas, portadas, cúpulas, claustros, torres, retablos y murales que florecen por doquier durante la Colonia no aportan estilísticamente nada. ¿No es único e innovador el estilo colonial mexicano? ¿No es una sublimación de lo protorrenacentista y lo prehispánico?

—Pura religiosidad petrificada, don Ramón. Todo eso nació muerto. Ninguno de esos arquitectos, escultores o pintores le llegaban a las suelas a sus contemporáneos europeos. A mí no hay cosa que más me joda que ver al indito pendejo imitando al europeo.

—Pero qué dices, insensato. ¿Acaso el portento artístico y religioso guadalupano nació muerto?

—El culto a la virgen de Guadalupe es otra paradoja más de la Conquista. La virgen morena extremeña, que había servido de estandarte a la cristiandad contra los musulmanes, se convierte en la patrona de los conquistadores; y luego —ironía de la Historia— es venerada, por mor de una mistificación excepcional, como patrona de los vencidos: el burlador burlado. Y fíjese bien que esto ya lo había previsto el sagaz Bernardino de Sahagún en su *Historia general...*, cuando decía que bajo el disfraz de cristiandad de ciertas imágenes estaba vivo el culto idolátrico prehispánico.

—El culto de la Guadalupana es un triunfo del pueblo mexicano.

—¿De cuál pueblo, don Ramón? ¿Se refiere usted a los criollos, mestizos o a los indígenas?

—Me refiero al concepto de nación.

—No, maestro, el culto a la Guadalupana es una extraordinaria fábula inventada en parte por el bachiller Miguel Sánchez. Y si esta fábula encontró suelo propicio, ello fue porque el pueblo mexicano siempre se ha identificado con los vencidos; de ahí la fe en las reencarnaciones sucesivas del caudillo-Quetzalcóatl, y la veneración filial a la diosa consoladora de la derrota, el abatimiento y la desesperanza: nuestra madre Tonantzin-Guadalupe.

—Qué curioso, ahora que mencionas esto recordé que en una plática, Bernardino me dijo que la primera pareja de dioses (que en realidad es un dios dual) se identificaba con la serpiente y que el lugar donde se le rendía culto se simbolizaba también con una serpiente. Quetzalcóatl y Cihuacóatl: los padres de los vencidos.

—¿Quiere usted decir que Tonantzin es también Cihuacóatl?

—Eso es lo que dice Sahagún en el capítulo VI de su *Historia general*.

—La verdad es que yo ya estoy hasta la madre de las serpientes y todo lo que tenga que ver con ellas.

—Es el miedo, muchacho.

—Me vale lo que sea, pero ya estoy hasta el gorro.

—Bueno, por lo que dices, para ti el origen de México no se haya en la Nueva España, sino...

—Mire, don Ramón, eso de pretender que México nace con la venida del hombre blanco es una jalada. México es milenario y por lo mismo es una continuidad histórica. Ahora bien, esta continuidad tiene diferentes fases o períodos de discontinuidad. Para mí la Colonia es un período de continuidad que amplía y consolida la discontinuidad que se inició con la Conquista. Es por eso que la Colonia me parece un período inaportador en relación a la compleja totalidad histórica que es México. Yo veo mucho más interesante la Independencia y la Reforma.

—Fíjate, lo que acabas de decir sobre la continuidad y la discontinuidad en la historia de México coincide en parte con lo expuesto por tu odiado Paz en el libro sobre sor Juana.

—Paz es otro de los grandes contradictorios. En un lado dice que la sociedad novohispana de los siglos XVII y XVIII es un todo mucho más perfecto y armónico que la sociedad mexicana de la primera mitad del siglo XX. Y en otro lado sostiene olímpicamente que, a diferencia de los principales países europeos, nosotros no tuvimos siglo XVIII. En una charla sostiene que Nueva España es creadora original en poesía, arquitectura y urbanismo. Y en otra confiesa sin ambages que Nueva España era una ortodoxia y todas las ortodoxias tienden a convertirse en sociedades cerradas, con una burocracia de doctores pedantes y un cuerpo de verdugos e inquisidores. Así es el sol Paz, querido maestro, un astro caprichoso e inconstante.

—Bueno, ¿y por qué te parecen más interesantes la Independencia y la Reforma que la Colonia? ¿Acaso las dinámicas discontinuadoras no tienen su fundamento y validez en un marco de continuidad histórica?

—Es que con la Independencia se cancela la utopía criolla de un nuevo México imperial.

—Curiosamente, lo que hace la Independencia es consolidar el estandarte del criollismo: la guadalupanidad.

—Sí, pero es un criollismo que muere con su triunfo. Los criollos son como las clases medias durante la Revolución socialista, o si quiere, como los burgueses durante la Revolución francesa: al principio se adhieren al carnaval, pero ya cuando ven que la marea revolucionaria también los arrastra a ellos corren asustados hacia el otro bando por temor a la barbarie revolucionaria.

—Se da la fatalidad, muchacho, que el cura Hidalgo es un fiel vástago de esa burguesía criolla que tanto desprecias. Y que su discípulo Morelos era un hombre inculto y autoritario que se acercaba más a la imagen flamígera de un Savonarola que a la de un liberta-

dor de la patria. Para Hidalgo y para Morelos los gachupines eran la encarnación del diablo. ¡Y qué falsedad la de Morelos cuando invoca furibundo en favor de su causa a Moctezuma, Cacama, Cuauhtémoc, Xicoténcatl y todos los mártires aztecas!

—¿Por qué falsedad? Cuando alguien se subleva contra una tiranía es natural que invoque la memoria de los que murieron peleando contra ella.

—Digo falsedad porque en el artículo segundo de los *Sentimientos de la Nación*, obra por lo demás plagaria en gran medida de los *Elementos Constitucionales* del licenciado Rayón, se dice: “Que la religión católica sea la única, sin tolerancia de otra”.

—Mire, en principio quiero dejar en claro que ninguno de los caudillos de la Independencia es santo de mi devoción. A mí lo que me interesa es la Independencia como proceso de cambio y discontinuidad histórica.

—Espera, que aún falta lo mejor. ¿Y qué me dices de los tres hijos que tuvo el gran pillo de Morelos con tres mujeres diferentes y fuera de relación legal alguna?

—Eso dígaselo a los procerófilos del PRI, a mí lo único que me interesa es que la Independencia, con toda su incultura y anarquía, trajo la esperanza de una nueva mexicanidad, que es la que hoy asumimos de forma tan encabronada.

—Bien, si convenimos con Zavala, Maza y otros historiadores en que las mayores aportaciones del México poscortesano son el culto guadalupano y el barroco, ¿qué aportó entonces al ser nacional la Independencia?

—Le repito que para cualquier mexicano más o menos instruido el barroco y el guadalupanismo son epifenómenos de un pasado que cada vez ocupará menos lugar en la comprensión de la totalidad histórica mexicana. La Independencia, por el contrario, vive y revivirá cada vez que la nación mexicana se sienta agobiada por algún imperio, o que surjan los delirios revolucionarios. La Independencia es el nacimiento de un ser que adquiere uso de razón con las leyes de

Reforma y mayoría de edad con la Revolución de principios de este siglo... ¿De qué carajos se ríe?

—Nada, muchacho, nada. Al oírte pontificar se me vino a la memoria la bárbara *Disertación sobre el verdadero método de estudiar teología escolástica*, del cura Hidalgo.

—No me gusta ese tonillo burlón, y menos esa suficiencia.

—¿Te imaginas? Un revolucionario empantanado anacrónicamente en la escolástica y que toma como estandarte de su revolución el culto a la Guadalupana.

—Hidalgo sería un tomista trasnochado y mal informado, pero no era un pendejo. Él sabía que tras la imagen criolla de la Guadalupana estaba el fervor mestizo e indígena a la antigua madre de los mexicanos.

—En fin, muchacho, una Independencia más retórica que pragmática.

—Una Independencia que le dio en toda la madre a los gachupines.

—Ahí tienes: la típica actitud del perdedor. Una vez más se confirma la mórbida inclinación del mexicano hacia los perdedores. Repara en ello: mientras en toda Hispanoamérica los padres de la Independencia alcanzan los laureles del poder, aquí las cabezas de Hidalgo, Aldama, Jiménez y Allende cuelgan agusanadas de la Alhóndiga de Granaditas. Ahí tienes a tus héroes de derrotas, como les llamó el preclaro Vasconcelos.

—Pues lo mismo le pasó a él.

—Entonces podemos establecer ya una especie de síntesis histórica sobre el ser del mexicano: o triunfa como tirano o se hace héroe al ser derrotado.

—Precisamente por eso es que admiro a Benito Juárez. Él es la tercera opción que el mexicano debe afrontar: una voluntad de acero y un sentido de la justicia que es ejemplo en toda la Historia y para todos los estadistas del orbe.

—¿Qué, eso es todo lo que me tienes que decir sobre la Independencia?

—Oiga, don Ramón, este jueguito de hacerme cambiar de bando continuamente ya me está cansando.

—Es la única manera de alcanzar la concreción de las cosas.

—Pues entonces prefiero ser un pseudoconcreto, como usted les dice a los burócratas del conocimiento.

—Está bien, vamos a reconsiderar el tema con seriedad. ¿En dónde reside la dinámica discontinuadora de la determinación independiente?

—¡En el carajo!

—¡Coño, deja ya de una vez esa estúpida susceptibilidad!

—Mire, para mí el concepto de independencia tiene una connotación total: es económico, político y, sobre todo, cultural. Cuando yo digo independencia quiero señalar un nuevo ser y un nuevo pensar.

—¿Y cuál es la determinación diferenciadora de ese nuevo ser y nuevo pensar?

—Bien, ya que quiere rollo, déjeme agarrar el hilo.

Tomé mi libreta de notas y busqué todo lo que tenía anotado sobre la Independencia.

—¿Y qué tienes ahí en tu silabario?

—Cosas como éstas: La independencia de las colonias hispánicas en América es inseparable de la decadencia y ruina de España. Una España degradada, donde una cuarta parte de la población son frailes, monjas y eclesiásticos; gobernada por unos reyes incapaces e indolentes, desde el más subnormal de los Habsburgo, Carlos II, que pasa su tiempo hechizado y apendejado por una perdiz, un cojo y un mulo; un Carlos III, que por un lado impulsa la urbanización y por el otro expulsa a los jesuitas; hasta un Carlos IV cornudo y mandilón, que pierde lo poco que había logrado mantener su antecesor y termina por entregar España a los franceses. Una España que vive en el oscurantismo total a pesar de los esfuerzos de un Macanaz y del reformador Jovellanos. En fin, una España indolente que ve con estupor cómo a la penetración francesa a través de los Pirineos le corresponde el levantamiento de las colonias inglesas en el norte de América, de

los negros en el Caribe, de Mompox y Antequera en Paraguay, Túpac Amaru en Perú, Galán en Nueva Granada, y así todo el continente americano, que termina por convertirse otra vez en el lugar de la utopía, que, como sueñan Rousseau y Humboldt, podría hacer revivir a la agonizante Europa. Tiempo de logias masónicas y de ansia de conocimientos que se manifiesta en el culto a la ciencia, la erección de bibliotecas y el surgimiento de periódicos. Latinoamérica envía a España todo tipo de productos naturales y en las naves vienen de regreso los productos más sofisticados del suelo europeo: Montaigne, Voltaire, Rousseau, etc. ¿Y de dónde arranca la verdadera dinámica independentista? De los próceres de Sudamérica que recibieron el bautismo revolucionario en Londres. Allí estuvieron Miranda, Bolívar, Bello y otros, nutriéndose del espíritu crítico inglés y conviviendo con José Joaquín de Mora y Blanco-White, verdaderos españoles con criterio, que, como Quintana y Mina encaminaron la desespañolización y el antiespañolismo hacia el tirano de España y no hacia los españoles.

—Esos hispanoamericanos eran simples instrumentos del odio inglés hacia España.

—No es tan simple, maestro. En Londres fue donde publicó Bello su *Biblioteca Americana*, donde se recoge por primera vez el sentir independentista, la necesidad de emanciparse política y culturalmente de un imperio que, como muy bien señaló fray Servando, “tiene por destino imperar por su ignorancia”. Además, podrá acusarse a Bello de neoclásico, conservador y monárquico, pero no de antiespañol, ¿o está usted olvidando la polémica con Sarmiento?

—Sigue, sigue, que aunque no me convenzas todavía, estás logrando interesarme.

—Así, pues, el antiespañolismo no era una actitud agresiva por sí misma, sino una respuesta histórica a la agresividad peninsular. Cuando los chilenos Francisco Bilbao y José Victorino Lastarria elevan a nivel de consigna independentista el antiespañolismo y la necesidad de crear una literatura y una cultura propias, el ser latinoamericano comienza a palpar con vida propia.

—¿Sin influencias?

—Claro que con influencias. En la raíz de toda esta emancipación cultural está el romanticismo: Larra y Espronceda; Hugo y Chateaubriand; Byron y Scott; Goethe y Schiller. Como decía nuestro vigoroso Altamirano: “Se deben estudiar todas las escuelas literarias, pero apartándose de la imitación servil”.

—¿Por qué dices que Bello era conservador? ¿Acaso se es conservador por exigir la pureza de la lengua?

—Vamos, don Ramón, no me tire esos buscapiés pendejos. Yo en la polémica entre Bello y Sarmiento me inclino por el último. Páseme, por favor, ese librito que está ahí, en la esquina.

—¿Cuál?

—Ahí sobre usted, en el librero.

—¿El de Zea?

—No, el otro, el de José Luis Martínez.

—*La emancipación literaria de México*. Vaya, me había olvidado por completo de este libro.

—Aquí viene un espléndido resumen de la polémica Bello-Sarmiento. Escuche esto de Sarmiento y verá que es de una actualidad demoledora: “La soberanía del pueblo tiene todo su valor y su predominio en el idioma; los gramáticos son como el senado conservador, creado para resistir los embates populares y para conservar la rutina y las tradiciones. Son a nuestro juicio, si se nos perdona la mala palabra, el partido retrógrado, estacionario, de la sociedad habladora; pero, como los de su clase en política, su derecho está reducido a gritar y desternillarse contra la corrupción, contra los abusos, contra las innovaciones. El torrente los empuja y hoy admiten una palabra nueva, mañana un extranjerismo vivito, al otro día una vulgaridad chocante; pero, ¿qué se ha de hacer?, todos han dado en usarla, todos la escriben y la hablan, fuerza es agregarla al diccionario, y quieren que no, enojados y mohínos, la agregan, ya que no hay remedio, y el pueblo triunfa y lo corrompe y lo adultera todo”.

—Es un ataque injusto y ruin al excepcional gramático que fue Bello.

—No, es un ataque muy bien fundado contra un artepurista y aristócrata de la lengua.

—Lo que ocurre, muchacho, es que Bello excedía con mucho la capacidad de su tiempo.

—No, lo que pasa es que Bello era un neoclásico emisario del pasado, y Sarmiento un romántico propugnador de lo porvenir. Mientras Bello hablaba de una entrega a los clásicos, propiciando el inmovilismo, Sarmiento sacudía la conciencia de los nuevos escritores diciéndoles: “Echad miradas observadoras sobre vuestra patria, sobre el pueblo, las costumbres, las instituciones, las necesidades actuales y enseguida escribid con amor, con razón, lo que se os alcance, lo que se os antoje, que eso será bueno en el fondo, aunque la forma sea incorrecta; será apasionado aunque a veces sea inexacto; agrada-
rá al lector aunque rabie Garcilaso; no se parecerá a lo de nadie; pero bueno o malo, será vuestro”.

—Serías un gran mentiroso si me dijeras que crees en todo eso que acabas de leer.

—¿Por qué?

—Coño, tus *Entrecruzamientos*, salvo los excesos barbarizantes son todo lo contrario de lo que dice Sarmiento. Y además, y por fortuna, ni Reyes, ni Vasconcelos, ni Borges, ni Paz hicieron el menor caso al llamado histórico de Sarmiento.

—Sin ese llamado histórico serían impensables las literaturas nacionales en Latinoamérica.

—¿De qué hablas, muchacho? ¿Ignoras la respuesta que Henríquez Ureña le dio a esa pregunta en su célebre conferencia sobre Juan Ruiz de Alarcón?

—No, no lo ignoro. Como tampoco ignoro que el sol Paz negó la existencia de una literatura mexicana, si bien admitió una literatura latinoamericana, en la entrevista que le concedió a Rita Guibert. Y es más, mucho antes que Ureña y que Paz, en el prólogo al *Romancero nacional* de Prieto, Altamirano se preguntó: “¿Tenemos una literatura nacional? La lengua debe reflejar la naturaleza, el espíritu y

las costumbres de un pueblo, y la lengua española castiza era ya pequeña para reflejar la naturaleza, el espíritu y las costumbres de los pueblos americanos”. Y mire usted qué chiquito es el mundo de la literatura. En 1876 José María Vigil, lúcido exponente de la doctrina nacionalista iniciada por Altamirano, se pregunta por qué si existen todos los elementos propios para constituir una literatura nacional y original, no se ha dado ésta. Y responde: “Por dos motivos. El primero se explica porque a la independencia política no le ha seguido una verdadera independencia cultural; y el segundo (¡ajo!), por un ‘sentimiento de inferioridad’, heredado de la Colonia, que priva a los mexicanos de una correcta valoración de lo propio y los lleva a las imitaciones serviles y el estudio exagerado de las literaturas extranjeras”. ¿Qué le parece? ¡Medio siglo antes de la aparición de *El perfil del hombre y la cultura en México*, de Ramos!

—Todo eso que has señalado está muy bien, pero dentro de su contexto. Tienes que cuidarte mucho de esas polarizaciones radicales a que te entregas con frecuencia. Está bien que te encienda el *Facundo*, de Sarmiento, pero debes admirar en igual forma una *Gramática* como la de Bello, única en su género y de las mejores de su tiempo. Ensalza a Rulfo, pero no en detrimento de Borges. ¿Entiendes?

—Claro.

—Y lo mismo cabe decir respecto al problema, por lo demás inagotable, de las literaturas nacionales. Yo también creo en la especificidad y diversidad literarias de cada país y de cada región. Pero estas especificaciones sólo son tales a condición de existir en un todo: las partes enriquecen y hacen superar al todo, pero el todo potencializa y plenifica la valorización de las partes.

—Sí, pero volvemos a lo de siempre: lo determinante y lo determinado.

—Bueno, regresemos a nuestro asunto. ¿Por qué en México no surgió un Bello o un Sarmiento?

—Porque el yugo español era aquí más doblegante y reaccionario. Y también, en parte, y como dice Anderson Imbert, en su lúci-

da *Historia de la literatura hispanoamericana*, porque aquí se vinieron mayoritariamente los castellanos y nortños, mientras que al sur se fueron los andaluces.

—¿Qué demonios insinúas?

—Pues que los andaluces son artistas por naturaleza: para ellos el sol no significa sangre, sino explosión vital; y la mujer no es objeto de culto y veneración, sino de gozación.

—¿De dónde sacas tú esos disparates?

—Lea otra vez a su querido Américo Castro. Pero también quiero decirle que aquí si no tuvimos a un Sarmiento, sí tuvimos a un genial plasmador de su doctrina. Me refiero a Lizardi y su *Periquillo Sarniento*. Ahí aparece por primera vez el hablar y el sentir del pueblo mexicano.

—Un momento, muchacho. *El Periquillo* es una obra inspirada en las novelas de Quevedo, Mateo Alemán, y, en general, en toda la picaresca española del Siglo de Oro. Y eso del sentir del pueblo hay que verlo con más detenimiento, pues toda la obra es una crítica despiadada de la plebe necia, viciosa e inútil. Hay un pasaje que es de un racismo brutal.

—¿Cuál?

—Aquél donde dice el personaje que en el sótano donde estaba, entre tanto hijo de la chingada (es decir: negros, indios, mulatos, etc.), era el único blanco.

—Bueno, y qué esperaba de un criollo.

—Fíjate, con todas la proporciones guardadas, *El Periquillo* de Lizardi me recuerda a esa "literatura de la onda", que tú tanto aborreces: una literatura de pelados para la gente bien.

—De eso ya hablaremos en otra ocasión.

—¿Y qué, no había nadie más aparte de Lizardi?

—Por supuesto. Aquí, como en el resto de Latinoamérica, se dio la división entre neoclásicos y románticos; nada más que aquí, por la politización inseparable del intelectual mexicano, se llamaban liberales y conservadores. De todas maneras ni Manuel Carpio, ni Pesa-

do, ni Ignacio Ramírez, ni Prieto, ni Lafragua, ni Zarco, ni Orozco y Berra; en fin, exceptuando quizás a Payno y, por supuesto, al vigoroso Altamirano, no encontraremos en la Independencia y la Reforma esa gran literatura que más tarde surgirá con la Revolución.

—¿Y Melchor Ocampo, el ideólogo de la Reforma, y Lerdo de Tejada y Alamán...?

—Los dos primeros son segundidades; y el tercero era un presentáneo indigesto de europeidad.

—¡Coño, qué manera de destilar veneno!

—Cuando uno vive entre serpientes aprende a secretar ponzoña.

—¿Y acaso tu admirado Juárez fue un gran escritor?

—No, era retórico, ampuloso y legalista. Pero lo que importa es que fue un estadista excepcional: frente a Tezcatlipoca y Quetzalcóatl, Juárez es la tercera opción. Jamás ha habido en México un presidente tan íntegro y auténtico. La vida de Juárez es una lucha continua contra los vicios históricos de nuestros políticos: la corrupción, la prepotencia y el nepotismo. Juárez era un hombre que no vacilaba en meter en la cárcel a un familiar o amigo si infringía la ley. Pero hay tres puntos que me hacen sentir por Juárez una admiración incondicional: en primer lugar...

—Por ser un indio puro.

—No. Por su respeto al derecho ajeno.

—La Iglesia no pensó ni piensa igual.

—Ese es precisamente el segundo punto, el haberle dado en toda la madre a los vampiros del Vaticano. Pero no sólo detuvo la voracidad de la Iglesia, sino también (y esto es de una actualidad abrumadora) le puso el alto a la ambiciosa brutalidad de los militares. Es por esto que Juárez puede considerarse con todo derecho el precursor de la autodeterminación de la sociedad civil, que tanto se comenta hoy en día. Y el tercer punto es el poner siempre a la Historia con mayúscula (el fallo tremendo de la Historia) por juez supremo de toda acción política.

—Lo mismo hizo Fidel Castro y ya viste.

—Fidel se sirve del poder, en cambio Juárez servía al poder.

—¿Y el golpe de Estado que dio Juárez en noviembre de 1865? ¿Y el hecho de recurrir al sanguinario Rocha para asegurarse tres presidencias consecutivas? ¿Y el Tratado de McLane-Ocampo, mediante el cual Juárez pretendía vender a los gringos por cuatro millones de pesos oro el usufructo a perpetuidad del istmo de Tehuantepec?

—Ese tratado fue una simple movida táctica. Por lo demás, si Juárez tuvo mano dura fue siempre de acuerdo a las leyes constitucionales.

—Las leyes que él ponía y quitaba a su antojo.

—En beneficio del pueblo y de la nación.

—Una nación que venía de sufrir la pérdida de medio territorio de manos de un loco que fue once veces presidente; una nación que, gracias al reeleccionismo de Juárez, iba a tener que aguantar durante otras tres décadas a Porfirio Díaz, uno de los mejores alumnos de Juárez. ¿Por qué Juárez no enarboló el estandarte de la no reelección?

—Por las condiciones anárquicas y por el caudillismo que vivía el país.

—Fíjate lo que son las cosas, muchacho: los liberales de entonces idolatraban a los Estados Unidos, mientras que los conservadores los odiaban. Hoy, aquella profesión de fe de los conservadores, escrita por Lucas Alamán, escandalizaría por su antigringuismo a los esforzados reaccionarios del PAN.

—Es que, desgraciadamente, los *Rednecks* han convertido a los Estados Unidos en el baluarte mundial del oscurantismo y la reacción.

—Entonces sí tengo razón.

—Yo creo que todavía la grandeza norteamericana tiene una esperanza; pero para que esta esperanza se realice es indispensable que desaparezcan los halcones que triunfaron en la Segunda Guerra Mundial.

—¿Y cuál fue la repercusión que tuvieron la Independencia y la Reforma en las artes plásticas?

—Usted mismo dijo el otro día, parafraseando a Marx, que las revoluciones casi siempre implican transformaciones políticas y económicas rápidas, pero las transformaciones culturales son lentas. A decir verdad, el arte mexicano del siglo XIX peca en su mayoría de académico y repetitivo. Los maestros traídos de Europa se limitaban a hacer que sus alumnos copiaran a los grandes europeos. En fin, si tuviera que mencionar a alguien me inclinaría por el cajetero Tres Guerras, por el ensoberbecido Cordero...

—El retrato de ese par de escultores, que se conserva en el INBA, es notable.

—Cordero tenía mucho talento, pero le faltó universalidad: es el terrible problema de la mentalidad ejidal.

—¿Y José María Velasco?

—Una golondrina en el desierto. También cabría mencionar el primitivismo mágico de un Bustos y un Estrada.

—¿Y qué me dices de la labor formadora de Pelegrin Clavé?

—Otro gachupas loco. Es increíble, casi todos los gachupines cultos que vienen a México se hacen despóticos y reaccionarios.

—¿Cómo es eso?

—Sí, exigen un rigor y un perfeccionismo que imposibilita toda visión hacia adelante.

—Bueno, tal vez se deba a la anarquía y la pereza que encuentran aquí. ¿Y qué me dices del ahora tan celebrado Clausell?

—Clausell es posterior, como Gedovius, Ruelas y Herrán, que darán paso al doctor Atl y la escuela muralista. ¿De qué se ríe ahora?

—Estoy pensando que esta vez me has ganado la partida.

—No se salga por la tangente.

—Te hablo con la verdad. El único reproche que te haría es que necesitas superar esos saltos suicidas del blanco al negro sin admitir gradaciones.

—Dígame una cosa, don Ramón. ¿Cuando usted fue maestro en la UNAM reprobaba a la gran mayoría, verdad?

—No, se autorreprobaban solos.

—¿Qué quiere decir?

—Que ellos mismos se calificaban. Yo nunca fui partidario de hacer exámenes.

—¿Pero cómo se calificaban?

—Pues al final del curso, después de varias charlas que ya les había dado al respecto, iban pasando de uno en uno y todos los demás lo calificaban. De esta manera el que salía reprobado no tenía apelación posible.

—Ahí tiene usted, para que vea, un ejemplo del legalismo de Juárez: cuando la nación entera sentenció a Maximiliano y a los tres mierdas (Miramón, Mejía y Márquez), Juárez dijo a los que le pedían el indulto para los acusados que él no podía ir en contra de los designios de la Nación.

—Bien, por hoy ya fue suficiente. Vamos a comer algo.

—Oiga, don Ramón, yo quisiera pedirle un favor.

—A ver, dime.

—Que me quite la curiosidad y me diga a dónde fueron.

—Esas cosas son muy serias y privadas.

—¿Acaso no son serias nuestras pláticas?, ¿no es seria nuestra amistad?, ¿no es seria mi lucha por conocer?

—No es eso, Eugenio. Es que no puedo.

—Está bien, le propongo un juego.

—Vámonos a comer y dejémonos de juegos.

—Déme tan sólo diez oportunidades para averiguar a dónde fueron, usted se limita a decir sí o no.

—Está bien. De todas maneras no vas a acertar.

—Fueron a Usila, ¿verdad?

—No.

—A ver unas ruinas arqueológicas.

—No.

—A ver a un enfermo especial.

—No.

—A recoger alguna hierba.

—No.

—¿De cacería?

—No.

—Mierda, ¿bajaron al valle?

—No.

—¿Estuvieron en Nanacatlán?

—Sí.

—Vaya. ¿En una fiesta?

—No.

—¿En una reunión?

—Sí. Tan sólo te resta una pregunta.

—¡Chin! ¿Quiénes estuvieron?

—Quedamos en que yo nada más me limitaría a responder sí o no.

—¿Pero no puede decirme quiénes estuvieron?

—Sí, a condición de que ese sea el punto final.

—De acuerdo.

—Estuvimos cinco personas: José Hilario, Hipólito, Artemidoro, Bernardino y yo.

VI. Ritualidades y ofrendaciones

No hubo manera de sacarle al viejo celta algo más sobre aquella misteriosa reunión. Los días que siguieron no pude evitar que durante la meditación volviera una y otra vez a mi mente la maldita reunión. No obstante, después de tres días de meditar comencé a sentirme más tranquilo y asentado. El único punto que me molestaba sobremanera era el hecho de tener que dedicarle todas las mañanas y tardes veinticinco minutos a la meditación. Para mí, acostumbrado a una vida anárquica y desobligada, esa imposición me parecía un castigo. Cuando se lo comenté a don Ramón, se limitó a repetirme que lo difícil no era llegar sino permanecer. Fue entonces, por primera vez, que le oí tildarme de “anarcoecologista”.

Por más que traté de profundizar alguna conversación con vistas a sonsacarle a don Ramón el motivo de aquella reunión, el cabrón viejo se mostró arisco y de pocas palabras. Ignoro qué asunto se traía entre manos, pero lo cierto es que, salvo un par de veces para almorzar, no se dejaba ver y se encerraba en su retiro. Fue en una de esas veces que creí que ya lo tenía agarrado, pero el sagaz viejo me cambió totalmente la jugada y, con el pretexto de devolverme el manuscrito, comenzó a atacar mis *Entrecruzamientos*: que nadie iba a entender ese galimatías, que el uso excesivo de neologismos y adjetivaciones deslucía la lectura, que el manejo del espaciotiempo (narrar lo vivido y vivir lo referido) era un recurso más anacrónico que innovador, que el personaje que él encarnaba era demasiado artificioso y novelesco, que llamarle a él una segundidad como escritor era una grosería gratuita, que la erudición pecaba muchas veces de descontextualizada y forzada; en fin, que antes de volar tenía que aprender a caminar.

Después de tamaña paliza, don Ramón se fue a su retiro y yo me quedé noqueado viendo cómo dos moscas se posaban irreverentes sobre el borde de mi taza de café. Qué hijo de su pinchísima madre, apenas estoy empezando a educar mi voluntad y este cabrón viejo viene y me echa encima toda la mierda del mundo. Agarré el manus-

crito que el pinche viejo celta había dejado sobre la mesa y me fui hacia el fogón dispuesto a darle lumbre. Para mi desgracia, cuando ya estaba manipulando en las brasas, llegaron don Berna y don Artemidoro.

—¿Y qué quiere hacer usted? —dijo don Berna sorprendido.

—Nada, don Berna. Voy a tirar a la lumbre estos ejercicios. El maestro me reprobó.

—Ande, siéntese usted y no se deje vencer por el desánimo.

—¡Joder, con razón no tuvo hijos!

—¿Discutió usted con don Ramón, señor? —preguntó don Artemidoro buscando a tientas una silla.

Quise levantarme para ofrecerle el asiento, pero don Artemidoro encontró con rapidez el asiento que acababa de dejar don Ramón.

—Ni siquiera discutimos; nada más me dijo que lo que yo estaba haciendo era una mierda.

—Es su modo de querer, señor —expresó convencido don Artemidoro.

—Mierda, pues entonces prefiero que me odie.

—No hable así.

—Es que esa actitud que asume de padre omnipotente me encabrona.

—Vea usted para afuera.

—¿Qué quiere decir?

—Que saque el mundo de su cabeza, señor. Ya el tiempo de oscuridad y encierro se acabó, ahora va a alumbrar otro sol.

—Perdone usted, don Artemidoro, pero no tengo ni la más remota idea de lo que me está hablando.

—Lo que mi suegro quiere decirle —terció don Berna—, es que sea usted menos orgulloso, y que lo que le exige a los demás también se lo exija a usted mismo.

—Ah, vaya. ¿Y qué es eso de que ahora va a alumbrar otro sol?

—Que ya se acabó el sol de los temblores y viene otro sol.

—¿Y cuál es?

—El sol de los venados y las culebras.

—¿Y el anterior sol de qué era?

—De tigres y de águilas.

—¿Y cómo saben ustedes eso?

—Por nuestra tradición. Así como usted lee los libros, nuestra gentilidad leía en el cielo.

—¿Y dice usted que este nuevo sol es bueno? —pregunté a don Artemidoro.

—Sí, señor. Un sol de paz y de buenas cosechas. Ya nuestros dioses van a salir del encierro.

—Ahora al que hay que encerrar es a don Ramón.

—Usted no alcanza a entender, señor. Su juventud le nubla el pensamiento.

—¿Y qué es lo que tengo que entender?

—Don Ramón es un hombre bueno, pero su vereda de la vida no es la propia.

—¿Cómo está eso?

—Ansina como le digo, señor. Don Ramón no puede tener porque su cielo le marcó dar. Por eso es que se mortifica, porque quisiera para sí lo que tiene que darles a los demás.

—Y siendo así, ¿por qué, entonces, no goza cuando da?

—Porque quiere que al que le da sea como él mismo. Ésa es la mera razón de tanta exigencia, señor.

—¿Y está así ahora por lo de Mario?

—No, está acuitado porque los honguitos divinos dijeron que es él quien tiene que matar al tigre.

—¿Qué?

—No se preocupe usted por Mario —expresó don Berna haciendo visible su nerviosidad mientras molía unas semillas en el molcayete—. Ese chamaco nunca fue de aquí, él jalaba con su mamá que era mazateca.

—¿Pero, qué es eso de los honguitos y el tigre que dijo don Artemidoro?

Don Berna le dijo algo a don Artemidoro en chinanteco, y éste le contestó, dando lugar a un breve diálogo del que no pude entender nada. Al final se hizo un paréntesis silencioso y don Berna regresó a seguir triturando semillas en el molcajete.

—Mi yerno es de la creencia de que usted no está aún en sazón para entender nuestras cosas —dijo don Artemidoro en tono pausado—. Tiene desconfianza de usted porque es como mariposa que anda de flor en flor sin asentar su querencia.

Miré hacia don Berna y noté, por la gravedad de su expresión, que no le gustaba que don Artemidoro dijera lo que él había expresado en chinanteco.

—Y tiene razón.

—Perdone usted, señor, pero a mí se me afigura que los dos andan enmontados y sin rumbo en este parecer. Yo lo siento a usted como venadito tierno que no sabe de peligros y cree que todo el monte es para él. Nomás que pondría una salvedad.

—¿Cuál?

—Qué el venado no tiene hiel, señor.

—¿Cómo que no tiene hiel?

—No la tiene. ¿Y usted sabe cuál es la función de la hiel, señor?

—Bueno, le ayuda al hígado a digerir...

—La hiel es la mera raíz del odio y del avorazamiento.

—Oiga, desde hace tiempo quiero preguntarle, ¿hay venado aquí?

—Aquí nomás hay mazate; pero a un día de camino, para Cerro Pelón, es el mero lugar de los venados.

—Oiga, don Berna —dije tratando de romper la tensión que la plática de don Artemidoro había generado—. ¿No podríamos ir un día a cazar venados?

Don Berna se limitó a asentir con la cabeza.

—¿También caza usted, señor? —preguntó don Artemidoro.

—Apenas estoy aprendiendo, pero me gusta mucho.

—¿Y en qué se amotiva ese gusto?

—Pues en todo lo que implica la cacería: templar la voluntad, desarrollar los sentidos, conocer la naturaleza y las costumbres de los animales; en fin, todo esto, don Artemidoro.

—¿Y no siente miedo, señor?

—Bueno, sí, pero eso tiene que superarse poco a poco, ¿no?

Inesperadamente el cayado de don Artemidoro se vino al suelo ante mis pies. Me lo quedé viendo entre fascinado y horrorizado sin atreverme a romper el encantamiento que me producía ese objeto negro y escamudo estirado frente a mí. Con una seguridad extraordinaria para un ciego, el anciano se inclinó hacia el piso y recogió el misterioso cayado.

—El hombre no se temple con lo que ya conoce, sino en lo que le falta por conocer, señor.

Se oyeron unas voces acercantes y tras ellas apareció Sabino precediendo a un grupo de tres hombres que cargaban un becerro despanzurrado y ensangrentado. Para mi sorpresa, Sabino me saludó muy amable dándome la mano, y enseguida comenzaron a platicar con efusividad en chinanteco. Quise saber qué había pasado, pero como nadie hacía caso de mi presencia opté por retirarme. Dije “con permiso” sin que nadie prestara atención a mi persona y salí.

Caminé de regreso al hongo sintiéndome plenificado y libre. De una cosa estaba convencido: las charlas con ese enigmático anciano me obligaban a dejar de lado toda la mierda seca y rígida que desde chico me habían dicho que era la sustancia indispensable para forjar un verdadero carácter. Hablando con don Artemidoro, mi ser se elementalizaba a tal grado que ya no había nada que perder; y, al no haber nada que perder, todo era ganancia. Llegué al hongo y me lo quedé viendo como si mi mirar fuera capaz de eternizar ese momento de plenitud incompartida. Oí el rumuroso canto del río y me fui gozoso en pos de él.

Sobre la roca de la discordia, la imponente espalda de don Ramón parecía una escultura rodiniana. Me detuve pensando en regresar al hongo, pero concluí que no tenía caso seguir alimentando la

actitud fría y distante de los últimos días. Al oír mis pisadas, el viejo celta volteó su cabeza y al verme cerró el cuaderno en el que estaba escribiendo.

—Vaya, qué pequeño es el mundo —expresó sin bajar la guardia.

—¿El mundo o nuestro mundo?

—En este caso es lo mismo. ¿Y cómo va el trabajo?

—Ya mandé todo a la chingada —dije aprovechando la posición privilegiada en que me colocaba la mentira.

—Sí, ya sé que por llevar la contraria eres capaz de todo.

—Estoy aprendiendo, y la verdad no me puedo quejar.

—Pues deberías aprender también que el fundamento de toda agresión es la inseguridad.

—Yo siempre he sido y seré un inseguro seguro de su inseguridad.

—Ya te dije un día que lo que tú eres es un aprendiz de sofista con delirios de tirano.

—¿Tanto así?

—Y además, cínico.

—Ya párele, maestro. ¿No fue suficiente la crítica brutal que le hizo a mis escritos?

—Ahí tienes; te preocupa mucho lo que digan de ti y de tus escritos, ¿y lo que tú dices de los demás?

—Oiga, yo siempre razono mis críticas.

—No, tú no razones, viscerizas.

—También puteo.

—Sí, un sujeto puteante que se pone loco cuando es puteado.

—Es que ya estoy hasta el gorro de ser un mero participio pasivo y determinado.

—Pues si quieres ser un participio activo y determinante tienes que superar tu viciosidad preteriforme y entregarte de lleno a la presentización plena de la vivencia.

—¿Por qué no mandamos todo este rollo a la mierda y me habla mejor de la cacería del tigre?

—¿Pero qué dices, muchacho? ¿Quién coño te dijo a ti eso del tigre?

—No se enfade. Yo lo único que quiero pedirle es que, por favor, me lleve con usted.

—¡Estás completamente chalado! ¿Se lo sacaste a Bernardino, verdad truhán?

—Espere, no se violente.

—¡Cómo demonios no me voy a violentar!

—Escuche, don Ramón, por favor. Para mí es una oportunidad única. Ya sé que soy un egoísta de mierda, pero, se lo suplico, lléveme con usted.

—Déjate de chiquilladas. Eso es muy serio, y Bernardino no debió haberte dicho nada.

—No fue don Berna, sino don Artemidoro. Y también me dijo que fueron los hongos alucinantes los que...

—Te prohíbo de forma tajante que hables de eso, ¿entendiste?

—¿Qué tiene de malo?

—Todo. Mientras no sepas distinguir lo ritual de lo profano, serás otro de esos zánganos deseantes que tanto criticas.

—Un momento, don Ramón. Yo creo que está siendo injusto. Para empezar yo no estoy teorizando desde un cubículo universitario, ni tratando de apantallar a un público impotente y ávido de mistificaciones exóticas.

—Mira, Eugenio, para esta gente la ingestión del teonanácatl es una comunión en el sentido más pleno de la palabra. Cuando aquí se celebra un mitote, como al que fui invitado, no es para huir a otros mundos, ni para experimentar los límites de la razón, sino que se busca una respuesta precisa a un acontecimiento que implica a la comunidad. Tú y tu generación pasáis por encima de todo, queréis ir directamente al fin sin superar las mediaciones.

—No, don Ramón, yo estoy cambiando. La prueba de ello es que no le pedí que me iniciara con el teonanácatl, sino que me llevara con usted de cacería. ¿Acaso no he dado ya en Playa Tortuga los pasos necesarios para merecer una buena cacería?

—No es asunto mío, Eugenio. Te lo digo de corazón, no depende de mí la decisión.

—¿De quién depende, entonces?

—¿Y si te sucede algo?

—Vamos, don Ramón, ¿a quién carajo le importo yo? ¿No se da cuenta que todo lo que yo tengo y soy está donde yo estoy?

—Tienen que darte la autorización don Artemidoro y los ancianos. Solo así se...

—¡Don Ramón! —llamó Chedino a nuestra espalda.

—¿Sí?

—Que dice mi pa que haga usted el favor de ir a la casa, que es urgente.

—Gracias. Dile que en unos minutos estoy allá.

Se fue el muchacho y nos quedamos en silencio un rato.

—Trajeron un becerro despedazado —dije quedamente.

—¡Me cago en la madre de ese animal! —exclamó don Ramón incorporándose.

—¿Puedo ir con usted?

Se me quedó viendo con una mirada de acero que me hizo bajar la vista hasta detenerla en el pedrusco que estaba pateando.

—Anda, vamos. Si uno no puede afrontar la vida a los treinta años, no podrá hacerlo nunca.

Mientras caminaba tras don Ramón fui pensando en la última frase que había dicho. No eran treinta, sino treintaicinco los años que exigían el derecho a enfrentar su destino. Cinco veces siete, siete veces cinco, números mágicos que podían presagiar una abismal caída o augurar un vuelo pleno. Como respuesta a mis maquinaciones, se oyó un tronido impresionante que estremeció a toda la sierra.

La cabaña de don Berna era un hervidero de gente. En la entrada estaban tres o cuatro hombres jóvenes, entre los que distinguí a Sabino y al maestro (el pariente de doña Chona que una vez había conocido cuando se estaba bañando en el río), y en el centro estaban

dos ancianos y don Artemidoro. Don Berna, junto con Chedino, estaba preparando una jarra de naranjada.

—Con permiso —dijo don Ramón.

—Pase usted, don Ramón —dijeron varias voces.

Don Ramón saludó respetuosamente a los ancianos y yo hice lo mismo.

—¿Volvió a las andadas el animal, verdad? —preguntó don Ramón.

—Así es —respondió don Artemidoro.

—Pues ustedes deciden, señores.

—Ya se decidió.

—¿Y bien?

—Hoy mismo —concluyó don Artemidoro.

—¿Y quiénes vamos a ir?

—Mi yerno lo va a acompañar —añadió don Artemidoro.

De pronto, como cuando tenía que presentar un examen oral, mi corazón empezó a latir con fuerza. Quise solicitar permiso para ir, pero un sentimiento de profanación me hizo desistir del intento. Cuando ya estaba a punto de estallar por la tensión acumulada, la férrea voz de don Ramón fue como un salvavidas.

—Si ustedes no tienen inconveniente quisiera que aquí, Eugenio, nos acompañara. Es un buen conocedor de armas y yo respondo por él.

Al oír lo dicho por don Ramón me sentí poseído por una oleada de euforia. Me costó bastante contenerme para no darle al viejo celta el abrazo que mi corazón pedía. Hubo un ligero cuchicheo en chinanteco entre los hombres que estaban cerca de la puerta, y pude ver en la franca sonrisa de don Berna una muestra de aceptación y cariño. Uno de los ancianos (que después sabría que era el de más edad de la comunidad —noventa y cinco años— y que se llamaba José Hilario) carraspeó algo en chinanteco dando lugar a un rápido intercambio de palabras entre los ancianos.

—Dicen que si don Ramón responde por el señor es garantía suficiente. Pero que antes hay que oír el parecer de mi yerno —dijo en tono patriarcal don Artemidoro.

—Está bien así —expresó convencido don Berna.

Tan pronto como se disolvió la reunión empezamos con los preparativos. Don Ramón me dijo que además de la ropa de cacería llevara conmigo una chamarra, pues el tiempo amenazaba con fuertes lluvias. Ayudé a don Ramón a sacar del enorme cajón que sostenía a la cama, una vieja Saint Étienne de dos cañones —una joya que había pertenecido al abuelo de su mujer—, y mientras don Ramón me enseñaba cómo desarmarla y limpiarla, me soltó todo un discurso sobre el extraordinario modo del jaguar. Supe así, que el jaguar representaba en el reino de la selva el máximo nivel; que su astucia y su fuerza no tenían paralelo; que era impredecible y caprichoso, y que dominaba todas las dimensiones de su hábitat: podía cruzar con rapidez un caudaloso río, trepar al árbol más alto o meterse a través de la selva más tupida. Sus recursos de cazador son prácticamente inagotables; camina siempre contra el viento para oler y oír sin ser olido ni oído. Suele también cazar a su presa rodeándola en un extenso círculo que marca con su olor y dejando nada más una salida donde él espera al animal que quiere huir enloquecido de pavor. Don Ramón me contó, asimismo, que le habían dicho que el apareamiento del jaguar era un espectáculo espeluznante. Salimos como a las tres de la tarde bajo un cielo ennegrecido y que se encendía con los relámpagos que estallaban sobre el cerro. Adelante iba don Berna cargando su rifle, un morral y un voluminoso costal, en el que llevaba unos trozos de carne del becerro destripado por el jaguar y un puerquito que iba gruñe y gruñe. Detrás iba don Ramón con su fabulosa escopeta en la mano y una mochila en la espalda. Y al final iba yo cargando una pequeña mochila donde llevaba mi chamarra, un recipiente con agua y mi cuchillo de monte. Viendo la injusta distribución de la carga, me adelanté y le dije a don Berna que me pasara su morral. Al principio no quiso, pero ya cuando se lo pidió don Ramón no tuvo más remedio que pasármelo.

Cruzamos el potrero comunal y vimos que los animales estaban muy inquietos. Don Berna, serio y sin decir palabra, le enseñó a don

Ramón algo en el suelo, y luego comenzamos a ascender un risco que desde abajo se veía por completo enselvado. Los gruñidos del puerquito ya me estaban empezando a poner nervioso. Parecía como si el animalito supiera el fin a que estaba destinado. Caminamos poco más de una hora y el sudor comenzó a empapar nuestras ropas. No pude precisar si fue la dura subida o el efecto de la inminente tormenta lo que hizo que el lugar donde me había mordido la serpiente me pulsara con inusitada violencia; y esto, aunado a la oscuridad que ya empezaba a rodearnos y a la tupida selva que atravesábamos, me fue arrojando en las fauces de la irracionalidad y del temor. Qué diferencia entre el ser eufórico del mediodía y este ser temeroso y arrastrante que ahora maldecía el momento de haberse metido en tamaña empresa. Me fui quedando rezagado y conmigo jalé al viejo celta, que a su vez jaló a don Berna. Éste, entero y con una energía extraordinaria, nos dijo imperativo que había que darse prisa, pues si se soltaba el aguacero perderíamos las huellas del animal. Así que ni modo, a darle. Viendo don Ramón la dificultad con que subía, se vino hacia mí y me quitó el morral de don Berna. Quise decir algo, pero su actitud me convenció al instante de que era mejor para mí y para los demás que yo tuviera las dos manos libres para agarrarme en las constantes caídas que sufría.

Por fin llegamos a una parte llana que, por estar cubierta por el ramaje de unos árboles enormes, permitía un fácil desplazamiento y una buena visión periférica. Don Berna dudó un momento y, luego de entrar y regresar por varios lados, nos indicó que el lugar era el correcto para la espera.

Cayeron los primeros goterones y los tronidos se oyeron más cercanos. Don Berna y don Ramón tuvieron un rápido diálogo para acordar la distribución de los puestos, y coincidieron en que el primer tiro lo haría el que tuviera más cerca al animal. Don Ramón insistió en que yo estuviera con él, de modo que me quedé viendo cómo el viejo celta subía con esfuerzo a un frondoso árbol con su mochila a la espalda. Una vez arriba se dedicó a extraer de la mochila dos pequeñas hama-

cas y se dispuso a colocarlas. Mientras don Ramón hacía esto, don Berna extrajo del costal el puerquito y con la cuerda que ya traía amarrada lo ató a un árbol que estaba como a unos veinte metros adelante. Luego volvió a meter la mano en el costal y de una bolsa de plástico extrajo los trozos de carne del becerro, que ya despedían una tufarada nauseabunda, y los regó a los cuatro vientos cortando toda posibilidad de que el animal pudiera olernos. Oí un chiflido de arriba y vi a don Ramón que me arrojaba una cuerda anudada. Me urgió a que amarrara su escopeta, a la que desde antes le había quitado los dos cartuchos, y mi mochila. Lo hice y vi como se iban hacia arriba. Miré en derredor y me extrañó no ver a don Berna. La noche ya estaba metida y los fogonazos de los relámpagos le daban a la escena una ambientación electrizante. Volví a oír el chiflido y vi de nuevo la cuerda frente a mí. Don Ramón me dijo que subiera despacio y con cuidado para no resbalar. Agarré la cuerda y allá voy. Di cuatro o cinco pasos y resbalé hasta dar con mis nalgas contra el suelo. Don Ramón comenzó a rugir. Todo mi cuerpo se derretía. Vi a don Berna reaparecer con una abultada ramazón entre sus manos. Y voy de nuevo para arriba. Y ahora sí, me dije autoafir-mándome, aunque sea con los dientes pero subo. Y empecé a subir, el sudor manaba incontenible y las manos se quemaban al resbalar sobre la cuerda. Desde arriba podía oír la voz de don Ramón alentándome.

A tres o cuatro metros sobre el suelo sentí que el brazo izquierdo se me acalabraba y me agarré desesperado a la palpitante corporeidad del árbol. Arriba la voz de don Ramón me urgía a dar el último jalón; abajo los gruñidos espantosos del puerco se mezclaban con los ramalazos que le daba don Berna, ¿lo estará matando? Saqué fuerzas de una voluntad que me era desconocida y me fui arrastrando, auxiliado con la parte interna de los muslos, árbol arriba. De pronto sentí que una fuerza descomunal me jalaba y me vi en la cima del árbol al lado de don Ramón.

—Pareces un gorrión mojado —dijo de buen talante don Ramón.

—Putá, no es para menos —expresé mirando sorprendido hacia abajo.

Don Ramón me ayudó a acomodarme en mi hamaca, y luego se acomodó en la suya. Mientras extraía del bolsillo de su camisa dos cartuchos y se los metía a la escopeta, me dijo:

—Mira, aprende cómo se sube a un árbol.

Miré, pero la densa negrura no me permitió ver algo. Seguí con mi vista fija en la oscuridad tratando de distinguir a don Berna, hasta que la luz de un relámpago me mostró la curvada humanidad de don Berna subiendo como chango por el árbol. De nuevo la oscuridad se cernió entorno. Me quedé esperando el próximo fogonazo, al tiempo que con un paliacate que me había pasado don Ramón debatía por contener el manar sudorífero. Estalló el nuevo fogonazo y vi a don Berna, ya en la copa del árbol, jalando una cuerda de la que pendía su morral y el rifle. El maldito puerco no paraba de chillar y por más que intenté no pude localizarlo en la negrura. La lluvia comenzó a arreciar y al ver cómo don Ramón sacaba su chamarra y se la ponía, yo hice lo propio. Después el viejo sacó de su mochila una lámpara resistente al agua, y que yo ya había usado una vez en Playa Tortuga al bajar una noche de la mansión comejénica, y lanzó el potente rayo de luz en busca del escandaloso puerquito. Impresionado por el haz de luz, el animal se quedó paralizado un instante permitiéndome ver el espectáculo bestial de todo su cuerpo ensangrentado. Como si don Ramón estuviera leyendo mis pensamientos, dijo en un susurro:

—Es la única manera de que esa fiera pierda su control.

Don Ramón hizo varias señales con su lámpara a don Berna y éste le contestó apagando y encendiendo tres veces la suya. Por último, don Ramón hizo el amago de alumbrar y encañonar al mismo tiempo, lo que me llevó a decirle:

—¿No quiere que yo aluce?

—Qué va, muchacho. Ni tienes la experiencia, ni tu oído te lo permite.

Y dejamos de hablar para oír la impresionante ruidiscencia del medio. Las ráfagas de lluvia azotaban con violencia los tupidos follajes produciendo unos chasquidos que parecían ser acompañamien-

to de los agudos chillidos del puerquito. De repente las tufaradas de carne descompuesta llegaban con un mensaje de pavor y muerte. El efecto de la lluvia no tardó en hacerse sentir sobre el cuerpo y el calor untuoso cedió su lugar a un frío acalambante que se filtraba hasta la médula. Los flashazos de los relámpagos me hicieron recordar por un momento el danzar profanante de las discotecas, cuando uno parecía quedar suspendido en sus movimientos por efecto de la discontinuidad luminosa. Me fue venciendo poco a poco el cansancio y el mundo exterior dejó paso a una remembranza fugaz de lo sucedido en todo el día. Qué caprichosa e impredecible es la vida: en la mañana había tenido un encuentro de plena negatividad con el viejo celta, y ahora aquí estaba con él, y gracias a él, subido en un árbol esperando la llegada de un fantástico jaguar. ¿Pero llegaría? La imagen de don Berna, cuando apenas salíamos del poblado, ocupó mi recuerdo. “De que llega, llega. Ese animal está enviciado y va a regresar por su carne”, había dicho el experimentado chinanteco. Los gruñidos del puerquito se fueron haciendo lejanos y, acosado por el frío, me fui introduciendo por los más guarecidos rincones de mi mente en busca de un acomodamiento que me permitiera pasar esa prueba que yo mismo me había impuesto sin tener la menor idea de lo que implicaba su cumplimiento. Alguien, ¿mi madre?, apagó el interruptor y me vi fetal e inmóvil a merced de los implacables elementos. Un ¿grito o rugido? me arrastró hacia afuera y me oí decir descontrolado:

—¿Qué es, qué pasa?

La fría manaza de don Ramón cayó sobre mi boca cortándome la respiración. Empecé a debatirme asustado en la hamaca hasta que el tracerío de un relámpago me permitió ver la expresión salvaje de don Ramón conminándome al silencio. Los chillidos del puerquito subieron de intensidad, y al prestar atención pude oír los azotones que se daba el animalito por querer salir huyendo. Se oyó una especie de ronroneo y enseguida un rugido atroz que hizo que una descarga eléctrica recorriera todo mi cuerpo. El frío desapareció de golpe y el aceleramiento del corazón me señaló la inminente entrada al temido

estado de descontrol. Me pareció oír que don Ramón respiraba más profundo. Traté de encontrar su expresión, pero a pesar del rayo que debió caer muy cerca por el tronido que produjo, el agua que escurría sobre mis ojos me impidió una clara visión. Me pasé el paliacate por la cara y, ahora sí, el próximo fogonazo me dibujó la imagen de un don Ramón apuntando con su escopeta en sentido contrario al que antes tenía. De inmediato esperé el tronido, que se produjo ensordeciendo toda la selva. Me extrañó que nadie se moviera ni prendiera la luz. El próximo relámpago me mostró a un don Ramón girando con lentitud sobre la hamaca y con la vista clavada en la negrura. Adelanté mi nariz con intención de oler la pólvora para cerciorarme de si había hecho o no el disparo, pero todo lo que percibí fue la nauseabunda putrefacción de los trozos de carne. Volvió a oírse el espantoso rugido, que creí localizar cerca del árbol donde se había subido don Berna. Los chillidos del puerquito y el escurrir indetenible de la lluvia sobre mi cara, me tenían ya al borde de la histeria. Haciendo un esfuerzo extraordinario de voluntad cerré los ojos y empecé a respirar más sosegado. Enseguida afluyó a mi mente la clave que me había dado don Ramón para meditar y comencé a repetirla. Sentí una notable mejoría, pero el siguiente rugido seguido de un tumultuoso arrastre y el chillido interminable del puerquito, hicieron que se me pararan electrizados todos los pelos de la nuca. Desquiciado, miré hacia don Ramón y cuando al fin lo pude ver a la luz de un relámpago parecía seguir algo en el suelo con su escopeta. Tras un breve silencio el puerquito volvió con su gritadera. Entonces, cerca del árbol donde estaba don Berna se oyó el rompimiento de una rama y desde arriba se fue hacia el suelo el haz de luz. Relámpago y trueno parecieron fundirse en el estruendo. Don Ramón dirigió hacia el mismo punto su potente lámpara y se oyó el agudo estallido del rifle de don Berna, seguido del escopetazo de don Ramón. Un estrépito del demonio se armó en el suelo y a la luz de la lámpara de don Ramón pude distinguir una enorme mancha revolcándose con violencia. Y que va sonando el segundo escopetazo dejándome medio sordo. Los chilli-

dos del puerquito cesaron de pronto y pude oír cómo don Ramón abría con rapidez su escopeta para meterle otro par de cartuchos. La luz de don Berna se posó bajo el árbol donde estaba amarrado el puerquito y vi una gran mancha amarilla inflándose y desinflándose de manera angustiosa. Sonó otra vez el rifle de don Berna y tras un ronroneo agónico, sólo se oyó el chisporroteo incesante de la lluvia. Don Ramón volvió a encender la lámpara y en el suelo nada parecía moverse. Bajo el árbol donde estaba don Berna se oyó un golpe seco y al dirigir don Ramón la lámpara hacia allí, vi el morral y el rifle en el suelo y a medio árbol don Berna que ya descendía.

—¡Cuidado, Bernardino, aún puede estar vivo! —gritó don Ramón.

Se oyó el golpe de don Berna al saltar al suelo y desde allí iluminó con su lámpara hacia la mancha amarillenta.

—¡Está bien muerto! —exclamó don Berna.

Don Ramón mantuvo su haz de luz sobre la mancha inmóvil sin dejar de apuntar ni un solo momento con su escopeta. Don Berna se acercó a la mancha y se arrodilló. Luego, en una actitud que me produjo escalofrío, impregnó su mano con la sangre del animal y la llevó a su boca. Lengüeteó con avidez varias veces y exclamó eufórico:

—¡Es!

—¿Estás seguro? —preguntó con fuerza don Ramón.

—¡Nahual es!

Don Ramón desató con rapidez su hamaca y yo me incorporé sobre una rama para desamarrar la mía. La oscuridad, sumada a mi inexperiencia y nerviosismo, hicieron que tardara demasiado, y don Ramón me urgió a que bajara del árbol de una vez. Y empecé a bajar, pero no bien había descendido un par de metros cuando por efecto de la lluvia, se me resbaló la cuerda y me fui para abajo rascándome de manera brutal contra el árbol. Al caer sentado en el suelo sentí que la parte interna de mis piernas y de mis brazos escocían como si hubieran sido rociadas con aceite hirviendo. La mochila de don Ramón y su escopeta se me vinieron encima, evitando así la prolongación de

un lamento vergonzante. Oí que don Berna decía algo y me acerqué hasta donde estaba él con el animal. Varias veces había visto los jaguares en el zoológico y en películas, pero encontrarme así de pronto con el impresionante señoreador de las leyendas mexicanas, me infundió una sensación de temor y admiración semejante a la que me producía de niño la contemplación de la imagen justiciera de Jesús en la iglesia del centro de Coyoacán a donde me llevaba los domingos la nana. El animal tenía varios impactos en la cabeza y su boca entreabierta dejaba ver una lengua rojiza que salía entre dos enormes colmillos ensangrentados. Bajo su cuello se podía distinguir una pata del desgraciado puerquito. Ni modo, así es la vida: unos mueren por exceso y otros por defecto.

—Está muy grande el animal —dijo don Berna—. Voy corriendo por gente para poderlo cargar.

—¿Qué no podremos nosotros, Bernardino? —preguntó don Ramón.

—Está bruto, don Ramón. Mejor voy por ayuda.

—Está bien. No tardes.

—Nomás póngase listo para que no le ganen, don Ramón. Este animal puede traer reclamo.

—¿Tan rápido?

—Ahora el dañisto ya estará pidiéndole ayuda a un propio en su agonía. Ahí vengo.

Nos quedamos don Ramón y yo pegados al animal. El viejo celta comprobó si la escopeta estaba bien cargada y se puso alerta. La lluvia, que había amainado un poco, volvió a arreciar y don Ramón dijo que venía otra descarga. A la luz discontinua de los relámpagos, la cabeza del jaguar adquiría una expresión pavorosa. Uno de los rayos cayó cerquísima y empecé a asustarme.

—¿Por qué no le quita de una vez la piel? —le pregunté a don Ramón para evitar el pánico.

—No puede ser.

—¿Por qué?

—Hay que quemarlo.

—Es una locura, ¿se imagina lo que cuesta esa piel?

—Es nahual, muchacho, y por eso hay que quemarlo.

Volvió a caer otro rayo y el estruendo me hizo llevar las manos a la cabeza.

—¿Y cómo saben que es nahual?

—Por la sangre, que es igual a la de un hombre. Espera, no hables.

Nos quedamos en silencio. Don Ramón pareció encaminar su atención hacia el lugar por donde había venido el jaguar, pero yo por más que me esforzaba sólo oía el ruido de la lluvia. Cayó otro rayo y tras el retumbamiento, don Ramón volvió a relajarse.

—Este desgraciado ya se las olía.

—¿Usted cree?

—Entró dos veces y volvió a retirarse. Hasta que por fin los chillidos del cerdo le hicieron bajar la guardia y vencer la desconfianza.

—¿Siempre los cazan así?

—No, éste era un caso muy especial. Casi ningún animal camina con tamaño aguacero. Yo por eso me desanimé al principio. Estaba seguro de que con este tiempo no iba a llegar.

—Pero llegó.

—Es que, como dice Bernardino, estaba enviciado. Su nahual le pedía carne.

—¿A poco usted cree en esas cosas?

—Yo no creo en nada. Las cosas son independientemente de que uno crea o no en ellas.

—Cada vez lo entiendo menos.

—Yo también. ¡Silencio!

Se oyó un leve chiflido y luego un ligero sacudimiento de ramas. Estaba a punto de decirle a don Ramón que era don Berna con los hombres que ya venían del poblado, cuando una manaza de don Ramón me tapó la boca. De nuevo se oyó el chiflido, pero esta vez, además de ser más penetrante, lo ubiqué en la dirección contraria a la vereda por donde tenía que venir don Berna. Un fuerte troni-

do sacudió la selva, y apenas estaba bajando mis brazos de la cabeza cuando oí un horrísono graznido, seguido de un agresivo revoloteo. Don Ramón prendió con rapidez su lámpara y enfocó un montón de lianas que estaban cerca del árbol donde se había subido don Berna. Me pareció que algo se movía entre las hojas, pero el efecto del escopetazo de don Ramón, haciéndome caer del susto, me impidió saber de qué se trataba.

—¿Qué fue? —pregunté incorporándome.

—Un pájaro de mal agüero —respondió don Ramón.

—Vaya noche —murmuré quejumbroso—, tengo los huesos entumidos.

—¿Nada más los huesos? —preguntó con sarcasmo el cabrón viejo.

—Bueno, a decir verdad, también los huevos.

Ahora sí, las voces se oyeron con claridad procedentes de la vereda por donde tenía que regresar don Berna. Don Ramón le metió otro cartucho a la escopeta y apuntó en dirección a la vereda. Este cabrón viejo es capaz de matar a don Berna y a sus acompañantes, pensé mientras las voces se acercaban. Pronto vimos dos haces de luz bailando entre la espesura, y el fogonazo de un relámpago me permitió distinguir que don Ramón, a pesar de seguir apuntando hacia la vereda, se relajaba un poco.

—¡Don Ramón, soy yo! —gritó don Berna.

Don Ramón prendió la lámpara y pudimos ver a don Berna acompañado de dos hombres.

—¿Qué pasó? —preguntó don Berna.

—Le disparé a un tecolote —respondió don Ramón.

—Vámonos recio. Hay que quemarlo cuanto antes —urgió don Berna.

Vi que uno de los hombres era Sabino y al otro sólo lo conocía de haberlo visto un par de veces, pero no me acordaba de su nombre. Los dos estaban parados frente al animal impresionados por su aspecto y tamaño.

—Apúrale Sabino, anda a cortar un buen palo para llevarlo —dijo don Berna al tiempo que se inclinaba sobre el jaguar para amarrarle las patas.

Al mover una de las patas traseras pude ver por un momento sus afiladas garras.

—¡Cuánta maldad habrá hecho este animal con esas uñas! —dijo don Berna.

—Oiga, don Berna, ¿y no podría quedarme de recuerdo con una garra?

—¡Cómo va a ser, don Eugenio! Con tantita sangre o algo del animal que recupere el nahual repone su vida.

—Oiga, don Berna, y...

—Vamos, muchacho, déjate ahora de preguntas estúpidas —dijo don Ramón imperativo.

Sabino regresó y empezamos a amarrar el jaguar al palo para cargarlo. Don Berna extrajo una bolsa de plástico del pantalón y juntó tierra y sangre cuajada dentro de ella. La reciedad de la lluvia se transformó pronto en una descarga torrencial y me quedé paralizado al ver cómo a una centena de metros la selva se incendiaba fulminada por un rayo. Se apagó poco a poco el resplandor y un ligero olor a chamusquina inundó el ambiente.

—¡Vámonos! —gritó don Berna agarrando el extremo delantero del palo, mientras Sabino cargaba el otro extremo.

Don Ramón, ya con su mochila en la espalda y su escopeta en la mano, jaló tras ellos, junto con el tercer hombre que llevaba un morral al hombro. Yo, empapado hasta el alma y con mi mochilita a la espalda, me dispuse a seguirlos, mientras pensaba que esta experiencia verdaderamente sería única en mi vida. Di los primeros pasos, pero un enceguecedor fogonazo me hizo mirar hacia el suelo. Y allí estaba el pobre puerquito todo aplastado.

—¡Eh, oigan, olvidan el puerquito! —les grité a las luces que ya se alejaban por la vereda.

—¡Tráigaselo! —oí la voz de don Berna.

Me bajé para agarrarlo por una de sus patas traseras y, cuando ya lo estaba levantando, el mundo se incendió sobre mí y una explosión cósmica me levantó de la tierra y me arrojó al devorante centro de una estrella. Dejé de sentir y vi cómo una mancha de luz se iba diluyendo en el espacio sideral hasta desaparecer en forma de un hongo infinitamente pequeño. Después vino el silencio total y con él la plenitud de la nada.

VII. Encrucijada sobrevivencial

Que trata de cómo positivizar el temor
o negativizarse como un pendejo

—Ni modo, muchacho —oí la voz de don Ramón desde otro mundo—. Hay que reconocer que eres un perdedor incorregible. Lo único que no termina de convencerme es esa expresión de marciano hollywoodense que te da la cabeza rapada...

—Ya deje de joder, don Ramón. Bastante chinga es tener que estar aquí tirado como muerto en vida.

—No te quejes, pudo haber sido peor.

—Sí, claro, imagínese qué problema tener que enterrarme allá arriba junto con el pinche puerquito.

—Serías el segundo.

—¿Lo ve? Hasta ni en eso el cabrón destino me permite ser el primero.

—Algún día te hablaré del primero, que fue el perdedor más heroico que he conocido.

—El perdedor más heroico de una edad antiheroica. ¡Joder, qué generación culera la mía!

—Defecto de coraje y exceso de comodidades, amigo mío.

—Lo que más me jode es que se me volvió a morir la voluntad. ¡Y yo que pensaba entrarle de lleno al karate!

—Es cuestión de un par de semanas. Esas quemaduras están evolucionando muy bien. ¿Has meditado como yo te he dicho?

—Hago la lucha, pero me cuesta horrores. Me es más difícil así acostado que sentado.

—No importa. Tienes que seguir meditando a como dé lugar.

—Pero es que este pinche cuerpo no me suelta.

—Pues suéltalo tú a él.

Se oyeron unos golpes en la puerta y don Ramón se asomó a la ventana para ver quién era. Me dijo que era don Berna y bajó a abrirle. En

el ínterin quedé pensando que mi vida estaba condenada a ser un anárquico torbellino, que ni don Ramón ni su metodologización radical de la existencia tenían nada que hacer en un caso de vertiginoso cambio como era el mío. ¿Acaso no hubiera sido mejor morir que renacer una vez más a una vida destinada a dar bandazos sin sentido? Era el colmo de la ironía: toda mi vida huyendo de la muerte y la muerte empeñada en jugar conmigo. ¿Y cómo carajos explicar que tamaño chingadazo nada más me dejara unas quemaduras en la cabeza y los pies?

—Ya se ve usted con otro color —dijo don Berna a manera de saludo.

—¿De muerte o de vida?

—De vida, pues.

Durante toda la semana don Berna había estado curando mis heridas. Como quiera que yo no dejaba de preguntar y preguntar, sabía que unos polvos verduzcos que me echó los primeros días eran ese famoso remedio penicilínico que don Berna preparaba macerando las pieles de las víboras sordas y de una clase de ranas. Después de que la infección fue controlada, el tratamiento se centró en la aplicación de un aceite de olor muy fuerte y color oscuro, que el curandero extraía de una especie de planta espinuda. Esta planta (¿sería la misma variedad que el tepezcohuite?) tenía la virtud de regenerar la piel y hacer desaparecer las cicatrices. Después de haberme checado la quemadura de la cara y los pies, don Berna expresó satisfecho:

—Pues el único impedimento son los pies.

—¿Tan mal los ve?

—Están respondiendo, pero como por ahí descargó el rayo de plano se desollaron.

—¿Cuándo cree que podré empezar a caminar?

—Todavía va a dilatar. Pero ya puede usted sentarse a estudiar.

—¡Qué chinga!

—No se queje usted, que acaba de venir a verme un usileño, de más o menos su edad, que ya se está quedando ciego porque los gusanitos de esa mosca ya se le metieron para adentro de la vista...

—¿Cómo va nuestro héroe? —preguntó don Ramón reapareciendo con una jarra llena de jugo de naranja.

—Ya mero —dijo don Berna haciéndose a un lado.

—Oiga, don Berna, ¿y no sería bueno que me hiciera una limpia?

Don Berna miró a don Ramón y éste expresó de muy buen talante:

—Házsela, Bernardino. A estas alturas todo lo que no mata engorda, como decía mi abuelo.

—Voy por los blanquillos —dijo don Berna convencido.

—¿Y qué dice nuestro médico, ya te puedes levantar? —preguntó don Ramón cuando nos quedamos solos.

—La joda son los pies, pero ya puedo sentarme.

—Hombre, eso está muy bien para que continuemos con nuestro seminario. Tenemos que ver la consolidación de la modernidad.

—¿La consolidación o el fin?

—El surgimiento, la consolidación, el fin, y, tal vez, el renacimiento de la modernidad.

—Oiga, don Ramón, y ya hablando en serio, ¿a qué atribuye usted el hecho de que ya no haya héroes?

—¿Y quién te ha dicho a ti que no los hay?

—No me vaya a salir ahora con los héroes siliconizados de Hollywood o esos subnormales que corretean tras una pelota haciendo rugir a las multitudes.

—Creo que ya una vez hablamos de esto, muchacho.

—Sí, ¿pero a qué se debe que la antiheroicidad haya contaminado también a las élites intelectuales?

—Pues son varias las causas. Una de ellas es la conciencia colmenar, que arranca del modelo marxiano y que alcanza su punto culminante con el facticismo histórico de la tendencia braudelianna, que atiende más a los sucesos supraindividuales que a los individuos. Otra causa podría ser el auge de una literatura objetualista y abstractizante, que se recrea más en los objetos y en el lenguaje que en el hacer y el vivir de los personajes. Y, claro, también está la

descreencia hacia modelos inoperantes e ideologías autoritarias, con el consiguiente culto a un presente consumista y mediocre. En fin, todo parece indicar que la edad heroica fue una fase primitiva y ya superada de la humanidad.

—Todo es cíclico, don Ramón. Algún día el coraje, la pasión, el castigo y el perdón volverán a ocupar el lugar que ahora ocupan las frías maquinaciones de las computadoras.

—Ya veremos. Por cierto, se me olvidaba, ¿ya has hecho del cuerpo?

Desde siempre, por un extraño complejo que ni las lecturas de Freud y Lacan me pudieron quitar, consideré el acto deyeectivo como algo ritual e incompañable. El solo hecho de tener que depositar las heces fecales en unos frasquitos para llevarlas a analizar, me producía una vergüenza insoportable. Ahora, el hecho de que don Ramón tuviera que retirar mis deyecciones en una palanganita de plástico que hacía las veces de bacinica, me sumía en un abatimiento que, aun después de una semana, me resultaba incontrolable.

—No he podido, estoy completamente tapado, dije empezando a sudar por la ola del rubor.

—Tienes que comer más cereales y fibras —dijo don Ramón ignorando mi zozobra.

Oímos que don Berna regresaba y don Ramón me ayudó a quitar los libros que estaban regados sobre la cama, así como el plato donde había desayunado y mi libreta de notas. Me llamó la atención que don Berna trajera junto con dos huevos un oloroso manojo de hierbas.

—¿No me diga que voy a tener que tomarme esas hierbas?

—Ande, échese boca arriba desnudo —dijo muy serio don Berna.

—Oiga, don Berna, ¿y qué es lo que en realidad hace la limpia?

—Le quita a uno el apendejamiento.

—Muy buena respuesta, Bernardino —expresó jovial don Ramón.

—¿Y no cree usted que sea peligroso que yo me desapendeje?

—Ande, cierre los ojos y cálese.

Antes de cerrar los ojos acerté a ver a don Berna colocarse a un lado con el manojo de hierbas en la mano. Después sentí los ligeros azotes de las hierbas sobre diferentes partes de mi cuerpo, hasta que la intermitencia de los azotes dejó paso a un adormeciente barrido. Ignoro qué carajo tenían aquellas hierbas pero su cosquilleante efecto comenzó a liberarme del nudo tensional que me tenía jodido. Cuando ya me estaba alejando de este mundo cuestionante e insufrible, experimenté el frío contacto de las superficies lisas y redondas de los huevos, y de inmediato se electrizó todo mi cuerpo. Luego de darme dos o tres pasadas por todo el cuerpo, don Berna dijo quedamente:

—Lo que tiene es espanto.

—Pues quítaselo, Bernardino —dijo don Ramón.

—Es que no me trajo los erizos y los corales que le encargué.

—Sí, hombre, disculpa, pero se me olvidaron. ¿Y no se podrán conseguir por aquí?

—Sólo en Usila, con un compadre que tengo allá que también cura.

—Pues como tú veas, Bernardino.

—Los voy a encargar con alguien. Ya puede vestirse, don Eugenio.

—¿Ya estoy desahogado?

—Nada más por un tiempo, muchacho —dijo con sorna don Ramón.

—Sí quiere, podemos abrir los blanquillos —expresó don Berna.

—Sí, ábralos, por favor.

Don Berna tomó el plato donde yo había desayunado y, luego de limpiarlo con un poco de agua, rompió con cuidado la cáscara de los huevos y me los enseñó. Uno de ellos estaba casi por completo cubierto por burbujas y el otro tenía una extraña rayita negra sobre la yema.

—¿Y qué significa eso?

—Los globitos son los malos soplidos de su corazón y sus vísceras, y la manchita negra es la quemadura que le dejó el rayo al atravesarlo.

—¿Qué quiere decir con eso de los malos soplidos?

—Que usted no le da salida a sus corajes por donde debe, por eso se le hinchan los órganos de su pasión.

—¿Y qué puedo hacer, don Berna?

—Yo sé —intervino con decisión el viejo celta—. Amarrarte a un palo como cebo de tigre.

—¡Qué chistoso!

—¿Tú crees que un caso como éste tenga solución, Bernardino?

—Pues usted dice una cosa, don Eugenio otra y el rayo otra.

—¿Cómo que el rayo otra? —pregunté sorprendido.

—Sí, el rayo habló, y cuando el rayo dice una cosa nosotros siempre le hacemos caso.

—Oh, qué la canción, ahora va a resultar que el único que no cuenta para decidir mi vida soy yo.

—Bueno, muchacho, yo me voy a preparar las notas para nuestro seminario. Y te aconsejo que dejes de revolotear y hagas lo mismo, que es la mejor terapia, ¿verdad, Bernardino?

—Pues yo creo que todo es según su fin, don Ramón.

—Con su permiso, señores. Yo me retiro —dijo don Ramón encaminándose escaleras abajo.

Apenas se estaba perdiendo el seco sonido que producían los escalones de madera bajo el peso de don Ramón, cuando oímos que éste hablaba con alguien en la puerta. Al ver la expresión de incógnita con que yo lo miraba, don Berna me dijo que era su suegro que venía a visitarme. Mientras oía el leve desplazamiento de don Artemidoro escaleras arriba, me pasé las manos sobre la cabeza rapada en una actitud nerviosa que me producía una sensación imprecisa de otredad y que yo atribuía a una mezcla de placer y extrañamiento.

—¿Se puede pasar, señor? —preguntó don Artemidoro asomándose desde el final de la escalera.

—Adelante, don Artemidoro, pase usted —dije acomodándome como si en lugar de recibir la visita de un ciego fuera la de una mujer atractiva.

Don Artemidoro ya me había venido a visitar una vez, pero como quiera que yo aún estaba en pleno estado terapéutico, apenas habíamos intercambiado unas palabras.

Don Berna y don Artemidoro dialogaron un momento en chinanteco y al cabo don Berna le ofreció un asiento al anciano.

—Qué bueno que llegó usted, don Artemidoro, porque aquí don Berna me estaba diciendo algo que no entiendo. ¿Cómo es eso de que el rayo habló?

—Ya se oye usted más compuesto, señor.

—Sí, estoy mucho mejor, gracias.

Se hizo un breve silencio y de nuevo los dos hombres intercambiaron unas palabras en su idioma.

—Oiga, don Artemidoro —dije dándome cuenta de que el anciano era el que llevaba la parte determinante en la toma de decisiones—, si usted cree que es algo que yo no deba saber, mejor olvídalo...

—Es que usted no es de aquí, pero el rayo dijo que se quede.

—¿Quiere decir que cuando a alguien le cae un rayo es buena señal?

—Lo que mi suegro quiere decir —intervino don Berna—, es que el que aguanta el fuego del rayo ya no tiene impedimentos.

—¿Impedimentos para qué?

—Pues para hacer de su vida lo que él quiera.

—Ah, caray, eso sí que está interesante.

—Pero en su caso es más complicado.

—¿Por qué?

—Porque su rayo fue el último soplo del tigre.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que usted va a ser un buen cazador.

—¡Joder, cuántas sorpresas me trajo esta chamuscada!

—Usted tiene que agradecer al rayo, señor —expresó con gravedad don Artemidoro.

—¿Pero cómo?

—Con su corazón, no con su cerebro. Si usted no agradece, el dueño de los animales le quitará el beneficio.

—Oiga, ¿y eso de la cacería significa que siempre que vaya de cacería voy a cazar?

—Usted tiene que aprender a no desear; el mucho desear también echa a perder la sangre.

—Está bien. ¿Entonces qué me aconseja?

—Que espere usted a reponerse y ya después aquí mi yerno le va a enseñar el modo de entender a los animales.

—¿Qué quiere decir con eso de entender a los animales?

—¿Qué cree usted, señor, que fue lo que venció al tigre?

—Hombre, pues muchas cosas.

—Muchas cosas son ninguna.

—El avorazamiento, ¿no?

—El vicio de la sangre fue lo que lo perdió, señor. Vea usted, si el venado llega al aguaje y huele hombre ya no se acerca. El tigre huele sangre y ya no se va.

—¿Y el hombre?

—¿Cuál hombre? ¿Mienta usted al hombre que estaba alzado con el tigre?

—¿Cómo dice?

—Es que mi suegro creyó que usted se refería al dañisto que estaba enahualado con el tigre —terció don Berna.

—¿Y qué le pasó a ese hombre?

—Se murió allá en Tlatepuzco tan pronto como quemamos el tigre.

—¡Dios, es increíble que pase esto en plena edad tecnológica!

—¿A qué hombre mentaba usted, señor?

—Lo que yo preguntaba, don Artemidoro, es qué papel juega el hombre al lado del venado y del tigre.

—Pues ya le dije la otra vez; el hombre que no puede ser todos los animales es uno solo.

—¿Y qué es mejor?

—No importa lo que es mejor, sino lo que es propio.

—¿Y cómo sabe uno lo que le es propio?

—Aprendiendo a ver para atrás y adelante, arriba y abajo.

—Oiga, don Artemidoro, ya que habla usted de esto, ¿no le ha dicho don Ramón que los antiguos mexicanos reconocían también una quinta dirección?

—La quinta dirección la da el hongo divino, señor.

—Oiga, y...

Don Berna le dijo a don Artemidoro algo en chinanteco y el anciano se levantó de inmediato de la silla y se despidió.

—Con su permiso, señor. Otro día seguimos platicando.

—Al rato vengo, don Eugenio —dijo don Berna en tono disculpante—. Es que tenemos que ver un asunto pendiente.

—Gracias por su visita —les dije a los dos.



Ese mismo día me levanté de la cama y empecé a dar mis primeros pasos arrastrantes. Me dediqué a escribir todo lo que me había pasado en la cacería del jaguar y lo del rayo, que me parecía un hito importantísimo en mi vida. Como no salía para nada del hongo, me entregué de tiempo completo a preparar el seminario sobre la mentada modernidad. Don Ramón venía a verme un par de veces al día, pero por la parquedad de su plática se notaba que estaba completamente adentrado en la preparación del tema que íbamos a discutir. Chedino se convirtió en mi asistente personal y cada vez que me traía de comer se quedaba un rato embelesado mirando algún libro. Un día recibí una multitudinaria visita que me hizo sentir como en familia. Acompañando a don Artemidoro y don Berna venía doña Chona (que me traía unas ¡trompadas! que me mandaba doña Claudia) y la sobrina de don Berna que trabajaba para el Instituto Indigenista y que había dado pie a la disputa con Mario. Estuvimos platicando un rato de muchas cosas, y al preguntarle yo ingenuamente a la mucha-

cha cómo seguía Mario, se limitó a encoger sus hombros diciendo que ahora ya no daba guerra. Le pregunté qué quería decir con eso, y como la muchacha se quedó callada, don Berna intervino diciéndome que Mario había perdido el habla y que estaba ido. Se me escapó un pobre Mario que nadie pareció compartir, pues tanto la muchacha como don Berna dijeron que estaba mucho mejor así, y que Sabino estaba muy contento de tenerlo sentado a su lado mientras trabajaba. Cuando ya todos se fueron, me quedé pensando que tratar de encontrarle sentido y razón a esta cabrona vida era una actitud necia, sufriente y, por ende, suicida; algo así como encadenarse a la tarea de desencadenar a Prometeo.

Una mañana, cuando ya la indigestión erudital clamaba a gritos por la impostergabilidad del parto, el viejo celta vino a verme para señalar el inicio del combate. Le dije que quería echarle antes un vistazo a los volúmenes de la *Historia de la literatura española* de Ángel Valbuena Prat, que el viejo tenía empolvada en uno de los estantes, y me sugirió que mejor repasara el breviario *La literatura española*, de Julio Torri. Sin pensarlo dos veces, le dije que ese librito no valía para nada, que era un refrito de los Menéndez (Pidal y Pelayo). Puta, al instante el viejo se puso como loco diciéndome que cómo era posible que hablara así de un humanista integral como Torri, maestro ejemplar de la prosa breve, pulcra y contundente, que yo era un pedante, irrespetuoso, fatuo, soberbio, infantil, ignorante, resentido, egocéntrico... Y se fue escaleras abajo envuelto en una nube de sinrazón y fuego. Bueno, me dije al quedarme solo, el estudio de la modernidad ya valió madre. Agarré la cajetilla de Alas que me había traído doña Chona de regalo y empecé a darle a la chimenea para reponer la nicotina que había dejado de acumular durante la convalecencia. Después de tres cigarrillos me pareció que el cuerpo ya empezaba a sentirse a gusto con la intoxicación y comencé a mirar en derredor y a pensar qué carajos podría tomar para ponerme hasta la madre. Nada, ni un pinche cigarro de mota ni una gota de alcohol, nada. Y que voy viendo los empolvados volúmenes de la *Historia...* de Ángel

Valbuena. Extendí la mano y agarré el primero. Prendí otro cigarrillo y me dejé caer abatido sobre la silla. Abrí el libro y me encontré con una hoja manuscrita que atrajo mi atención:

“Mi apellido paterno, San Isidro, es una forma pagana que, para sobrevivir, se mistificó con el cristianismo. Isidro es literalmente don de Isis. Ahora bien, el culto a Isis se extendió de Egipto a Grecia (y luego a Roma); y en la ciudad de Onfalia, Isis era la diosa tutelar. En su *Diccionario de mitología griega y romana*, Grimal dice que Onfalia (la del ombligo bello) era la reina de Lidia, que compró a Hércules cuando Hermes lo vendió por haber sido condenado a un año de esclavitud por los dioses. Lo curioso es que esta reina, también identificada con Astarté, la diosa fenicia del amor (que nos recuerda a la mexicana Tlazoltéotl), sometió al varonil Hércules con sus encantos, obligándolo a un cambio de roles sexuales (travestismo) que sólo puede ser entendido a la luz de la confrontación originaria entre las diosas madres (matriarcalismo lunar) y los dioses padres (patriarcalismo solar). Parece confirmar esta hipótesis una leyenda antigua que dice que Onfalia fue en su origen la diosa lunar de los lidios y su esposo era el dios solar. Según la misma leyenda la divina pareja se complacía en cambiar los roles, ¿luchas de poder? Lo más interesante de todo esto es que, como lo vio el sabio Bachofen en su obra *El matriarcado*, el enfrentamiento entre el matriarcado y el patriarcado es la dinámica originaria que va a caracterizar las distintas fases de la humanidad”.

“Astarté, Isis y Onfalia eran deidades lunares y terrestres que presidían los ritos del amor y de la fecundidad; por eso sus cultores eran pacíficos, democráticos e inclinados a la agricultura (de ahí el San Isidro labrador). Con el triunfo de los dioses padres, el culto solar desplazó al lunar de manera que lo pacífico, democrático y rural cedió su determinación a lo bélico, autoritario y urbano. Hoy, después de tantos siglos de imposición heliocéntrica, patriarcal y autoritaria, por fin estamos asistiendo a un nuevo resurgimiento del matriarcalismo lunar y democrático. La cuestión es: ¿Se resignarán

los cultores del sol a dejar de alimentarlo ritualmente con ensangrentados corazones?”.

¡Qué cantidad de caminos se entrelazaban en una sola y pinche hoja! Ante la perspectiva que se abrió frente a mí, no pude menos que perdonar el exabrupto del viejo celta y mandarle un mensaje telepático de reconciliación. De inmediato me fui sobre mis notas y empecé a elaborar una verdadera estrategia de enfrentamiento de la modernidad a la luz de la mágica y omniabarcante confrontación luna-sol. Eché mano a la libreta que hacía la función de computadora y empecé a rastrear todo lo que tenía al respecto.

Al día siguiente, apenas amaneciendo, oí con una contundencia inusitada los golpes que el viejo celta le propinaba al costal de golpeo. Está encabronado, me dije medio despierto y medio dormido. Me tapé la cabeza con la cobija, pero el retumbamiento de los golpes siguió en aumento. Poco a poco fui quedando dormido otra vez, y cuando ya estaba empezando a flotar en la ingravidez del sueño, oí unas voces que de tan cercanas parecían resonar dentro de mí. Me quedé un instante en suspenso y la voz se tornó clara y potente:

—Vamos, holgazán, que ya se está haciendo noche.

Saqué la cabeza al mundo exterior y la potente luz del sol que entraba en la estancia me produjo una impresión cegadora.

—Mira qué cara, lástima que no tenga aquí una cámara fotográfica.

—Ah, es usted. ¿Y no estaba haciendo ejercicio?

—Estaba, muchacho, pero el tiempo corre aunque uno lo ignore.

—¿Qué hora es?

—Otra vez vas a llegar tarde a la oficina.

—¿Con quién hablaba? ¿Viene usted solo?

—Con tu secretario, que está ahí abajo esperando.

—Voy a darme un baño.

—Falta que te hace. ¿Y qué quiere desayunar el señor?

—La verdad que esa especie de granola que usted me preparó me está cayendo muy bien.

—Bueno, voy a desayunar y ahora regreso. Ponte listo porque vamos a empezar. Ah, y por favor nada de críticas tontas, ¿eh?

—Es que usted...

—Es que nada. Ahora vengo.

Se fue el tiránico viejo y subió Chedino a retirar el recipiente que me servía de bacinica. Sin dejar de sonreír, el muchacho me dio los buenos días y después de recoger el recipiente se fue escaleras abajo y rumbo al río. Mientras me encaminaba hacia la parte baja del hon-go para darme un baño, me puse a darle vueltas y más vueltas a las posibles causas de ese estado de felicidad natural de que gozaba Chedino y que hubiera deleitado al mismísimo Rousseau. ¿Era producto de la educación de los padres? ¿Era el medio pródigo y exuberante el que modelaba un carácter así? ¿Se nacía con esa actitud de canto a la vida? Pensé en la respuesta que el viejo celta daría a estas cuestiones: el ser humano es una totalización de determinaciones. El problema era, entonces, saber dónde residía lo determinante y dónde lo determinado. ¡Joder, qué diferencia con un niño tecnourbanizado! Egoísta, amariconado, blandengue, desnaturalizado, alimentado de mierda —física y mentalmente— el niño de los grandes centros urbanos era la negación de toda esperanza en una humanidad mejor. ¿O vendría acaso otro sacudimiento como el de los sesenta? Subí y me puse a meditar, costándome un trabajo inaudito la suspensión de la fluencia especulante. Casi una hora después don Ramón regresó con mi desayuno. Mientras yo le entraba con gozación a los cereales, el viejo estuvo colocando sobre la mesa varios libros y unas hojas llenas de anotaciones. Me dijo que don Berna y don Artemidoro habían bajado al valle a ver a un enfermo y que tardarían un par de días en regresar. Le pregunté por mi ayudante de alcoba que acababa de irse corriendo y me dijo que el muchacho también había ido con ellos. Terminé de desayunar y, apenas me lavé los dientes, vi que el cabrón viejo se disponía a lanzarse sobre mí como jaguar hambriento.

—El asunto es calmado, don Ramón. Ya le anda por glorificar a su amada Europa.

—Vamos, vamos, déjate de payasadas que estoy esperando.

—Pues empieza.

—Bien, si te parece vamos a ver primero las repercusiones del desplazamiento del Mediterráneo por el Atlántico.

—¿Por qué no hace mejor, y ya para quitarnos de una vez ese lastre, un epitafio del Imperio español?

—¿Qué es lo que quieres decir con eso?

—Pues simple y sencillamente que si vamos a ver cómo se consolida la modernidad no tenemos que detenernos para nada en el mundo hispánico.

—Ya empezamos mal.

—Oiga, don Ramón, si no me va a permitir expresar mis opiniones con libertad mejor ahí le paramos.

—Coño, no es eso. Lo que a mí me molesta es esa gozosa suficiencia que experimentas al atacar a todo lo hispánico.

—Pero es que es la verdad. Cuando Europa se abrió a la modernidad España estaba hibernando.

—¿En qué te basas para sostener eso?

—Vamos, don Ramón, no se haga el occiso. Eche nada más un vistazo a las ruinas que quedaron después del colapso del Imperio Solar y del extraordinario Siglo de Oro. La subnormalidad de los Habsburgo cede su lugar a la mediocridad de los Borbones con un Felipe V indolente, un Carlos III despótico, un Carlos IV al que María Luisa de Parma y Godoy hacen cornudo y mandilón, y un Fernando VII medieval y reaccionario que, colmo de los colmos, restablece la Inquisición. En fin, una España cavernícola que se empeña en negar y oscurecer el resplandor de un pasado inmediato pletórico de valores universales como Cervantes, Quevedo, Góngora, Ribera, Zurbarán, Velázquez, Murillo. Tal vez la única excepción, que aparece a manera de oasis en la desértica creatividad de la España decadente, sea el visionario Goya.

—Estás mal, muchacho.

—A ver, lo escucho.

—Cierto que después del Siglo de Oro y del esplendor imperial no quedaba más que la caída. Pero no creo que ésta sea tan drástica como tú la pintas. Sí, tenemos que reconocer que la mayoría de los gobernantes del siglo XVIII en adelante son unos ineptos, pero hay también personajes históricos que merecen ser tenidos en cuenta, como Macanaz y Jovellanos. Y si las artes decayeron, como lógica consecuencia de la debacle económico-política, aún hay algunos autores que merecen cierta consideración, como el padre Feijoo, Moratín, Isla, Iriarte y Samaniego, además de nuestros románticos: Duque de Rivas, Espronceda, Larra, Zorrilla, Bécquer y mi querida paisana Rosalía de Castro.

—Por favor, don Ramón. ¿Qué tienen que hacer esos autorcillos al lado de los monstruos franceses e ingleses de su tiempo?

—Coño, pues lo mismo te diría yo de los franceses y de los ingleses al lado de los alemanes.

—Mire, mire, vamos a seguir un método para evitar extravíos y apasionamientos. Usted propuso el cambio de determinaciones entre el Mediterráneo y el Atlántico. A mí esta directriz metodológica me parece bien; nada más le añadiría una cosa para matizarla: enmarcar este cambio de determinaciones dentro de la dinámica revolucionaria que da origen al capitalismo, y entender ésta como una confrontación entre el monarca-Dios-sol y el pueblo-creyentes-luna.

—No me gusta que trates de someter la discusión a un esquema maniqueo. Eso es jugar sucio.

—¿Entonces de qué vale esa metodologización de la existencia que usted siempre proclama?

—Está bien, déjame ir a buscar una jarra de naranjada porque el tema va a resecarnos.

—Lo espero.

Entre ir y volver don Ramón empleó un poco más de un cuarto de hora. A su regreso yo ya tenía estructurado un plan de ataque.

—Esa sonrisa diabólica que tienes no me gusta nada —dijo el viejo celta poniéndose a la defensiva.

—Ahora va a resultar que el susceptible es usted.

—A ver, suelta de una vez el escopetazo.

—Oiga, que no estamos de cacería.

—Eso creía yo, pero tu actitud beligerante me puso en guardia.

—¿Empezamos?

—Anda, anda, que ya pareces el niño pirripi de la clase.

—Yo veo así la cosa: al atlantizarse la dinámica determinante de la civilización occidental, las culturas que habían alcanzado su esplendor con el auge del Mediterráneo son desplazadas por aquellas que se entregan de lleno a la dominación del Atlántico. Turcos, italianos y españoles se ven así superados por una Francia que reclama para sí la hegemonía solar, y por una Inglaterra que espera acechante su oportunidad histórica para convertirse en el centro del sistema solar europeo. Cuando en 1680 Luis XIV es proclamado Rey Sol, Francia es la potencia hegemónica de Europa, y el idioma y la cultura franceses son los que rigen las pautas y señalan los derroteros que habrá de seguir la occidentalidad, como en otro tiempo había sido el latín y la cultura latina. Un idioma, una cultura y un modo de ser nacional que se distingue por su dulzura, su exquisitez, su majestuosidad...

—Ya déjate de disparates que ni tú mismo te crees.

—Sigo. Por toda Europa se extiende el cartesianismo: empírico y utilitario con Locke; atomista con Gassendi; deísta con Spinoza y Malebranche; ético y científico con Fontenelle y Bayle...

—Ahora va a resultar que el niño antirracional y anárquico es cartesiano. En primer lugar, no hay tal universalismo cartesiano; la Sorbona misma en 1671 critica acerbamente el sistema cartesiano y reclama la enseñanza exclusiva de Aristóteles. Y en segundo lugar los aciertos de Descartes van acompañados por una serie de errores garrafales: por centrarse en la deducción olvidó los hechos. Su pensamiento era más mecanicista que experimental; admitió que el rayo se transformaba en piedra (que sólo en tu caso puede ser cierto); que los cometas eran exhalaciones; que el corazón era una

caldera que hacía hervir la sangre, cuyos vapores eran condensados en el pulmón. Hasta llegó al extremo de polemizar con Harvey, cuyo descubrimiento de la circulación de la sangre superaba todas las patrañas cartesianas, y se negó a experimentar en vivo y rechazó la observación, sosteniendo que si sus deducciones eran falsas, toda su filosofía también lo era.

—¿Y qué quiere decirme con todo eso? ¿Acaso no es usted un producto legítimo del racionalismo cartesiano?

—Coño, sólo falta que le añadas el adjetivo aristotélico.

—¿A poco no?

—Anda, sigue, y sin tantos aspavientos.

—Ya me cortó la inspiración.

—¿Te das cuenta, muchacho, que es más fácil derrocar que aportar?

—Joder, cada día estoy más sorprendido con usted. Que si Descartes es el padre de la filosofía moderna, que con él la metodología alcanza un estadio de madurez, que su amplitud de conocimientos hacen de Descartes un verdadero precursor de la modernidad capitalista... Y ahora resulta que el gran Descartes es un pendejo.

—Y podríamos extendernos hasta la estética misma, donde el cartesianismo hizo los mayores estragos. Ante el teocentrismo, el absolutismo y el utilitarismo cientista que sobreviven al gran maestro de la racionalidad, la pasión, el fuego interno y la embriaguez imaginativa, que constituyen el fermento propio de la creatividad estética, ceden su lugar al buen sentido, el orden, la claridad y la lógica racionalizante. La decadencia de la literatura llega a tal nivel que, en un arranque de coraje y dolor, Boileau sentencia: “Descartes cortó el cuello a la poesía”. Y así podríamos seguir enumerando las graves consecuencias que trajo consigo la absolutización cartesiana. Y si algo alcanza a salvarse parcialmente es la pintura, que ve cómo los partidarios de Rubens desplazan a los del clasicista Poussin. Un Watteau, con sus históricas *Chinoiseries*, sería impensable sin el triunfo del color y de la luz rubensianas sobre el frío esquematismo de raíz cartesiana.

—Carajo, cómo le gusta cambiar los papeles. Ahora es usted el que está gozando tendenciosamente.

—¿Por qué dices eso, muchacho? Tú hablaste de que la decadencia hispánica dejaba paso al esplendor francés. Pues bien, ahí tienes.

—Es que usted habla nada más de la decadencia y no de la emergencia. Menciona la decadencia del clasicismo, pero no su esplendor solar, con un Corneille, un Racine y un Molière.

—Eso ya quedó atrás, muchacho. Lo que aquí nos interesa es ver cómo surge la modernidad burguesa, y no la decadencia monárquica.

—Pero es que la Inglaterra burguesa surge justo en oposición a la Francia monárquica y absolutista.

—Sí. Una oposición que denota el oportunismo y los turbios manejos característicos de la mentalidad política inglesa. Mientras Francia y Alemania pugnaban por heredar el Imperio hispánico, los ingleses tejen su telaraña de corrupciones y alianzas, que terminará enredando a la Francia del Rey Sol en una absurda guerra contra el mundo occidental.

—Ésa es una visión mal intencionada y parcializante. Ciertamente que los ingleses estaban al acecho, pero fue la propia solarización francesa, con su absolutismo y autoritarismo, la que movió a toda Europa en favor de las libertades nacionales que Francia amenazaba.

—Como fuera, henos aquí por primera vez ante una potencia atlántica que, a expensas de una Europa pusilánime y fatigada, va a cambiar las directrices del proceso civilizador colocando la ética puritana y el individualismo utilitarista como máximas conquistas de una revolución (1688) que lleva a la burguesía al poder: los *landed men* comparten su determinación con los *moneyed men* y el *gentleman* —hasta ahora vil comerciante— se convierte en el modelo de una nueva religión social. ¿Y cuáles son las repercusiones filosófico-estéticas de este encumbramiento de los viles mercaderes? La consagración del *common sense*: un practicismo, un utilitarismo y un empirismo que le cortan las alas al espíritu y lo hacen gozar su descenso

al mundo corrupto y enajenante de las mercancías. Los tapices, damascos dorados, chimeneas enormes, columnas de mármol, cuadros caros pero sin gusto, vajillas de oro y plata; en fin, toda la quincalla que el buen burgués luce en su nueva mansión es un fiel reflejo de su moblaje mental.

—Oiga, ¿se da usted cuenta de que está hablando de un tiempo en que imperan Newton, Locke, Berkeley, Pope, Swift, Defoe, Sterne...?

—¿Newton? Fiel ejemplo del oportunismo inglés. ¿Existiría Newton sin un Galileo, un Kepler, un Descartes, un Pascal y un Leibniz? Y qué decir del racionalismo burgués de Locke, que no hizo más que terrenalizar utilitariamente el discurso cartesiano. Berkeley: el filósofo que negó a la filosofía al hacer desaparecer el mundo objetivo. Pope: uno de los más grandes no-poetas a fuerza de sofisticar el verso. A Swift todavía lo salva su extravagancia literaria, ya que no su resentimiento político. En cambio a Defoe le sucede lo mismo que a su Robinson: es demasiado protoburgués y antiutópico (a pesar suyo). Y de Sterne mejor no hablar: su *Tristram Shandy* no tiene ni pies ni cabeza, se parece a ese disparate que tú estás haciendo bajo el título de *Entrecruzamientos...*

—¿Sabe una cosa? ¡A la chingada con todo esto!

—¡Ya estás tocado, muchacho!

—¡Qué tocado ni qué la chingada! Es que de veras no puedo soportar que diga tantas mentiras nada más por joderme. Mierda, yo creí que esto era en serio, no un vil pretexto para jugar conmigo.

—Hombre, qué poco aguante tienes.

—No, don Ramón, en serio, me molesta mucho que cambie tan rápido de parecer. Ahora dice negro y dos minutos después se esfuerza por demostrar que es blanco.

—Lo que sucede, Eugenio, es que tomas todo muy en serio. Esto no es una escuela ni una universidad, es la vida plena y naturalizante; y esta vida es antiesquemática, antisolemne y cambia a cada instante.

—No es la vida en abstracto, don Ramón. Es su vida, con esa anglofobia terca y brutal.

—Coño, ¿acaso no atacas tú todo lo que es hispano?

—Claro que no. Yo reconozco muchos valores y virtudes hispánicas, y si ataco los defectos y los magnifico es por la urgencia de superarlos.

—Vamos, vamos, no me cambies el juego que ya soy perro viejo.

—No, don Ramón, no estoy jugando. Si usted me dijera que la Inglaterra victoriana es pura decadencia y que, por ejemplo, Dickens es el precursor de los bodrios hollywoodianos y un neurótico aún más inculto que Jane Austen y que Richardson, y que Carlyle era un charlatán reaccionario y precursor del facismo, que Thackeray, Trollope y George Eliot fueron meras segundidades; en fin, lo que quiera menos tratar de borrar lapidariamente a los verdaderos valores universales que aportó la cultura inglesa.

—Para que veas, ese Carlyle que tanto te disgusta por su oscura posición política, tiene una prosa muy notable. ¿No has leído su *Sartor Resartus*?

—Sí, cuando terminé la preparatoria. Y la verdad me saturó.

—A él también le gustaba mucho jugar con el lenguaje, como tu haces en...

—Y vuelta la burra al trigo.

—Coño, te estoy haciendo un simple comentario. Deja ya esa maldita suspicacia.

—Mire, hagamos una cosa: usted escoja su bando y yo el mío. ¿Le parece?

—Yo ya hace mucho que escogí mi bando, muchacho.

—Bien, ¿y cuál es?

—El de la humanidad.

—Mierda, no hay manera con usted.

—A ver, di tú.

—Para mí la situación es la siguiente: A principios del siglo XVIII Europa atraviesa una encrucijada cuyas ramificaciones están enraí-

zadas en el desplazamiento del Mediterráneo por el Atlántico (y aquí hay que mencionar la importancia fundamental del Nuevo Mundo) y en el desplazamiento del feudalismo por el capitalismo. En torno a esta encrucijada gira todo el aparato crítico de la Ilustración, que tiene una de sus expresiones cimeras en los estudios para la comprensión del devenir histórico con Hume, Montesquieu, Vico, Gibbon, Winckelmann, Herder, etc. Si bien Inglaterra domina la determinación económico-política (superando la encrucijada con la emergencia burguesa), la determinación cultural la asume Francia con dos directrices fundamentales: de un lado el racionalismo, positivismo y cientismo de Voltaire; del otro el sensualismo, sociologismo y naturalismo de Rousseau. Estas dos tendencias se confrontarán sin cesar dando como resultado un enriquecimiento extraordinario del horizonte cultural. Diderot, D'Alembert, Helvétius, Holbach, Condillac, y la *Enciclopedia* misma, son impensables si no es a la luz de esta pugna enriquecedora que alcanzará su clímax con el advenimiento de la Revolución por antonomasia. Una revolución que cruza el océano y comienza a germinar en suelo americano: Miranda, Bolívar y San Martín leen el *Contrato social* de Rousseau, el *Cuadro económico* de Quesnay, el *Tratado de las sensaciones* de Condillac. Una revolución que luce imponente como un sol de esperanza en el horizonte de los oprimidos.

—Una revolución como todas las revoluciones, muchacho: excesiva, violenta, tumultuosa, desorganizada; en fin, un proceso que se inicia con una fase libertaria y prometedora, pasa por un climax de anarquía, violencia bestial y traiciones, y termina de manera inevitable con el autoritarismo y la represión. ¿Quieres muestras?

—¿Entonces, las revoluciones no son necesarias?

—Las revoluciones, muchacho, son consecuencia del deseo desmedido de poder y de la imbecilidad humana. Fijémonos en esta revolución que nos ocupa. Tenemos una primera fase lúcida y prometedora donde se suprimen los títulos y derechos honoríficos, se proclaman los derechos del hombre y se declara la propiedad como

derecho inviolable y sagrado. Y esto por parte de la extrema izquierda, representada por Duport. Pero enseguida viene el despotismo de la libertad; la fiesta degenera en persecuciones y ofrendamientos sacrificantes. Saint-Just, en un arrebato que nos recuerda la arrogancia beligerante de los viejos conquistadores, declara: “Es preciso gobernar por la fuerza a quienes no pueden ser gobernados por la justicia: es preciso oprimir a los tiranos”. Robespierre, en su ponencia del 18 de pluvioso, remarca: “No se debe confundir el despotismo de la libertad con el despotismo de la tiranía”. ¿No te recuerda a Lenin un siglo más tarde? En plena euforia sacrificante se declara la cárcel para cualquier presunto contrarrevolucionario y la muerte para todo contrarrevolucionario declarado. Y a partir de diciembre de 1792, momento de máximo fervor (ejemplos que se repiten: la Cuba triunfadora de Bahía de Cochinos y la Nicaragua triunfadora de los contras), el aparato inquisitorial de la revolución entra en su apogeo: pena de muerte a todo aquel que proponga la monarquía o el federalismo; los ociosos y quejosos de la revolución serán deportados a Guayana; pena de muerte para los enemigos del pueblo que calumnien el patriotismo revolucionario, inspiren desaliento y perviertan las costumbres. ¿Y en qué termina todo esto? En una Restauración retrógrada y oscurantista que, en el colmo de la ironía histórica, se apoya en la oportunista burguesía para reinstalar en el usufructo del poder a una nobleza de nuevo cuño. Títulos como: gran elector, archicanciller, architesorero, alteza serenísima, condestable, etc., se vienen a sumar a los de duques, condes y barones que renacen con nuevo brío reaccionario...

—Pero me tiene que conceder que sin la Revolución francesa, Latinoamérica no hubiera alcanzado su Independencia. La *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano*, traducida por Nariño, se difundió por toda Latinoamérica. Y España misma, a pesar del esfuerzo de Floridablanca por acordonar los Pirineos para impedir el contagio de las ideas revolucionarias provenientes del otro lado, despertó con el sacudimiento revolucionario.

—La Revolución francesa fue, como diría Antonio, una crecida temporalera. Arrasó con todo. Ni Danton, ni Robespierre, ni Marat lograron ponerle un dique al brutal arrastre revolucionario. ¿No te parece sorprendente que lo único que logró sobrevivir a este colapso social haya sido la pintura clasicista de David?

—¿Qué quiere decir con eso?

—Muchas cosas: en primer lugar nos confirma que todo proceso autoritario es estéticamente reaccionario (recuerda nada más el tristemente célebre realismo socialista); y en segundo lugar que David supo ver como nadie que la determinación del proceso revolucionario recaía en la emergente burguesía y no en las masas incultas y acríticas. No es casual que Delacroix haya llamado a David “*Le père de toute l'école moderne*”.

—Según pone usted las cosas las revoluciones no sirven para nada.

—Yo no he dicho eso. La Revolución francesa sirvió para dos cosas: para que los oprimidos tomaran conciencia de su potencialidad revolucionaria, y para que los opresores tomaran conciencia del peligro que suponía la concientización de los oprimidos. La Revolución francesa despertó la fuerza dormida de las clases deseosas de una nueva forma de vida, pero también puso en guardia a las clases deseosas del retroceso restaurador del orden clerical y monárquico: divinidad, herencia y fidelidad, he aquí la sacrosanta trinidad de la Restauración.

—Marx, en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, dice que la Revolución francesa fracasó por...

—Mira, Eugenio, Marx mismo fue presa de la absolutización que criticaba en los demás. Todas las revoluciones tienen que fracasar por algo, si no serían perfectas e inhumanas, ¿entiendes? El concepto de revolución es inseparable del concepto de evolución social. Sólo lo perfecto e imperecedero no evoluciona; pero lo perfecto, como sabemos, murió en el Medievo.

—¿Entonces no hay esperanza?

—Otra vez la misma música. ¿Esperanza en qué? ¿En una sociedad perfecta, uniformadora e inmóvil? Las revoluciones no son un *a priori*, sino un producto de los hombres; luego, evolucionando los hombres evolucionan las revoluciones. Ahora me vas a preguntar: ¿evolucionar hacia dónde?

—No, lo que yo le preguntaría es si la Revolución francesa supuso o no una evolución.

—Claro que sí. Pero el concepto de evolución no es lineal y único, sino que obedece a determinaciones. Vamos a ver, ¿tú crees que cuando Stendhal dice que los habitantes del resto de Europa que se oponían a la Revolución no eran más que imbéciles dignos de compasión o granujas vendidos a la reacción, tiene en mente el mismo concepto de evolución que Joseph de Maistre cuando sataniza la Revolución?

—Claro que no, De Maistre era una rata oscurantista y reaccionaria.

—Pero con una prosa envidiable. Además, los que son revolucionarios en un momento dado se pueden convertir en feroces reaccionarios en el siguiente.

—¡Ésos son los peores!

—Pues qué, muchacho, ¿acaso Kant, Fichte, Goethe y Schiller perdieron su grandeza por cambiar su opinión sobre la Revolución francesa?

—Yo no me opongo a que uno cambie de opinión y corrija sus errores. Lo que me encabrona es que del ensalzamiento revolucionario se pase a una defensa absurda y resentida de la reacción.

—Bueno, en eso coincidimos.

—Y llegamos así a una nueva fase de autoritarismo solar.

—La calma que precede a la estampida romántica con la que se consagra definitivamente la modernidad.

—Aquí nos encontramos ante otro caso que contradice su teoría de las determinaciones: el rousseaunianismo derrotado a nivel económico-político, resurge a nivel cultural. ¿Cómo explica usted esto?

—En principio debes tener presente que el naturalismo rousseauniano era visto por las clases detentadoras del poder como un suicidio de la razón, es decir, un ataque frontal a los valores supremos de la racionalidad occidental, y que amenazaba con llevar la civilización a la barbarie. Habiéndose agotado la determinación radical del rousseaunianismo en los delirios sacrificantes de la Revolución, era inevitable una regresión que consagrara de nueva cuenta los valores patriarcales, o solares, como tú dices. Primero De Maistre, en su expresión más intransigente y reaccionaria, y luego Chateaubriand y Lamartine, en su forma más mística y autoflagelante, hicieron del sentimiento religioso una moda que terminó por ahogar al decadente medio cultural (en consonancia con la decadencia económico-política) de la Francia posrevolucionaria. Fueron estas dos manifestaciones excesivas de signo contrario, las que obligaron a la intelectualidad francesa (ahora muy influenciada por el empuje cultural anglo-germano) a retomar el rousseaunianismo, pero ya no en una dimensión netamente política (como la que se había desprendido de *El contrato social*), sino filosófico-estética. Así, entre el humanitarismo burgués de Chateaubriand y Lamartine y el utopismo socializante de Fourier, Saint-Simon y Proudhon, vemos crecer un nuevo proyecto rousseauniano que, desde su trinidad originaria (Hugo en literatura, Delacroix en pintura y Berlioz en música) se prolongará, en una dinámica de avances y retrocesos, hasta terminar injertándose de forma enriquecedora con la ramificación simbolista (el impresionismo de Monet y Manet en pintura, Verlaine y Mallarmé en poesía, y Debussy y Fauré en música).

—No me termina de convencer esa tesis de un Rousseau padre de la modernidad.

—Si no padre, al menos mentor. Fíjate bien en esto que te voy a decir. Antes de Rousseau (sobre todo en *La nueva Eloísa* y las *Confesiones*) no existían personajes literarios que centraran su determinación caracterológica en el desgarramiento apasionado del yo. Exceptuando tal vez *Los sufrimientos del joven Werther* de Goethe, ninguna

obra mostraba esa tendencia hacia la autoobservación y la autoconfesión que encontramos en Rousseau, y que va a caracterizar a la literatura moderna: el Lucien de Rubempré, de Balzac; el Julien Sorel, de Stendhal; la Emma Bovary, de Flaubert; el Marcel, de Proust; el Hans Castorp, de Mann; en fin, no hay personaje de la literatura moderna que no lleve en su determinación caracterológica la herencia rousseauiana.

—El yo apasionado de Rousseau es gregario: es un yo desengañado de la occidentalidad que busca la posible salvación en un regreso al naturalismo tribal. Además, a mí, en lo personal, el romanticismo social me vale madre: es burgués, decadente y...

—Detente ahí, muchacho.

—A mí hábleme de los románticos radicales como Novalis, Byron, Shelley, Nerval, Gautier, y no de esos renegados de la Revolución que miraban con nostalgia hacia un pasado bucólico y pastoril, como Keats, Wordsworth, Coleridge y el tarugo de Walter Scott.

—Lo que sucede es que te sientes mórbidamente atraído por todo lo que signifique ciega rebeldía y locura suicida. Porque hay que ser un gran burro para sostener que una obra única y excelsa como el *Kubla Khan* de Coleridge es una muestra de decadencia.

—Una excepción que no deja de confirmar la regla. Coleridge siempre fue un indolente.

—Pero, vamos a ver, radicalillo de mierda, ¿qué carajos sabes tú de todo eso? Para empezar el Romanticismo no tiene sus raíces ni en Francia ni en Inglaterra, sino en Alemania.

—La gran Alemania feudal y absolutista.

—La gran Alemania de Kant, Fichte, Schelling, Hegel, Schopenhauer y Nietzsche.

—La razón esclavizadora y no liberadora de la vida.

—No seas mamarracho. Jamás, fíjate bien, la filosofía había alcanzado tal altura y nivel desde los griegos. Una filosofía que, como decía el impetuoso Fichte, era lógico producto de un pueblo que le hablaba de tú a Dios. Un idioma libre de los extranjerismos de moda

y que lo mismo servía para nombrar las más recónditas y exóticas manifestaciones de la naturaleza con un Humboldt, que para sublimar las más sutiles caracterizaciones de la sicología humana con un Goethe. Una Alemania, mocosó, donde la aparente tranquilidad económico-política estaba sirviendo de fermento a un movimiento que iba a revolucionar la forma de escribir y de pensar. ¿Dónde, sino en la Alemania del *Sturm und Drang* fue tenido Rousseau por un santo y un profeta, cuando no por un nuevo Newton del mundo moral, como lo llamó Kant? Una Alemania diversa y única, feudal y proto-moderna, reaccionaria y revolucionaria. La Alemania de un Jacobi (fenomenal puente entre Spinoza y Fichte), que declara sin ambages que subjetivizar el mundo implica su destrucción objetiva; y de un Hegel que absolutiza la racionalidad haciendo del sistema un dios; y de un Hamman que sostiene con pasión que todo sistema es en sí un obstáculo para la verdad; en fin, la Alemania ilustrada de un Lessing, heroica de un Schiller, historicista de un Herder, naturalizada de un Schelling, revolucionaria de un Marx. Y, por supuesto, la Alemania romántica de Schlegel, de Novalis, Von Kleist, Hoffmann...

—¿Ya acabó la letanía?

—Anda, anda, que te falta mucho que mamar.

—¿Puede oírme unos minutos sin rugir?

—Seguro para oír otra payasada.

—¿Me va a escuchar o no?

—Anda ya, y sin tanto protocolo.

—Sí, es cierto que existió esa Alemania, pero al lado de otra(s) Alemania(s): una Alemania colmenar con un enjambre de príncipes en su mayoría subnormales (¿ya se olvidó de los Habsburgo?); una Alemania donde la intelectualidad —alejada de la realidad social— se tornó excéntrica e intransigente, especulativa y caprichosa; situada por encima de clases y grupos, idealista a fuerza de no ser práctica, patológicamente subjetivista a fuerza de su reaccionaria apoliticidad. Una Alemania que identifica la profundidad con la dificultad, que pierde el sentido de lo inmediato y que se entrega con pa-

sión a los retorcimientos abstractizantes y a los lenguajes esotéricos propios de una subjetividad metamundanizada, excluida de la vida política y de la cambiante determinación del espaciotiempo.

—¡Coño, mira quién habla de lenguaje abstractizante!

—¡Mierda, déjeme terminar!

—Anda, sigue, sigue, que no vas a llegar a ningún lado.

—“*Mais les vrais voyageurs sont ceux-là seuls qui partent pour partir*”.

—¿Y quién dijo esa burrada?

—Su admirado Baudelaire.

—¡Coño, con razón no llegó a ningún lado!

—Bueno, déjeme continuar con mi alegato.

—Eso más que alegato parece *aleperro*.

—¡Mierda, qué puta costumbre!

—Ya.

—Tanto el *Sturm und Drang* como el Romanticismo son movimientos netamente burgueses. Ciertamente hay en su raíz una antirracionalidad o irracionalidad que denota una rebeldía contra el triunfo de la Ilustración y el progresismo burgués, pero no es menos cierto que el fundamento del Romanticismo es la regresión (tanto desde un punto de vista religioso como naturalista) y no la revolución; es más, casi diría que el aspecto revolucionario del Romanticismo consiste en su carácter reaccionario. Ahí está el caso paradigmático de Goethe y su *Weltliteratur*. A la impetuosidad revolucionaria de la época del *Werther*, le sucede la sombría fase egocéntrica y cortesana que culmina con el aburguesado *Wilhelm Meister*: la rebelión contra el mundo de la juventud, se convierte en la adaptación al mundo de la vejez. Un Goethe que termina rechazando todo lo que en su juventud consideraba grandioso y que sentencia sin ambages: “Antes la injusticia que el desorden”. También menciona usted al contradictorio Schlegel, que es el primero en establecer la sagrada trinidad de la literatura moderna: romanticismo-burguesía-novela; pero no dice nada respecto a su lapidaria frase: “la historia es ilógica”, que tira por tierra todo el historicismo (desde Herder hasta Marx y Braudel)...

—Vaya, vas aprendiendo...

—Y de Novalis, cuando proclama enfático: “la filosofía es anti-histórica”, y “la vida es una enfermedad de la mente”. Pero, para que vea dónde reside nuestra diferencia perceptiva, le voy a decir lo que a mí me interesa del Romanticismo alemán y que usted no mencionó para nada. Aun cuando se pueda acusar de misticismo, de falsa huida y de rebeldía ingenua, el intento de Von Arnim, de Jean Paul, de Lichtenberg y de Hoffmann por recuperar el mundo mágico y fantástico de las tradiciones y leyendas, así como la inmersión precursora en el mundo del inconsciente, los sueños y la locura, me parece de un valor extraordinario; al punto de que sin ellos hubiera sido casi impensable la existencia de los *maudits*: Baudelaire, Rimbaud, Ducasse, etc.

—El ser maldito no es un logro, sino un castigo, muchacho.

—Déjese de senilidades. La maldición literaria no es maldita por sí, sino para la vacuna y bendita conciencia burguesa. Cuando Lichtenberg lanza la frase lapidaria: “Se acabará la humanidad cuando no haya más salvajes”, el mundo burgués recibe su sentencia de muerte.

—El problema es que cada día hay más salvajes que pretenden acabar con la humanidad.

—Ahí tiene: una típica salida de autoritarismo solar.

—Mira, muchacho, hace tiempo que se te atragantó la pugna entre lo solar y lo lunar. Yo no me opongo al atractivo mítico-mágico de lo lunar, pero es que sin lo solar simple y sencillamente no hay día, ¿entiendes? El quid de la cuestión reside, entonces, en lograr que lo lunar y lo solar se plenifiquen en una totalización que admita como dinámica fundamental de su funcionamiento la diversificación y el cambio.

—Estoy cansado de oír hablar de la luz, el iluminismo, el Rey Sol, Imperio Solar, ¡mierda! Todo lo que nos trajo la solarización de la cultura fueron puros desechos contaminantes, hacinamientos brutales de miserables sin destino; el gris de las fábricas acabó para siempre con el azul que entusiasmaba a nuestro Martí y a nuestro Darío. Tiene que reconocer que el siglo de la modernidad es el siglo

del agotamiento de las ilusiones; “un siglo estúpido”, como le decía León Daudet.

—Ya estás desvariando, mejor vamos a comer algo.

—Sí, y también me caería de maravilla un buen trago.

—¿No te lo prohibió el médico?

—Al contrario, me recomendó mucho que me alejara del sufrimiento y me entregara a la gozación.

—Ummm. Yo desconfiaría de ese médico.

—Pero yo no. Así que veamos qué tenemos por ahí.

—Déjame echar un vistazo a la despensa. Ahora regreso.



Se fue el viejo escaleras abajo y poco después oí un ruido como si estuviera arrastrando algo. Luego volvió a quedarse todo en silencio y aproveché para irme a la cama a descansar un rato. Al tenderme de espaldas de inmediato se me vino a la cabeza una avalancha de imágenes que parecían danzar frente a mí en un espectáculo de extrema locura. Sudoroso y angustiado comencé a respirar rítmicamente y a repetir la clave que usaba para meditar. Poco a poco el torbellino imaginante fue disminuyendo su vertiginosa velocidad, hasta que me dejó suspendido en una hamaca y en extremo estado de atención para seguir con mi oído bueno (el derecho) las acercantes pisadas del animal (un venadísimo, estaba seguro) que llegaba al árbol de ébano. La oscuridad era total y al momento de amartillar la escopeta, ¿la vieja Topper?, el agudo chasquido hizo que las potentes pisadas se detuvieran. Estuve un largo rato en suspenso, ¿se habrá ido?, hasta que de nuevo volví a oír las rítmicas pisadas. En unos segundos identifiqué con claridad las pisadas bajo el árbol y dispuse la linterna para alumbrar pegada al cañón de la escopeta. Prendí la luz hacia arriba y la fui bajando en zig zag hasta el lugar en el suelo donde yo creí que estaba el animal. ¡Y ahí estaba! Sin pensarlo dos veces le solté el escopetazo. Impactado de muerte, el animal saltó hacia adelante llevando en su

carrera final toda cuanta ramazón encontró a su paso. Por último se hizo el silencio y al lanzar la luz de la lámpara en una acción rastreadora, vi una enorme mancha blanca salpicada de sangre y tendida entre el ramaje. “¡Mi primer Venado!”, grité poseído por una euforia increíble. ¡Por fin! Bajé con rapidez del árbol y me acerqué cauteloso al animal que, para mi sorpresa, parecía respirar. Ya más cerca vi cómo subía y bajaba con dificultad su voluminoso abdomen y alisté la escopeta por si era necesario darle otro tiro. Fui rodeando al animal, sin quitarle la vista de encima ni por un segundo, y cuando ya tuve su cabeza frente a mí, recibí un impacto existencial que estuvo a punto de matarme. Echando espumarajos de sangre por la boca y con una mirada de horrible recriminación, allí estaba la cabeza de mi padre. Me quedé mudo de la impresión y me recargué sobre un árbol para no caerme. Desquiciado y tembloroso apenas pude distinguir la voz agonizante de mi padre: “Ya sa-bía que ter-mi-na-rías ma-tán-do-me”.

—¡Despierta, muchacho, despierta!

—¡Uf, qué joda!

—Coño, andas mal, ya desvarías a todas las horas, estés dormido o despierto.

—¡Puta, necesito unas vacaciones!

—¿Más?

—Oiga, eso huele muy sabroso, ¿qué es?

—A ver si te gusta, es lacón con grelos.

—¿Qué?

—Es un plato típico de mi tierra. Por supuesto, viene en conserva.

—¿Y de beber?

—Ahí encontré un tintorro.

—¡Carajo, Federico Paternina!

—Conste que estamos comiendo de la despensa comunitaria.

—¿Acaso mi sobrevivencia no lo amerita?

Nos sentamos a comer en el piso, pues la mesa estaba ocupa-

da con las libretas de notas, libros y papeles, y el mentado lacón con grelos no terminó de convencerme. Me hice un par de tacos con las tortillas recalentadas que había traído el viejo y me dediqué a darle duro al tinto.

—¿Sabroso el vinillo, eh?

—Mucho más que la carne y las verduras.

—Es que este plato hay que comerlo fresco y no en conserva. Además faltan las longanizas, las alubias, las patatas, la costillita de puerco y el unto...

—Es curioso, mientras usted se nostalgizaba con los ingredientes naturales de ese plato gallego, se me hizo claro cuál es el distintivo de la modernidad.

—Ah sí, ¿y cuál es?

—La latificación cancerígena de la existencia. Y no me venga con apologías retóricas. La modernidad le artificializó el sabor a la vida. ¿A qué sabe este lacón con grelos enlatado?

—Hombre, claro que no se puede comparar con el natural.

—A plomo, a saborizantes y conservadores artificiales, ¡a muerte!

—Bueno, coño, de alguna manera había que darle de comer a tanta gente. Además, como Engels muy bien lo vio en *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, si no hay acumulación de bienes no puede existir la división del trabajo, y por lo tanto no podríamos estar hablando aquí de esto tú y yo.

—El concepto de modernidad es inseparable del concepto de decadencia.

—No, Eugenio, ahí estás muy mal. El defecto de la modernidad es su propia excesividad.

—La contraposición desbordante entre naturaleza y sociedad, querido maestro.

—Desborde cualitativo y cuantitativo de las necesidades sociales, no lo olvides.

—Pura chatarra espiritual.

—¿Qué dices! Evolucionismo, experimentalismo, sociologismo, metodologismo... ¿Es chatarra un Claude Bernard, un James, un Durkheim...?

—Sí, y las partituras edulcoradas de Rossini, la opereta inmunda de Offenbach, la perfección casi fotográfica de Ingres y el insulso naturalismo de Courbet... Vamos, don Ramón, ¿por qué no hablar también del lado tanatofílico? Un Géricault que amontona los cadáveres en su taller, o un Gaspar David Friedrich que experimenta una atracción sublime por la atmosferación ultraterrena de los cementerios. ¿Y Poe, muerto en vida, y Kleist que mata a su amante y luego se pega un tiro sobre el cadáver, y Nerval que se ahorca en una mugrosa callejuela, y la sífilis apocalíptica de Nietzsche, Baudelaire y tantos otros cultores de la cogida mercenaria?

—¿Qué manera es ésa de hablar? Anda, bébete ese vaso de vino y vete a descansar la mona.

—¿Qué mona ni qué la chingada! Qué bonito se oye eso de ciencia y progreso. ¿Pero para quién? Para éstos que, como muy bien señaló el viejo Proudhon en 1853, en su *Manual del especulador en la Bolsa*, hacen de la bolsa su filosofía, su moral, su política, en fin, su todo. Ésos que en plena fiesta de la modernidad se apoderan de la mayor parte de África y de casi la totalidad de las tierras oceánicas; porque, como dijo el camaleónico Dostoievski: “Todo pueblo poderoso cree y debe creer, si aspira a perdurar, que en él y sólo en él reside la salvación del mundo”.

—Amén.

—Amén, sí, de esas miríadas de hombres-insectos que se autoinmolan en las fábricas y se hacinan en los infectos y promiscuos cinturones de miseria, en espera de una nueva vida que vendrá con los discursos flamígeros de los nuevos profetas: un Bakunin, que detesta el comunismo porque es la negación de la libertad; un Marx que detesta a Bakunin porque le amenaza su ortodoxia; en fin, una revolución que requerirá de otra revolución, que a su vez reclamará otra revolución y así por los siglos de los siglos; porque, como dijo mi

admirado Burckhardt, el poder, que es algo infortunado de por sí y destinado a hacer infortunados a los demás, no es obstinación, sino avidez; por eso cae siempre en manos de ávidos y ambiciosos que les vale madre el florecimiento de la cultura. Ésa, querido maestro, es la impronta de la modernidad: una excesividad, como usted dice, pero que terminó negando su origen y volviéndose reaccionaria. De ahí el folletinismo de Stendhal, Balzac y Dumas; el simplismo cientifista de Zola; de ahí el mariconismo estilístico de Flaubert; de ahí el apendejamiento reviviscente de Proust; de ahí...

—¡Nunca nadie dijo tantas babosadas en tan pocas palabras!

—Para usted todo lo que no es encomio y elogio es una babosada.

—No, para mí una babosada es una expresión que salpica todo de saliva sin ser consciente de lo que dice.

—Pues yo *soy* y *estoy* muy consciente de lo que digo. El naturalismo sociológico de Stendhal, por ejemplo, quedó anclado en la Ilustración.

—¿Y la lucha de clases en la literatura? ¿Y el arquetípico resentimiento histórico de Julien Sorel? Stendhal es un anárquico y un rebelde de corazón, muchacho; el más genuino representante de la encrucijada revolucionaria que se cerró en 1848; rebeldía desarraigada y renuncia estoica. Toda la literatura inmediatamente posterior está marcada por esta encrucijada stendhaliana; sea en la forma sociologista de un Dickens o un Tolstoi; sea en la forma sicologista de un Flaubert, un Proust, un Dostoievski o un Joyce.

—Stendhal era un paranoico de la simplicidad. Tal vez por querer alejarse de la ostentación y exageración que habían puesto de moda Chateaubriand y Joseph de Maistre, cayó en un estilo gris y mediocrizante.

—¡Pero qué dices!

—Espere, déjeme terminar, ¿quiere? Y lo que en Stendhal es deficiencia y renuncia, en Balzac es craso error: sus caracteres son borrosos e incompletos; la sicología de sus personajes es torpe y uniforme; carece por completo de rigor y autocrítica; en fin, su es-

tilo es burdo y confuso, cargado de metáforas afectadas y manidas, un estilo sensacionalista y exagerado propio de un escritor arrastrado por la deleznable demanda folletinesca.

—¿Su señoría me permite hablar?

—Es inútil, el acusado ya fue condenado a muerte.

—Acabas de sentenciar al primer escritor que de verdad le dio a sus personajes vida propia. Un escritor límite que no pretendía aportar, sino desmistificar las falsas ilusiones de la humanidad (ilusiones tanto burguesas como proletarias) en un mundo sin opresión. *La comedia humana*, que es la crónica de una caída (la nobleza) y un ascenso (la burguesía), es también una de las críticas más lúcidas al falso redentorismo marxista. En el anarquismo naturalista de Balzac, el proletariado, al contrario de lo que piensa Marx, es un fermento sin esperanza.

—¿Y qué me dice del hipertrofismo literario de un Flaubert y un Proust? Mire, y para acabar pronto, a mí me interesa la literatura que conlleva la sublimación de la vivencia y no esa literatura exquisita y maricona que se encarama sobre una vida cobarde y mediocre.

—A ver, a ver, vayamos con calma y tiento. ¿Qué quieres decir con eso de una literatura que sublima la vivencia?

—Simple y sencillamente una literatura que determine y sea determinada por una vida libre, rebelde y plena, como la de Verlaine, entre la criminalidad y el misticismo; la de Rimbaud, que al mismo tiempo que subvierte la poesía es buhonero, cargador, marinero, explorador, cirquero y traficante; la de Lautréamont, que recrimina a Dios hablándole de tú y vive como un verdadero diablo; en fin, una sublimación de la vivencia que se extiende también a un Toulouse-Lautrec, un Van Gogh y un Gauguin.

—¡Joder, muchacho, cómo se ve que no has sufrido lo suficiente!

—¿Qué carajo quiere decir con eso?

—Que hablas de una enfermedad como si fuera lo máximo. No, muchacho, ni el decadente Baudelaire, ni el alucinado Villiers de L'Isle-Adam, ni el antiheroico Huysmans, ni ninguno de esos des-

arraigados que has mencionado son ejemplo de una plenificación de vida y obra. En casi todos el odio y la aversión a la naturaleza es patología pura. La supuesta búsqueda vital es una tragicómica huida, un ir a la deriva de aquí para allá sin sistema ni método; en fin, una anarquía alucinada que no alcanza más plenitud que la de la nada. No, muchacho, esos personajes no hicieron del sufrimiento y la antifelicidad un acceso a lo sublime, sino que fueron infelices y alcanzaron la sublimación a pesar suyo. La tanatofilia literaria sólo tiene dos tipos de cultores: los decididamente patológicos y los jóvenes desesperados y lúcidos. El mito de que la creatividad o es sufriente o no es creatividad, murió con los *maudits*. Y conste, muchacho, que te hablo con conocimiento de causa.

—¿A poco fue usted un *maudit*?

—No, yo no, pero vi morir en mis brazos a uno de sus más radicales exponentes.

—¿Quién fue?

—Quizás lo sepas a su tiempo.

—Otra vez ese cabrón hermetismo.

—Dentro de unos años te acordarás de esta charla; y si para entonces te tomas la molestia de releer a Flaubert, a Proust, a Mallarmé; en fin, todos esos autores que ahora te parecen artepuristas y desvitalizados, se convertirán en una rica fuente de enseñanzas y sugerencias.

—No, don Ramón. De la misma manera que no trago ni tragaré la filosofía de Bergson, tampoco trago ni tragaré a esos autores que masturban al lenguaje en vez de copular con él. Nunca soportaré la mediocridad pequeñoburguesa, nihilista, contradictoria y autoflagelante de Flaubert. Para mí Flaubert es el perfecto ejemplo de oposición entre vida y obra. Se pasó toda su vida de pendejo pueblerino huyendo de la pasión romántica, como un sacerdote que rehuye el encuentro con la mujer que incendia su pasión dormida produciéndole sueños de lascivia. Mire, déjeme leerle algo que tengo ahí anotado en el cuaderno.

—Sí, mejor vámonos al escritorio.

—Deje, luego levantamos los platos. A ver, sí, aquí está. Esto lo escribió al principio de su carrera: “El arte es la única cosa buena y verdadera de la vida”. Y esto otro ya cerca de su ocaso: “El hombre no es nada, la obra todo”.

—Tienes que entender que Flaubert devenía en un espaciotiempo muy conflictivo para un temperamento hipersensible como el suyo. Su método de trabajo (verdadera terapia contra la locura, como lo vio muy bien Sartre) desplaza para siempre la genialidad e inspiración románticas y consagra la fundamentalidad del oficio.

—Disculpe, don Ramón, pero prefiero mil veces la agresividad de los malditos a la vacuna resignación flaubertiana. Escuche esta sentencia: “La vida es tan horrible, que sólo se la puede soportar evitándola. Y esto puede hacerse viviendo en el mundo del arte”. Qué diferencia cuando Baudelaire escribe: “Me estoy matando porque soy un peligro para los demás y para mí mismo”. En Flaubert todo es huida y simulación. Basta hojear su correspondencia para encontrar por doquier manifestaciones de ese nihilismo antiheroico (¡qué diferencia con el nihilismo heroico de Nietzsche y los *maudits*!) y burocrático, que la crítica proburguesa y clientelar ha tenido a bien considerar como el arranque de la novela moderna (arranque que, como sabemos, se viene repitiendo desde *El Quijote*). Escuche esta expresión vomitada en uno de sus arrebatos de contradictoriedad: “Tú podrás sólo describir el vino, el amor, las mujeres, la gloria, si no eres ni bebedor, ni amante, ni esposo, ni soldado”. Es decir: sólo podrás ser no siendo. Y por si esto no fuera suficiente, medite en estos dos párrafos entresacados de dos cartas, la primera a Louise Colet en 1853, y la segunda a George Sand en 1866: “Hace tres días que doy vueltas en torno a mis muebles para ver si se me ocurre algo”. Y: “Usted no sabe lo que es estar todo el día con la cabeza entre las manos para sacar una palabra del pobre cerebro”. Ahí tiene usted la sustitución del mundo exterior por el mundo interior, como quería el obispo Berkeley...

—No, Eugenio, no se trata de sustitución, sino de diversificación. Flaubert eleva la literatura a un rango excepcional. Con él la literatura ya no es un medio, sino un fin en sí. Esto, que tiene sus innegables inconvenientes, tiene también sus virtudes.

—Vamos, don Ramón, de cuando acá comulga usted con eso. Sólo falta que también me salga defendiendo con pasión el optimismo positivista y la amorfidad burguesa de un Zola; o la contemplación y el recuerdo proustianos como forma de acceder a una literatura que es muerte en vida.

—Yo no comulgo con nada. Pero eso no significa que no pueda reconocer lo que de grandioso tiene toda diversidad asumida, ¿me entiendes? Tenemos que quitarnos ese maldito complejo de Proculus para aprender a valorar la riqueza inagotable de la diversidad.

—¿Ya leyó usted al pendejo de Vladimir Volkoff?

—No tengo ni la menor idea de quién sea ese señor, pero no me gusta esa manía que tienes de pendejear a todo mundo.

—¡El respeto a la diversidad es la paz!

—Sí, pero es que tu diversidad es un atentado contra las demás diversidades.

—¿A poco soy tan importante?

—Anda, vamos a recoger esos platos que se está haciendo tarde.

—Putita, cómo echo de menos esa fase prekantiana de la Historia en que el hombre ponía y disponía del espacio y el tiempo, y no al revés, como ahora ocurre. ¿Sabe una cosa? Me produce dolor de tripas el solo hecho de pensar que tantas vidas y tantas obras no hayan servido más que para arruinar la naturaleza humana y deshumanizar a lo natural. ¿No será una enfermedad incurable el deseo de permanencia?

—Ya lo dijo Proust: “Los verdaderos paraísos son los perdidos”.



Pasé una noche de perros, de manera que cuando don Ramón llegó con el desayuno y vio la cara de astronauta que tenía, se puso a ca-

chondear conmigo de muy buen talante. Mientras yo desayunaba el plato de cereales que me había traído, empezó a hablar de la plática del día anterior y fue subiendo y subiendo hasta que ya no hubo manera de pararlo. Entre sonámbulo y etéreo, lo oí hablar de la pintura de Zuloaga y Sorolla; y del resurgimiento de la literatura española hacia fines del siglo XIX con Benavente, Menéndez Pelayo, que nada le tenía que envidiar a un Sainte-Beuve; los gallegos Menéndez Pidal, Emilia Pardo Bazán y el extraordinario Valle Inclán; de Galdós, el Balzac español; de la prosa diáfana y ejemplar de Azorín, que sirvió de modelo al lenguaje telegráfico y radical de los escritores norteamericanos de la década de los treinta; del vigoroso Baroja, a la altura de un Stendhal o un Dostoievski; de la prosa única y magistral de Unamuno, cumbre, con Gasset, de la ensayística hispana. Y siguió hasta que se dio cuenta de que yo me estaba durmiendo encima del plato.

—¿Qué, hoy no tienes lengua? —interrogó extrañado de mi silencio.

—Creo que fue ese pinche Paternina.

—No, es tu conciencia que no deja de fermentar sus malos humores.

—De todos los que ha mencionado me quedo indiscutiblemente con Valle Inclán.

—¿De qué demonios estás hablando, muchacho?

—Otro día le seguimos, don Ramón. Ahora sólo quiero dormir, dormiir, dormiir.

—Ahí tienes el resultado de la excesividad lunar: fría, nocturna e inconstante.

Sin saber porqué, eché mano a la libreta de notas y me puse a hojearla.

—¿Y ahora qué buscas?

Vi cantidad de críticas que tenía anotadas en espera del previsto desbordamiento con que el viejo celta iba a tratar a sus paisanos, pero el sólo hecho de pensar en un enfrentamiento dialogal como el

del día anterior, me hizo pasar sobre todas las objeciones sin decir palabra.

—Bueno, ¿se puede saber qué coño buscas?

—Nada, estaba viendo la cantidad de energía que malgasta uno inútilmente.

—¿Y eso?

Seguí pasando las hojas hasta que encontré unas notas cuyo subrayado en rojo me llamó la atención.

—¡Vaya, mire lo que hallé!

—A ver con qué barrabasada vas a salir ahora.

—Escuche esto que escribió su reverenciado Borges en “La paradoja de Apollinaire”: “Si cotejamos un manual de literatura francesa con su congénere británico, comprobaremos no sin estupor que éste consta de concebibles seres humanos y aquél de escuelas, manifiestos, generaciones, vanguardias, retaguardias, izquierdas o derechas... antes de redactar una línea, el escritor francés quiere comprenderse, definirse, clasificarse”. Y escuche esto otro que es interesantísimo: “La literatura española es clienta del diccionario y la retórica, no de la fantasía”. ¿Qué tal, eh?

—Borges siempre fue tan buen ficcionador como mal filósofo y crítico.

—Ah, y aún tengo otra que viene como anillo al dedo: “Ortega puede razonar, bien o mal, pero no imaginar”. Je, je, vaya chingadazo.

—Mira, muchacho, vas a empezar a ponerme de mal humor.

—¿Lo ve? Mejor me voy a dormir tres o cuatro días seguidos.

—Sí, así me evitas tener que verte esa cara de Fantomas subdesarrollado.

—Ni modo, el hospital no da para más.

Don Berna y don Artemidoro regresaron del valle muy platicadores y con un regalo que me cayó de perlas: una botella de aguar-diente curado con nanches que don Zenaido me mandaba. Ese mismo día, y ante el sermoneante desacuerdo de don Artemidoro, me zampé toda la botella, que no sólo me supo a gloria, sino que tuvo el

don terapéutico de hacerme vomitar, junto con los tamales de mole de gallina que había preparado con amor maternal doña Chona, una papilla verdosa que, según la opinión de don Berna, era la bilis derramada como consecuencia de tanta tensión acumulada. Como sea, lo que verdaderamente cuenta es que logré dormir de un bendito tirón dos días y medio (que en realidad fueron tres, porque me pasé la tarde del tercero en un estado de extrañamiento crepuscular). A la mañana siguiente, después de meditar en armonía, decidí ir al río a dar un pequeño paseo para hacer hambre. Me sentía como un trozo de carne que empieza a cobrar su elasticidad después de haber estado largo tiempo congelada. Apoyado en el bastón, caminaba ya con una soltura y una seguridad que nada le tenía que envidiar al Basilisco (que era como le llamaba el viejo celta a don Artemidoro). Al acercarme a la orilla del río vi que alguien estaba sentado, de espaldas a mí, en la fatídica piedra donde había tenido lugar el desmadramiento del cabrón Mario. Me acerqué un poco más, pues estaba seguro que quien quiera que fuera ya me había oído, y me intrigó que el individuo no volteara para ver quién venía. Al llegar a su altura me quedé petrificado viendo la expresión subnormalizada que tenía el pobre Mario mirando embelesado hacia el río. Oí un chapoteo y vi que de un remanso salía un hombre con un visor, un arponcito casero y una bolsa colgada al cinto. Al acercarse a mí y quitarse el visor, distinguí la expresión pacífica de Sabino. Nos saludamos y mientras me esforzaba por sostener un breve diálogo con el parco carpintero, no dejé ni por un momento de mirar de reojo la cara sonriente de trisómico con que Mario nos veía sin decir palabra. Al preguntarle por la salud de Mario, Sabino me dijo que se encontraba muy bien, que estaba siempre sentado cerca de él sin decir palabra y con esa expresión de subnormalidad que me resultaba grotesca en un rostro que antes era de una singular fiereza. Para mi sorpresa, Sabino me regaló un buen puño de langostinos, lo que terminó de disipar mi temor hacia una posible represalia. Todo parecía indicar que la familia y la comunidad estaban satisfechos con el cambio que había dado Mario: de ser

el matón del pueblo pasó a una condición de inofensividad decorativa y ejemplar.

¡Qué hijo de la gran puta era el destino! Al despedirme de Sabino dándole de nuevo las gracias por los langostinos, me llamó la atención la cara de circunstancia con que miraba hacia mi cabeza. Me llevé la mano al cabello y mesé las púas que ya hablaban de un acentuado crecimiento. Le dije hasta luego a Mario, pero toda la respuesta que obtuve fue la babeante expresión de felicidad que ¿para siempre? se había instalado en su rostro.

Cuando llegué a la cabaña de don Berna dispuesto a devorar una res entera, me encontré con don Ramón, don Artemidoro y don Berna en plena plática dominguera.

—¡Hombre, aquí viene el elegido! —exclamó don Ramón al verme entrar por la puerta.

Saludé a todos y, después de darle a don Berna la bolsita con los langostinos y sentarme en la silla que me ofreció, le pregunté a don Ramón qué quería decir con eso.

—Pues que según el doctor aquí presente ya estás listo para dar el siguiente paso.

—¿Qué carajo tengo en la cara que todos se me quedan viendo con expresión aborregante? —pregunté molesto por la forma en que me miraba don Ramón.

—¿Todos? —inquirió con suspicacia el viejo celta.

—Bueno, primero fue don Berna cuando llegó, luego Sabino en el río y ahora usted.

—No, yo llevo mirándote así desde hace varios días. ¿Que no te has visto en un espejo, muchacho?

—La verdad, no —dije sorprendiéndome yo mismo al comprobar que casi había olvidado por completo cómo era mi cara.

—Con razón.

—¿Por qué?

—Así se mira mejor —dijo don Berna desde el fogón donde estaba cocinando.

—¿Se puede saber de qué demonios hablan?

—Cada día estoy más sorprendido contigo. En verdad me cuesta mucho creer que un egocéntrico de tu magnitud haya relegado su aspecto fenoménico. Bueno, todo sea en favor de lo esencial.

Eché mano a la cara y sentí el erizamiento de la barba.

—¿Qué, tan desaseado me veo?

—Es tu pelo, muchacho, te está saliendo casi blanco por...

—¿Quééé?

—Así pasa —dijo don Berna al tiempo que me ponía enfrente unos huevos revueltos y una taza de café.

—¿De qué mierda están hablando?

—Contrólate, muchacho. Te estamos diciendo que ya alcanzaste tu mayoría de edad y como consecuencia de ello el pelo se te volvió blanco. Casi casi como el mío, ¿verdad, Bernardino?

—No tanto.

Atrapado en el absurdo juego, y ya sin el menor deseo de desayunar, empecé a buscar con urgencia algo en qué contemplarme. Al terminar de recorrer el interior de la estancia sin resultado positivo, decidí preguntarle a don Berna si tenía por casualidad un espejo. El hombre se fue a una esquina de la estantería donde tenía sus frascos y regresó con un pequeño espejo viejo y sin marco. Lo tomé con avidez y...

—¡Putra madre, lo que me faltaba!

—Te da personalidad, hay que reconocerlo.

—¡Joder, qué chinga!

—Al contrario, muchacho, es un bello cambio.

—¿Y es definitivo o nada más por este crecimiento?

—Así se va a quedar —sentenció don Berna.

—Claro que si no te gusta tu nuevo *look* podemos teñirte el pelo. Aquí Bernardino conoce una planta de efecto seguro y duradero.

Abatido y desenergizado me dejé caer sobre la mesa.

—¿Le importa a usted mucho su cara, señor? —interrogó desde otra vida don Artemidoro.

—Es que es la única que tengo, don Artemidoro.

—Caras tenemos a montones; corazón nomás uno.

Me quedé viendo la expresión intemporal del rostro de don Artemidoro y, al ser atrapada mi visión por los dos puntos blancos en que se habían convertido sus ojos, me embargó una ansiedad doblegante por el sólo hecho de pensar lo terrible que sería quedarse ciego después de haber gozado las infinitas formas y cromaticidad del mundo.

—¡Mierda, tienen razón, creo que me quejo demasiado! —exclamé sumido en un hoyo vergonzante.

—Se queja porque se quiere demasiado, señor.

—¿Y acaso no es bueno que uno se quiera a sí mismo?

—La mucha querencia termina por perder al hombre: lo hace olvidadizo y descuidado.

—No todas las querencias, don Artemidoro.

—Lo que te sucede, muchacho —intervino don Ramón—, es que por valorar demasiado tu diferencia olvidas que existen también otros millones de diferencias. El deseo desmedido de diferenciación denota una inseguridad y una insatisfacción básicas.

—Sí, ya sé que soy un inseguro y un insatisfecho, ¿y qué?

—Como que ya es hora de que te desimportalices un poco, ¿no crees?

—Sobre todo ahora que ya tengo el pelo blanco.

—Anda, desayuna, que es una descortesía despreciar el ofrecimiento de Bernardino.

Con desgano, agarré una tortilla y me hice un taco. Don Berna, siempre impecable y atento, me sirvió otra taza de café humeante, como a mí me gusta.

—¿Ves por qué eres un elegido?

—Ah, por cierto, ¿y qué es eso de “elegido y siguiente paso” que me dijo al llegar?

—Pues que vas a tener que fajarte bien los pantalones, muchacho.

—Oh, qué la canción.

—Es que tiene que seguir usted templando su sangre —terció don Berna.

—¿Todavía más?

—Apenas dio usted el primer paso.

—¿Y cuántos se supone que debo dar?

—Siete.

—O sea que me faltan seis.

—Así es.

—¿Y según qué o quién tengo yo que meterme en tamaña joda?

—Usted no decidió, señor —dijo don Artemidoro—. Es el rayo el que lo escogió.

—Vaya, lo que faltaba. ¿Y se puede saber para qué me escogió?

—No te hagas tonto, Eugenio. Tú sabes muy bien lo que eso significa.

—Está bien, el rayo me eligió. ¿Y qué se supone que tengo que hacer para dar el siguiente paso?

—Dejarte morder por otra serpiente.

—¿Qué? ¡Ni madres! Ya le pueden ir a decir al rayo que elija a otro, porque yo ¡ni madres!

Me pasé dos semanas repitiendo el ¡ni madres! a todos los intentos que hicieron por convencerme. Don Artemidoro me habló del daño que me podía causar la negativa a afrontar algo cuya decisión había sido tomada por alguien superior a nosotros, y que tenía que superar de una vez el miedo si es que en verdad quería embarnecer mi corazón. Don Berna, más tranquilo, me refirió el miedo que él también había experimentado cuando se inició y me dijo que las siete mordidas eran parte de un ritual muy antiguo y que, además de vencer el miedo y templar la sangre, las mordidas tenían por objeto que uno se hiciera inmune para siempre. Pero el que más a pecho tomó el asunto fue el terco celta. Que yo era un cobarde si me negaba, que después de las mordidas podía dejar todo si así lo deseaba, que era una insensatez rechazar esa oportunidad única que me brindaba el destino, que si me negaba de inmediato se me cerraban todas las

puertas a las enseñanzas que me podían dar don Artemidoro y don Berna, que ya era el momento para dar una oportunidad a la voluntad, que si me sometía al ritual de las mordidas él mismo se encargaría, bajo su palabra de honor, de enseñarme todo sobre el teonanácatl.

Y allá voy. Era una tarde preciosa en que un ligero viento que soplaba en dirección al valle permitía una visibilidad de increíble transparencia. Adelante iban don Artemidoro y don Berna y un poco más atrás don Ramón y yo. El viejo celta, ¿para evitar el afloramiento nervioso del temor?, no paraba de hablar sobre la diferencia entre lo ritual y lo profano (que era uno de sus temas predilectos); de cómo al abandonar lo ritual la sociedad de consumo aniquilaba la diversidad y se entregaba a una uniformización aberrante de las individualidades. Al pasar frente a la casa de Sabino vimos a Mario afuera sentado en una silla y con una expresión de babosa felicidad que parecía una máscara puesta de forma grotesca sobre su verdadero rostro. Don Berna se detuvo un rato y dijo unas palabras en chinanteco. Al momento le contestaron de adentro de la cabaña y apareció Sabino que nos saludó muy amable. Noté que don Ramón se sentía incómodo ante la expresión de subnormal con que Mario nos miraba, y le hice unas preguntas con intención de alejarnos.

Caminamos como unos quince minutos y nos detuvimos justo enfrente de unos montones de tierra rojiza que, por lo que dijo don Ramón eran enormes hormigueros. Mientras don Artemidoro y don Berna hacían los preparativos hablando quedamente en su idioma, don Ramón me estuvo platicando de las serpientes y su simbología esotérica; de que los tlamatinime chinantecos creían que el cometa Halley era la serpiente madre de todas las nauyacac y que cada setenta y seis años dejaba caer como castigo su ponzoña sobre la tierra; de que el *Art Nouveau* era el arte sérpico por naturaleza; y que...

—¿Ya está usted listo? —preguntó don Berna con un enorme puro en su mano derecha.

—Creo que sí —dije sintiendo cómo empezaba a trotar mi corazón.

—Tranquilícese usted. Ande, déle unas jaladitas al tabaco.

Don Berna prendió el aparatoso puro y me lo pasó. Como quiera que ya llevaba varios días sin fumar, el efecto del fuerte tabaco me cayó como una patada al hígado. Empecé a toser descontrolado, hasta que don Ramón golpeándome la espalda logró calmarme.

—Tranquilo, muchacho. Respira hondo.

Empecé a sudar en forma copiosa y el sabor pestilente del puro se me clavó en la garganta produciéndome un conato de vómito. En vista de esto, don Berna me quitó el puro y le dio varias jaladas para que no se apagara.

—Mire usted, ¿ve la boca que tiene en medio el montón del centro? —me preguntó don Berna.

—Sí.

—Pues allí, cuando yo le diga, va a meter su mano.

—¿La meto y ya?

—No, la mete y se va a aguantar el piquete.

—¿Quiere decir que voy a tener que estar con la mano ahí metida?

—No. Lo que quiero decir es que no se vaya a revolver usted, porque entonces lo comen las hormigas.

—¿Esas hormigas muerden?

—Muy feo —dijo don Berna al tiempo que tomaba una rama y golpeaba repetidas veces el montículo que estaba más a la izquierda.

Acto seguido, como si se hubiera disparado una alarma, miles de agresivas hormigas rojas comenzaron a desplazarse por la superficie del hormiguero. Luego de comprobar que nada las amenazaba volvieron a meterse poco a poco en el agujero.

—¡Putá, ni madres me meto yo allí!

—Si usted hace lo que yo le digo, no hay problema.

—¿Pero cómo demonios va a vivir una serpiente con esas hormigas?

—Simbiosis, muchacho —dijo don Ramón impaciente.

—Oiga, don Artemidoro —dije en un intento desesperado—, ¿y

no es mejor que agarremos una serpiente viva y la llevemos para que me muerda allá en la cabaña?

—Ansina nos lo enseñó la gentilidad, señor.

—¿Y es muy grande la sorda que está ahí adentro?

—No es sorda, es mano de metate, señor.

—¿Y es muy venenosa?

—Mero como la sorda.

—Oiga, ¿y cuál es más venenosa: la sorda o la cascabel?

—La ponzoña de la sorda tiene más fuerza, señor.

—¿Y si uno...?

—¡Coño, no empieces con chiquillerías porque te parto la cara!
—explotó furioso don Ramón.

—Mierda, por qué me tiene que pasar a mí todo esto habiendo tantos locos urbanos que se desesperan por tener una experiencia así de salvaje.

—¡Ya deja de hacerte el chistoso!

—Sí, como usted no tiene que meter ahí la mano.

—¡Por una vez en tu vida, sé hombre! —rugió el viejo celta.

Don Artemidoro le dijo algo a don Berna y éste le dio otras tres o cuatro jaladas al puro, que empezó a humear con mayor intensidad.

—¿Ya, don Eugenio? —inquirió don Berna mirándome con cara de semienojado.

—Espere, espere. Deje que me prepare.

Cerré los ojos y me puse a repetir mentalmente la clave para meditar. Pero el remedio resultó peor que la enfermedad. De la oscuridad de mi subconsciente salían agresivas mandíbulas que pretendían devorarme.

—¡Hostia, o metes ahí tu mano o te meto yo de cuerpo entero!

—Está bien. Ya, don Berna, si me va a llevar el carajo que me lleve de una vez.

Don Berna se deslizó con suavidad sobre el montículo de tierra roja y, después de darle varias jaladas al puro, acercó su boca al hoyo y expulsó con lentitud todo el humo.

—¡Ahora. Vaya a meter su mano! —exclamó don Berna regresando a donde yo estaba.

Subí presa de pánico al montículo y al aproximarme al hoyo sentí que me iba a dar un infarto.

—¡Apúrele don Eugenio, que si sale se pone muy brava!

Me quedé con la mirada fija en la entrada del hoyo y de repente experimenté la sensación de que me encontraba ante las tenebrosas puertas del infierno. Oí los rugidos amenazantes del viejo celta y, mordiendo los labios hasta sentir como la boca se salobrizaba con la sangre, metí la mano en el quemante centro de la tierra.

Índice

I. Paréntesis desastroso	7
II. Una temporada en el Mictlán	42
III. La ascensión al Tlalocan Tamoanchan	128
IV. Crítica de la racionalidad egocéntrica	
I) La elemental plenitud de la naturaleza	277
V. Crítica de la racionalidad egocéntrica	
II) La voluntad como sobrevivencia	322
VI. Ritualidades y ofrendaciones	367
VII. Encrucijada sobrevivencial	388